José Antonio Hernández Guerrero

El Mentidero

Índice

Prólogo……Rafael Sánchez Saus

El Mentidero

La Plaza del Mentidero

El trabajo como símbolo

Despedida

La felicidad

Los hijos de don Pepito

Sufrimiento

Despedirse

La gente importante

Cirugía estética

Tradiciones

Los poetas críticos

El tiempo ajeno

Las palabras vacías

Sintonía escritora

Los nuevos retos de Cádiz

La expresividad literaria

Felicidades
Cantera
El levante y las encuestas de opinión
San Pablo de Buceite
El tiempo de las mujeres
La Peña del Ciervo
La guerra
La mediocracia
Jacinto
Jimena de la Frontera
Aurea mediocritas
El deleite de la relectura
Puerto Real
Los libros
El Barrio de Sana María
El misterio humano
Las sinrazones de la escritura
Invitación al disfrute de sabores
Los viajes
El gran apagón
La lectura
El Barrio de la Viña
Los premios del Ateneo
El Festival de Música
La memoria
Leer literatura
El odio

El lenguaje de los políticos (I)
El lenguaje de los políticos (II)
El lenguaje de los políticos (III)
El lenguaje de los políticos (IV)
Sanlúcar de Barramenda
Caleta
Matar y morir
Pasión
El lenguaje de los médicos (I)
El lenguaje de los médicos (II)
El lenguaje de médicos (III)
El lenguaje de los médicos (IV)
El mosqueo
La lectura de Menchu
El Ateneo, una institución viva
Más sobre la lectura
Mujer y deseo
La desinformación
El cuerpo
Verano
Las bodas de oro
El Trofeo de los Trofeos
Contar historias
Los gérmenes de la crueldad
Opulencia

Nuestras gentes

José Miguel Abad Vallejo

Theodor Wiesengrund Adorno

Tomás Albaladejo

Fructuoso Antolín

José Araújo

Manuel Barbadillo

Rafael Barbadillo García de Velasco

Juan Bartual

Rafael Bellido Caro

Jerónimo Bernabeu

Carmen Bobes

Fernando Candanedo

Evaristo Cantero

Ángeles Caso

Elvira Castilla del Pino

Luis Castro

Alfonso Castro Pérez

Gonzalo Córdoba

José Chamizo

Carlos Díaz

Manuel de Diego

José Domínguez Caparrós

Eloísa Morales y Eloísa Valls

Antonio Escobar

Antonio Fernández Ruiz de Villegas

Manolín Fernández

Emilio Flor

Pepe Flores

Alfonso Franco

Antonio García Berrio

Antonio García García

María del Carmen García Tejera

Alberto García Ulecia

Miguel Ángel Garrido

Melquiades González Brizuela

Fabián González

Juan González Araújo

Antonio González González

Andrés Avelino González

Dolores Guerrero Borbón

Ildefonso Gutiérrez

Gustavo Gutiérrez

Manuel Hermida

Carmen Hernández García

José Antonio Hernández García

Carmen Hernández Guerrero

Sebastián Hernández Guerrero

Ricardo Hernández Saúco

José Hierro

Evelio Ingunza

Manuel Jiménez Jiménez

Pilar López Domingo

Luiz Inácio Lula da Silva

Manuel Martín Ferrand

Olimpia Martín

Juan Mateos

Francisca Méndez Garrido

Fátima Mernisi

Matilde Muñoz

Francisco de Paula Muñoz Arenillas

José Núñez Vázquez

José María Ortega Romero

Isabel Paraíso

Manuel Pecino

José Peña Herrera

Santiago Peral

Isabel Pérez Aguirre

Ildefonso Pérez Alcedo

Juan Antonio Pérez Bustamante

Pedro Pérez-Clotet

Dámaso Piña

Pedro Quintero

Enrique Ramos

Concha Reverte

Ignacio Rivera Podestá

Antonio Rivera

Francisco Rodríguez Luis

Antonio Romero

Manuel Romero Tenorio

Francisco Ruiz Brenes

Antonio Sánchez Heredia

Ricardo Senabre

Joaquín Sierra

Mateo Silva Romero

Susan Sontag

Rafael Soto Vergés

Cristina Tejera Ruiz

José Tomás Tocino González

Esteban Torre Serrano

Francisco Torre Tejada

Alfonso Torrejón Jurado

Antonio Troya Magallanes

Francisco Umbral

José Unzueta

Pedro Valdecantos

Ignacio de la Varga

Darío Villanueva

Prólogo

José Antonio Hernández Guerrero se ha sentado en un velador de la plaza del Mentidero, algunos amigos hemos hecho corrillo a su rededor y él ha empezado, como es su costumbre, a escuchar y luego a hablar y a contar. Eso es este libro. José Antonio escribe como habla, y habla como es y como quien es. Su espíritu cálido, ponderado, ecuánime, comprometido, positivo, profundo y amable se refleja en cada página de este libro. También su condición de estudioso e investigador de la palabra culta, exacta, sopesada y valorada, ajustada a su significación prístina.

Con esos instrumentos José Antonio Hernández Guerrero nos acerca a un mundo que, siendo propiamente el suyo, es también en buena medida el nuestro, el de los muchos y fieles lectores que seguíamos sus "cosas" en el *Diario de Cádiz* y ahora le leemos en *La Voz de Cádiz*. Un mundo próximo en el que tienen cabida y preponderante protagonismo personajes hasta hoy anónimos en los que él pone su mirada sabia y amorosa para descubrírnoslos a nosotros y quién sabe si no a los mismos observados, seguramente ignorantes de ese perfil que la pluma de José Antonio revela para convertirlos en sujetos literarios, seres de profunda dignidad y atractivo, a los que de inmediato desearíamos conocer y tratar en el caso de que no lo hayamos hecho ya. Y si

ese conocimiento previo existe, los vemos bajo una luz nueva, la que el autor proyecta sobre sus criaturas, siempre bellas, siempre nobles, siempre excepcionales a sus ojos. Personas, en suma.

Otras veces, menos numerosas, José Antonio Hernández Guerrero se recrea en el retrato y la aproximación de encumbradas figuras de la literatura, de la política, del pensamiento o de las artes, personalidades que también componen su mundo. Un mundo que igualmente es nuestro en su fondo de aldea global, pero en sus manos y en su pluma esa condición se humaniza, se allega, pierde lejanía y solemnidad. Los encumbrados personajes deambulan por el libro de la mano y en la libre compañía, vecinal y entrañable, de familiares y amigos del autor, pierden su imagen digital o en huecograbado para sentar plaza de gaditanos en el nuevo Mentidero que José Antonio ingenia y construye con materiales deliciosos.

Nadie crea, por lo hasta ahora dicho, que este es un libro fácil o complacido. Quien lo haya practicado o intentado sabe de la dificultad del apunte breve, de las cualidades literarias, de observación y de síntesis que exige. Mayores aún cuando el objeto es el retrato de la persona, el ser más escurridizo e inaprensible. Máximas si entre las personas elegidas están las más próximas y queridas, las que constituyen el círculo más estrecho de los afectos, sí, mas también de los secretos sinsabores y preocupaciones. No hay arte fácil, y hay que ser muy artista, estar muy seguro del propio arte y del oficio implícito para atreverse con ese reto. Hemos leído esas páginas con un grano de malicia, buscando el desfallecimiento, siquiera momentáneo, del espíritu y del estilo habitual del autor. Las hemos concluido ligeramente decepcionados al sentir insatisfecha nuestra pequeña, apenas incipiente, maldad, pero reconfortados y asegurados en las razones de la ya vieja

admiración y amistad que profesamos hacia José Antonio. Qué difícil es huir de la tentación de lo fácil.

Pero este libro, como el índice refleja, no trata sólo de personas, también de lugares, de momentos, de experiencias, de impresiones y de ideas. Por eso está aquí el autor todo y unos textos nos dan claves fugaces, pistas y adelantos de lo que otros fragmentos confirman, desarrollan y muestran en plenitud. Textos que escapan a su condición ocasional, de apunte o artículo periodístico para componer el reflejo perdurable del mundo a través del mentidero semanal de un profesor universitario que ha hecho del hablar, y sobre todo del escuchar, no sólo un arte sino una forma de vida. Lean y comprueben cómo en todas y cada una de estas muestras del mejor decir sobrenada la personalidad de un hombre de corazón y de bella y sopesada palabra. De un hombre de paz.

Rafael Sánchez Saus

La Plaza del Mentidero

Tras cerca de dos años de charla distendida con ustedes, comentando "nuestras cosas" y tratando de analizar los acontecimientos que nos interesan a los que convivimos en este rincón meridional de Europa, me ha parecido oportuno cambiar el título genérico de nuestro rincón periodístico y sustituirlo por otro que exprese, de una manera más gráfica, el nuevo tono que pretendemos adoptar en nuestros artículos semanales. Para que nos resulte más cómodo, nos trasladaremos a cualquiera de los bancos del Mentidero; respiraremos la atmósfera cálida de esa plaza gaditana en la que, como en un patio escolar de recreo, confluyen la Redacción del Diario de Cádiz y las aulas de nuestra Facultad de Filosofía y Letras.

Recordemos que su nombre completo es Plazuela de la Cruz de la Verdad y del Mentidero, un lugar en el que durante el siglo XIX, como en la mayoría de las poblaciones españolas, se reunía la gente ociosa a charlar: era el sitio donde se conversaba distendidamente sobre los sucesos cotidianos y sobre las cuestiones que preocupaban a los conciudadanos. En Madrid, por ejemplo -nos cuenta el poeta romántico Hartzembusch- "la llamada hace dos siglos las gradas de San Felipe y ahora la Plaza de la Puerta de Sol, era el punto de reunión de holgazanes y el "mentidero" de la Corte".

Cuando iniciamos “nuestras cosas” la mayoría de los destinatarios de estos comentarios eran “lectores implícitos”, eran convecinos a los que apenas conocía de vista. Nos saludábamos al cruzarnos por nuestras calles y plazas, en el mercado de abastos, en el almacén de la esquina, en la orilla de la playa, en la parada autobús o en la cola del supermercado, pero no conocíamos nuestras respectivas maneras de pensar. Ahora ya estoy familiarizado con muchos de ustedes que me han comentado ideas, puntualizado juicios y discutido planteamientos; unos me han transmitido informaciones o han corregido mis opiniones, otros me han informado sobre hechos importantes o me han sugerido temas interesantes.

Bajo este nuevo título –El Mentidero-, en esta reunión imaginaria, seguiremos escribiendo –conversando- de los mismos temas, de los sucesos ordinarios, de esas noticias que aparecen en las páginas internacionales, nacionales, autonómicas, provinciales o locales; nos detendremos en las informaciones relacionadas con los asuntos que nos interesan a cada uno de ustedes, lectores del *Diario de Cádiz*. A partir de este momento el tono de estos escritos ha de ser más coloquial, el estilo más directo y el lenguaje más familiar. Supongo que, conociendo mejor a mis interlocutores, recordando las miradas atentas o distraídas de sus rostros, y teniendo en cuenta las expresiones de aprobación o de rechazo, me resultará más fácil acertar con sus temas, conectar con sus intereses concretos, sintonizar con sus inquietudes y sincronizar con sus ritmos.

Viernes, 1 de marzo de 2002

El trabajo como símbolo

Es cierto que tenemos que seguir luchando para que los legisladores, mediante leyes adecuadas, favorezcan unas condiciones objetivas de la vida de las mujeres que hagan posible -realmente y en todas partes- su igualdad con los hombres, su libertad efectiva y el ejercicio eficaz de los demás derechos humanos pero, si pretendemos que la construcción de una sociedad más justa sea consistente y estable, es necesario que, además, cambiemos el sistema de significados que subyace en el fondo secreto de nuestras "inconsciencias".

Las diferencias sociales, laborales, económicas, jurídicas e, incluso, religiosas que separan a los hombres y a las mujeres tienen unas raíces mentales profundas que penetran hasta el fondo de nuestro mundo de los símbolos. Éstos son, no olvidemos, los factores que determinan la formación de las ideas, el significado de las palabras, la adopción de las actitudes y el mantenimiento de las pautas de los comportamientos individuales, familiares y sociales. La eficacia y el peligro de estos símbolos son mayores cuanto menor es el conocimiento de su existencia y de su funcionamiento.

En la amplia bibliografía que se ha producido en los últimos cincuenta años sobre el feminismo, abundan los libros que describen los múltiples ámbitos de la vida ordinaria en los que se manifiestan tales desigualdades,

pero son escasos aún los trabajos que ahondan en esos niveles de las representaciones, de los significados, de los sentidos y de los símbolos.

La Editorial Narcea acaba de publicar un breve libro colectivo titulado *Una revolución inesperada. Simbolismo y sentido del trabajo de las mujeres,* en el que cinco miembros de la Comunidad filosófica Diotima de la Universidad de Verona, analizan, de manera convergente, los cambios de significados que ha producido el acceso de las mujeres al mundo laboral y ámbito de los estudios. Constatan cómo, por ejemplo, a partir de esta presencia masiva femenina, todo cambia, comenzando por el propio espacio laboral: se alteran su posición en el mundo, las relaciones familiares, el valor del dinero, el significado del tiempo, el sentido de la actividad frente a la pasividad –incluso en las relaciones sexuales-, la concepción de la política y, también, la interpretación del hecho religioso.

Nos recuerdan, por ejemplo, cómo, mientras la fascinación en imitar a Dios era algo típicamente masculino, cómo la concepción tradicional de la paternidad, de la actividad artística (creación) y de la política se orientaba hacia la meta de llegar a ser y a hacer como Dios, en el pensamiento femenino, por el contrario, prevalecía la relación amorosa o la relación unitiva con Dios. Opino que es el momento de preguntarnos si el modelo emergente de mujer que descalifica la pasividad generará también un nuevo tipo de interpretación filosófica, una alteración de modelos de relaciones sociales y una transformación de las reglas de juego en la política y en la religión.

Viernes, 8 de marzo, de 2002

Despedida

Aunque se marchan silenciosamente, sin apenas gesticular y disimulando la honda pena que sienten en sus entrañas; aunque hacen mutis con una mirada de dignidad y desprovista de los ritos convencionales, creo que somos nosotros -sin duda alguna menos discretos que ellas- los que deberíamos tomar la iniciativa para gritar con fuerza un "adiós" colmado de reconocimiento y cargado de gratitud. La marcha de las Siervas de María abre en nuestra ciudad un profundo agujero y nos produce cierta sensación de amargo desamparo. Si los huecos físicos que dejan los edificios demolidos se llenan de manera mecánica, los vacíos humanos resultan imposibles de ocupar.

Estas mujeres sencillas, entregadas al culto del servicio a los enfermos, cambiando el horario natural del trabajo y, sobre todo, invirtiendo el orden jerárquico de nuestros valores materiales, nos han explicado durante más de un siglo, una elocuente lección de servicio, de disponibilidad y de solidaridad. En estos tiempos en los que tanto confiamos en la eficacia de los medios de comunicación y en la fuerza de las técnicas del marketing, el testimonio discreto, silencioso y nocturno de este puñado de mujeres nos origina una reflexión sobre los canales de transmisión propios de los mensajes humanos y

de los valores evangélicos. Es posible que su marcha nos ayude a descubrir la importancia de su trabajo, que su ausencia nos revele el sentido de sus vidas y que su recuerdo nos exprese el valor de sus renuncias. De la misma manera que algunos misterios sólo podemos explicarlos con el silencio y algunas verdades sólo las comprendemos con los hechos, las presencias sólo las valoramos plenamente con las ausencias. Se van estas mujeres que llevan grabadas en sus ojos –en sus almas- las imágenes de nuestras calles y los rostros de algunos de nuestros seres queridos, pero en muchos hogares, impregnados de su generosa piedad, seguirán resonando los leves ecos de sus palabras cariñosas y la luz cálida de sus pendientes miradas. Bajo las apariencias sencillas y detrás de los sentimientos humanos, laten realidades más profundas que difícilmente se pueden explicar con palabras.

Se nos marcha un grupo de mujeres que han vivido con nosotros las experiencias más intensas de los grandes problemas de la vida y de la muerte; que han compartido las vivencias del dolor y del amor, del sufrimiento y de la debilidad; que nos han definido la fraternidad, no a través de conceptos, sino de gestos. Nos dejan unas hermanas que nos han explicado una lección de dignidad, gratificante y profundamente liberadora, una enseñanza de servicio que engrandece y ennoblece al ser humano, en un mundo en el que no todo va bien. Su testimonio radical es fruto de una vocación audaz y de una decisión adulta. Su fuerza, su coraje, su serenidad y su alegría, nos estimulan para seguir creciendo. La tristeza de esta despedida se mezcla con el recuerdo agradecido. La memoria, efectivamente, sigue siendo una forma de permanencia.

Viernes, 15 de marzo de 2002

La felicidad

En el comentario de hoy, abro un breve paréntesis en la galería sucinta de esos retratos dibujados a lápiz de algunos de nuestros rostros familiares y corto, provisionalmente, esas instantáneas impresionistas en las que plasmo, con trazos rudimentarios, mi visión de hechos cotidianos. De manera rápida e improvisada -como tú me pides- responderé a tu directa y urgente pregunta: ¿Existe la felicidad? Te contesto: sí.

Te aseguro que, en esta ocasión, no he pedido ayudas a teorías acreditadas ni a doctrinas probadas. Mi respuesta -inmediata, ingenua e irreflexiva- sólo se apoya en la experiencia personal: en la mía, en la tuya, en la nuestra. Traigo a la memoria algunos de esos momentos intensos en los que, extasiados, la hemos disfrutado y, también, recuerdo ese estado de ánimo permanente, ese bienestar razonable, inseguro y tenue que hemos alcanzado -eso sí- desarrollando unos esfuerzos ímprobos. Tú has podido comprobar cómo, apoyándonos mutuamente, es posible mantener los equilibrios inestables de la convivencia, prolongar los días huidizos y ahondar los fugaces minutos de nuestra corta existencia.

Tú -igual que yo- has gozado de esas chispas instantáneas, conmovedoras y fascinantes, que nos habían producido una simple mirada

penetrante, un gesto complaciente, una suave caricia, una sosegada meditación, un encuentro afortunado, una compañía grata, un intenso silencio, la armoniosa cadencia de una melodía musical o, simplemente, la luz matizada de cualquier atardecer; tú -igual que yo- te has deleitado con esas partículas minúsculas, densas y sabrosas, que eran capaces de sazonar todas las fibras de nuestra existencia humana; tú -igual que yo- has saboreado los aromas sutiles, excitantes y sugestivos que han transformado nuestra visión de la vida.

Pero, también, tú tienes constancia probada de la posibilidad -de la urgente necesidad- de alcanzar el nivel aceptable de una dicha durable. Para lograrlo, tú -igual que yo, limitación e historia- tienes que aceptar los estrechos límites de tus espacios, superar las arduas dificultades de tus tiempos, dominar a los feroces enemigos de tu identidad y pagar los altos costes del desánimo, de la indolencia o de la apatía: no tenemos más remedio que trabajar, luchar y sufrir. La felicidad es una meta suprema y un objetivo irrenunciable que, tenaz y paradójicamente, hemos de perseguir y alcanzar mientras que, ansiosos, recorremos los caminos zigzagueantes de un mundo dislocado y mientras que, fatigados, subimos las empinadas sendas de un universo desarticulado. Ya sé que tú -igual que yo- abrigas la profunda convicción de que algunos tesoros humanos, los más valiosos, no pueden ser devaluados por el desgaste de la rutina, por el deterioro de las enfermedades ni, siquiera, por la decadencia de la senectud. Viernes, 26 de abril de 2002

Los Hijos de Don Pepito

El acto de lectura de microrrelatos y de poemas que, organizado por el Vicerrectorado de Extensión Universitaria y patrocinado por el Ayuntamiento de Barbate, se ha celebrado el martes pasado en la Casa de la Cultura de aquella localidad, sirve de elocuente ilustración de varios principios elementales que, desgraciadamente, no siempre se tienen en cuenta en la elaboración de los programas de actividades culturales.

El número tan elevado de participantes, la alta calidad media de los textos y el entusiasmo con el que el público acogió la lectura de los miembros de la Escuela de Escritoras y de Escritores de nuestra Universidad ponen de manifiesto que, si aplicamos la imaginación, el sentido común y la buena voluntad, es posible desarrollar programas atractivos, sencillos, prácticos y baratos.

Este acto tan fácil de montar constituye, a mi juicio, una prueba más de que la Universidad, además llevar a cabo sus tareas investigadoras y docentes, puede ejercer un servicio eficaz de colaboración con las demás instituciones públicas y privadas, en la realización de actividades culturales serias, amenas e instructivas, sin necesidad de disponer de cuantiosos presupuestos

económicos ni de incluir en sus carteles a despampanantes superestrellas del firmamento publi-literario.

Si partimos de la base de que los contribuyentes, los destinatarios y el ámbito geográfico de estas instituciones públicas son comunes, y si reconocemos que nuestros medios son escasos, hemos de lograr que nuestras acciones sean coordinadas, convergentes y complementarias. Uniendo esfuerzos y reuniendo medios, se reducen costos y se multiplican las ganancias.

Opinamos que deberíamos estimular una reflexión seria y conjunta, y un diálogo abierto y generoso para esbozar, entre todos, un plan de intercomunicación de bienes y de recursos culturales. La dispersión -inevitable- de nuestra Universidad, y la diversidad -irreductible- de nuestra Provincia, en vez de ser una permanente fuente de lamentaciones y una inagotable cantera de excusas, ha de funcionar como estimulante acicate para la creación de una enriquecedora red de conexiones. Por este camino intermedio entre el concepto verbenero y la idea elitista, lograremos desacralizar la cultura sin banalizarla. De esta manera, nos acercaremos a un modelo de universidad más humana y más humanista, más sociable y más social, más comunicativa y más comunicadora, más servicial y más servible. Estas son algunas coordenadas de la Nueva Universidad -plural y sin dirigismos- que requieren los tiempos actuales y que demanda nuestra sociedad real. Si pretendemos construir edificios sólidos, bellos y confortables hemos de cuidar, de manera permanente, los cimientos para que no nos ocurra lo que el dicho popular atribuye a los hijos de Don Pepito: “que -ufanos y contentos ellos- iban descalzos y con corbata”. Viernes, 17 de mayo de 2002

Sufrimiento

Estoy sorprendido por las interesantes preguntas y por las sugerentes cuestiones que los lectores me han propuesto al hilo de las ideas vertidas en el artículo sobre la existencia de la felicidad. Como es natural, muchas de las opiniones no coinciden con mis planteamientos, de la misma manera que las experiencias en las que aquéllas se apoyan son diferentes e, incluso, opuestas a las mías. No caeré en la pretensión -errónea e inútil- de defender con argumentos una convicción basada, como ya indiqué, en mi experiencia personal sólo válida para mí y para aquellos que la hayan vivido de manera análoga.

Aprovecho, sin embargo, la oportunidad para aclarar algunas confusiones que en varios comentarios sobre los obstáculos de la felicidad se repiten en las cartas que he recibido. Hemos de reconocer que las enfermedades, los dolores y los sufrimientos -aunque sean realidades humanas estrechamente relacionadas- nos son manifestaciones idénticas.

Las enfermedades son afecciones comunes a todos los seres vivientes -a las plantas, a los animales y a los humanos-; son unos avisos que, amenazadores, nos anuncian la muerte; son las advertencias que, insistentes, nos recuerdan que somos débiles frente a la fuerza agresora de la naturaleza, y

son unos síntomas que, claramente, nos revelan que llevamos encerrados en el interior de nuestras entrañas los enemigos de nuestra propia supervivencia. Los dolores los padecemos todos y sólo los seres animados –no las plantas- y constituyen llamadas de atención de mal funcionamiento de las piezas de nuestro complejo organismo; son las alertas que se encienden para comunicar el fallo de algún órgano; son las señales que nos alertan de que algún mecanismo corporal está estropeado.

Los sufrimientos, en el sentido estricto, son propiedades peculiares de los seres humanos; son ambivalentes prerrogativas que nos distinguen de los demás vivientes y nos afligen a los seres humanos; son las resonancias negativas, los ecos profundos –racionales e irracionales- de los dolores físicos, de las agresiones psicológicas o de los ataques morales: los dolores atacan el cuerpo y los sufrimientos hieren el alma. El sufrimiento es una operación de la mente que interpreta el dolor y mide sus dimensiones; es una reacción de la conciencia a los estímulos desagradables; es una respuesta humana en la que interviene de manera directa la inteligencia, la imaginación y, sobre todo, la emotividad. Pero el sufrimiento es, además, una de las vías más seguras y directas para penetrar en el fondo secreto de las realidades humanas, una clave segura para conocer el sentido profundo de los sucesos. Baudelaire, con vigor, entusiasmo y hondura, nos dice que la verdad reside en el sufrimiento, en el dolor que es la nobleza más ilustre: la única aristocracia de este mundo, que completa y humaniza turbadoramente la visión de las cosas.

Viernes, 24 de mayo de 2002

Despedirse

Por lo visto y por lo oído, despedirse a tiempo es una destreza extraña y un proceder poco común. Y es que, en contra de lo que se suele afirmar, “mandarlo todo al diablo, a paseo o al quinto cuerno” y “dar un portazo”, más que un gesto de cobardía puede ser una prueba de valor.

La decisión de “dimitir” exige, en la mayoría de los casos, lucidez, libertad de espíritu, valentía y, a veces paradójicamente, ser fiel a los compromisos básicos y, sobre todo, a la propia conciencia. Se requieren muchas dosis de atrevimiento para romper con todo, para huir de las esclavitudes y para escapar al vacío. Por eso nos ha sorprendido tan gratamente la decisión automática de dejar la vida política del primer ministro francés, el socialista Lionel Jospin, tras conocer los resultados de la primera vuelta de las últimas elecciones a la presidencia de Francia se despidió de sus colaboradores diciendo: “Me voy con serenidad”.

La mayoría de la gente -me comenta Pepe- fija con precisión la hora del comienzo de sus actividades, pero no preven el momento de la terminación. Algunos psicólogos achacan esta indecisión a una inseguridad vital que se manifiesta en timidez, en bloqueo, en torpeza de expresión, en miedo a quedarse solo o, incluso, en falta de imaginación. ¿Será eso lo que les ocurre a

los políticos carismáticos, a los conferenciantes insufribles y a las visitas pesadas? A mí me asustan, sobre todo, los que dan razones éticas para no despedirse. Creo que son más peligrosos aquellos que se agarran a la poltrona por un deber de conciencia, por la fidelidad a la llamada de Dios o por la lealtad a los líderes: por responder a la vocación sobrenatural o por obedecer a llamada de la patria.

Estoy convencido de que, para renovar la vida de los grupos humanos, todavía más necesario que reinventar nuevas fórmulas o establecer principios diferentes es preciso cambiar los rostros de los dirigentes. Si es verdad que la experiencia es un capital que hemos de saber rentabilizar, también es cierto que los problemas nuevos requieren soluciones inéditas y manos diferentes. Los gobernantes se cansan o, lo que es peor, se acostumbran a mandar, pero los súbditos se saturan y se empachan cuando durante mucho tiempo están viendo las mismas caras. En Francia, según los analistas políticos, los electores sentían "fatiga".

Hemos de reconocer que estamos mejor dispuestos y educados para decir que sí que para decir que no; para empezar que para terminar, para aceptar los cargos que para presentar la dimisión. José Carlos se pone más trascendente y afirma que, en nuestra cultura occidental, no nos han educado a bien morir. Probablemente tendremos que hacer como Lola cuando ponía la escoba "bocarriba" detrás de la puerta para así conseguir que María se despidiera.

Viernes, 7 de junio de 2002

La gente importante

Antes de seguir con los retratos, permíteme que te responda a tu oportuna pregunta. Pretendes conocer el criterio que aplico para elegir a los personajes y -lo que es lo mismo- quieres saber cuáles son los rasgos que, de ellos, atraen mi atención. "¿Por qué -me dices- te ha dado ahora la manía de retratar a gente sin importancia?" "¿No habíamos quedado en que la Historia -con mayúscula- es la narración de hechos importantes realizados por gentes importantes?" "Yo creía -afirmas- que en los periódicos sólo salían los personajes célebres: los grandes políticos, los científicos eminentes, los artistas geniales, los deportistas campeones, los santos venerables o los héroes valerosos".

En mi opinión -te contesto- las letras mayúsculas de los episodios nacionales, los atuendos vistosos de las personalidades eminentes y los gestos solemnes de los actos suntuosos velan la naturaleza real de sus cualidades substanciales; ocultan la esencia íntima de los valores humanos. La calidad de una persona y la categoría de un pueblo -igual que ocurre con el sabor de un plato bien condimentado- dependen de cualidades morales que están ocultas en las entrañas íntimas de su conciencia.

Esta es la razón por la que me interesan las personas más que los personajes. Me fijo en los seres que, impropiamente, llamamos “anónimos”: en esos individuos ignorados que, aunque no exhiban títulos rimbombantes, poseen, como es natural, nombres y apellidos. Fíjate cómo, cuando me refiero a políticos, científicos, artistas, sacerdotes o deportistas, destaco, sobre todo, esas cualidades escondidas que definen su talante más que su talento, su ética más que su estética, su bondad más que su santidad, su sencillez más que su grandeza, su sobriedad más que su exuberancia, sus silencios más que su elocuencia y su discreción más que su pedantería. Por eso les presto mayor atención cuando, en el atardecer de sus vidas, ya jubilados o fallecidos, han descendido de los elevados sitiales, han abandonado las confortables poltronas y se han despojado de ornamentos, de capisayos, de insignias y de galones. Entonces es cuando podemos descubrir la verdad que llevan dentro.

Pero es que, además, muchas de las personas sencillas, sólo conocidas y apreciadas en los ámbitos familiares -los individuos modestos que no han sido beatificados en procesos canónicos ni santificados oficialmente por las curias políticas, periodísticas o académicas- están dotadas de una serie de valores que las hacen dignas de ser reconocidas, respetadas, admiradas y, en la medida de lo posible, imitadas.

Ya he confesado a algunos lectores que mi propósito no es componer apologías o panegíricos, destinados a elaborar un santoral laico o un martirologio patriótico, sino, simplemente, sacar a la luz las virtudes sencillas que dotan de consistencia y proporcionan solidez a las vidas normales de los seres comunes, de las personas ordinarias, que conviven con nosotros y que escapan a la arbitrariedad de la existencia. Viernes, 21 de junio de 2002

Cirugía estética

Aunque es cierto que, en la actualidad, el negocio dedicado a los cuidados corporales está obteniendo en España un notable auge, no podemos olvidar que el afán por mejorar el aspecto físico para gustar a los demás y, sobre todo, para gustarse a sí mismo, es un hecho permanente desde el comienzo de la civilización humana.

La Historia nos muestra cómo, en todos los tiempos y en todos los lugares, los hombres y las mujeres han buscado fórmulas para resaltar sus encantos y para disimular sus defectos. Recordemos, por ejemplo, cómo la reina de Egipto, Cleopatra, se aplicaba abundantes cosméticos elaborados con cenizas, con tierras y con tintes. Y, corriendo el tiempo, los hombres del siglo XVIII usaban cuidadas pelucas para cubrir la calvicie producida por los productos que se empleaban para matar a los piojos.

En la actualidad, es variadísima la cantidad de artículos cosméticos y de productos dietéticos que prometen paliar las marcas del paso del tiempo: cápsulas de vinagre de manzana para rebajar kilos, geles reafirmantes de pechos, cremas para eliminar arrugas, tónicos faciales, pomadas para endurecer los glúteos, ungüentos para fortalecer los músculos y potingues para evitar la piel naranja.

Pero, según la publicidad, el procedimiento más eficaz -y, también, el más caro y el más peligroso- es la cirugía estética: una especialidad de la cirugía plástica, dedicada a restaurar la forma y la función de las estructuras del cuerpo humano. Progresivamente va aumentando el número de hombres y de mujeres que, influidos por los anuncios espectaculares, acuden a los quirófanos para que les acorten la nariz, les reduzcan las orejas, les eliminen la papada, les supriman los michelines, les estiren los pómulos o les disimulen las ojeras o, en resumen, les proporcionen una careta de plástico. Resulta sorprendente, sin embargo, la escasa preocupación que se advierte por lograr una expresión agradable, una mirada amable o una sonrisa dulce. A nuestro juicio, la cualidad más importante y más difícil de conseguir es esa transparencia del rostro que revela un alma serena y un espíritu tranquilo, esa luz del semblante que desvela un temperamento equilibrado y una profunda paz interior.

La belleza humana es una imagen visible que nace en el fondo de la conciencia; la elegancia es, no lo olvidemos, un lenguaje que, dotado de significante y de significado, habla, transmite y comunica mensajes; la armonía entre los miembros corporales resplandece cuando es el reflejo directo del equilibrio de las facultades espirituales, cuando descubre los sentidos profundos que orientan toda la vida. Por eso, se concentra en el brillo de una mirada limpia y se difunde en el resplandor de una sonrisa tranquila. ¿Por qué -nos preguntamos- para lograr una expresión más agradable, más atrayente y más serena, no desarrollamos el mismo esfuerzo que desplegamos, por ejemplo, para disimular una arruga? Viernes, 5 de julio de 2002

Tradiciones

Aunque es cierto que las tradiciones pueden ser legados valiosos, herencias dignas de ser conservadas, respetadas y veneradas por la posteridad; y aunque también es verdad que, a veces, resultan instrumentos claves para interpretar el sentido de nuestra cultura actual, no siempre podemos afirmar que, por el simple hecho de que unos objetos los hayan usado nuestros antepasados, sigan siendo útiles en la actualidad, o que unas creencias, por la razón de que hayan sido veneradas por nuestros mayores, constituyan valores supremos o principios inamovibles.

El hecho de que una costumbre se remonte a "toda la vida de Dios" o de que la siga practicando "todo el mundo", no demuestra por sí sola que deba ser respetada ni conservada. Todos los adultos tenemos experiencias de que algunos instrumentos o algunas pautas, consideradas durante largos siglos como creencias inquebrantables o como normas inalterables, se han desvanecido cuando ha cambiado el contexto sociológico o se han alterado las condiciones económicas. Fíjense cómo, a pesar de la resistencia de los inmovilistas, se han perdido los velos en las iglesias, las capas en las fiestas de sociedad, las sotanas de los curas, los cerquillos en los frailes, el soplador en la cocina, el quinqué en el comedor o la peinadora en la alcoba; ya los

médicos no recetan el aceite de ricino para los empachos ni el de hígado de bacalao para engordar. Algunos de estos objetos sólo quedan como decoraciones de paradores o como reliquias nostálgicas que nos recuerdan que los tiempos pasados no fueron mejores para la mayoría de los humanos.

Pero, además, también sabemos que una serie de usos tradicionales como, por ejemplo, la clitoridectomía, la ablación o extirpación del clítoris y otros usos destinados a eliminar, a reducir y a controlar la sexualidad de la mujer, son inmorales, inhumanos y, por lo tanto, "dignos" de ser eliminados. Esta práctica, a pesar de que constituye un hábito que se remonta a la más arcaica antigüedad y, aunque se practica en más de veinte países africanos, a pesar de ser una tradición atávica, es una superstición que, mezclada con prejuicios culturales y con convicciones religiosas, debe ser considerada como brutal agresión a los derechos humanos.

Para defender este ataque a la dignidad de la mujer como ser humano o para explicar esta mutilación corporal que tan graves consecuencias físicas y psicológicas arrastran, no podemos esgrimir el argumento histórico de que es un rito que se practicaba en el Egipto de los faraones ni aducir la prueba sociológica de que en el mundo son más de 120 millones las mujeres mutiladas genitalmente. Los hechos sociológicos y los hábitos culturales no constituyen razones válidas para aceptar comportamientos inhumanos ni tratos vejatorios. Las prácticas antiguas y los usos tradicionales no siempre son valiosos sino que, a veces, son, simplemente, viejos, perniciosos y despreciables.

Viernes, 19 de julio de 2002

Los poetas críticos

Tienen razón, en mi opinión, los escritores que, tras haber gastado varios años de su vida en urdir pacientemente un libro, sufren los airados reproches, las despectivas quejas y las inconsistentes censuras de los irritados profesionales de la descalificación. Esas críticas feroces son, a veces, desahogos pestilentes de frustrados poetas o, lo que es peor, embestidas descontroladas de simples amargados de la vida, de frustrados escritores que tratan de compensar sus carencias y de escupir sus malos humores con violentas agresiones y con rotundos anatemas.

Frecuentemente estos síndromes los sufren algunos aspirantes a escritores -carentes del sentido autocrítico- que, por no haber superado los traumas de su niñez o por no haber restañado las heridas de su adolescencia, cuando encuentran la oportunidad de publicar sus escritos -aunque sea en volanderas hojas- no pueden reprimir sus impulsos de poner verdes a todos los escritores que no son de su camarilla.

Nos dan la impresión de que no soportan el éxito y la fama de los demás y, lo que es peor, nos muestran que, con los años, sus odios y sus fobias, sus temores y sus rencores se hacen más evidentes y sus complejos parecen ya irreversibles. Estas críticas nos hablan mucho más de ellos mismos que de los

libros que comentan. Es probable que estos impulsos incontrolados sean los síntomas evidentes de una irreprimible tendencia a atribuir a los demás sus múltiples defectos y sus profundas carencias. Lo cierto es que, a algunos críticos amargados y resentidos no les gusta nada ni aceptan a nadie.

Pero nos sorprende más aún la fiereza con la que algunos poetas agreden a otros cuando ellos hacen de críticos; y nos asombra, sobre todo, la bravura con la que luchan por derrocarse mutuamente, por desprestigiar a los que no comulgan con sus tendencias o no navegan por sus corrientes. ¡Qué pena que, en vez de cuidar más sus propias composiciones -su expresión y su intensidad-, muchos poetas gasten inútilmente sus energías en desprestigiar a sus colegas, y qué lastima que, en lugar utilizar su imaginación para construir imágenes originales, la exploten para lanzar dardos venenosos contra los vecinos que están fuera de sus banderías!

Confieso, sin embargo, que, más que el contenido de sus juicios, me preocupan y me entristecen el tono solemne y la inflexión despectiva de sus violentas manifestaciones porque, más que criticar, estos señores lo que hacen es llorar, lamentarse, censurar, gruñir y murmurar agriamente. Son como esos abonados al tendido nueve de la Monumental de Madrid, que van a las corridas sólo para gritar desde sus incómodos asientos contra todos los toreros porque no se arriman suficientemente, contra todos los toros porque sus cuernos nos son suficientemente afilados, contra el presidente de la corrida, cuando concede una oreja y contra el resto del público porque no entiende de toros.

Viernes, 26 de julio de 2002

El tiempo ajeno

¿Se han fijado ustedes la facilidad con la que, cuando un ciudadano cualquiera accede a un puesto de poder, por muy insignificante que sea, se siente capacitado para disponer del tiempo de los demás? Si, por ejemplo, un director, un delegado o un concejal pretenden entrevistarse con usted para pedirle una colaboración, es posible que lo cite en su despacho a la una de la tarde y es probable, incluso, que él no comparezca o que lo haga media hora más tarde. Si usted, simplemente, le muestra su extrañeza, la "autoridad" se sorprenderá de que no comprenda que él tiene otros muchos asuntos más importantes que resolver. Este comportamiento constituye, a mi juicio, un serio desconocimiento del valor del tiempo de los otros, una grave irresponsabilidad y, sobre todo, una permanente fuente de tropiezos y de desencuentros. Algunos despistados aún no se han dado cuenta de que, si, tradicionalmente, el objeto de las luchas eran los espacios, en la actualidad, la mayoría de los conflictos familiares, sociales y políticos tiene su origen en el empleo del tiempo, el capital más importantes de la vida humana.

Opino que, si aceptamos este principio, deberíamos redefinir varios de los conceptos referidos a la vida comunitaria como, por ejemplo, los de "convivencia", "colaboración" y "dominio". Desde esta perspectiva, podemos

afirmar que convivir significa acompasar razonablemente el propio tiempo con los tiempos de los demás. La educación y la maduración humanas consistirán, en consecuencia, en desarrollar esta destreza, sobre todo, cuando pretendemos ofrecer hospitalidad o solicitar colaboración. La hospitalidad y la colaboración son dos cuestiones estrechamente vinculadas al respeto del tiempo de los demás; más, incluso, que al respeto de sus espacios y de sus objetos.

Los que pretenden llegar a acuerdos de colaboración, ofrecer servicios y pedir ayudas a otros han de tener muy claro que, de la misma manera que los rasgos físicos y los caracteres psíquicos son diferentes -todos ellos respetables- cada uno de nosotros posee su propia medida del tiempo que, en la mayoría de los casos, no coincide con el de los demás. Por eso los que cambian nuestra velocidad particular, los que adelantan o retrasan el ritmo de nuestras vidas nos resultan molestos e inoportunos. La convivencia y la colaboración se hacen difíciles entre quienes se interponen múltiples disonancias temporales. Nos suenan ya a tópicas las discusiones entre los miembros de una pareja que, por ejemplo, poseen diferentes temperaturas, pero mucho más incómodo es convivir con quien es más lento o más rápido, con quienes habitan una temporalidad que nos resulta extraña o nos parece impropia. En la actualidad, hemos de demostrar el respeto a las otras personas -sea cual sea su categoría profesional o social- mediante el ejercicio de las virtudes temporales como la paciencia, la sincronía y la puntualidad. Imponer nuestros tiempos a los demás es, no sólo una falta de respeto, sino también un modo de despreciar, de aprovecharse o de jugar con sus patrimonios más valiosos.

Viernes, 9 de agosto de 2002

Las palabras vacías

En nuestra práctica cotidiana de la conversación podemos comprobar cómo las palabras son unos recipientes amplios que, como si fueran cocteleras trasparentes, cada interlocutor, al pronunciarlas o al escucharlas, las llenan y las vacían permanentemente de diversos significados personales. El valor de las palabras depende, en gran medida, de la huella afectiva que le produce al que la emplea la realidad a la que aquélla se refiere. Las múltiples experiencias de los hablantes y las diferentes circunstancias que concurren en sus vidas, determinan que los objetos, los sucesos y las palabras que a ellos se refieren, se tiñan de colores, adquieran sabores y provoquen resonancias sentimentales que, no lo olvidemos, constituyen el fundamento más profundo de sus juicios, de sus actitudes y de sus comportamientos. Las palabras las vivimos o las malvivimos, nos nutren o nos enferman.

Las palabras poseen un fondo permanente, que es el que figura en los diccionarios, pero, además, se llenan de esos otros significados emocionales que son mucho más importantes y más poderosos. Son valores que los enriquecen y los convierten en eficaces instrumentos de la construcción y de la destrucción del cada ser humano y de la sociedad.

¿Qué sentido tienen, por ejemplo, las palabras “mar”, “río”, “montaña”, “valle”, “hombre”, “mujer”, “niño”, “anciano”, “amor” u “odio”? ¿No es cierto que las palabras, poseen unos sentidos diferentes que se los damos los hablantes y los oyentes, cuando establecemos la comunicación, cuando integrándolas en la cadena de un discurso, las usamos como vehículos para transmitir nuestras ideas, nuestras sensaciones o nuestros sentimientos, como vínculos para unirnos, como látigos para agredir o como pistola para matar? La palabra “mar” no significa lo mismo pronunciada por un pescador de Barbate, por un pasajero de un trasatlántico de lujo o por un cordobés que veranea en Conil de la Frontera.

Los vocablos, efectivamente, no están completamente llenos hasta los pronunciamos y los escuchamos. Es entonces cuando las palabras adquieren sustancia humana, calor vital y vibración emocional, de la misma manera que las cuerdas de una guitarra sólo expresan sensaciones, sólo transmiten sentimientos, cuando unos dedos maestros las acarician.

Pero también es verdad que algunas palabras pueden estar vacías, son las que carecen de contenido humano: no nos hieren, no nos envenenan ni nos matan, pero nos aburren, nos hastían y pueden hartarnos, enojarnos e irritarnos. Son canales de meras flatulencias que, quizás, desahogan a los que las emiten, pero nos aburren a quienes las escuchamos. Las palabras, para que sean humanas, han de estar vivas, han de latir y tener temperatura. Hablamos y escribimos con experiencias y con imágenes, más que con gramáticas y con diccionarios.

Viernes 23, de agosto de de 2002

Sintonía escritora

Efectivamente -le repito a los sorprendidos lectores que me formulan la pregunta- ser escritor es algo más que ser redactor. Para redactar de manera correcta y clara, es suficiente que desarrollemos las destrezas del lenguaje escrito; que logremos el dominio de las normas ortográficas, de las reglas gramaticales y de las pautas léxicas. Pero, para que lleguemos a ser escritores, es necesario que estemos dotados, además de otras cualidades, de una singular capacidad de sintonía -mental, vital y práctica- con los lectores. La sintonía es la facultad de estar próximos, presentes y activos en la vida de nuestros interlocutores, y escribir, en el sentido más noble de esta palabra, es una manera eficaz de intervenir y de movilizarnos en favor de aquellos a los que comprendemos y con quienes consentimos.

Por muchos procedimientos lingüísticos y por muchos recursos literarios que empleemos, no lograremos ser escritores si carecemos de una peculiar sensibilidad para comprender a los lectores, para identificarnos con sus expectativas, sus demandas y sus necesidades; para acoger sus ruegos e intuir sus preguntas no expresadas; para compartir sus esperanzas, sus alegrías, sus frustraciones y los problemas de sus vidas cotidianas. Hemos de ser capaces de encontrar a los acompañantes que buscan soluciones, y hemos

de estar dispuestos a dialogar con los conciudadanos que experimentan, sobre todo, las punzadas de los dolores o las cuchilladas de las injusticias. Hemos de establecer con ellos lazos de relación y comunicación, y hemos de amarlos y de comprometernos con ellos física, psicológica y moralmente; hemos de desarrollar la capacidad -en una palabra- de servicio.

Escribir no es sólo traducir en signos gráficos sonidos articulados, sino penetrar en el fondo de la mente de los lectores para sintonizar con sus vivencias y para entrar en comunión afectiva: para sentir con ellos y dejarnos afectar por sus sentimientos, poniéndonos en su lugar y asumiendo su situación. Al con-sentir con ellos, además de enriquecer nuestra propia humanidad, logramos saber qué pasa dentro de nosotros mismos e, incluso, conseguimos que nuestra escritura sea más auténtica y más transparente; al penetrar en la profundidad de su intimidad, de sus alegrías y de sus dolores, nos acercamos a nuestra intimidad.

Estas son las razones por las que -sorprendido lector- defiendo que la escritura válida es el reverso de la escritura "narcisista". El que escribe de sí mismo manifiesta esa inmadurez que esconde su lacerante duda de si es digno de ser amado y respetado. Por eso trata de deslumbrar a los demás: para decirse a sí mismo -sin acabar nunca de creérselo- que vale. Por ello es tan sensible a la desaprobación y tiene tanta dificultad para estar pendiente de los demás. El escritor narcisista intenta reflejarse en todo lo que dice, corriendo el peligro de ahogarse, como Narciso, en su propio estanque.

Viernes, 20 de septiembre de 2002

Los nuevos retos de Cádiz

Si es cierto que la expansión industrial y el crecimiento económico de Cádiz han estado, hasta ahora, frenados topográficamente por nuestra carencia de espacios y por nuestra lejanía geográfica, también es verdad que los actuales instrumentos de información y las amplias autopistas de la comunicación dotan de una nueva dimensión a nuestros territorios, traspasan sin dificultad nuestras barreras físicas y nos proporcionan la posibilidad de acercarnos de manera instantánea al mundo entero. Las nuevas avenidas electrónicas, no sólo están transformando los mercados y la geografía de las empresas, sino que también, como ya aconteció con la revolución industrial, modifican la propia organización de la sociedad y, en consecuencia, alteran las condiciones laborales y las actividades económicas de las ciudades.

Si pretendemos superar nuestras naturales limitaciones territoriales y dar el salto cualitativo a la nueva economía, los gaditanos nos hemos de anticipar a otros centros geográficos y hemos de prepararnos ante el advenimiento de la sociedad de la información: hemos de elaborar planes y ponerlos en marcha cuanto antes.

Es cierto que en Cádiz no poseemos terrenos suficientes para ubicar empresas tecnológicas, pero sí contamos con medios para ampliar sin límites

los incentivos de la mayoría de las actividades ricas en conocimiento. Estamos convencidos de que nuestro futuro económico y social sería más esperanzador si los políticos, los empresarios y los intelectuales agudizaran la imaginación y coordinaran sus esfuerzos para crear, por ejemplo, nuevas titulaciones universitarias, modernos centros de formación de expertos en nuevas tecnologías, innovadores institutos de investigación aplicada, bibliotecas especializadas y, en resumen, si estimularan una producción cultural en el sentido más amplio y la edición de medios de comunicación, de multimedia y de actividades artísticas.

En estos tiempos de cambios profundos, para construir ese futuro que ya es presente y para no perder el tren de la competitividad, tendríamos que dotar a Cádiz de los instrumentos administrativos necesarios, capaces de coordinar y de impulsar el fomento de la nueva cultura, y las autoridades que nos representan y nos dirigen -que administran nuestros impuestos e interpretan nuestras aspiraciones- deberían evitar, a mi juicio, que sea únicamente el mercado quien decida este reto. La extensión del cable, la liberalización de las comunicaciones, el impulso a la cultura tecnológica y científica, el acceso al conocimiento y a las nuevas tecnologías han de converger en el camino que, a medio plazo, conduzca a resolver las deficiencias endémicas de este rincón tan reducido y tan alejado.

Pero para ello es necesario que, cuanto antes, dediquemos tiempo y esfuerzos a reflexionar en voz alta, a debatir, a elaborar planes conjuntos, a fijar objetivos compartidos, a buscar medios adecuados y a emprender acciones concretas y escalonadas. Viernes, 4 de octubre de 2002

La expresividad literaria

¿No le llama a usted la atención que un poeta no quiera llamar la atención? ¿No le extraña que un escritor sea callado, discreto y reservado? Según algunos críticos, los poetas suelen ser impulsivamente histriónicos e irreprimiblemente autocomplacientes. La mayoría estadística de ellos afirma que son poetas por vocación y por propia decisión: no han tenido necesidad de recibir una preparación especializada ni, mucho menos, un título oficial. Muchos están convencidos de que, efectivamente, tienen la posibilidad de convertir los deseos en realidad y de autoproclamarse "escritores", poniéndose el rótulo el mismo día en el que determinan escribir el primer verso. Acabo de recibir una carta en la que un entusiasta escritor me confiesa: "Yo descubrí mi vocación cuando me di cuenta de que no podía reprimir mis ansias de contar todos mis sentimientos; soy expresivo por naturaleza y necesito desahogarme escribiendo".

José Antonio Muñoz Rojas es un caso excepcional: a sus noventa y dos años, a pesar de haber escrito algunas de las obras más importantes de la lírica española de los últimos años (*Cantos a Rosa, Abril del alma, Antequera, norte de mi pluma* o *Salmo*) y aunque recibió el Premio Nacional de Poesía por su libro *Lúdico,* confiesa que no es poeta ni siquiera escritor profesional: "No me

gusta la publicidad- afirma-, estoy convencido, además, de que cuanto más se difundan nuestras vidas, más riesgos corremos de ser maltratados".

Resulta ya un tópico afirmar que estamos saturados de publicidad. Es cierto que los medios de comunicación son, sobre todo, soportes de anuncios y vehículos de propaganda, pero hemos escuchado a muchos lectores afirmar que la publicidad que más les irrita es la de aquellos escritores que aprovechan cualquier ocasión para, de "manera sutil", contarnos sus problemas personales, para relatarnos, con todo lujo de detalles, sus "interesantes" peripecias. Mariano Peñalver suele repetir que el escritor empieza a serlo cuando ya ha terminado de narrar su vida. La escritura, efectivamente, es una actividad diferente a la terapia proyectiva, es algo más que una válvula de escape de las emociones.

A nuestro juicio, la expresividad literaria tiene que ver mucho más con los lectores que con el autor de un texto: leemos con fruición una obra literaria, cuando retrata, interpreta y cuestiona nuestra vida; nos aburre, por el contrario, cuando nos relata los éxitos o los fracasos de un señor con el que nada tenemos que ver y, además, nos irrita, cuando no los cuenta con patente presunción o con disimulada jactancia.

Acabo de llegar a una conclusión: tengo que renunciar al proyecto de elaborar una relación de los poetas de la Provincia; ya pasan de cuatrocientas treinta y dos los que han declarado que lo son, y aún me queda por contabilizar cerca de la mitad de nuestro territorio provincial.

Viernes, 18 de octubre de 2002

Felicidades

Les deseo muchísimas felicidades. Sí; repito la frase tópica que todos pronunciamos o escribimos en estas fechas, pero me permito explicarles el sentido en el que la empleo. No les deseo que le toque el Premio Gordo de la Lotería; sería excesivo dinero y les complicaría la vida. ¿Se imaginan los problemas que se le plantearían con los bancos, con las acciones de bolsa e, incluso, con el reparto del premio entre sus hijos, yernos y nueras? Es suficiente que le toque un "pellizco para tapar algunos huecos" y para hacer algunos regalos. No les deseo tampoco una cena de Navidad excesivamente copiosa ni siquiera exquisita. A veces, los trastornos digestivos, la subida del colesterol y hasta los infartos de miocardio durante el resto del año, tienen su origen en el exceso de polvorones, de mariscos o de turrón durante estas fiestas navideñas. Controle, por favor, la ingestión de las bebidas alcohólicas, sobre todo, de las extranjeras y de las más caras.

Les deseo salud suficiente, tranquilidad de conciencia -psicológica y moral-, paz familiar y trabajo estable. Pero tampoco estaría mal que, de vez en cuando, sintamos algún dolor de cabeza, una leve molestia de estómago o, incluso, un pasajero resfriado. Estas cuitas nos hacen más comprensivos, más pacientes y más humanos. No nos vendría mal tampoco que el espectáculo de

tantos seres muriendo de hambre -usted sabe que no es una exageración demagógica- nos lastimara un poco nuestras sosegadas conciencias. Todos tenemos algo que decir y que hacer para equilibrar este mundo tan desquiciado. En la familia también nos viene bien que, de vez en cuando, discutamos y pongamos de manifiesto que cada uno es cada uno, que cada uno tiene su peculiar manera de pensar, de sentir y de actuar. Y creo que, a los que tenemos trabajo, no nos vendría mal que nos lo tomáramos con un poco más de ilusión, de calma y de paciencia, que mezclemos el esfuerzo con el ocio y la ocupación con el reposo. A lo mejor, trabajando menos, conseguimos que trabajen más.

Le deseo que si, por ejemplo, usted es rico, domine la ambición de riquezas, si es político controle las ansias de poder, si es deportista vigile las ganas de triunfo. Pero les advierto que estos deseos míos no están inspirados en una concepción ascética de la existencia humana sino que nacen de un planteamiento exclusivamente biológico, psicológico y ético. Sí; me estoy refiriendo a los infartos, a las neurosis y a las ansiedades. Estoy convencido de que nuestro bienestar se asienta, sobre todo, en un equilibrio de las sensaciones corporales y de las emociones espirituales, en una armonía de las relaciones familiares y sociales, en una coherencia de los comportamientos y de las convicciones, en una unidad entre el cuerpo y la mente.

Les deseo que reserve un tiempo para la reflexión tranquila, para la conversación animada, para la lectura pausada, para el disfrute sereno del arte y, sobre todo, para el cultivo esmerado de las amistades. Les deseo, queridos amigos, muchísimas felicidades. Viernes, 3 de enero de 2002

Cantera

¡Cantera!, ¡cantera!, ¡cantera!, gritaba a coro la afición en el último partido del Cádiz B en el Estadio Carranza, como pretendiendo proclamar su convicción de que la única senda viable para construir un club solvente es contar con nuestros propios recursos. Los cadistas con memoria, con sentido común y, sobre todo, con conocimiento del espíritu deportivo, de los condicionamientos económicos, de las resonancias sociales y de la naturaleza simbólica del fútbol actual, saben que la única solución del Cádiz Club de Fútbol, es la cantera. Un equipo es una agrupación de deportistas, una sociedad económica, un colectivo social y, también, un soporte de identificación colectiva. Cuando gritamos ¡Viva el Cádiz!, estamos diciendo ¡Viva yo! o, mejor, ¡Vivamos nosotros! Pero todos estos ámbitos están íntimamente interrelacionados y, para que funcionen, han de estar integrados en un proyecto global, fundamentados en una base sólida y orientados en una dirección unitaria.

Si se logra que los componentes de la directiva, del equipo técnico y de la plantilla sean mayoritariamente “canteranos”, la economía será menos deficitaria, la comunicación entre los miembros de la directiva, más fluida, el rendimiento de la plantilla más eficaz y la unión de la afición más estrecha.

Algunos periodistas han expresado sus temores de que el anuncio de un nuevo proyecto significara volver a empezar desde cero, desandar el camino recorrido y olvidar las reiteradas lecciones que la dilatada historia del Cádiz ha dictado. En el amplio índice onomástico de directivos, de entrenadores y de futbolistas del Club debería incluirse, en mi opinión, el lugar donde viven, los emolumentos que cobran y el rendimiento aportado. Sólo por citar unas muestras, podemos afirmar que con Ramón Blanco, David Vidal, Jesús Linares, Carlos Orúe o Juan Antonio Sánchez, como entrenadores; con Camas, Revuelta, Barla, Oliva o González, como técnicos y con Manolín Bueno, Miguel, Migueli, Andrés, Juan José, Mané, Acedo, Mejías, Cortijo, Calderón, Jose, Kiko, Quevedo, Arteaga, por ejemplo, el Cádiz nunca se ha equivocado.

Estamos convencidos de que, si la directiva escucha los gritos de la afición, si todos tenemos paciencia y si, como dicen los economistas, se logra un crecimiento sostenido, el Cádiz, aunque no gane siempre, no perderá nunca.

Viernes, 17 de enero de 2003

El levante y las encuestas de opinión

A pesar de que la filosofía tradicional suele definir al hombre como el animal racional, nuestras actitudes habituales y nuestros comportamientos cotidianos demuestran que somos fundamentalmente seres sensitivos y emotivos. En España -y probablemente en todo el Occidente- la mayoría de ciudadanos funcionamos a golpe se sensaciones y de sentimientos. Según los psicólogos, la mayor parte de las iniciativas que tomamos al cabo del día tiene como origen, no un razonamiento lógico, sino los impulsos incontrolados de las sensaciones y de las emociones.

Los primeros impulsos -y frecuentemente los últimos- proceden de una decisión global en la que interviene múltiples factores racionales e irracionales. Es comprensible que sea así, porque, además, las decisiones comportan ciertos riesgos ya que configuran la realidad de mañana, diferente de la que se decidimos hoy.

Esta es la razón que justifica que la Retórica moderna dedique su atención a unas destrezas que -como por ejemplo, la afinidad emocional, la armonía social, la empatía comunicativa o la adaptación- son habilidades psicológicas necesarias para lograr el fin de los discursos: la persuasión.

Pienso que -de la misma manera que los índices Nikkei o Dow Jones miden, más que la salud económica de los contribuyentes, su temperatura sentimental- los resultados de las encuestas demoscópicas reflejan, más que las ideas políticas, las aspiraciones profundas, las ilusiones inconfesadas y, sobre todo, los temores y los miedos cambiantes de cada momento. Cuando se desploman esos índices, es porque la gente está nerviosa, preocupada o disgustada.

Opino que el resultado de las encuestas son, en gran medida, el reflejo del estado de ánimo de los ciudadanos, del mismo modo que el levante se anuncia a través del reuma o de la neuralgia; y si no, que se lo pregunten a los alumnos del Colegio de doña Lola, del Callejón de la Cerería, o a los enfermos del desaparecido Manicomio de Capuchinos. Viernes, 31 de enero de 2003

San Pablo de Buceite

San Pablo de Buceite es una población viva y apacible, soleada y contenta; es una villa que, tranquila y esperanzada, palpita con la pujanza de sus gentes; es uno de esos pueblos cuyas casas y calles se han empapado con el talante abierto y con la condición emprendedora de sus vecinos. Situado en el borde de la Provincia de Cádiz y asentado en el centro de un frondoso valle poblado de naranjos, está en contacto físico y en comunicación humana con los pueblos más bonitos de la provincia de Málaga, con Gaucín, Algatocín, Benarrabá, Benalauría, Atajate y Ronda.

Está regado generosamente por río Guadiaro, que más que un agente geológico es un factor económico y, en cierto sentido, un elemento humano dotado de singular fuerza fecundadora: la presa de El Corchado, que almacena sus aguas y las libera mediante una red de canales distribuidos por toda la cuenca, lamina su caudal, evita los riesgos de inundaciones y las distribuye para el abastecimiento, para las pequeñas industrias, para el riego agrícola o para generar energía eléctrica.

Los días de sol y los atardeceres de primavera son momentos idóneos para pasear por el río a su paso próximo al pueblo. Su caudal irregular de violentas crecidas, sensible a las mareas, y los bajos arenosos de su complejo

cauce han marcado significativamente la pequeña e intensa historia de los pequeños propietarios y de los laboriosos vecinos.

Si sus parcelas revelan el esmero y el afán de sus habitantes, su configuración urbana constituye la prueba palpable de las estrechas relaciones de ósmosis, de simpatía y de intercomunicación afectiva que se establecen entre los espacios físicos y los seres racionales allí congregados. Si la cara es el espejo de alma, las calles amplias, llanas y rectangulares de este pueblo acogedor son los reflejos transparentes de la condición abierta, sencilla y lúcida de sus moradores que, procedentes de pueblos de las provincias de Granada y de Málaga, se sienten identificados con estas fértiles y agradecidas tierras. En cada esquina y en cada portal descubrimos aspectos singulares y comunes de la gran aventura humana vivida por sus habitantes más preclaros.

San Pablo de Buceite es la demostración palpable de que los espacios se humanizan, de que podemos saborear el paisaje, los olores, de la misma manera que lo hacemos con su gastronomía. Vivir allí, aunque sea por poco tiempo, es convivir; es participar de las inquietudes de siempre y de las esperanzas del porvenir pero, sobre todo, es disfrutar de esas gentes tan nobles, tan diferentes y tan iguales como José Manuel, Alfonso, María, José María, Juana, Salvador, Cristina, Pascual, Isabel, Felipe, Fernando, Lina, Emilio y tantos otros que luchan, que se sacrifican, que trabajan y que se aman. San Pablo de Buceite es un pueblo joven de ritmo apacible; es un paisaje para el deleite de los sentidos; es un espacio de convivencia, de diálogo y de colaboración; es una permanente invitación a la amistad, a la conversación, al sueño y a la poesía. Es un recuerdo y una ilusión.

Viernes, 14 de febrero de 2003

El tiempo de las mujeres

Aunque la historia de la humanidad y la experiencia personal de muchos de nosotros parecen confirmar lo contrario, en mi opinión, el tiempo es un factor más importante que el espacio para el logro de nuestro bienestar humano. La cantidad, la calidad y el ritmo del tiempo determinan, en gran medida, el nivel de felicidad posible y el grado de satisfacción personal. Pero, ¿cómo -me pregunta Juan- podemos ganar tiempo? Opino que la mejor manera de gastar el tiempo es comprando tiempo. El Estado, las empresas y los clientes adquieren nuestro tiempo a cambio de dinero con el que la mayoría compramos independencia, espacios y objetos; pero no siempre ni todos advertimos que el mayor bien que podemos adquirir es el tiempo -el tiempo libre para dedicarlo a nosotros mismos o para donarlo a los demás, para pensar, para conversar, para escribir, para descansar, para disfrutar o para soñar-. El tiempo libre vale más que, por ejemplo, un campito en Chiclana, un nuevo automóvil o un televisor panorámico.

Es cierto que las estadísticas nos dicen que las mujeres están ocupando progresivamente mayores espacios públicos -laborales, políticos, culturales, artísticos y sindicales-, pero también es verdad que, en la mayoría de los casos, por el hecho de que, además, se encargan de las labores domésticas, del

cuidado en exclusiva de los niños y de la atención a los enfermos y a los ancianos, el tiempo -su tiempo- se está reduciendo de forma peligrosa.

La solución de este problema grave radica en el nuevo reparto de las tareas y en la redistribución de las funciones domésticas. Mientras que los hombres no adquiramos plena conciencia de que el cuidado y el mantenimiento de los espacios domésticos y de las tareas familiares han de ser repartidos, el solo hecho de la irrupción femenina en el mercado laboral -aunque abra una vía de integración social y de liberación personal, aunque suponga un avance cualitativo- no garantiza por sí solo la igualdad real con los hombres. No hay dudas de que, para favorecer un mayor equilibrio entre las ocupaciones de los hombres y de las mujeres, se tendrá que avanzar considerablemente en la regulación de los horarios de trabajo e, incluso, en la redefinición de la productividad, pero, posiblemente, el escollo más difícil de sortear es el de la mentalidad de la mayoría de los hombres y, también, el del pensamiento de muchas mujeres sobre sus respectivos y tradicionales papeles en la familia y en la sociedad. Es necesario que, ante el actual panorama de "parejas biactivas", se produzca un efectivo reparto de tareas y una nueva conciliación de deberes entre cada uno de los miembros de la unidad familiar.

Como afirma María Dolores Ramos Palomo, Catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad de Málaga: "una persona que no es dueña de su tiempo, difícilmente puede ser dueña de su vida". Me permito recomendarles el libro titulado *"El tiempo de las mujeres"*, cuya autora, Dominique Méda, dirige en la actualidad el gabinete de investigación del Ministerio de Trabajo francés. La editorial Narcea acaba de publicar una cuidada traducción.

Viernes, 14 de marzo de 2003

La Peña del Ciervo

La Peña -paraje rural de Tarifa y el extremo más meridional de todo el occidente europeo- es uno de los mosaicos naturales más bellos de nuestro territorio español. Es el punto más cercano a África y la encrucijada en la que se mezclan el Mar Mediterráneo y el Océano Atlántico. En este paisaje confluyen las desembocaduras de río de la Jara y de los arroyos de la Vega y del Salado cuyas dulces aguas, al unirse a las saladas que traen las mareas, forman caprichosas marismas y cambiantes dunas. Allí descansan y reponen sus reservas las aves migratorias que, tras sobrevolar la Península, se dirigen hacia las tierras cálidas del continente africano. Desde allí, acompañados de Sebastián González Araújo, hemos contemplado la singular península llamada Isla de las Palomas o Punta Marroquí, una atalaya del Estrecho a cuya espalda está situada la Sierra de Enmedio, un conjunto de montes que alcanza el mar justamente en la Torre de la Peña del Ciervo, la "Highar Eggel" de los moros, como la llama Richard Ford.

Este escenario constituye un mundo completo desde donde Sebastián, cuando aún no había cumplido los siete años, vislumbraba otros horizontes espaciales y temporales más amplios y más prometedores, otros mundos más fascinantes y más atractivos: la carretera general por la que podría viajar a las

tierras más remotas, y el mar continuamente cambiante, que constituía una permanente invitación a los cambios más trascendentales. Contemplaba, en primer plano, los coches que circulaban velozmente en las dos direcciones; en segundo plano, los diminutos barcos pesqueros que se acercaban lentamente al puerto de Tarifa y, en el fondo, divisaba los montes de Marruecos. Disfrutaba sintiendo la quietud serena y reposada del campo, de los pastizales, de los eucaliptos, de los manchones de lentiscos y de palmitos y, sobre todo, mirando las montañas que, según la estación y los vientos, alteraban su contextura y pasaban de una extraña ingravidez vegetal, en los días soleados, a una solidez densa, mineral y plomiza en los días oscuros. Sebastián nos señala la vegetación que llega hasta la misma arena para convivir con la lechetrezna, con el cardo marítimo y con la olorosa azucena del mar: allí, en los mismos bordes de los regatos, al filo de las olas, crecen cañas y tarajes e, incluso, un pinar, que desafiando los vientos, las arenas y el agua salada, llega hasta las mismas dunas.

Nos llama la atención sobre el espectáculo del paso de miles de aves que, en pocos días, se trasladan de Europa a África o viceversa. Si en otoño buscan las tierras cálidas, en la primavera regresan al norte para explotar los abundantes recursos de los ríos, de los lagos y de las tundras desheladas. Tras el letargo invernal, pasan las pequeñas aves insectívoras, las grandes rapaces, los aguiluchos, los alcolanes, los gavilanes, las golondrinas, los vencejos, los aviones o las tórtolas; las currucas, los mosquiteros, los papamoscas, los carricerros, los abejarrucos, las alondras, los críalos, las oropéndolas y los cucos. Hay que ver la fuerza de voluntad y la paciencia de esas cigüeñas que giran y giran batiendo frenéticamente las alas, sin avanzar apenas, para, al fin agotadas, posarse de nuevo entre las doradas lomas. Viernes, 21 de marzo de 2003

La Guerra

En los partidos de fútbol el árbitro es quien dictamina cuándo una acción es falta y, por lo tanto, cuándo es digna de sanción: aplica el reglamento y decide si la jugada ha sido fuera de juego, córner o penalty. En las agresiones conyugales es el juez quien valora los daños y quien determina los castigos: la separación, una multa o, incluso, la cárcel del culpable.

¿Cree usted que es razonable que en las guerras, sin embargo, sea una de las partes -la más poderosa- la que decida si es justa o no, y la que justifique cuándo han de empezar los ataques, durante cuánto tiempo han de continuar y cuándo han de finalizar? ¿Cree usted que es lógico que la justificación moral de la guerra parta de quienes la organizan, la instigan, la desatan o la sostienen?

Los representantes del poder del Estado siempre han justificado sus contiendas, independientemente de que tuvieran políticamente razón o no a hacerlo: tienen el poder, la fuerza y, sobre todo, poseen los medios de propagación para tratar de convencernos de su justicia, de su bondad y de su necesidad.

Los políticos de diferentes signos, ayudados por los omnipotentes medios de comunicación tratan de persuadirnos de que las guerras son necesarias e inevitables, al menos, como un mal menor. Apelan al realismo, al utilitarismo e, incluso, al pacifismo.

Soñar con un mundo sin guerras -afirman- es un idealismo ingenuo y una utopía inalcanzable. Otros tratan de convencernos de que las guerras desarrollan la tecnología que mantiene y aumenta nuestro bienestar: la mayoría de los adelantos modernos -repiten- tiene su origen en los esfuerzos realizados por los científicos para lograr que los aparatos de guerra sean más eficaces, más aniquiladores, más mortíferos y más exterminadores. Nos animan para que demos las gracias a las guerras que han desarrollado la tecnología, la informática y la telemática.

Nuestros electrodomésticos, televisores, ordenadores y teléfonos móviles -dicen- tienen mucho que agradecer a las guerras. La fe en la prosperidad de la tecnología punta no suelen tener en cuenta la producción de tanta basura que sustituye las cosas buenas para aumentar los niveles de saturación -más que de satisfacción- sólo de una parte de la población y para incrementar y extender la miseria en otra parte más amplia.

Otra de las razones más repetidas es la necesidad de mantener la paz haciendo la guerra. Cambiando el nombre de guerra por el de “intervención humanitaria”, nos pintan el sueño de una guerra que acabe con la guerra, el mito de Armagedón -la batalla final entre los poderes del bien y del mal, la visión del león que reposa junto al cordero. En mi opinión, sin embargo, la única fórmula para acabar con la guerra es trabajar para disminuir las sangrantes desigualdades, las flagrantes injusticias y, sobre todo, luchar contra

uno mismo y pelear contra los nuestros para eliminar el ansia de dominio, la voluntad de acumular poder, la codicia de riqueza, los deseos de grandeza, el odio a los otros, y, sobre todo, ser constantes en la afanosa tarea de sembrar el respeto mutuo.

Viernes, 28 de marzo de 2003

La mediocracia

Confieso que la palabra no es mía. Creo que la leí hace ya más de un año en el periódico francés *L'Express* en un reportaje sobre la nueva sociedad francesa titulado "El triunfo de la mediocracia". Se refería, como podrán suponer, a esa amplia masa de adictos televidentes que, pasivamente, alimentan su débil imaginación y llenan su vacío pensamiento con los productos más insustanciales que les proporciona la ya no tan pequeña pantalla.

Pero hemos de tener claro que esta "mediocracia" no está integrada sólo por ciudadanos de una determinada edad, de escaso nivel cultural o pertenecientes a un sector social o económico, sino que su malla se extiende por todos los ámbitos de la vida de nuestras ciudades y por todos los barrios de nuestros pueblos. Se caracteriza por padecer una pereza intelectual y por carecer del sentido crítico. Es esa comunidad que se reúne pasiva y plácidamente ante el televisor para, por ejemplo, "consentir" -reírse o llorar- con las efímeras sensaciones y con los cambiantes sentimientos de los "actores" de la *Operación Triunfo,* del *Gran Hermano,* de *Hotel Glamour* o de los *La isla de los famosos.*

¿Para qué complicarnos la vida -dicen algunos- escuchando los problemas internacionales de la guerra, los azotes del hambre, los golpes del terrorismo, las agresiones a la ecología, o informándonos sobre literatura, sobre arte, sobre historia o sobre los trastornos étnicos? La mediocracia, producto de la mediocridad cultural, se contenta con ese caldo tibio, ni caliente ni frío, y se complace con el movimiento suave de las olas de la banalidad.

Si muchos televidentes tienen bastante con la desbordante oferta futbolística, otros se conforman con las repetidas historias de amor de desamor, y con el frívolo cotilleo de las infidelidades conyugales. Su defecto no es la trivialidad sino, por el contrario, la trivialidad es su máxima golosina. En las tramas y subtramas de los personajes, desde Belén Esteban a Carmina Ordóñez, nada ocurre que no sea superficial y gracias a ello la satisfacción resbala y se reparte por los hogares. El pase de un argumento a otro opera, ante el espectador, como los hipnóticos pases de moda, donde el tránsito sin consecuencias se prolonga sin concluir jamás. Pasan las cosas una tras otra sin que pase nada profundo ni interesante. Viernes, 11 de abril de 2003

Jacinto

Jacinto, un amigo de la infancia al que hacía más de treinta años que le había perdido la pista, me acaba de dar un consejo “desinteresado -dice él- y práctico”. Con una sonrisa más guasona que alegre, me lo ofrece generosamente, en plena madurez, como el fruto jugoso de una vida dilatada, plagada de infortunios y acosada por permanentes desventuras.

Nos encontramos la semana pasada en Huelva, en la calle Concepción por donde paseaba en compañía de Jordi Llovet, un prestigioso catedrático de la Universidad de Barcelona, quien, sorprendido y atónito, no daba crédito a las palabras que escuchaba: “Cuida, por favor, los vestidos; la gente te trata de acuerdo con el uniforme que vistes; un traje bien cortado te puede sacar de más de un apuro”. Para argumentar su consejo, me contó de manera esquemática su biografía más reciente.

“Desgraciadamente -me confesó- lo he pasado muy mal el tiempo que he estado casado y, desde que me divorcié, mi vida marchaba sobre ruedas hasta que, esta misma mañana, me acabo de encontrar otra vez con mi exmujer”.

Todos sus compañeros estábamos convencidos de que era un hombre con suerte. Simpático y agraciado, pasó sus años de estudiante navegando por los mares de la imaginación y del sentimiento, entre el bar de la Facultad y los ensayos de obras teatrales. No terminó la carrera pero logró casarse con la compañera más guapa y más empollona del curso. Se trasladaron a un pueblo serrano de Huelva donde su mujer había ganado una plaza de profesora de Lengua y Literatura. Tras diez años de vida conyugal, Cristina, "no sé por qué, me puso de patitas en la calle". Jacinto había cumplido, según él, con todos los quehaceres del amo de casa: cocinaba, fregaba, lavaba las ropas, barría, limpiaba el suelo y quitaba el polvo. "Pero Cristina me repetía que se aburría conmigo; que era tal la sensación de vacío, que le resultaba insoportable mi presencia".

Por lo que él mismo nos contó, a partir de ese momento, a pesar de seguir sin dar golpe, no se fue a la cama ningún día con el estómago vacío. Gracias a sus dotes teatrales logró comer caliente todos los días. Vestido con el lujoso smoking de su boda, asistía diariamente a una o a dos ceremonias matrimoniales en la Iglesia de la Merced o en el Salón de Plenos del Ayuntamiento. Tras el rito, daba dos sonoros besos a la novia y un apretado abrazo al novio, y se dirigía con dignidad al banquete nupcial. La narración era digna de figurar en los textos más característicos de la literatura picaresca española -recordemos el *Lazarillo*, el *Guzmán* y el *Buscón*- marcada, como es sabido, por la trampa ingeniosa, por el engaño y por la astucia como instrumentos para sobrevivir en las situaciones más adversas. Pero, también, como "ejemplos" de conducta reprochable que resulta castigada.

"Fue una desgracia -concluyó con gesto resignado- que hoy no me fijara en la novia: era Cristina".

Viernes, 25 de abril de 2003

Jimena de la Frontera

Jimena de la Frontera es un pueblo fronterizo que, situado en el límite de la provincia de Cádiz, asentado sobre la roca firme de su historia milenaria y de sus tradiciones ancestrales, recuerda su pasado con gratitud, contempla sus alrededores con serenidad y mira su futuro con esperanza. Romana, visigoda, bizantina y musulmana, guarda celosamente en el secreto de sus entrañas, las misteriosas claves de un futuro esperanzado y, también, las explicaciones profundas de las vidas de muchos de sus hijos.

Enclavada entre las estribaciones de la Serranía de Ronda y el bullicio de la febril actividad de la Bahía de Algeciras, es una encrucijada de caminos, un lugar de encuentros y un foco de contrastes físicos y de choques culturales. Desde las alturas de su castillo nazarí contempla con serenidad las violentas alternancias entre las intensas precipitaciones y las pronunciadas sequías, entre la exuberancia de sus naranjales y la desnudez de sus peñas, dos ámbitos geográficos opuestos que contrastan violentamente con el Parque Natural de Los Alcornocales, ese último bosque mediterráneo de Europa que es un sorprendente capricho de la Naturaleza.

No es extraño, por lo tanto, que la biografía y la idiosincrasia de sus hijos más preclaros estén determinadas por los impulsos que le empujan hacia

la búsqueda de la armonía entre aspectos duales de la existencia; por las incitaciones que le estimulan hacia la convergencia de las fuerzas contrapuestas de la vida humana. Pueblo viejo, sabio e imaginativo, épico y mítico, Jimena está acostumbrada a sufrir y a soñar; es realista y romántica, amante del silencio y de la intimidad; es desacralizadora y profesa, al mismo tiempo, una ferviente devoción a la Reina de los Ángeles.

Es comprensible que este paisaje tallado con el fino filo de los vientos y con los agudos dientes de la sequía haya favorecido la aparición de gentes alertas, despiertas y prontas para la lucha y, al mismo tiempo, propicias para la contemplación serena del discurrir del tiempo, para el disfrute de los cambios, para la creación artística, para la música, para la pintura, para la poesía y para la entrega a la meditación, como quien mira el mundo por primera vez.

Fíjense, por ejemplo, cómo Martín Bueno, ese observador ávido, ese soñador e idealista que, comprometido con sus gentes y atornillado a su suelo, ha sido fiel a las utopías del Evangelio. Dotado de un corazón libre y un poco salvaje, está marcado por una permanente búsqueda de sentido en dirección al abismo de la interioridad, por una pasión por el lenguaje, por la tendencia tenaz, incesante y obsesiva a decir lo inefable, lo que nos toca más a fondo el sentido mismo de nuestra existencia. Este hombre inquieto, intuitivo, locuaz y, sobre todo, bueno, que se ha alimentado de silencio para escuchar las voces íntimas que hablan sobre el vivir y que, ahora, volviendo a sus orígenes, prefiere simplemente, la vida desnuda, sin adornos o, mejor, adornada de la misma desnudez. Esperanzado, nos explica cómo el amanecer gris de algunos días aciagos se transforma en la luminosidad del amor. Viernes, 2 de mayo de 2003

Aurea mediocritas

Es posible que no me haya explicado con claridad, por eso me permito insistir en que mi crítica a la entrega pasiva a la televisión -al imperio de la "mediocracia"- pretendió ser, justamente, una defensa de la manera sencilla y natural de vivir la vida humana. La denuncia de "esa amplia masa de adictos televidentes que alimentan su débil imaginación y llenan su vacío pensamiento con los productos mas insustanciales que les proporciona la ya no tan pequeña pantalla" quiso ser una reivindicación de algunos valores muy nuestros que en estos días están en peligro. Me refiero a esos valores orientados en el sentido inverso al camino que nos traza la publicidad hacia un mundo masificado, mecanicista, agresor de la naturaleza y lleno de tensiones bélicas: metas todas ellas opuestas a nuestra cultura del sur, a nuestra manera meridional de entender la vida. Tiene razón el filósofo Alfonso Guerrero, cuando, tras leer el texto sobre la "mediocracia", afirma que no podemos descalificar la mediocridad de una manera absoluta; que no podemos menospreciar la aspiración a una existencia serena, apacible y tranquila, ni desestimar el deseo de una vida alejada de la convulsión febril, de los conflictos paroxísticos; no podemos censurar el proyecto de una vida sobria, dedicada al ocio fecundo, alejada de las inextinguibles ambiciones, retirada de la agitación nerviosa y apartada de la luchas feroces por el poder.

Nosotros también apostamos por esa mediocridad calificada de dorada -"aurea mediocritas"- que, desde que la proclamó Horacio, ha sido celebrada por los poetas y ha constituido, para muchos, una fuente de bienestar íntimo y de felicidad honda.

Aunque a veces los critiquemos, en el fondo anhelamos seguir el ejemplo de tantos paisanos nuestros que prefieren ganar menos dinero y disfrutar tranquilamente del tiempo. Probablemente sin saberlo, están imitando a Horacio cuando rehusó el cargo de secretario de Augusto para permanecer en el campo y defender allí su tranquilidad y su ocio sin molestar a nadie en provecho del cultivo de sus letras y de su filosofía, para dedicarse a sus poemas, (*"Dichoso aquel que de pleitos alejado…"*), a esos versos que sirvieron de inspiración a Garcilaso en la "Flor de Gnido" y a Fray Luis de León en su *"Oda a la vida retirada"* que comienza con estas palabras: *"Qué descansada vida / la del que huye el mundanal ruido / y sigue la escondida / senda por donde han ido / los pocos sabios que en el mundo han sido"*.

¿Qué nos importa que, quien acaricia el anhelo de paz, que, quien valora el goce de la soledad en el retiro de la naturaleza, el disfrute de la serenidad (epicúrea y estoica) y su amor a la dorada medianía, no haya bebido directamente en la fuente clásica de Horacio? Creo que deberíamos hacer una relectura de los vicios morales y reinterpretarlos desde la perspectiva del bienestar físico y mental. Si fuéramos menos ambiciosos, probablemente se nos reduciría el riesgo de padecer un infarto y nos bajaría el nivel de estrés.

Viernes, 9 de mayo de 2003

El deleite de la relectura

En estos días, en los que nos incitan para que compremos libros y nos estimulan para que leamos las “novedades editoriales”, me permito animar a los amigos para que relean también algunos de esos libros que tienen olvidados en las estanterías de sus salas de estar, en ese mueble decorativo, cubierto por el manto del olvido. Es probable que allí encuentren algunas obras que, entre sus páginas, guarden una estampa, una hoja de almanaque, unos apuntes de clase, la carta de un amigo, quizás el pétalo de una rosa o algún otro detalle evocador de experiencias vitales. Es seguro que, si los releen con parsimonia y con regusto, las palabras más triviales les resonarán en sus oídos con ecos nuevos; los datos consabidos les revelarán desconocidos misterios y, quizás, las imágenes trasnochadas les despierten sensaciones inéditas y emociones dormidas en los pliegues más íntimos de sus entrañas.

Ya verán cómo, hasta aquellos Manuales de Historia de España, de Matemáticas Elementales o de Filosofía les descubren mundos fascinantes o pensamientos nuevos; quizás les formulen preguntas insospechadas y les planteen problemas sorprendentes. Y, a lo mejor, la novela rosa que leyó en la adolescencia les aviva inéditas ganas de seguir imaginando.

Si la lectura de un libro puede constituir un placer, la relectura, además de proporcionar un deleite intenso, puede ser, también, el mejor método para aprender a escribir. Santa Teresa se recreaba leyendo una y otra vez los mismos libros de caballerías; Cervantes releía hasta los papeles arrugados que se encontraba por el suelo; Borges repasaba con fruición las enciclopedias y Cansinos Assens disfrutaba volviendo a leer las mismas novelas policíacas.

No se trata, por lo tanto, de comprar muchos libros, ni tampoco de leer demasiados, sino de leer los textos profundizando en sus secretos íntimos. Ni siquiera los alumnos de Literatura deberían sentirse obligados a desmenuzar los textos con una frialdad analítica. Las obras literarias no están destinadas al estudio sino a la lectura "recreativa".

Leer Literatura es comprenderla paladeando el sabor de una imagen afortunada; es seguir el zigzag de una trama apasionante; es sentir el pulso de una narración, sintonizar con el ritmo y con la musicalidad de una estrofa: es extraer la médula de su sentido, para que nos enriquezca y nos ayude a celebrar la fiesta de la vida.

La lectura "recreativa" identifica, por ejemplo, las cuestiones que, en otro tiempo y desde una situación diferente, suscitaron observaciones curiosas, asombros infantiles, turbaciones incomprensibles o sonrisas ingenuas. Releer es evocar la memoria y dejarnos llevar por los deseos. Releer consiste en aplicar el tacto, orientar la mirada, estimular el sueño y sondear el presentimiento; es sumergirse en otra atmósfera; es colaborar con el autor para crear una nueva obra. Releer es recordar, repasar, repensar, reconocer, redescubrir y revivir. Es conversar con un cuerpo vivo, poblado de ecos y de correspondencias.

Viernes, 16 de mayo de 2003

Puerto Real

Puerto Real es un pueblo que, luminoso y soleado, está asentado en el fondo de nuestra Bahía gaditana y vitalmente ensamblado con las demás poblaciones que forman con él un conjunto armónico y unitario. Rincón abierto, acogedor y cordial, es un nudo de conexiones terrestres y marítimas, y una ciudad crucial por la que transitan, de manera interrumpida, renovadas corrientes de ideas, de sentimientos y de ilusiones. En su hondura incitadora, se cruzan caminos, se entremezclan mares, se combinan vientos y se reúnen gentes que, como José Manuel, contagian sus anhelos de bienestar a todos los que, en permanente aluvión migratorio, se acercan a ella de diversas procedencias.

Por ella siguen pasando los caminos de la historia, los mares de la libertad, los vientos del pensamiento ilustrado y los ríos de las gentes inconformistas que buscan los medios imprescindibles para la subsistencia y los que ansían los ámbitos abiertos del progreso humano, del bienestar material y de la solidaridad fraternal. Éstas son las coordenadas geográficas que determinan su condición de población reivindicativa y luchadora.

Puerto Real es un mosaico que, formado con piezas desiguales, se incrusta, en tensa armonía, en el conjunto de poblaciones que forman el arco

multicolor de la Bahía. Algunos historiadores afirman que sus fundadores, los Reyes Católicos, querían que esta ciudad fuera de estado llano, sin distinciones jerárquicas ni clases sociales, y nos recuerdan que sus primeros pobladores eran trabajadores que, en su mayoría, procedían de Sevilla, de Medina Sidonia, de Vejer, de Chiclana de la Frontera y de Torre de Guzmán, hoy, Conil de la Frontera.

En la actualidad es un pueblo industrial, rural, marinero, universitario y clínico. Por sus calles trazadas a cordel corren el aroma de sus pinares, el olor de sus marismas, el ruido de sus fábricas y el silencio de sus laboratorios universitarios. En esta ciudad acogedora, laboriosa y soñadora, que vive al rimo lento de sus mareas y mira hacia el futuro con ilusión, conviven los trabajadores de la industria naval, los labradores de sus huertas, los pescadores de bajura, los mariscadores y los profesores y alumnos de las diferentes facultades universitarias. El laberinto de pinos que constituye Las Canteras es un pulmón saludable, un recinto para el ocio, un lugar de excursión obligada de los colegios de la provincia y una zona de relax y de diversión para sus vecinos y para sus convecinos.

No es extraño, por lo tanto, que este ambiente propicie el nacimiento de hombres trabajadores que, como Paco, son serios, como Jeromo, son críticos o que, como Sebastián, son esperanzados. Todos ellos son pensadores que indagaron en las raíces de nuestros problemas endémicos y soñaron con futuros de utopías y de solidaridad: estaban convencidos de que la reflexión, el diálogo y el trabajo manual constituían los medios más eficaces para liberarse interiormente y para mejorar la sociedad. Viernes, 23 de mayo de 2003

Los libros

La cuestión no es coleccionar muchos libros, ni leerlos, ni siquiera memorizarlos, sino digerirlos. ¿Se han dado ustedes cuenta de la reacción generalizada de rechazo que provocan los “eruditos”, esos señores que dan la impresión de ser diccionarios andantes, libros de citas, recopilaciones de fechas, repertorios de lugares o, incluso, prontuarios de ideas? Y es que los libros, a pesar de los elogios que le dedican permanentemente, son meros soportes de signos significantes cuyos significados dependen, en gran medida, de las aportaciones de los lectores. Las palabras y las ideas enlatadas -igual que el atún- nos alimentan cuando las asimilamos, cuando, gracias a los jugos gástricos -de nuestras propias ideas y de las experiencias personales-, hacemos una buena digestión.

El mero traslado físico de las palabras a la mente del lector puede ser una aportación tan exigua, tan escasamente provechosa, como el transporte de un libro de una estantería a otra. Los libros pueden adornar una habitación y las palabras pueden decorar un discurso pero, si no están convertidos en sustancia propia, si no aumentan nuestra capacidad de interpretación de la realidad cotidiana, si no enriquecen nuestros recursos para resolver los problemas de la supervivencia y la potencia de nuestras luces para iluminar los

conflictos de la convivencia, pueden llegar a ser, incluso, unos serios obstáculos para el bienestar humano posible.

Por eso, me permito insistir en que, en vez de leer muchos libros, hemos de leer mejor. Todos sabemos que el índice de compras de libros no expresa el nivel de lectura ni el número de páginas leídas corresponde al volumen de información asimilada. Hay quien, por ejemplo, lee el periódico como si fuera un listín telefónico, y una obra histórica como si fuera un periódico y una novela como si fuera una historia. No advierten que cada género exige unas claves interpretativas y unas medidas valorativas diferentes. Opino que, en la campaña para la lectura, deberíamos insistir más en la calidad de la lectura que en su cantidad, y pienso que deberíamos orientar la promoción de ventas en la selección de obras más que en su acumulación. Por eso comprendo a María Antonia, que de la misma manera que periódicamente, regala a las bibliotecas públicas los libros que juzga que no volverá a releer. Recuerdo el comentario que escuché a Fernando Quiñones: “Soy un lector y un escritor, pero no un bibliotecario, por eso me desprendo periódicamente de la mayoría de las obras que ya he leído”.

Me atrevo a ir un poco más lejos: deberíamos, de vez en cuando, deshollinar nuestra memoria, para limpiarla de las telarañas mentales, de las ideas, de los pensamientos y de las convicciones que ya no nos sirven. Una limpieza a fondo de la mente es tan aconsejable como el barrido que periódicamente hacemos de nuestros hogares; la higiene mental exige que desechemos esa información sobrante que nos aturde, nos bloquea y nos empacha. También el espíritu debe evacuar periódicamente las basuras y una de las funciones de la memoria es olvidar. Viernes, 30 de mayo de 2003

El Barrio de Santa María

Para interpretar los claroscuros velazqueños del gaditano Barrio de Santa María, hemos de referirnos, inevitablemente, a la magia de sus bailes y al misterio de sus cantes flamencos: hemos de tener en cuenta, no sólo los estrictos compases que pautan las sensaciones que nos suscitan sus calles y sus plazas, sino también la "jondura" estremecida de los sentimientos que nos provocan sus rincones más juncales -refugios de delicias íntimas y albergues de complacencias domésticas-. Pero hemos de escuchar, sobre todo, los latidos entrañables que nos evoca la azarosa historia de sus gentes más sencillas: aquéllas que -nobles, dignas y honradas- no aspiraron a la riqueza, al poder o a la fama ni, mucho menos, a la santidad o al heroísmo; aquellos hombres y aquellas mujeres que, como Sebastián, honrosamente trabajaban en las herrerías, o, que, como Nicolás o Félix, cargaban en la estiba del muelle, o aquellas mujeres que, como Carmen, Paca o Lola, escamondaban la ropa y bailaban en los lavaderos.

El recorrido por sus calles -cauces transidos de temblores de gozo y de escalofríos de esperanza- nos descubre los latidos íntimos de relatos de historias sencillas de amor, de luchas tenaces por la mera supervivencia, de conversaciones íntimas entre vecinos que soportaban el peso de los celos, de

las incomprensiones e, incluso, de las discusiones provocadas por las pasiones más normales y por la dialéctica tenaz entre la rebeldía y la sumisión a unas pautas convencionales. El Barrio de Santa María posee colores, olores y sonidos carnales, por eso nos suscita hondas emociones y nos arranca recuerdos lejanos.

Pasear por el Barrio de Santa María -un dibujo en blanco y negro- es dar un salto en el tiempo y trazar una pirueta en el espacio: éste es el "barrio" gaditano por antonomasia; el que, sobrio y escueto, se define por oposición al Barrio de la Viña, más poético y más orquestal. Nutrido con esencias gitanas, es un 'barrio sagrado', profundo como los cantes de Enrique el Mellizo, atravesado por calles tan estrechas como las seguiriyas de Aurelio Sellés y salpicado por esos rincones tan agraciados que, como soleares de Chano Lobato, nos invitan a soñar. La interpretación de las esencias de este Barrio exige, más que el examen atento y distante de los antropólogos, la mirada complaciente y cercana de los poetas populares.

Si la luminosa y abierta Plaza del "Piojito" es el territorio propicio para el trasiego afanoso de las mañanas, la Plaza de las Canastas es el ámbito adecuado para la convivencia vespertina y el espacio natural de la juerga. Si las esquinas de la calle Sopranis nos invitan a los encuentros ocasionales, la calle Botica favorece las tertulias en las apacibles noches del verano. El Barrio de Santa María nos ofrece claves para imaginar, para pensar, para rastrear el pasado y para recordar retazos de historias; nos estimula el regusto de cultura popular enraizada en el sentimiento, y nos proporciona caudales de unas esencias soterradas, que hemos de exhumar, para disfrutar con el aroma aún virgen de su grandeza intacta. Viernes, 6 de junio de 2003

El misterio humano

De vez en cuando suelo recoger y contemplar detenidamente en la palma de mi mano un puñado de esa tierra oscura que pisamos y de la que estamos hechos. Me llama la atención, sobre todo, que el terrón más pequeño de ese barro sea bastante más complicado que todas las fórmulas algebraicas y más complejo que todas las tesis filosóficas. ¿Te has fijado cómo las ciencias -la Química, la Física, la Fisiología- no son capaces de explicar plenamente el interior de las cosas, y cómo ni siquiera la Psicología nos da cuenta de la intimidad profunda del hombre o de la mujer? Como tú repites -querida Carmita- "todos nuestros comportamientos rutinarios encierran alguna zona de misterio e, incluso, nuestras verdades evidentes ocultan siempre algunos secretos indescifrables".

Si la ciencia es insuficiente para descifrar todos los secretos de la naturaleza, mucho menos es capaz de interpretar las razones de los comportamientos humanos. Aunque es psicológicamente explicable y éticamente comprensible que realicemos un permanente esfuerzo por racionalizar nuestros comportamientos, hemos de reconocer también que, en muchos casos, ese intento nos resulta completamente inútil.

Todos tenemos experiencia de la ineficacia de los razonamientos lógicos para explicar el fondo de nuestras decisiones y todos tenemos pruebas de lo difícil que es lograr que los demás se pongan en nuestra situación. Por eso opinamos que pretender que los demás -los padres o los hijos, los alumnos o los profesores, el marido o la mujer- nos entiendan racionalmente es un objetivo insuficiente e inútil; deberíamos intentar que, además, nos comprendan y, para ello, es necesario que nos acerquemos mutuamente y que apliquemos el calor de los sentimientos. Pienso que no nos deberíamos preocupar demasiado por razonar y por justificar nuestros comportamientos.

Algunas veces, las gentes sencillas, las que no son intelectuales, ni científicos, ni políticos, ni artistas: las que carecen de los conocimientos especializados de la Psicología, saben ver mejor por dentro porque poseen una perspectiva más inmediata y, sobre todo, más vital. Con sus miradas directas descubren que no existen esas contradicciones que, de manera permanente, los avinagrados críticos denuncian. El empleo del recurso fácil al sarcasmo, para zaherir permanentemente de manera inmisericorde a los que no son de nuestra cuerda, revela, más que el talento literario, el talante psicológico del autor amargado.

Como todos sabemos, las reflexiones son, frecuentemente, "racionalizaciones", meras justificaciones de conductas -quizás- injustificables o explicaciones inútiles de palpables contradicciones. Aunque es cierto que la mente es nuestra más eficaz arma de protección -y, por eso, siempre que pensamos, tratamos de defendernos- en mi opinión, nos debería preocupar mucho más indagar, comprender y explicar esas raíces profundas de nuestros comportamientos cuya coherencia es tan real como oscura. Hay que ver lo fácil que es la crítica y lo difícil que es la comprensión. Viernes, 20 de junio de 2003

Las sinrazones de la escritura

Aprovecho esta oportunidad para responder a los lectores que, con curiosidad e interés, y de manera insistente y directa, me formulan una pregunta difícil de responder. Pretenden que les explique las razones por las que escribo. En esta ocasión, plasmaré, de manera desordenada, más que las razones, las sensaciones que me empujan a dejar constancia de mis reflexiones y, sobre todo, los sentimientos que me estimulan para entrar en contacto directo con determinados lectores. Hemos de partir del supuesto de que escribir es formular, de manera imprecisa e incompleta, las experiencias vividas, pero, además, es abrir puertas y ventanas: las puertas de la libertad y las ventanas de la solidaridad; es cruzar los puentes de la incomprensión; es hacer posible lo imposible; es efectuar el milagro de compartir la intimidad individual e intransferible; es una forma de perderse y de encontrarse; es crear lazos de amistad; es hacer partícipes a otros de las propias sensaciones, sentimientos y pensamientos. Escribir es jugar a descubrirnos y a escondernos: es tratar de convertirnos en una especie de niños traviesos que jugamos para divertirnos. Sí, escribo para cometer travesuras obvias, inocentes y perdonables.

Es declarar, con modestia, cómo vemos lo que otros no ven o ven de otra manera. Es una forma de no olvidarnos de lo más importante de nuestras vidas: del amor y de la amistad, de la ignorancia y de los temores, de la sabiduría y del arte. Escribir es una forma de hacer que permanezcan inalteradas las experiencias vitales, sin que influyan en los mensajes los cambios que experimentados en nuestra voz y en nuestro rostro. Escribir es una manera de curarnos, de recuperarnos, de vivir sin morir completamente.

En los textos escritos queda algo -quizás lo más auténtico- de nosotros mismos. El ser más inesperado es uno mismo. Escribo para explicarme y para hacer a los demás partícipes de mi vida, para confiarles los secretos más importantes. Escribo para comprenderme a mí mismo y para que me comprendan los demás. Escribo para crear y para procrear. Escribo para hablar con voces desconocidas. Escribo para transmitir mensajes inimaginados. Para entrar en el alma de otros e influir en sus estados de ánimo; para inventar rostros. Escribo para volar: el mundo no es mágico; lo hacemos mágico dentro de nosotros mismos; el misterio está dentro de nosotros: igual que la felicidad. Escribo para internarme en los pliegues invisibles de la intimidad de los otros; para ayudar a otros que pretenden entrar dentro de ellos mismos, para conservar y para ganar amigos, para enamorarme y para volverme a enamorar; para mostrarles a todos ustedes mi respeto y mi admiración. Ahora mismo estoy leyendo unas declaraciones de Salvador Pániker en el acto de presentación de uno de sus libros: “escribir -afirma- es verbalizar las emociones, es digerir respuestas emocionales": "yo escribo el diario para tenerme en pie porque hacerlo permite llevar a cabo una terapia cognitiva".

Viernes, 27 de junio de 2003

Invitación al disfrute de sabores

La obra, titulada *Para comer, beber, dormir y algo más... en la Janda Litoral*, más que una guía gastronómica, es un generoso regalo a los sentidos y una cordial invitación al disfrute intenso de sabores, de aromas, de colores y hasta de sonidos íntimos y nuevos. Sugerente estímulo de la memoria gratificante y de las ilusiones placenteras de esta vida terrena, es una acreditación oficiosa que viste de etiqueta negra a los bares, a los restaurantes y a los hoteles de este litoral gaditano. Esta red de reverberaciones y de reconciliaciones de las fiestas se convierten en recintos privilegiados de la amistad, en ámbitos vitales de la comunicación, en puntos cordiales de encuentros, en lugares paradójicos de la pasión y de la reflexión, en moradas confortables de la fraternidad y de la simpatía.

Su autor, Francisco Rodríguez Apolo, ha elegido el pseudónimo -"Expósito Sailor"- para explicarnos, de manera clara, directa e intensamente expresiva, la naturaleza de su obra, la raíz profunda de su vocación literaria y el sentido último de su tarea periodística. Su escritura es un guiño de complicidad que nos hace a los amigos del buen yantar; es un servicio generoso a sus paisanos y un saludo de bienvenida a los visitantes. Paco emplea las palabras para convocarnos al encuentro, para animarnos a que

aprovechemos la vida y para que disfrutemos de nuestros tiempos, de nuestros espacios y de nuestras cosas. Cada uno de sus capítulos son incitaciones cordiales al recreo consciente, al alegre regocijo y al deleite divertido.

Hombre profundamente autocrítico, Paco es un cronista de las cosas sencillas. Con su talento natural, indaga en el fondo de las cocinas y en lo más íntimo de nuestra sensibilidad para identificar el secreto del buen gusto. Nos ofrece en este libro una nueva percepción, más literaria y, por lo tanto, más humana, de la comida. Con su prosa transparente, dotada del don de la naturalidad y de la sencillez, nos descubre las evidencias ilesas de los sagrados misterios gastronómicos. Esta obra es la manifestación de su llaneza y de su sentido común, de su elegancia y de su generosidad. Paco es un observador sin par que nos cuenta en serio y en broma, con garra y con talento, con valentía y con sinceridad, “lo bueno que están estos platos”.

Con su exquisito sentido del humor, con su refrescante optimismo, con su sabiduría y con sus ideas intuitivas sobre el marketing, convierte cada plato en una fiesta culinaria y en una epifanía de la literatura. Sus recetas, jugosas y placenteras, estimulan nuestros jugos gástricos y excitan nuestra imaginación. Lean y saboreen, por ejemplo, algunos de sus consejos como "Albóndigas de choco chico o jibia descerebrada”, “Especial para donjuanes y embaucadores que se creen muy listos”; “Rodaja de pargo o parga a los altos o bajos hornos”, “Especial para charlatanes que no callan ni debajo del agua”; “Paté de caballas, especial para niños melindrosos”; o “Sopita "jervía" que alargan el paso y acortan la "vía", “Especial para los que siempre van deprisa a ninguna parte".

Viernes, 11 de julio de 2003

Los viajes

Como nos muestran las estadísticas y los pronósticos que periódicamente nos ofrecen los medios de comunicación, los viajes -tan excepcionales hace escasos años- han llegado a constituir un hábito casi rutinario y, para muchos, una necesidad ineludible. En la actualidad viajamos casi todos, aunque cada uno justifique sus desplazamientos con razones diferentes: unos lo hacen empujados por un espíritu aventurero, otros para llenar el tiempo de ocio, otros impulsados por el ansia de ampliar su cultura y, otros, finalmente, forzados por motivos profesionales. Pero el resultado es que, cada vez viajamos más y que, en cualquier época del año, nos surgen pretextos para organizar un "puente" no previsto, un fin de semana alargado o incluso unas minivacaciones que, inevitablemente, implican una salida de nuestro lugar de residencia. Todos los indicadores sociológicos llegan a la misma conclusión: "En los próximos años, el sector turístico va a seguir experimentando una notable expansión".

Pero, aunque a primera vista nos sorprenda la afirmación, los viajes, por muy lejos que nos lleven, siempre alcanzan su fin y su finalidad en el punto de partida: viajamos para regresar a nuestro hogar y para descubrir en él unos alicientes de los que carecen los mejores hoteles, para revalorar ese rincón de

nuestra casa en el que leemos o cosemos o, incluso, el butacón desde el que, soñolientos, vemos el telediario, los partidos de fútbol o los programas del corazón; viajamos, también, para comparar nuestros lugares con otros lejanos: nuestras playas con las de la Costa del Sol o con las de las Antillas, nuestra catedral con la de Notre Dame de París o con la de San Pedro de Roma, nuestro clima con el del norte de España o con el del Centro Europa. Es cierto que los viajes abren unas vías de acercamiento a los demás y, al mismo tiempo, unos cauces de aproximación a nosotros mismos: viajar es una forma de alejarnos y de aproximarnos a nuestros lugares y, por lo tanto, una manera de salir y de entrar en nosotros mismos y de revalorar nuestras cosas.

Aunque a primera vista nos parezca una contradicción, hemos de admitir que, en la mayoría de los casos, más que para conocer, viajamos para reconocer los lugares y las gentes de los que tenemos noticias previas por las lecturas o por los comentarios de los que nos han precedido. Por eso, los viajes no deben sustituir las lecturas sino, por el contrario, alimentarse de ellas: los viajes y las lecturas son dos vías complementarias que mutuamente se intensifican y se enriquecen. No perdamos de vista que el paisaje, es un significante portador de unos significados que, hasta cierto punto, han sido creados por los artistas, por los pintores, por los cantantes y por los escritores. Por eso, antes, durante y después de cada viaje deberíamos leer algún libro que oriente nuestras miradas, que nos facilite la comprensión de los espacios que contemplamos, que nos descubra la belleza y el sentido de unos elementos que no son sólo escenarios, sino partes de nuestro drama humano, de esos hechos geográficos que, además de sostener y alimentar nuestros cuerpos, nutren nuestro espíritu. Viernes 8 de agosto de 2003

El gran apagón

La profunda impresión, que el gran apagón eléctrico del 14 de agosto ha causado en el mundo entero, contrasta violentamente con la despiadada indiferencia con la que contemplamos los permanentes cortes de electricidad que sufren, desde hace meses, los iraquíes, y con la apatía con la que recibimos las noticias de las endémicas faltas de energía que padece la mayor parte de la población mundial. Es una pena que estas horas de oscuridad y de parálisis del ritmo habitual de actividades en Nueva York, en Detroit o Cleveland, no contribuyan para que los privilegiados del planeta adquiramos conciencia de la fragilidad y de la vulnerabilidad de los soportes técnicos de nuestro bienestar material; pero debería ser mucho más preocupante que esta mínima experiencia no nos sirva para que, probando las penurias que soportan de manera constante la mayoría de los seres humanos, reaccionemos inventando y abriendo cauces de una mayor solidaridad.

Las energías, en todas sus formas, nos resultan bienes tan normales a nuestras vidas que no suelen plantear problemas más allá de un breve corte de luz, de la subida de los precios o de los efectos de la contaminación. Las energías nos facilitan las tareas cotidianas e indispensables como extraer, depurar y distribuir el agua potable; cocinar, calentar e iluminar nuestras

casas, nuestras calles y los lugares de trabajo, los centros de salud y de enseñanza; nos posibilita la comunicación electrónica, agilizan los transportes, y hacen que funcionen los equipamientos industriales, los servicios sanitarios, la maquinarias agrícolas y las instalaciones recreativas. Sin embargo, la carencia de energías, sobre todo para los dos mil millones de personas cuyas principales fuentes son la leña, el estiércol y el carbón, es uno de los desafíos que reclama unas respuestas eficaces, urgentes y solidarias de nosotros, los países ricos. Todos los días, una de cada tres personas se ve privada de las condiciones básicas de vida porque no dispone de fuentes de energía. ¿Existe -nos preguntamos- alguna esperanza para los países en vías de desarrollo?

Hemos de reconocer que el modelo de crecimiento de los países industrializados, sustentado en la demanda creciente de energía, ha conducido a nuestro mundo a una situación insostenible y gravemente injusta. Hoy día tenemos que enfrentarnos a dos retos: reducir el consumo de energías no renovables y altamente contaminantes, y conseguir unas fuentes de energías más limpias y más baratas, que sean asequibles al desarrollo sostenible de los pobres. Nuestro planeta es depositario de bienes energéticos necesarios para satisfacer las necesidades de una vida digna de toda la humanidad. En nuestras manos está la responsabilidad de cambiar los hábitos de consumo energético con un doble objetivo: el ecológico, reduciendo la contaminación y el deterioro ambiental, y el social, emprendiendo decididamente una lucha contra la pobreza mediante la expansión de las energías renovables a todo el mundo. Pero, en mi opinión, lo verdaderamente grave es que estas afirmaciones suenen en muchos oídos a mera moralina o a simple demagogia.

Viernes, 29 de agosto de 2003

La lectura

La lectura -manantial, río y mar- es una de las actividades que más contribuyen a ensanchar, a profundizar y a elevar la vida humana: nos proporciona un conocimiento supraindividual y nos abre unos caminos anchos, dilatados y divertidos; nos descubren unas verdes avenidas, que nos acercan a la libertad verdadera; es un inagotable motor de superación personal y un mecanismo impulsor de cambios saludables y de ilusiones nutritivas; es un lazo que liga el pasado con el presente y con el futuro e, incluso, es una práctica terapéutica que nos ayuda a reconciliarnos con nosotros mismos y nos empuja, amigablemente, a luchar para no ser presas prematuras de una muerte inevitable.

Los libros -monumentos y, simultáneamente, documentos- son veneros inagotables de desmesuradas esperanzas y de obstinadas nostalgias; nos hacen sentir la realidad actual y desentrañar su misterio interno; nos obligan para que no nos limitemos simplemente a transitar por la vida sino a que la examinemos detenidamente, para digerirla y para vivirla, y, además, nos descubre nuevos mundos, nos relacionan con personas insólitas con las que, unas veces, nos identificamos o con las que, otras veces, por el contrario, discrepamos. Son resortes desencadenantes de pasiones sin fin, símbolos de

una realidad que nos trasciende y nos intriga; guías que nos orientan en la permanente búsqueda de nuestra identidad, acompañantes que nos llevan al reencuentro con nosotros mismos a través de los reflejos cambiantes en el espejo de los personajes insólitos; son retratos en movimiento que nos facilitan el reconocimiento de comportamientos nuestros. La lectura nos estimula la reflexión sobre nuestro ser y sobre nuestro actuar, sobre nuestra realización humana y sobre nuestra trayectoria biográfica. Un buen libro nos educa el buen gusto y nos enseña a valorar lo bello. Leer de manera exigente y, al mismo tiempo, arbitraria, es la única forma de aprender a leer aprendiendo y disfrutando: nos hace tomar conciencia de nuestra existencia y estimula la capacidad crítica y racional que nos mantiene tensa esa inquietud por el crecimiento espiritual, por la palabra precisa y por la imagen bella, por la perfección estética que nace de la filosofía griega.

La lectura nos hace herederos de inmensas fortunas que superan toda nuestra limitada capacidad de disfrute. La lectura es la escuela más grata para la niñez, es el taller y el hogar más acogedor para el adulto y es el asilo más confortable para la vejez. Es la flecha que dirige nuestros anhelos; es el arco que impulsa y concentra, en una armoniosa unidad, las múltiples voces de los personajes. Es la voz que hace imposible el olvido y, por lo tanto, el silencio definitivo. La lectura agrupa los mundos complementarios de la imaginación y de la realidad en el universo unificador de la palabra y, cuando es atenta, proporciona una felicidad más intensa, más honda, más completa y mejor repartida entre los hombres. El libro, puente levadizo de encuentros y de desencuentros es una prueba de amor y de respeto: es el mejor regalo y la expresión más elocuente de gratitud y de afecto. Viernes, 5 de septiembre de 2003

El Barrio de la Viña

La Viña -barrio popular, festero y burlón- se define por su configuración urbanística y, sobre todo, por la peculiar concepción de la vida de sus habitantes, por su manera singular de pensar y por su forma de saborear la existencia humana. Sus soleadas calles, amplias y rectas, constituyen los escenarios privilegiados para la convivencia, para la fiesta y para el espectáculo.

En la Viña vivimos -convivimos- en las calles: unas vías, unos cauces y unas arterias por las que discurren la savia saludable de la cordialidad y las renovadas energías de las esencias más finas de libertad; en ellas trabajamos y descansamos, comemos y bebemos, jugamos y conversamos. Sus espacios -quietos, estáticos y abiertos- nos invitan a que nos liberemos de rangos y de ritos, y su medio ambiente nos estimula a la extraversión, a la relajación y a la demora apaciblemente en el momento presente, en este instante fugaz que aquí se ensancha y se alarga porque, efectivamente, aquí el tiempo se detiene morosamente y nos desconecta de las nostalgia del pasado y de las ansiedades del futuro.

El Barrio de la Viña posee una ilimitada capacidad de asimilación digestiva. Hace viñeros a todos los que por allí pasamos, y nos seduce hasta tal

punto que, si no nos quedamos aquí definitivamente, nos lo llevamos con nosotros. Sus sonidos, sus olores, sus sabores, sus colores, sus luces y, sobre todo, sus ritmos de tango, de pasodoble y de cuplé, siguen acompañándonos en nuestros lugares próximos o alejados.

Su calle de la Palma, con los meandros de sus peñas, de sus bares y de sus restaurantes, es un río anchuroso en el que desembocan los afluentes jaraneros de las calles transversales -Lubet, San Félix, San Dimas-; es una avenida que vertebra sus permanentes ganas de diversión; nace en la recoleta Iglesia en la que se veneran sus iconos más entrañables -el Cristo de la Misericordia y la Virgen de la Palma- y desemboca en la -quizás exageradamente sacralizada- Caleta, playa familiar, humilde y mansa que, defendida por los castillos de Santa Catalina y San Sebastián, con el permanente e insinuante guiño de su faro y con sus olas, sus rocas, sus barquitas, sus caracolas, sus cangrejos y sus erizos, es el rincón que, bajo las batutas de sus cantores Paco Alba, Fernando Quiñones y Pedro Payán, ha sido el más piropeado de nuestra geografía urbana.

Sus dos colegios regentados, respectivamente, por los Hermanos de la Salle y por las Hermanas de la Caridad, son dos centros fraternales que, con sus puertas y sus ventanas permanentemente abiertas de par en par, proporcionan generosamente, no sólo letras y números, sino también hojas de rutas, reglas de juego para la vida y las recetas para casos de emergencia: para el trabajo servicial y para el disfrute intenso de la vida. El Barrio de la Viña -paraíso terrenal y marinero al alcance de la mano- con sus suntuosas y serenas puestas de sol, es un regalo a los sentidos y una permanente invitación a la contemplación como forma de ser, a la conversación como manera de convivir y, en resumen, a la celebración gozosa de la vida. Viernes, 26 de septiembre de 2003

Los premios del Ateneo

Los galardones, además del reconocimiento de los logros personales de los profesionales, ponen de manifiesto la valoración positiva de las tareas que se premian y descubren, sobre todo, la dimensión humana de las personas que otorgan las distinciones. Los premios del Ateneo afirman la importancia de unas actividades que contribuyen al bienestar, al crecimiento y al disfrute de nuestra sociedad pero, además, son voces explícitas del aprecio, de la admiración y de la gratitud que profesamos a unos conciudadanos que encarnan unos valores que nos enriquecen a todos, porque nos honran, porque nos representan, porque nos señalan unas metas ideales y porque, en cierta medida, nutren nuestra conciencia solidaria y estimulan nuestros deseos de crecer.

Con los premios otorgados por el Ateneo gaditano se reconocen los excepcionales valores de unas cualidades que, en el tráfago de la agitación cotidiana, nos suelen pasar desapercibidas. Reconocemos el tino con el que el jurado ha advertido la sensibilidad de José Luis López Aranda, ese joven director de nuestra orquesta que, con la finura de su gesto y con la sensibilidad de su delicado espíritu, dirige, armoniza y recrea unas obras destinadas a nuestro deleite espiritual; la libertad creadora del catedrático Alberto Campo

Baeza, ese arquitecto universal que, como él mismo afirma, "hace arquitectura para que lo queramos"; la dilatada experiencia investigadora sobre Neurobiología de las emociones" del incansable decano de nuestra Facultad de Medicina, Juan Gibert Rahola, que nos proporciona eficaces remedios contra el dolor; la lujosa prosa literaria de Jesús Maeso de la Torre, ese novelista que, con maestría, nos cuenta historias y nos guía por lugares misteriosos y por tiempos remotos; la estimulante pericia de José González, el entrenador del Cádiz, Club de fútbol, quien, pasito a pasito, está logrando que nuestro equipo emerja a las alturas de la clasificación; el espíritu emprendedor de Airbus de Puerto Real que, con sus proyectos, contribuye a elevar los niveles económicos y a reducir los desequilibrios sociales de la Bahía gaditana; a la generosa entrega de Isidoro Macías Martín, el "padre patera", que, empujado por la llamada del Evangelio, se siente comprometido con los más desfavorecidos; los desplantes pintureros de Pepe "El Manteca" que, con su amable llaneza y cordial simpatía, crea confortables climas de conversación; el ingenio de José Guerrero, "el Yuyu", quien, con sus golpes de fino humor, nos aligera el peso de los trabajos rutinarios y disuelve la espesa niebla de la monotonía; la voz quebrada y el estremecedor ayeo del cantaor Alonso Núñez, "Rancapino" quien, con su hondo rajo gitano y con su rancio eco, proporciona al cante una emocionante profundidad.

Estos premios a los méritos de nuestros paisanos -además de ampliar nuestras simpatías y de ahondar nuestra gratitud hacia estos eminentes seres humanos que, en cierta medida, nos representan- constituyen unas apremiantes llamadas para que los que estamos anclados y comprometidos con esta tierra, nos afanemos en mejorarla y engrandecerla.

Viernes, 28 de noviembre de 2003

El Festival de Música

Han sido muchos los gaditanos quienes, durante estas dos semanas, han mostrado, con cierto entusiasmo y perplejidad, su complacencia por la programación y por la celebración del Festival de Música Española. El público, cuyo número ha superado las previsiones más optimistas, ha coincidido con los críticos en que la calidad estética de las obras, la variedad de los géneros, la diversidad de compositores, la pluralidad de directores e, incluso, los emplazamientos de los escenarios han constituido un acierto sin precedentes.

Si aceptamos que el cultivo y el disfrute de las Bellas Artes y, particularmente, el de la Buena Música son los exponentes más explícitos del nivel cultural de una sociedad, tendremos que reconocer que su fomento constituye uno de los cometidos ineludibles de los poderes públicos y de las instituciones sociales. El gusto artístico representa, efectivamente, uno de los índices más fiables del grado de civilización que ha alcanzado un pueblo, pero resulta doloroso que la carestía de estos deleites impida su goce de forma asequible a la mayoría de los ciudadanos que no tienen medios económicos para asistir a salas de concierto que geográficamente están tan alejadas. Por eso aplaudimos la decisión de acercarlos y, en consecuencia, de abaratarlos.

Pero hemos de tener claro que, si se pretende elevar el nivel cultural de todo el pueblo, es urgente que, además de mantener estas programaciones, se busquen y se apliquen nuevas metodologías de acercamiento de las obras de arte a esos sectores que habitualmente no asisten. En mi opinión, deberíamos inventar fórmulas novedosas y prácticas que privilegien, sobre todo, la progresiva incorporación de los niños y de los adolescentes al disfrute de la buena música.

En contra de lo que piensan algunos de los aficionados asiduos a los conciertos, la experiencia de muchas ciudades de Europa nos muestra cómo una acertada política de pedagogía cultural puede lograr que, gradualmente, se vaya incorporando un mayor público a estas propuestas musicales que proporcionan tan intensas emociones. Estamos convencidos de que este regalo que nos ha hecho la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, no sólo se repetirá los años venideros sino que, además, si colaboran las otras administraciones públicas y las entidades privadas, la música en Cádiz tendrá un prometedor futuro.

Es posible que a la corta resulte más rentable políticamente fomentar espectáculos que excitan las pasiones, pero es seguro que, a largo plazo, la inversión en una labor educativa con el público elevará el gusto artístico y, a través de él, esas otras facultades espirituales que ennoblecen al ser humano y contribuyen positivamente a combatir la anorexia cultural, a fomentar la paz y a construir un mundo más sano, más justo, más solidario y más grato. Y es que resulta conmovedor sumergirse en ese universo maravilloso y mágico de los sonidos que surcan el espacio y tiempo.

Viernes, 5 diciembre de 2003

La Memoria

A José Carlos Mauricio, el político de Coalición Canaria, galardonado recientemente por sus dotes oratorias, el pueblo, en tono irónico, le ha aplicado el apodo gráfico de “el patera” porque -dicen- es el único que se sube a la tribuna “sin papeles”. ¿Cuál es -nos hemos preguntado nosotros- la clave de su eficaz y atractiva elocuencia? La respuesta más ingenua, más frecuente y más elemental podría ser que posee una feliz memoria capaz de recordar todas las ideas y todas las palabras que, previamente, ha leído o escrito; pero, en nuestra opinión, este análisis es excesivamente simple, superficial e incompleto.

Todos conocemos a “empollones” o a “memoriones” que recitan de “pe a pa” las lecciones y que nos producen una impresión cansina: son unos rollos inaguantables. Y es que la memoria no consiste en la mera retención mecánica de unos datos, sino en la asimilación, en la metabolización de unas ideas que nos enriquecen, en la incorporación de sustancias que alimentan la vida humana y nos ayudan a crecer y a lograr un mayor bienestar.

La memoria es esa facultad mental que interviene, de una manera decisiva, para que seamos mejores, más conscientes, más libres y más solidarios. En mi opinión, sólo debemos esforzarnos por retener aquellas

informaciones que hunden sus raíces en la profundidad de unas convicciones que sustentan el espíritu y sostienen nuestras vidas. Éstas son las que proporcionan coherencia al pensamiento, claridad a las palabras e integridad a los comportamientos; éstas son las que favorecen la armonía entre la expresión y el contenido de nuestros discursos.

De la misma manera que los alimentos que consumimos son químicamente complejos y deben ser reducidos por el organismo a formas simples que puedan ser absorbidas, la memoria ha de seleccionar y organizar la información para que pueda ser retenida y aprovechada. Los nutrientes intelectuales nos proveen, igual que los productos alimenticios, de las energías y de las sustancias indispensables para construir y para mantener la vida humana individual y social. Una vez que esos nutrientes son asimilados, se producen en el organismo una serie de sustancias (residuos metabólicos) que, por ser nocivas para la salud, han que ser eliminadas. Por eso afirmamos que una buena memoria es la que sabe olvidar todos esos recuerdos que, en vez de alimentarnos, nos indigestan y nos envenenan.

Recordamos lo que vivimos pero, no perdamos de vista que vivimos, no sólo lo que hacemos sino, también, lo que deseamos, tememos o soñamos como, por ejemplo, las leves emociones que nos producen la fragancia de un perfume, el sabor de un manjar, la mirada inadvertida o el roce suave de un pie debajo de la mesa. A veces acabamos recordando lo que pudo ser y no fue. A veces, las experiencias reales no dan más de sí, a no ser que las conectemos con las “vivencias irreales”: recordamos, casi siempre, lo que se pudimos vivir y no vivimos porque -no lo olvidemos- los recuerdos contienen en el fondo reflejos de fantasía. Lo que recordamos es muchas veces más de lo que vivimos.

Viernes, 19 de diciembre de 2003

Leer literatura

Hay que ver lo difícil que es lograr que los alumnos descubran que el objetivo más importante de la Literatura es disfrutar con los alicientes de la lectura. Es cierto que la mayoría de las vocaciones literarias tienen su origen en los gérmenes que un buen profesor plantó gracias a su habilidad para descubrir los secretos misteriosos, las bellezas placenteras de la lectura concienzuda, plácida y grata de las obras maestras, pero también es verdad que otros muchos aborrecen la literatura como consecuencia de un erróneo planteamiento didáctico de esta asignatura. "Más que a leer -me confesaba con cierto malhumor un alumno- estamos aprendiendo la técnica de los taxidermistas". Y es que, efectivamente- a veces les enseñamos a desmenuzar un texto, a retirarle la piel, a encontrar la médula, a seguir el curso de cada arteria y de cada vena, y hasta sacarle las entrañas, pero no siempre somos capaces de transmitirles unas fórmulas válidas para que la obra recobre la vida: no sabemos inculcarles la convicción de que leer no es sólo desmenuzar y reconstruir un texto sino, también, recrearlo y recrearse.

A mi juicio, deberíamos poner mayor énfasis para lograr que descubran, en primer lugar, el gusto por la soledad asumida y degustada como un bien que íntimamente les pertenece, como un aval de la paz de su espíritu, como un

fruto interior que ellos pueden degustar provechosamente y disfrutar con la necesaria lucidez de quien sabe estar consigo mismo. Para leer una obra, para entenderla y para contrastarla con nuestras vivencias personales, hemos de aprender a estar solos y en silencio. No debemos olvidar que la capacidad de comunicarnos -la esencia de la lectura- depende, en gran medida, de las posibilidades de aislarnos. A veces, hemos de sentir la necesidad de salirnos de la corriente del río y sentarnos en la orilla para observar los episodios desde fuera. Los acontecimientos se suceden, veloces y caóticos, y engendran remolinos contradictorios e incomprensibles. Es preciso aprender a mirar -por debajo de la superficie- ese fondo submarino por donde todo discurre más despacio. Sólo de esta manera, será posible intentar captar la naturaleza profunda de la historia que estamos leyendo y viviendo.

En segundo lugar, hemos de advertir que escribimos y leemos con todo nuestro ser y con todas nuestras facultades: con el cuerpo y con el espíritu, con los sentidos, con las emociones, con la imaginación y con la razón. Y, finalmente, hemos de reconocer que, en la Literatura, las cosas son siempre otras cosas: todos los seres son significantes portadores de significados múltiples. Deberíamos leer más pero, sobre todo, deberíamos leer mejor. De esta manera ensancharíamos nuestra vida con ese mundo imaginario que nos ayuda a compensar la pobreza de la vida cotidiana. La existencia humana se enriquece cuando somos capaces de gozar de las creaciones del arte, de la pintura, de la escultura, de la música o de la literatura. Si pretendemos hacer ricos a nuestros alumnos, hemos de proponerles fórmulas para que disfruten de esas historias que nos estimulan las ganas de vivir y que han constituido el mejor método de la educación e, incluso, del bienestar psicológico y ético.

Viernes, 2 de enero de 2004

El odio

Todos sabemos que, a veces, es necesario gritar, llorar o protestar para desahogarnos, para aliviarnos de esa presión interior que nos provoca una injusticia flagrante, un reproche inmerecido o un trato vejatorio; las agresiones, efectivamente, reclaman una compensación biológica que reestablezca el equilibrio emocional. Hemos de evitar, sin embargo, que la reacción, en vez de curarnos el daño causado, agrave nuestro mal y nos despierte un virus tan mortífero, homicida y suicida como es el odio, cuyo germen aletargado llevamos todos en los pliegues de nuestras entrañas.

Quizás sea inevitable sentir indignación, rabia, ira, cólera y hasta furia, pero el odio es otro impulso más grave y más peligroso: es un sentimiento permanente e intenso, que genera ideas vinculadas a ejercer daño, a destruir su objeto, a aniquilarlo y hacerlo desaparecer de la realidad y hasta del recuerdo. Como ha explicado Castilla del Pino, el odio es una relación virtual con una persona y con la imagen de esa persona, a la que se desea destruir, por uno mismo, por otros o por circunstancias tales que deriven en la destrucción que se anhela; odiamos todo objeto que consideramos una amenaza de nuestra integridad y lo odiamos para salvaguardarnos de ella ante nosotros mismos.

Pero, en mi opinión, es posible que no tengamos tan claro que, frecuentemente, nuestra visión es maniquea y simplificadora porque vertemos todo el mal sobre nuestros enemigos y consideramos que nosotros somos los buenos, los que estamos libres de culpa. En los deportes, en la política y en la religión es frecuente que definamos a los adversarios -a los otros, a los diferentes- como la encarnación del mal radical y que, por eso, los demonicemos y los pintemos como figuras monstruosas. No advertimos que las raíces del mal y del odio están también ocultas en el interior de nuestros propios corazones. Poner todo el mal en un platillo -el de los enemigos- es librarse inútilmente de un peso que cada uno de nosotros debemos soportar.

Acabo de leer unas ideas que por su sencillez, claridad y actualidad, es de las que más me han llamado la atención de los libros que, en estos momentos, estoy comentando. La trascripción textual es la siguiente: "Aunque no hubiese más que un solo alemán decente, él solo merecería ser defendido frente a esa banda de bárbaros y, gracias a él, no habría derecho a verter odio sobre un pueblo entero. Esto no significa ser indulgentes ante determinadas tendencias, hay que tomar posiciones, indignarse por algunas cosas en determinados momentos, tratar de comprender; pero ese odio indiferenciado es lo peor que hay. El una enfermedad del alma".

Estas palabras recobran todo su valor cuando sabemos que fueron escritas por Etty Hillesum (1914-1943) una joven judía que, antes de morir en Auschwits, escribió sus dolorosas experiencias interiores y sus profundas convicciones de que, incluso ante el supremo sufrimiento, hemos de alabar la vida y vivirla "con la plenitud de sentido que la vida requiere".

Sábado, 17 de enero de 2004

El lenguaje de los políticos (I)

El político, servidor de los ciudadanos y administrador de sus bienes, es -debe ser- un cualificado profesional de los lenguajes. Ha de poseer destreza, tino y, sobre todo, responsabilidad para usar de manera acertada las palabras. Hemos de tener en cuenta que la eficacia del poder del lenguaje humano para construir y para destruir aumenta considerablemente cuando lo emplean los políticos. En sus labios, las palabras se convierten en instrumentos potentes o en armas peligrosas porque lo mismo pueden proporcionar bienestar que causar desgracias, infundir esperanzas o sembrar la desesperación, tranquilizar los ánimos o inquietar las conciencias, generar la paz social o producir la crispación colectiva, lograr acuerdos ventajosos o provocar guerras sangrientas. Puede construir y destruir, vivificar y matar. Y es que, como todos sabemos, cuanto más potentes y más complejas sean las herramientas, mayor será su eficacia y más grave el daño que pueden causar.

El lenguaje de los políticos, debido a la ayuda de los medios de comunicación, posee en la actualidad unos poderes ilimitados. Sus voces llegan ampliadas y se reciben, de manera inmediata y simultánea, en los confines del universo; entran permanentemente en el interior de nuestros hogares y penetran hasta el fondo íntimo de nuestras conciencias. El discurso

de los políticos puede ser una lluvia benefactora que riegue, empape, cale y fecunde los campos sedientos de pueblos esperanzados en mejorar sus condiciones de vida pero, también, puede ser una tormenta perniciosa que arroje cascadas de odio, inunde de rencores los campos sembrados de concordia, arrase con resentimientos las cosechas de la cooperación y devaste, divida y rompa pueblos enteros; puede ser un sol benéfico que ilumine sendas de prosperidad material, un himno que estimule marchas hacia el progreso cultural y relaje las tensiones de la convivencia; pero también puede ser un fuego voraz que devore esperanzas, abrase ilusiones y carbonice hasta las ganas de vivir. El discurso de los políticos puede ser un aire reparador que cree un clima de justicia, fomente un ambiente de colaboración y promueva una atmósfera de solidaridad; pero también puede ser un huracán que arranque de cuajo las convicciones más arraigadas, sin proporcionar un fondo de valores acreditados. Cuanto mayor poder concentra un político en sus palabras, mayor ha de ser su conciencia moral, su preparación intelectual y su equilibrio psíquico. Si no podemos dejar un avión supersónico en las manos de un inmoral, de un ignorante, de un inconsciente, de un paranoico o de un inexperto, tampoco deberíamos encomendar la gestión de los intereses y de los bienes públicos a un inepto en relaciones humanas. El político ha de manejar con habilidad el volante, no para recorrer muchos kilómetros, sino para orientarse en la dirección adecuada. Ha de poseer un elevado dominio del acelerador, no para llegar el primero sino para alcanzar la meta en el momento oportuno. Ha de manipular con soltura el embrague, no para correr siempre en la quinta marcha, sino para acertar con la marcha adecuada, para subir o bajar las cuestas y para coger las curvas sin salirse de la carretera. Ha de saber controlar los frenos de la moderación y manejar el espejo retrovisor de la memoria. Viernes, 6 de febrero de 2004

El lenguaje de los políticos (II)

En mi opinión, el político es un conductor que ha de centrar su atención, sobre todo, en los frenos. Ha de tener claro un principio básico: la eficacia de las acciones humanas depende, en gran medida, de su oportunidad y de su dosificación. Como es sabido, el exceso de alimentos empacha, el abuso de bebidas emborracha y la administración incontrolada de fármacos agrava las enfermedades y, a veces, puede matar. El lenguaje es alimento que nutre, licor que deleita y medicina que cura pero, si no lo administramos en la medida adecuada, se convierte en veneno.

Estas consideraciones resultan más claras, si tenemos en cuenta, además, las funciones diferentes y las tareas complementarias que ejercen los políticos en el tablero de las relaciones sociales; si examinamos los distintos papeles que representan en el estrado en el que están encaramados. El político es un profesor y un maestro, un predicador civil y un líder, un orador y un comunicador, y -en el mejor sentido del término- un artista y un actor: sus palabras, sus expresiones, sus gestos y sus vestidos han de ser apropiados al personaje que encarna. El político transmite mensajes con toda su figura; habla con su imagen, con sus comportamientos, con sus movimientos, con sus gestos, con sus expresiones y con su voz. Cuando habla actúa y cuando actúa habla. Por eso ha de ser un administrador de la imagen: ha de calcular las apariciones y las desapariciones, ha de dosificar las presencias y las ausencias,

ha de acertar en la elección de sus atuendos, de sus movimientos, de sus gestos y de sus expresiones. No basta con que aparezca en las pantallas. La simple presencia no genera asentimiento, ni provoca adhesión, ni simpatía; puede, por el contrario, suscitar rechazo, repulsa y antipatía. La reiteración y la omnipresencia de una imagen saturan y pueden provocar vómitos. En nuestra opinión, la prueba más contundente y la expresión más clara de la sabiduría humana es la difícil virtud de la discreción -no el secretismo- que consiste, fundamentalmente, en la capacidad de administrar las ideas, de gobernar las emociones y, más concretamente, en la habilidad para distribuir oportunamente las presencias y las ausencias, las intervenciones y las inhibiciones. Es discreto el que interviene cuando y como lo exige el guión.

La discreción es, por lo tanto, una destreza que pertenece a la economía en el sentido más amplio de esta palabra; es una habilidad que, además de prudencia, sensatez y cordura, exige el dominio de los resortes emotivos para intervenir en el momento justo, un tino preciso para acertar en el lugar adecuado y un pulso seguro para calcular la medida exacta, sin escatimar los esfuerzos y sin desperdiciar las energías. La indiscreción -señal de torpeza o de desequilibrio- pone de manifiesto la incapacidad para gobernar la propia vida y, por supuesto, para intervenir eficazmente en la sociedad. Supone un peligro que, a veces, puede ser grave y mortal. El indiscreto es un chófer que conduce un automóvil que carece de frenos y de espejo retrovisor. El "discreto" -como afirma Baltasar Gracián- es el hombre ideal, el artista de la vida, el genio que, dotado de nativa nobleza, de ingenio y de equilibrio, está seguro de sí y es dueño de sus propias acciones; conoce sus cualidades y, sobre todos, sus límites. Viernes, 13 de febrero de 2004

El lenguaje de los políticos (III)

Cuando los televidentes normales escuchamos a los políticos, recibimos la impresión de que no todos tienen en cuenta que, en la explicación de sus propuestas, cumplen una tarea pedagógica, y nos llama la atención que se olviden tan frecuentemente de que, para ser entendidos, además de ser precisos, ordenados, sencillos y claros, han de despertar el interés y mantener la atención de los oyentes. La fórmula más eficaz para, por ejemplo, proponer los programas o para defender unas leyes, consiste -más que en aportar datos y en articular argumentos- en describir hechos y, sobre todo, en contar historias. Las investigaciones de Antonio de Gracia sobre la escucha, la comprensión y la retención de los discursos orales demuestran que los oyentes entienden y recuerdan, sobre todo, las narraciones. Todos hemos comprobado el interés que despiertan los relatos y la facilidad con la que comprendemos y nos identificamos con los sentimientos y, a veces, con los comportamientos de sus personajes. El mejor procedimiento para ser ameno e interesante es contar una historia en la que los intereses y las expectativas de los oyentes se vean reflejados.

Pero, en mi opinión, otro de los procedimientos eficaces para inspirar credibilidad es transmitir una imagen de modestia. El político, igual que cualquier profesor, ha de ser un administrador, no sólo de sus palabras y de sus conocimientos, sino también de sus silencios y de sus ignorancias: ha de reconocerse como un permanente aprendiz. Ha de tener claro que el mejor método para cultivar la sabiduría no es disimular la torpeza, ni aparentar ciencia o presumir de talento, sino, por el contrario, aceptar con serenidad la inevitable inmensidad de sus desconocimientos y de sus errores. Recordemos que, desde Sócrates, los sabios repiten que la sabiduría consiste en la toma de conciencia de nuestra radical ignorancia. Algunos políticos están convencidos de que, por el hecho de sentarse en la poltrona, reciben, no sólo la ciencia infusa, sino también el don de la infalibilidad.

Otro factor al que, a pesar de la notable influencia que ejerce le suelen prestar escasa atención, es la expresión del rostro y de los gestos corporales cuyos mensajes son más directos y más claros que los que transmiten con las palabras. Algunos no advierten que la crispación, el malhumor, el enfado, el mal genio y el cabreo permanentes tienen un efecto contagioso; no se dan cuenta de que, a la larga, los tonos agresivos producen el rechazo de sus propuestas. A los oyentes -igual que a los alumnos- nos molesta que, continuamente, nos estén riñendo y amargando las comidas.

Pero al político le perjudica, sobre todo, la incoherencia entre las ideas, las palabras y los hechos, entre lo que predican, lo que prometen y lo que hacen, entre la teoría y la práctica. A veces no advierten que sus ideologías -su concepción del ser humano o su modelo de sociedad- quedan invalidadas por sus comportamientos, y nos dan la impresión de que no tienen claro que los valores éticos son más importantes que los acuerdos políticos. Por muchos

pactos que lo ratifiquen, no podemos aceptar, por ejemplo, la xenofobia, la intolerancia, las desigualdades, la insolidaridad o la marginación de las minorías. El político, además de comunicador, ha de ser un virtuoso administrador de valores. Viernes, 20 de febrero de 2004

El lenguaje de los políticos (y IV)

Aunque parezca una contradicción, en mi opinión, el político que pretenda desarrollar su habilidad oratoria deberá cultivar, sobre todo, la destreza del silencio. Esta senda inevitable, que los humanos hemos de recorrer para lograr las metas de la sabiduría y de la elocuencia, constituye una exigencia ineludible para los ciudadanos a los que temporalmente les encomendamos la arriesgada tarea de administrar los bienes públicos. Sólo mediante el ejercicio fecundo del silencio, los políticos estarán en condiciones de afinar el oído para escuchar nuestras voces, para sintonizar con nuestras demandas, para interpretar nuestras quejas y para valorar nuestras justas reivindicaciones. El silencio es el clima adecuado para reflexionar y para acertar con las palabras justas que las situaciones delicadas exigen.

El político ha de desarrollar, además, una habilidad especial para administrar las pausas en las selvas de los estridentes ruidos y para repartir los silencios acertadamente en las zigzagueantes rutas de los discursos. Esta difícil destreza supone un rico capital de prudencia, de paciencia y de templanza, y exige el desarrollo armónico de facultades sensoriales, mentales e, incluso, estéticas tan escasas como la vista, el oído, el olfato, el tacto y el gusto.

Podemos asegurar, sin riesgos de equivocarnos demasiado, que no

llegará a ser un buen comunicador quien, previamente, no haya atravesado los amplios desiertos del silencio, de la serenidad y del sosiego. No hemos de olvidar que las semillas de las palabras fructifican cuando caen en la tierra del silencio y se cubren con la vegetación de la reflexión. Recordemos que nuestro amor por la palabra, a veces, comienza cuando oímos hablar a nuestro padre y cantar a nuestra madre, pero se desarrolla cuando los escuchamos callar y cuando nos esforzamos por descifrar y deletrear sus silencios. Las dos experiencias forman esa trenza que es la convivencia y la comunicación humanas: el decir y el escuchar.

Sin silencios, los discursos se convierten en locuacidad, en charlatanería o en verborrea: esa diarrea o incontinencia verbal y esa falta de control y de moderación para expresar todo lo que pensamos o sentimos sin tener en cuenta las consecuencias de nuestras palabras ni la sensibilidad de los que las escuchan. Los lenguaraces cuentan todo lo que saben y, a veces, lo que no saben, y, cuando se les va la mano -es decir, la lengua-, se defienden diciendo que son francos, claros, sinceros y espontáneos; no suelen ser conscientes de que, cuando nos cuentan sus logros y sus hazañas, nos descubren, sobre todo, sus carencias y los flancos más débiles de su personalidad. Los asesores de imagen podrían recordarles a los políticos, sobre todo en las campañas de elecciones, el aviso de Balzac -"el silencio es el único medio de triunfar"-, la frase irónica de Larra -"Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden"- o las afirmaciones de Ramón y Cajal -"de todas las reacciones posibles ante la injuria, la más hábil y la más económica es el silencio"-. El silencio de Jesús ante Herodes, como nos lo recordaba no hace mucho Julio Anguita, es uno de los discursos más elocuentes de toda la Historia de la Retórica.

Viernes, 27 de febrero de 2004

Sanlúcar de Barrameda

Sanlúcar de Barrameda es una tierra que se ha hecho generosa por voluntad divina y, también, a golpes de azada y a pasos de arado; es un espacio que, en todos los tiempos de la historia, en todas las estaciones del año y en todos los días de la semana, es de oro porque, gracias al hálito de la manzanilla -el estimulante líquido dorado- sus habitantes y sus visitantes nos sentimos emparentados; porque degustar manzanilla es consentir, convivir y conmorir. Beber y, sobre todo, vivir la manzanilla es cantar el calor de la alegría de estar vivos y de estar reunidos interpretando las voces de nuestros silencios; es proclamar una primavera en plenitud que abre sus alas sobre los viñedos para extraer las esencias de un vino saludable, incitante y placentero: el jugo milenario que ha aliviado sufrimientos y ha encandilado a generaciones. La manzanilla, que fluye -transparente y alegre- a lo largo de las generaciones como el río del tiempo y que, en su arduo camino, nos prodiga su música, su resplandor, su fuego y sus aromas, gracias al vigor de las tierras albarizas donde las cepas hunden sus raíces ancestrales; merced también a la humedad libidinosa de los vientos oceánicos, a las energías saludables, transparentes y calmas de nuestras temperaturas meridionales, a la luminosidad blanca, cálida y cegadora de los rayos de un sol implacable, al aire diáfano que madura y mima la noble uva, a la brisa atlántica, verde y

redonda que matiza y suaviza la mansedumbre y el vaho sedoso de un río cuyas olas, monótonas, lamen cariñosamente las rubias arenas de nuestra playa: el florido Guadalquivir que, como dice Pilar Paz, es abrevadero del Océano.

Estos factores dan vida a los viñedos que, bellos y fértiles, en armonía con la fauna del Coto, se extienden, orientados hacia la candidez de su río Guadalquivir para recoger hasta el último suspiro de los vientos húmedos del Atlántico y el fruto vital que surge de unas tierras que laten y vibran gracias a los cuidados cariñosos y a los mimos delicados de unos sanluqueños bodegueros que, como Barbadillo y Argüeso, han sido ungidos por los perfumes pregonados por nuestros escribas.

La manzanilla -obra de arte que encierra saber y sabor, sabiduría y paladar- es destilación de la vida que nos muestra la verdad escondida debajo de los gestos rutinarios. Es un vino que afina la armonía de su profunda sensualidad: la armonía entre el hombre y la naturaleza, una simbiosis única, un equilibrio idílico con el entorno que pervive a lo largo de los siglos. Cada caña de manzanilla nos trae recuerdos de zagales, mayorales, gañanes, yunteros, carreteros, herradores, camineros, caleros y yeseros que, con sus sudores, contribuyeron a la creación de este caldo misterioso. Pero debemos evocar, sobre todo, a los carbonilleros, a los hojalateros, a los pescadores, a los cangrejeros y a los municipales que, con sus corazones martilleados por el yunque del fatigoso trabajo, han entonado unos silenciosos cantes “jondos” y “sentíos”. Me acuerdo, en estos momentos, de los medidores, de los bodegueros y de los pisadores que han desaparecido por la vorágine implacable de los tiempos. Viernes, 26 de marzo de 2004

Caleta

El recuerdo de las personas que han encarnado valores éticos y han enriquecido nuestra existencia constituye una manera de resucitarlas para reencontrarnos con ellas, para lograr que sus gestos sobrevivan y que sus palabras resuenen; es una ocasión para mostrarles la gratitud que le debíamos haber manifestado en vida y una oportunidad para merecer que su resplandor nos siga iluminando. En algunos casos, la remembranza es, además, un ineludible deber de justicia y una muestra de lucidez. Ésta es la razón del homenaje que, organizado por la Universidad de Cádiz y dirigido por Nieves Vázquez, se ha tributado a Julio Cortázar, un escritor cuya voz juvenil nos sigue hablando del juego y de la vida, y nos estimula para que busquemos horizontes limpios y nuevos.

En este Congreso "20 años sin Julio Cortázar", expertos, críticos, amigos y lectores del escritor han revitalizado su obra y han revalorado su vida. *Caleta*, revista de Literatura y de Pensamiento, en un sustancioso, variado y lujoso número extraordinario, coeditado por los Servicios de Publicaciones de la Diputación Provincial y de la Universidad de Cádiz, se ha sumado a la efeméride para dejar constancia de la permanente actualidad del escritor argentino.

En sus páginas resuenan las ideas, los gestos y las palabras de Julio, y encontramos las claves que explican el sentido vital de su escritura y la dimensión literaria de su vida. Gracias a los textos analizados por Cristina Peri Rossi, Carmen Gallegos, Jean Andreu y María Laura de Arriba, a la jugosa conversación con Félix Grande sobre la identidad personal e, incluso, a la evocación de Agustín Cerezales a partir de un tubo de *Signal*, penetramos en el alma palpitante de Julio Cortázar. Los análisis de Mariángeles Fernández, Mario Goloboff, Carmen de Mora, José Tono Martínez, Saúl Yurkievich, Néstor Ponce, Juan Jesús Payán Martín, Daniel Mesa Gancedo, Óscar Hahn, José Andrés Rojo, Lourdes Dávila, Margarita Mateo, Alberto Laiseca y Leonardo Valencia ponen de manifiesto el vigor expresivo, la complicidad humana y la riqueza formal de una escritura que sigue siendo fuente de inspiración y estimulante invitación a la reflexión literaria y al recreo estético.

La interpretaciones de sus viajes a Cuba -Roberto Fernández Retamar- y a Irán -Maryam Haghroosta-, las referencias a las relaciones con el Budismo Zen -Daniel López Salort-, al jazz -Luis Merino Rey y Miguel Herráez-, las resonancias de su voz en Brasil -Jacques Poulet-, y las tareas de traductor -Sylvie Protón- componen un cuadro de coordenadas inevitables para situar los textos más característicos de Julio Cortázar que, a juicio de José Luis de Diego, se han sumido en un progresivo silencio crítico.

Son especialmente sugerentes las analogías -"los piolines que crean una extraña alianza"- que identifica Nieves Vázquez Recio en las obras de Julio Cortázar y de Fernando Quiñones, las conexiones que José Lezama Lima establece entre la amistad con Ricardo Vigón y su escritura antiwagneriana, y la aportación de Lázaro Covadlo que nos descubre a Cortázar como creador de una Argentina imaginaria. Las evocaciones de Antón Arrufat, de Francisca

Aguirre, de Hipólito G. Navarro, de Andrés Neuman y de Mariano Rolando, y los sentimientos de Antonio Muñoz Molina ponen de manifiesto, además de la amistad, una devoción literaria por la libertad creativa, por el compromiso ético y por el irresistible poder misterioso de la fantasía.

Viernes, 2 de abril de 2004

Matar y morir

La muerte es el hecho que mejor nos descubre la relatividad de otros valores proclamados como absolutos. Ni los bienes económicos, culturales o estéticos, ni las instituciones religiosas, sociales o políticas, valen una vida humana: ni la patria, ni la bandera, ni la lengua pueden defenderse matando ni muriendo. En mi opinión, este principio que, quizás a algunos le suene a doctrina, constituye el mínimo denominador común de todas las personas de buena voluntad y de todos los grupos democráticos.

En estos momentos de dolor por el brutal atentado terrorista de la Estación de Atocha madrileña, deberíamos guardar un profundo silencio para reflexionar sobre las consecuencias mortíferas que se siguen de la sacralización de un pedazo de tierra o de una serie de convicciones. Es cierto que tenemos derecho y necesidad de gritar con fuerza para desahogar la rabia, para mostrar la indignación y para expresar nuestra solidaridad a los que están sufriendo la agresión, pero nuestras voces serán estériles si no logran que los criminales descubran su maldad, si no conseguimos que los fanáticos duden de sus certezas, que los sectarios debiliten sus adhesiones o que, al menos, todos rebajemos nuestra agresividad.

Para lograr estos objetivos, más que sesudas reflexiones, bastaría que fuéramos capaces de acercarnos, uno por uno, al viudo de esa mujer a la que una mochila, estratégicamente colocada debajo de su asiento, le ha arrancado su vida y la del hijo que llevaba en sus entrañas. Ahora mismo, contemplo en la pantalla del televisor cómo un señor mayor, mientras, ansioso, busca entre los cadáveres el cuerpo de su hijo, repite machaconamente a la asistente social, como si fuera un letanía, "por favor, no me lo diga, no me lo diga", y me imagino a ese bebé de siete meses, pisoteado y solo, rescatado por un médico.

Corremos el riesgo de que el volumen de este sangriento bosque, de esta mortal tragedia que se acerca a las cifras de doscientos asesinados y de más de mil cuatrocientos heridos, nos nuble la vista y nos impida acercarnos a cada uno de los árboles, que han sido arrancados de cuajo dejando desolados para siempre a los familiares y a los amigos. Pongamos, por favor, nombres, caras, sentimientos, ilusiones, temores y proyectos a cada uno de esos números y, después, sigamos hablando y discutiendo de política, de economía, de filosofía o de arte.

En mi opinión, en la mayoría de los casos, la adjetivación de los asesinatos, en vez de atenuar su gravedad, la aumenta: más que amor o identificación con una idea, con una tierra o con una bandera, son consecuencias de un odio irreprimible a los otros. Mientras que no descubramos que una sola vida humana, con independencia de la edad, del sexo, de la profesión, de la fortuna o del cargo, vale más que todos los tesoros, no seremos capaces de controlar y de disminuir la fuerza aniquiladora que, a veces, está encubierta por los más bellos y apasionantes ideales.

Sábado, 3 de abril de 2004

Pasión

La película “La Pasión de Cristo”, recientemente estrenada en casi todo el mundo, constituirá, sin duda alguna, un éxito económico, excitará algunas pasiones, despertará ciertas conciencias éticas y, quizás, provoque algunas conversiones religiosas. Según las informaciones publicadas, muchos cristianos y no cristianos han pasado ya por taquilla para no perderse el estreno en España de este film de Mel Gibson que, durante dos horas, relata, con un gran lujo de detalles, esas emocionantes y sobrecogedoras últimas horas de Jesucristo, que trascurren desde la oración con sus discípulos en el Huerto de los Olivos, tras la última cena, hasta su muerte y resurrección. Los críticos afirman que el guión de la película, rodada en latín, en griego y en arameo, ha adaptado con fidelidad los relatos de los evangelios. Este éxito de público no debe extrañarnos ya que, como es sabido, la pasión de Cristo ha inspirado a muchos e importantes cineastas que han dirigido películas tan taquilleras como, “Cristo en la cruz”, de Louis Feuillade, “I.N.R.I.”, de Robert Wiene, “Rey de Reyes”, de Cecil B. De Mille, “Gólgota”, de Julien Duvivier y “El Evangelio según San Mateo”, de Pier Paolo Pasolini.

Estos dramas sangrientos poseen una intensa fuerza catártica y cumplen, como ya enseñó Aristóteles, unas funciones éticas y estéticas. Recordemos que este autor clásico explicó cómo la utilidad de la tragedia estriba en la

fuerza con la que los espectadores, al ver proyectadas en los actores sus sufrimientos y sus pasiones, experimentan un efecto purificador. Mediante la contemplación y la participación anímica en las escenas, someten su espíritu a profundas conmociones que sirven para serenarlo y para purgarlo. Cuando salen del patio de butaca, tras haber participado en el duro castigo que han infligido a unos seres semejantes, experimentan pena y dolor, lloran y se desahogan, y, finalmente, se quedan más tranquilos y más limpios: se sienten mejores seres humanos.

Esta película, por lo que dicen las crónicas, ha provocado reacciones para todos los gustos. La mayoría de los espectadores cree que es una buena película y los críticos justifican su dureza por la fidelidad de la narración con la que se relata los textos evangélicos. Algunos afirman que, por su realismo, humaniza la figura de Jesús de Nazareth; otros confiesan que es una impresionante y conmovedora meditación sobre la pasión de Cristo, y no faltan quienes dicen que les ha hecho pensar en el sentido trascendente de esta vida. El interprete de la figura de Jesús, Jim Caviezel, ha confesado: “Ahora entiendo el sufrimiento mucho mejor que antes; los dolores de Jesús me ayudan a dar sentido a mis dolores y a tratar de aliviar los ajenos”. Otros comentaristas, por el contrario, han mostrado su rechazo al oportunismo de un “intransigente cristiano integrista que no ha dudado de bañar de sangre las pantallas para alimentar los bajos instintos del personal con el nada místico propósito de ganar una fortuna”. En nuestra opinión, esta “Pasión de Cristo” es sólo una película que ha de ser visionada con la misma distancia y con idéntica actitud crítica con las que contemplamos las demás obras teatrales o cinematográficas.

Viernes, 16 de abril de 2004

El lenguaje de los médicos (I)

Para valorar la importancia del lenguaje de los médicos hemos de partir del supuesto de que su tarea, además de ser una labor científica, es una actividad social y un ejercicio de intercomunicación personal que están orientados por ideas, por teorías, por ideologías y, en consecuencia, por palabras. Es un trabajo humano, humanista y humanitario que está apoyado en una serie de pensamientos y de convicciones sobre la vida y sobre la muerte, sobre la salud y sobre la enfermedad, sobre la función del médico y sobre la actitud del paciente y, de manera más concreta, sobre los procedimientos para proporcionar alivio y sobre las técnicas para alcanzar la curación.

La Medicina es, además, una práctica y una teoría históricas: cada época, desde la más remota antigüedad, organiza de manera peculiar las ideas de las que se nutre el ejercicio médico. A lo largo de la historia, los cambios culturales, los descubrimientos científicos, la evolución de la sociedad y el progreso de la economía matizan la relación entre el médico y el paciente, modulan el proceso de comunicación y, en consecuencia, condicionan el acto médico.

Hemos de recordar un dato histórico que, a nuestro juicio, es significativo: la Medicina moderna nació al mismo tiempo que la Retórica.

Fue en el momento en el que Córax de Siracusa (siglo V antes de Cristo) elaboró su “arte” para ayudar a los ciudadanos a defender sus demandas en los tribunales, cuando la Medicina dejó de ser un rito mágico-chamánico para convertirse en una tarea científica, técnica y natural.

Por eso, cuando hablamos del valor del lenguaje del médico no pretendemos defender que se vuelva a la práctica mágico-demiúrgica anterior al Corpus Hipocraticus, sólo recordamos que el enfermo es el factor fundamental que ha de determinar todo el comportamiento del médico de acuerdo con el axioma ya aceptado unánimemente por los profesionales: "no existen enfermedades, sino enfermos". El enfermo es el centro de atención y, por lo tanto, ha de ser atendido y entendido, observado y estudiado, escuchado y comprendido. Pero hemos de dejar claro que, cuando nos referimos al trato del médico con el paciente, no hablamos de una relación milagrosa, sino de una fluida comunicación humana que ha de incluir la explicación asequible del significado de los síntomas y de la eficacia de los medicamentos que se prescriben.

La práctica de la medicina posee, por lo tanto, una función retórica. Es una consulta y, por lo tanto, un encuentro interpersonal. El paciente acude al médico para conocer la naturaleza de su enfermedad y la eficacia de los remedios. El médico es un mediador, un intermediario, un explicador, un comunicador, es un agente, un actor y un intérprete.

La curación es una tarea de colaboración y, por lo tanto, un proceso de diálogo. Si es cierto que la palabra por sí sola no cura ni posee una fuerza mágica, también es verdad que el lenguaje es un vehículo y un vínculo, un instrumento imprescindible, condicionante o determinante, del proceso de

curación. El médico es un guía, un acompañante, y el ejercicio de la Medicina -ciencia, arte y profesión- es un diálogo en su sentido más etimológico: es una conversación. Viernes, 9 de abril de 2004

El lenguaje de los médicos (II)

A los lectores que, sorprendidos por el primer artículo sobre el lenguaje de los médicos, me han escrito mostrando su extrañeza por la importancia que he otorgado a sus gestos, a sus expresiones y a sus palabras, he de recordarles que las enfermedades humanas no son trastornos o desórdenes exclusivamente somáticos o corporales y, en consecuencia, sus curaciones no se logran plenamente con la Farmacología o con la Cirugía. La gripe, la úlcera de estómago, la soriasis, el infarto de miocardio, la cefalalgia, la ronquera, un cólico o, incluso, un cáncer, no sólo son trastornos causados por agentes patógenos sino, también, las consecuencias de múltiples y de complejos factores psicosomáticos.

El ser humano es una unidad coherente, armónica y equilibrada. Cada una de sus partes integrantes define y, en cierta medida, reproduce íntegra la totalidad. Por eso, el bienestar, la felicidad, la verdad, la belleza y la salud humanas dependen de la unidad de las partes, de la coherencia en la acción de los miembros, de la armonía en el ejercicio de sus funciones y del equilibrio de todos los comportamientos. ¿Tienen algo que ver la salud y la enfermedad con el estado de ánimo? ¿Podemos curar o aliviar influyendo en los estados de ánimo? ¿Es posible que una palabra, un relato, una explicación, un discurso o

una conversación intervengan en el organismo y alteren el ritmo cardiaco, la temperatura, el sistema inmunológico y los mecanismos de defensa?

Repasemos nuestras experiencias personales e, incluso, nuestra manera coloquial de hablar. Si conversamos sobre una comida apetitosa, sobre unos platos sabrosos, unas bebidas refrescantes, unos menús variados, principalmente a determinadas horas, por ejemplo, sobre el pan recién salido del horno, una sopa humeante y enjundiosa, una loncha de jamón de pata negra, unos langostinos de Sanlúcar de Barrameda, unos calamares en su tinta, un estofado de patatas, unas almejas a la marinera, una tortilla de patatas, un arroz abanda o una ensalada de pimientos, ¿no es verdad que se nos hace la boca agua porque las glándulas salivares se ponen en funcionamiento y segregan saliva? Y, ¿no es también cierto que el estómago, activado por los jugos gástricos, empieza a reclamarnos algún alimento? Todos sabemos que las palabras también pueden estimular otras glándulas de secreción interna o externa y excitar determinados humores.

Pero, tras comprobar la influencia de las palabras en el organismo hemos de centrarnos en las enfermedades. Tendríamos que referirnos a ese amplio abanico de trastornos neurovegetativos y a la extensa gama de somatizaciones. Desde hace muchos años sabemos que la imaginación y el lenguaje influyen en el sistema muscular y nos muestran cómo las técnicas de relajación constituyen un ejemplo patente.

Todos tenemos experiencia de cómo nuestro sistema nervioso se deja arrullar o estimular mediante las palabras. No es extraño, por lo tanto, que Antifonte de Atenas (480 – 411 a. C.) descubriera las virtudes terapéuticas del lenguaje y que, según cuenta Plutarco: “Mientras se hallaba ocupado en el

estudio de la Poética, descubriera un arte para liberar de los dolores. Por eso se le asignó una casa en Corinto, junto al Ágora, en la que puso un anuncio, según el cual podía curar a los enfermos por medio de las palabras".

Viernes, 23 de abril de 2004

El lenguaje de los médicos (III)

El médico, además de leer los síntomas físicos, ha de interpretar los mensajes emocionales. Todos sabemos que las sensaciones que experimentamos los seres humanos son algo más que modificaciones orgánicas: el frío y el calor, la fiebre y el ardor de estómago, el picor de la piel y la presión arterial, la afluencia de sangre, de bilis, de saliva o de jugos gástricos, las punzadas dolorosas o las oleadas placenteras no sólo son señales físicas sino, también, significantes de estados de ánimo.

Acudimos al médico, cargados de preguntas inquietantes y de interrogantes turbadores. Con independencia del perfil psicológico personal, nuestro estado de ánimo como enfermo es el del que se siente amenazado y en peligro más o menos grave, más o menos mortal. Por eso se eleva el estado de hiperestesia y nos sentimos especialmente sensibles: todos nuestros sentidos están alerta y, por eso, captamos, examinamos e interpretamos todos los detalles de la figura del médico. Pero también es verdad que nuestras preguntas e interrogantes, aunque son ciertos y acuciantes, no siempre los sabemos verbalizar ni formular o no nos atrevemos a expresarlos: acudimos al médico con una conciencia de nuestra inferioridad y de nuestra debilidad, y, cuando estamos en esa situación, todas nuestras dotes, cualidades, poderes,

atributos y posesiones pierden valor, pasan a un segundo plano y se relativizan. Un rey, un papa, un ministro, un multimillonario, un artista, un sacerdote, un deportista o, incluso, un médico, cuando están ante un médico, son simples enfermos.

El mensaje -el diagnóstico y el tratamiento- además de acertado, riguroso y eficaz, ha de ser claro, concreto y esperanzador. No dudamos de que el médico es un científico que ha de identificar el mal -la enfermedad-; ha de descubrir su origen y sus consecuencias, ha de indicar y prescribir los remedios, y, además, ha de saber explicarlos. ¿Por qué? Pues porque los enfermos hemos de participar de una manera activa y positiva en el proceso de recuperación de la salud. No olvidemos uno de los principios confirmado por múltiples experiencias de todos nosotros: "Si es verdad que el que, desanimado, entristecido y aburrido, dimite de la vida y decide morirse, se muere; también es cierto que el que, por el contrario, animado, alegre y esperanzado, resuelve seguir luchando, si no siempre prolonga la existencia, al menos vivirá con mayor serenidad; si no aumenta la cantidad, sí mejorará la calidad de vida. Todos sabemos que el dominio de la enfermedad está invadido por la emoción y por el miedo.

Nuestra fragilidad emocional ante la enfermedad se asienta en la ingenua creencia de que somos invulnerables. Cuando se presenta una enfermedad, esta creencia se hace añicos, se destruye la seguridad de nuestro universo privado y nos sentimos débiles, desamparados e indefensos. Si aceptamos que el médico, además de ser una persona dotada de virtudes y de defectos físicos, psicológicos y morales, es un profesional que desempeña una función social, un actor que encarna un papel, hemos de concluir que, para

comunicarse con eficacia, deberá conocer los mecanismos mediante los cuales se despiertan, se orientan, se alimentan y se serenan las emociones.

Viernes, 14 de mayo de 2004

El lenguaje de los médicos (IV)

En nuestra opinión, el buen médico -igual que el buen intérprete teatral- es el que enriquece su "trabajo clínico" con las dotes de su talante humano pero a condición de que sus cualidades personales no debiliten su función profesional como médico; en la consulta no es el padre, el hijo, el sobrino, el amigo ni el colega del enfermo, sino que es… el médico. Su palabra y su discurso, por lo tanto, han de ser rigurosos, científicos, exactos y, además, claros y pedagógicos. Si emplea tecnicismos deberá explicarlos y traducirlos.

El médico, además, ha de ser consciente de que su mirada, sus gestos e, incluso, su manera de vestir, emiten mensajes que son minuciosamente interpretados por el enfermo. También tendrá que cuidar el escenario de la consulta. ¿Recuerdan el miedo escénico que, según Jorge Valdano, experimentan los futbolistas de los equipos que visitan el Estadio Santiago Bernabeu? Pues es insignificante en comparación con las emociones que experimentamos los enfermos cuando acudimos a un hospital o a un quirófano.

La capacidad de comunicación del médico con el paciente, a partir de la comprensión de su estado de ánimo y del diagnóstico acertado de sus dolencias, constituye un factor importante. Por eso, los especialistas coinciden

en la necesidad de humanizar la relación con el paciente en un sistema sanitario supertecnificado que, a veces, transmite la impresión de que es “más importante la enfermedad que el enfermo”. El doctor Francisco Gómez nos recuerda que la comunicación y la presencia del médico son ya de por sí terapéuticas, y nos subraya que la adecuada información al enfermo constituye uno de los ejes de la deontología médica. La explicación no se ha de basar en la exposición detallada de todos los datos técnicos, sino la descripción seleccionada de los rasgos “pertinentes” y oportunos que el enfermo pueda asimilar.

Actualmente se ha generalizando el concepto de “verdad soportable y progresiva”, que, por supuesto, deberá estar ratificada por la coherencia entre las sensaciones y los sentimientos del enfermo, y las palabras, los gestos y las acciones del médico. Lo contrario lleva al paciente a la desconfianza que, a su vez, desemboca en un ruinoso aislamiento psicológico.

Para llegar a estas conclusiones no es necesario que acudamos a la Psicología Médica sino que es suficiente que recordemos nuestra experiencia como enfermos. Todos hemos comprobado en reiteradas ocasiones el “efecto terapéutico” de la palabra del médico en la evolución de nuestras dolencias. Hemos de evitar, sin embargo, caer en cualquiera de las dos posturas extremas: rechazar totalmente la influencia de la mente sobre el cuerpo o defender que los enfermos somos los únicos o los principales artífices de la evolución de nuestras enfermedades.

Viernes, 5 de junio de 2004

El mosqueo

Una de las consecuencias negativas que, a veces, se deriva de los ascensos a cargos relevantes es el aumento exagerado de la propia estima y, por tanto, la multiplicación incontrolada de las "vivencias de autorreferencia". La manifestación más clara de este hecho es la hipersensibilidad que muchos experimentan ante las críticas y el disgusto desproporcionado que les causa la escasa atención que los demás les prestan. Con frecuencia, estos personajes se sienten exageradamente atacados y heridos en su "amor propio". Situados en la gloria, echan la culpa de sus fracasos a los demás, interpretan como malicioso cualquier comentario que no sea un elogio. Están convencidos de que todo el mundo pretende engañarlos, hacerles daño y aprovecharse de ellos; ponen en duda la lealtad de los amigos y la fidelidad de los subordinados.

El que se sabe importante corre el riesgo de estar en un estado de permanente "mosqueo" y, a veces, de insoportable "cabreo". Los ascensos en las categorías profesionales, en los niveles económicos y en las escalas sociales producen, en muchos casos, el aumento de la irritación y del mal humor como consecuencia de la desilusión que genera la insuficiente consideración con la que son tratados y el escaso reconocimiento que su figura

despierta. Algunos, incluso, se sienten permanentemente vejados porque –afirman- “la gente no se da cuenta a quién está tratando”.

Todos conocemos a personas que eran desgraciadas porque no ascendían pero, desde que lograron subirse encima de un estrado o situarse detrás de una “baranda prestigiosa” como, por ejemplo, una cátedra, una concejalía o, incluso, una vocalía en la junta de la comunidad de vecinos, llegan a la conclusión de que toda su naturaleza se ha transustanciado y, en consecuencia, exigen que su mujer, sus hijos, sus hermanos y hasta el mecánico que le repara el automóvil, los traten teniendo en cuenta su excelsa dignidad. Desgraciadamente estas reacciones son más frecuentes de lo que cabría esperar; por eso, algunos alumnos comentaban extrañados que a su profesor ni siquiera se le había cambiado la voz tras haber aprobado las oposiciones.

No debería sorprendernos demasiado que sean tantos los personajes que, según las crónicas periodísticas de estos días, se han sentido ninguneados, marginados y vejados por no haber sido invitados a la boda entre Felipe de Borbón y Letizia Ortiz. Las estadísticas confirman que ascienden a varios millares los desilusionados por no haber recibido la tarjeta. Dicen que algunos de estos sublimes furiosos no quieren reconocer que han sido preteridos por el protocolo real y explican a sus amigos que un viaje inoportuno les impide asistir a la ceremonia pero que, en realidad, se quedarán hoy sábado en casa, rumiando su enfado mientras que contemplan la ceremonia por la televisión.

Sábado, 22 de mayo de 2004

La lectura de Menchu

Uno de los hechos más elogiados de la ceremonia nupcial de los Príncipes de Asturias ha sigo la magistral lectura del fragmento de la Carta que Pablo de Tarso escribió a los fieles de Corinto. Algunos de los asistentes han confesado que fueron las palabras a las que prestaron mayor atención; muchos televidentes han comentado que, a pesar de que es una lectura que han escuchado múltiples veces, en esta ocasión, no sólo les sonaba de manera distinta, sino que las ideas les parecían nuevas; y varios periodistas han coincidido en que sus mensajes eran más claros, más directos, más interesantes y más actuales que muchos de los sermones que han escuchado en toda su vida. No ha faltado quien ha afirmado que este texto, leído de forma admirable por la abuela asturiana de Leticia, "quedó a una distancia infinita de la homilía del Cardenal Rouco, plagada de lugares comunes sobre el amor". Tal lectura era, efectivamente, la mejor explicación de las palabras contenidas en dicho fragmento.

Aunque algunos de estos comentarios pueden parecer exagerados, hemos de tener muy en cuenta que la elocuencia de un discurso oratorio depende, en gran medida, de su "pronunciación". Todos hemos comprobado cómo la lectura individual del texto de una conferencia, por ejemplo, nos ha

resultado irrelevante y aburrida mientras que, cuando la escuchamos a un comunicador competente, a un verdadero orador, nos pareció valioso e, incluso, ameno. Por el contrario, una voz desagradable e incontrolada, y una lectura torpe y desacertada desgracian hasta los textos más profundos, interesantes y bellos.

Resulta incomprensible cómo esta destreza tan indispensable para los profesionales de la comunicación no se educa a lo largo de todo el proceso de formación. "¿Cómo es posible -me preguntaba ayer un sorprendido lector- que todo un señor cardenal de la Iglesia Romana no haya aprendido a leer? ¿Cómo es posible que, conociendo la voz tan desagradable y tan molesta que tiene, no haya asistido unas clases de Fonética Práctica?"

Comprendo la extrañeza de dicho oyente y me sumo a esa multitud de los pacientes destinatarios de discursos, conferencias, lecturas, sermones, clases, arengas, homilías y charlas quienes, aburridos, cansados y, a veces indignados, tienen que soportar los gritos desaforados, vacilantes y desequilibrados de oradores desaprensivos que martirizan nuestros oídos y traicionan los mensajes. Descuidar la educación de la voz no es menor pecado o error que abandonar la higiene corporal. No olvidemos que la voz es el soporte, el vehículo, el envoltorio y el canal por el que expresamos y comunicamos lo mejor de nuestro interior: nuestras ideas y nuestros sentimientos. No perdamos de vista que, en cualquier caso, el envase debe ser adecuado al valor de su contenido.

Sábado, 29 de mayo de 2004

El Ateneo, una institución viva

Durante estos cuatro últimos años, el presidente Ignacio Moreno, flanqueado por los miembros de la junta directiva, con paso acelerado y con ritmo firme, ha seguido la senda iniciada por sus antecesores y -haciendo gala de entusiasmo, de imaginación y de vitalidad- nos ha abierto de par en par las puertas y las ventanas del Ateneo. Su decisión de que, libres, entraran los vientos renovadores de la cultura de nuestro tiempo y de que, frescos, corrieran los aires estimulantes del pensamiento múltiple, es plenamente coherente con la naturaleza de este templo de la palabra, signo de la tradición y símbolo del progreso. Ésta es -a nuestro juicio- la clave de la densa y variada programación de actividades que se han desarrollado durante este intenso período, en el que mujeres y hombres, especialistas en diferentes disciplinas y en permanente contacto con los problemas de la actualidad, nos han propuesto ideas y experiencias que pretenden contribuir a la creación de un mundo más estético, más científico, más ameno, más libre, más social, más ético y, en resumen, más habitable y más humano.

Desde este estrecho espacio situado en plena calle Ancha, el Ateneo nos ha animando para que exploremos nuevos caminos sin necesidad de

simplificar los problemas pasándolos por el filtro de los prejuicios ideológicos, de los intereses localistas o de la vana frivolidad

En el reducido marco de su sala de conferencias, hemos escuchado voces autorizadas que, sin deteriorar el valioso legado acumulado por nuestra dilatada historia, han ayudado a limpiar el ambiente de miasmas retrógradas y de rancios prejuicios. Ignacio, plenamente consciente del significado histórico y de las funciones actuales de esta institución cultural y científica, ha mimado este hermoso árbol para que, con sus raíces, siguiera escarbando en el pasado y para que, con sus ramajes, continuara extendiéndose y multiplicándose hacia el futuro.

Con su decisión de integrar a representantes de distintos ámbitos sociales y de diferentes niveles culturales, ha logrado redefinir y actualizar la naturaleza -erróneamente elitista e injustamente minoritaria en determinados momentos de su historia- de este escenario en el que se han dado cita la cultura, el arte, la tolerancia, el civismo, la libertad, la justicia y la igualdad, y se han planteado los asuntos más acuciantes de nuestra vida cotidiana como, por ejemplo, la educación, el arte, la política, la religión, el conocimiento y, por supuesto, el sexo, el amor y la familia.

Ha evitado, en todo momento, caer en la fácil tentación populachera rebajando la calidad de las intervenciones o dejando que los valores estéticos desaparecieran por el sumidero de los insignificantes localismos, y, por el contrario, nos ha invitado a navegar por mares muy distintos y a calentarnos bajo soles muy diferentes.

Conjugando los valores de la tradición con los de la modernidad, y adoptando una actitud digna, cordial y sencilla, el actual equipo ha dado muestras de independencia, y, sin alardear de autosuficiencia, ha acertado al reunir armoniosamente a representantes de diferentes ideologías. Hemos de reconocer que el Ateneo - institución viva- se ha convertido en un espacio de acercamiento, de relación cultural, de intercambio de ideas, de conversación amigable, de diálogo fecundo y, en definitiva, en el recinto de la palabra.

Domingo, 30 de mayo de 2004

Más sobre lectura

Entre las reacciones que ha provocado el artículo sobre "la lectura de Menchu", he elegido la del escritor Luis Suárez porque, en mi opinión, resume otros comentarios que juzgan "exagerado mi elogio" y que, en consecuencia, no aceptan que "tal lectura fuera la mejor explicación de las palabras contenidas en dicho fragmento".

Aunque estoy de acuerdo en que la "recitación enfática" -por llamar excesivamente la atención de los oyentes sobre el lector y sobre el acto de la lectura- conduce frecuentemente a una "sobreactuación" teatral, hemos de reconocer que si, por el contrario, el lector transmite la impresión de que atiende al texto y sintoniza con los oyentes, la lectura resultará -como afirma Marcelino- una explicación didáctica. Con mi insistencia, querido colega, no pretendo sentar cátedra ni, mucho menos, hacerme el pesado; sólo intento aclarar que aquella afirmación no fue el elogio entusiasmado de un fan televisivo, sino la formulación de las conclusiones a las que he llegado como paciente e interesado oyente. Las vibraciones acústicas que produce la lectura en voz alta -de forma parecida a la recitación musical- transmiten sensaciones y sentimientos agradables o desagradables que influyen en la adecuada

comprensión, en la aceptación o en el rechazo de los significados y de los mensajes que contienen los textos.

La lectura es, además, una “interpretación” en el triple sentido de esta palabra. El lector que acierta realzando determinadas vocablos, subrayando algunos conceptos, matizando otros y abriendo oportunas pausas, nos ayuda a descifrar el sentido profundo del texto, nos facilita la comprensión de los mensajes y, además, “interpreta”, esto es, “actúa”, traduciendo en acciones las ideas que expresa. El lector, el intérprete y el actor “ejecutan” la obra, traducen en movimientos las palabras, convierten en gestos los movimientos y, en resumen, dan vida a las letras.

Por eso, leer un texto es articular fielmente los sonidos representados por los signos gráficos, y, además, penetrar en sus significados, asimilarlos, asumirlos, identificarnos con ellos y, en cierta medida, vivirlos. La lectura ha de ser “expresiva”: ha de descubrir las resonancias íntimas -intelectuales y emotivas- que un texto produce en nuestras entrañas; de la misma manera que la interpretación de las melodías musicales pone de manifiesto la calidad de los instrumentos y la sensibilidad del músico que las interpreta.

Para que la lectura sea comprensiva, explicativa, valorativa y crítica es necesario que, previamente, hayamos “ingerido” sus mensajes y los hayamos hecho carne de nuestra propia carne. Quizás sea demasiado pretencioso recordar que el lector es un hermeneuta, un intérprete, y que Hermes, el dios de la lectura es, además, el mensajero entre los dioses y los humanos.

Sábado, 12 de junio de 2004

Mujer y deseo

Los deseos son los estímulos que mejor definen el perfil psicológico, el comportamiento sociológico y la trayectoria biográfica de los seres humanos; todavía más que las ideas e, incluso, más que los hechos, los deseos constituyen los códigos secretos que, si acertamos a descifrarlos, nos proporcionan las claves para interpretar el sentido de cada vida humana: nos explican el fondo de nuestras acciones y nos descubren el fundamento de nuestras omisiones. Sus análisis, por lo tanto, nos abren unas sendas directas por las que podemos llegar a comprender la identidad personal y la idiosincrasia colectiva, ya que, de manera más o menos consciente, influyen decisivamente en las percepciones, en la formación del pensamiento, en la adopción de las actitudes y en la elección de las conductas.

Copiando palabras de Manuel Gregorio González, afirmamos que las "voces profanas" recogidas en el libro *Mujer y deseo*, nos proporcionan una nueva y audaz lectura -sugestiva por su originalidad- de textos clásicos, y una exégesis matizada -sorprendente por su obviedad- de relatos "religiosos": nos aclaran las raíces ocultas de los comportamientos "femeninos", desde una perspectiva insólita hasta ahora, y nos muestran los gérmenes de unas

desigualdades aceptadas tradicionalmente como herencias biológicas o como reliquias antropológicas.

Esta novedosa obra nos aporta unas reflexiones sutiles que ahondan en el fondo íntimo de nuestra conciencia personal -la de los hombres y la de las mujeres- y en las galerías subterráneas por las que discurren las corrientes poderosas de unos mitos que, repetidos hasta la saciedad, han alimentado el pensamiento religioso, los criterios éticos, las pautas sociales y las opciones políticas durante milenios; son las brújulas que han orientado la mentalidad y las líneas maestras que marcan el desarrollo de las relaciones humanas.

Con habilidad, valentía y rigor, las autoras y los autores de estos trabajos han descendido al pozo de los sentimientos ocultos, reprimidos o camuflados durante siglos, para denunciar los prejuicios atávicos que, de hecho, han silenciado y castigado los deseos femeninos como si se tratara de crímenes nefandos.

“Mujer y deseo”, obra editada por la Universidad -que recoge los trabajos debatidos en el Congreso Internacional desarrollado en Cádiz, en abril de 2003, que fue coordinado por María José de la Pascua, María del Rosario García-Doncel y Gloria Espigado- analiza, desde perspectivas interdisciplinares, la relación mujer-deseo, proporciona una información crítica sobre los fundamentos de las raíces de dicha mentalidad represora de los deseos femeninos, y traza las pautas que han de orientar unas relaciones más igualitarias, justas y razonables, y que posibilitarán una convivencia más confortable, alejada de sentimentalismos trasnochados.

Sábado, 19 de junio de 2004

La desinformación

Más grave aún que la falta de información es, sin duda alguna, la "desinformación": la acumulación de datos erróneos, incompletos, tergiversados, descontextualizados o mal interpretados. A veces, incluso, la desinformación está producida, simplemente, por el acopio de informaciones inútiles, por la saturación de nombres, de fechas o de ideas que producen una indigestión mental con abundantes y malolientes vómitos de torpes críticas. Jean-François Revel comenzaba, con las siguientes palabras, su libro sobre el conocimiento inútil: "La primera de todas las fuerzas que dirigen el mundo de hoy es la mentira". Esta afirmación, quizás algo exagerada, denuncia claramente el grave problema que se plantea en la era de la información y de la sociedad democrática, en la que la calidad de los mensajes difundidos es muy baja debido, entre otras razones, a sus intenciones interesadas, tramposas, mendaces, frívolas y fraudulentas.

Hemos de lamentarnos, ciertamente, de la pobreza de los contenidos informativos y del apasionamiento de las opiniones emitidas, pero deberíamos alarmarnos más por la facilidad con la que se emiten juicios sobre meras conjeturas o, incluso, sobre falsas hipótesis. Algunos medios de comunicación de diferentes colores ideológicos, siguiendo la línea trazada por los grupos

políticos a los que amparan, no dudan en recurrir a la falsedad o a la caricatura para, sobre todo, desacreditar a los adversarios.

Al menos los educadores y los profesionales de la información, además de trabajar por curar la ignorancia, deberíamos luchar con todas nuestras fuerzas por vencer la mentira, la información manipulada, el permanente afán de ocultar datos o de distorsionar la verdad de los hechos. No es cierto que la libertad de opinión permita insultar, exagerar, despistar, intoxicar o crear confusión. Los lectores deberíamos escuchar el grito que Immanuel Kant -cuyo bicentenario de su muerte estamos conmemorando- nos dirige a nosotros: "sapere aude", atrévete a conocer[1].

A quienes tienen el privilegio de intervenir en los medios de difusión hemos de exigirles que sigan con responsabilidad y con valentía la senda del conocimiento crítico; deberíamos instarles para que denunciaran a quienes se sirven de ellos interesada e impúdicamente. Hemos de criticar a los "comunicadores" que carecen de convicciones o traicionan sus principios éticos y, sobre todo, hemos de rebelarnos contra los impostores que controlan la opinión pública. Por referirnos a un hecho reciente, hemos de declarar que

---

[1] Tras leer este artículo, el Catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Huelva, Miguel Ángel Márquez Guerrero, nos envió un comentario del que hemos entresacado las siguientes líneas: Como quizá sepas, yo fui uno de los autores del sello de la Universidad de Huelva, junto a José Luis Gozálvez, profesor de historia moderna. Y, como quizá recuerdes, el sello lleva esa leyenda: sapere aude.

La idea procede de mi compañero de historia, y efectivamente nosotros también citábamos a Kant (yo no conocía el texto del filósofo), en el sentido ilustrado que expresa la frase. Como estaba en latín, entonces, cuando diseñábamos el sello, en el año 1993, me propuse encontrar la fuente. Busqué en el CD que contiene la mayoría de los textos latinos clásicos y hallé que se trataba de un cita de Horacio, *Epístolas* I, 2, 34-41: *et ni posces ante diem librum cum lumine, si non intendes animum studiis et rebus honestis, invidia vel amore vigil torquebere. nam cur quae laedunt oculum, festinas demere: si quid est animum, differs curandi tempus in annum? dimidium facti, qui coepit, habet: sapere aude, incipe.* Te ofrezco una traducción, porque no soy capaz de leer un texto latino sin traducirlo: y si no reclamas antes de que amanezca un libro y una lámpara, si no te dedicas al estudio y a cosas honestas, te torturarán insomne la envidia o el deseo. Pues, ¿por qué te apresuras a sacarte del ojo lo que te daña, pero si es algo que daña el alma, difieres un año el tiempo de curarte? quien comienza algo, tiene hecha la mitad: *sapere aude*, comienza la tarea".

ni unos ni otros tienen derecho a desinformarnos, por ejemplo, sobre las circunstancias de la guerra de Iraq, sobre las armas de destrucción masiva, sobre la conexión de Iraq con el terrorismo de Al Qaeda o sobre las opiniones mundiales sobre la invasión americana. La desinformación es más nociva que la ignorancia a secas.

Sábado, 3 de julio de 2004

El cuerpo

A lo largo de la historia de nuestra civilización occidental, el cuerpo y el alma se han considerado, alternativamente, como amigos inseparables y como enemigos irreconciliables. Recordemos que los filósofos presocráticos afirmaban que el alma estaba alojada en el cuerpo como en un destierro, encerrada como en una prisión o enterrada como en un sepulcro. Es cierto también que, en la tradición cristiana, junto a la tesis apoyada en las palabras del apóstol Pablo, que venera el cuerpo como templo del Espíritu Santo, ha existido una corriente ascética que ha despreciado y maltratado el cuerpo, considerándolo como ocasión de pecados y como fuente de vicios.

En la actualidad, tras las reflexiones desarrolladas por los pensadores que han intentado superar la dualidad entre la mente y el cuerpo, ya apuntada por los griegos, se acepta comúnmente que el cuerpo no es sólo la envoltura de la persona humana, sino un elemento constitutivo de su personalidad; no sólo el sustento biológico, sino también un factor determinante del perfil psicológico y un cauce inevitable para la integración social: el cuerpo hace posible y, en cierta medida, determina el pensamiento, el lenguaje y los sentimientos. Podemos concluir afirmando, incluso, que el cultivo del cuerpo es la senda indispensable para la educación del espíritu. El bienestar humano -

tanto el personal como el colectivo- parte necesariamente de la buena forma del cuerpo y del equilibrio de la mente. Si el cansancio, la fiebre o el dolor repercuten en el estado de ánimo, el ansia, el estrés y las preocupaciones, influyen negativamente sobre el funcionamiento de los órganos corporales. Pero es que, además, el cuerpo expresa, de manera directa, lo que la persona piensa, siente, desea, teme, ama y odia.

Ya resulta un lugar común afirmar que el cuerpo constituye la mejor definición de nuestra personalidad. Declara, de manera directa, no sólo nuestro estado físico sino también nuestra salud mental: nuestro equilibrio psicológico, nuestras ansiedades, nuestras aspiraciones y nuestras frustraciones. Es el termómetro más fiel de nuestro bienestar. Consideramos, por lo tanto, que es un error grave adiestrar el cuerpo para que, paradójicamente, sirva como escudo que nos proteja de la posible comunicación e, incluso, como blindaje que nos defienda de nuestros fantasmas interiores. Las raíces profundas de este bloqueo, localizadas en una educación errónea durante la niñez de algunas personas, han desarrollado un sistema automático de desconexión tan potente que, cuando sienten alguna sensación agradable, automáticamente cierran las ventanas de los sentidos y se colocan un corsé para protegerse y para no sentir. Recordemos que Sartre decía, por el contrario, que la caricia "no es un simple roce de epidermis sino, en el mejor de los sentidos, una creación compartida...", al acariciar comunicamos nuestros sentimientos e intentamos sentir lo que siente el otro.

Sábado, 10 de julio de 2004

Verano

En estos días en los que por doquier escuchamos esas permanentes quejas por el “sofocante calor”, de los mismos labios que, durante el invierno, se lamentan por el “insoportable frío”, prefiero detenerme en las ventajas y en los atractivos que nos proporciona esta estación estival.

El verano nos suministra el tiempo adecuado y los espacios propicios para el descanso reparador y, sobre todo, para el ocio recreativo. Frente al invierno, que es la época del trabajo intenso, el verano favorece la calma del reposo, el regalo de la quietud y el ambiente propicio para la contemplación apacible. Es la ocasión adecuada para que, agradecidos, recojamos los frutos que las labores agrícolas, las actividades comerciales y las tareas escolares han ido sazonando con esfuerzos, con disciplina y con paciencia.

El calor, con su vaguedad cósmica, apacigua nuestros ímpetus, nos relaja y propicia la relación inmediata con la naturaleza y, al permitirnos la desnudez, hace posible el gozo del contacto directo con el medio ambiente. Si es cierto que el atuendo nos protege de las agresiones, también es verdad que nos separa del espacio contiguo; la desnudez, por el contrario, nos conecta y nos comunica con los demás seres que prolongan nuestros cuerpos. Durante el verano, disfrutamos de la belleza de los cuerpos que exponen su vigor y su

lozanía con unas actitudes sinceras y auténticas en las playas, en las piscinas y, a veces, en plena calle.

Esta indolencia veraniega -quizás debida a la menor necesidad de calorías- contrasta con la hiperactividad que nos caracteriza cuando, nuevamente, nos visitan los fríos y las lluvias. Es posible que disfruten más del calor los que, durante el resto del año, han padecido las torturas de los climas glaciales. De cualquier manera, podemos afirmar que cada estación tiene unos alicientes y unas virtudes que corresponden al cambiante rostro del tiempo que, alternativamente, nos crea y nos recrea. Las opuestas cualidades del invierno y del verano se complementan y se concilian en la rápida transición de los sombríos declives otoñales y de los luminosos crecimientos de las primaveras.

El verano es la estación propicia para esa contemplación que tan esencial nos resulta para lograr la sabiduría, para realizar ese alejamiento apolíneo de la mirada que inmoviliza a sus objetos y los penetra con atención, con respeto y con fruición. El invierno es la estación que nos implica con el trabajo, en la lucha cotidiana por la construcción de nuestro mundo. Por todo esto confesamos que no desearíamos que se detuviera para siempre el curso de las estaciones ni pretendemos detenernos de forma definitiva en el calor permanente de un verano sin fin. Preferimos estos cambios cíclicos de la espera y de la esperanza de otros ritmos y de otras melodías. No aspiramos a la indolente quietud de la eterna juventud de aquellos que, ingenuamente, creen que siempre permanecerán lejos de la muerte.

Sábado, 7 de agosto de 2004

Las bodas de oro

Cádiz y los gaditanos, efectivamente, tenemos planteados problemas más graves que la celebración del cincuenta aniversario del Trofeo Carranza. El paro de varios miles de conciudadanos, la marginación de unos cientos, el desmantelamiento de los Astilleros, la drogadicción, la escasez y el alto precio de las viviendas, las deficientes conexiones viarias y marítimas, por ejemplo, son asuntos más serios que permanecen anclados, aceptados pacientemente y tratados terapéuticamente, como si fueran enfermedades incurables; pero el golpe que acabamos de recibir este año, precisamente en la celebración de las Bodas de Oro del Trofeo Carranza, constituye una explicación condensada algunos de los factores que determinan nuestro retraso económico, nuestra debilidad social y nuestra apatía cultural.

Por un lado, suena el cante por alegrías con el que proclamamos que somos los mejores del mundo, que nuestro clima, nuestro mar, nuestros vientos, nuestras playas, nuestras calles, nuestras fiestas y nuestro Trofeo son inigualables. Por otro lado, entonamos las quejumbrosas soleares que, asentadas en la apatía, la falta de previsión y el chapuceo, muestran la convicción de que los problemas se solucionan solos o de que las averías de nuestros aparatos la deben arreglar los demás.

Por eso, cuando sufrimos un descalabro, culpamos a la mala suerte, al mal tiempo, a la arbitrariedad de los demás o a las injusticias de los jueces. Cuando perdemos el partido de la economía, de los empleos, del comercio, de las programaciones culturales o de las competiciones futbolísticas y cuando descendemos de categoría, señalamos con agresividad al levante o al poniente, a la lluvia o a la sequía, al calor o al frío; cuando no metemos el gol de la solidaridad, es porque el balón no quiere entrar, porque es cuestión de rachas o porque este árbitro la tiene tomada con nosotros.

Si el lamentable espectáculo de la celebración del cincuenta aniversario del pomposamente autodenominado "el Trofeo de los Trofeos", sólo nos sirve para quejarnos de lo impresentables, incompetentes y aprovechados que son los demás y, si no nos empuja, de una vez por todas, para que hagamos una autocrítica, este triste acontecimiento sólo servirá para escribir otra página anecdótica del Trofeo y para divertirnos con las letras del Carnaval.

El malhumor será inútil si no nos obliga a descubrir las raíces de males pandémicos más graves. Éste puede ser el momento oportuno para revisar nuestras actitudes triunfalistas y, sobre todo, para convencernos de que hemos de estudiar los problemas a fondo, elaborar planes detallados, programaciones adecuadas y calendarios minuciosos. Entre todos, con entusiasmo y con imaginación, vamos a salir de este atolladero pero, por favor, pongamos todos los medios para corregir la indolencia y para exigirnos, a todos, una mayor previsión y responsabilidad.

Sábado, 14 de agosto de 2004

El Trofeo de los Trofeos

Finalmente, Andrés se decidió, compró una entrada de Fondo Norte y se encaminó expectante hacia el Estadio. "Asistir a un partido de fútbol -pensaba-, a pesar de lo que le había dicho el padre espiritual, no podía ser una acción tan frívola, tan mundana ni tan peligrosa para la vocación. El mismo señor Obispo de la Diócesis, don Tomás Gutiérrez Díez, había acudido la tarde anterior para bendecir el césped, y había presenciado el primer tiempo del partido de inauguración del Estadio Ramón de Carranza, Cádiz Club de Fútbol y Fútbol Club Barcelona".

Andrés, antes de sentir la vocación, había "vivido" algunos encuentros en el Mirandilla; allí, acompañado de su amigo Paco, había presenciado varios partidos de tercera división, había gritado, disfrutado, sufrido e, incluso, se le habían escapado varias picardías contra el árbitro; había aplaudido las paradas de Rubio, los despejes de Martín, los centros de Juanjo y los goles de Chispa, Cría, Leoncito y Mancheño. Sus ídolos, sin embargo, eran Blandino y Pepín. Pero, tras su ingreso en el Seminario, aceptó cumplir la norma del reglamento que prohibía la asistencia a espectáculos públicos, en especial, a aquellos en los que las pasiones se desenfrenaban y se corría el riesgo de que los sentimientos menos nobles se desbordaran.

Pero, en esta ocasión, el acontecimiento era totalmente diferente y no podía estar previsto en las normas del buen comportamiento del seminarista ejemplar. Cuando accedió al estadio y contempló aquellas inmensas gradas repletas de público, la alfombra verde del césped y las ondeantes banderas de los equipos contendientes, pensó que se había trasladado a un espacio distante y que, más que un espectador era un actor privilegiado de una inmensa obra dramática y de una multitudinaria aventura. El partido lo vivió de una manera inédita. A Paco se lo contó el día siguiente: "Te juro que defendía a los dos equipos; me identificaba tanto con el Sevilla como con el Atlético de Portugal; aplaudía tanto los goles de Arza y Loren como el de Castiglio".

Posteriormente, asistió a las sucesivas ediciones y, aunque, al principio, se inquietaba, progresivamente, se fue tranquilizando, convencido de que el espectáculo era, no sólo inofensivo, sino incluso, saludable para su cuerpo, beneficioso para su espíritu y reconfortante para su vocación.

Ahora, el fútbol le sirve al padre Andrés de metáfora con la que explica a sus feligreses algunas enseñanzas, en las catequesis e, incluso, en las homilías. En la sala de reuniones tiene colgadas estampas de los futbolistas más conocidos del Trofeo. Con el beneplácito de sus feligreses, ha cambiado el horario de las misas, para facilitar que acudan con él a los partidos vespertinos y nocturnos del Trofeo de los Trofeos.

Sábado, 21 de agosto de 2004

Contar historias

Tras dudarlo mucho, finalmente, he decidido contestar por escrito una pregunta que me dirigen cuatro lectores: Juan, Sonia, Luis y Águeda. En su carta me aseguran que esta cuestión, objeto de una larga discusión entre ellos, inquieta a otros muchos amigos que no se atreven a estampar su firma en la carta. Confiesan que todos ellos sienten una intensa vocación para ser escritores y tienen el firme propósito de emprender "el largo y empinado camino" que les lleve a esta "apasionante profesión".

"¿Cuál es -es su pregunta textual- la primera cualidad que ha de caracterizar a un relato de ficción? Tras eliminar, por razones de espacio, muchas consideraciones que, a mi juicio, son esenciales e imprescindibles, y con el convencimiento de que estoy simplificando el planteamiento, me arriesgo a decirles que el valor principal es el atractivo que el asunto tratado ejerce en los destinatarios, su poder para generarles interrogantes y para despertarles expectativas. Hemos de reconocer que, de manera más o menos clara, cuando leemos una novela interesante, disfrutamos porque que se amplía el horizonte de nuestros conocimientos, probamos nuevas sensaciones y experimentamos intensas emociones.

Ansiamos llenar los huecos vacíos de nuestra corta existencia multiplicando nuestras experiencias y ampliando el capital de nuestras vivencias. Pero, a veces, no descubrimos esos vacíos hasta que unos estímulos externos nos formulan cuestiones y nos abren interrogantes. Yo creo que la razón última por la que nos decidimos a iniciar la lectura de un libro y, sobre todo, a continuarla, estriba en el deseo irreprimible de encontrar ese fondo de misterio que nos intriga, nos apasiona y nos interesa. Esta es la clave de la fascinación que ejercen los viajes, en general y, más concretamente, los de aventuras, y ésta es, también, la explicación del atractivo que provoca el descubrimiento de los secretos. En mi opinión, para lograr despertar este interés, el escritor ha de estimular, en primer lugar, esa curiosidad y ha de dar entender que, efectivamente, en su obra, él nos va a desvelar el código de un enigma. Podemos afirmar, en consecuencia, que una obra narrativa ha de identificar ese misterio, ese enigma, esos interrogantes.

Opino que, además de esta curiosidad por descubrir esos recintos secretos y esos mundos lejanos, tanto en el tiempo como en el espacio, los seres humanos sentimos deseos, a veces irreprimibles, por vernos reflejados en los comportamientos de los otros: contemplar la vida de los demás, es una manera de, al mismo tiempo, alejarnos de nosotros y de objetivarnos para identificar la imagen que proyectamos y para penetrar en el sentido de nuestros actos, en las raíces de nuestras motivaciones inconscientes. Ésta es la explicación del atractivo que ejercen algunos espectáculos y, sobre todo, del aliciente de los chismorreos y de las murmuraciones. Aunque no seamos plenamente conscientes, cuando leemos historias, las vemos en el cine o en la televisión, en cierta medida, no sólo nos comparamos con los personajes de esos relatos sino que, también, nos identificamos con ellos. Sábado, 8 agosto de 2004

Los gérmenes de la crueldad

Sin duda alguna, tendrá que pasar mucho tiempo para que se disipen las amargas sensaciones de estremecimiento, de terror y de abatimiento que hemos experimentado al contemplar a esos niños semidesnudos que, mientras se escapaban despavoridos del colegio, eran tiroteados por los terroristas. ¿Qué está pasando, nos preguntamos, para que la crueldad alcance una extensión tan amplia y unos niveles tan elevados? En nuestra opinión, ya no es sólo que se estén disolviendo los principios éticos más esenciales sino que, además, se está aboliendo la visión de los otros, de los diferentes, como verdaderos seres humanos. Creo que deberíamos escarbar en el fondo de nuestras conciencias tranquilas para descubrir esas raíces profundas que, sin ser plenamente conscientes, quizás también nosotros estemos cultivando.

Para evitar llegar a tales extremos de ferocidad, deberíamos empezar por ponernos en guardia cuando al extranjero, al adversario o, incluso, al enemigo, los miramos como seres desprovistos de su condición humana, cuando no reconocemos de una manera explícita que todos poseen idéntica dignidad que nosotros y que los nuestros. Cuando, desde una determinada ideología, religión, cultura, pueblo o clase social, adoptamos posturas de suficiencia o de desprecio frente a los integrantes de otros grupos, estamos

anidando los gérmenes de un distanciamiento que, si sigue creciendo, puede llegar al resentimiento, al desprecio o al odio. ¿No se han fijado ustedes en esas expresiones de orgullo agresivo, en ese tono de burla agria y en esos gestos de desdén hiriente con los que, por ejemplo, los de la derecha se refieren a los de la izquierda, y los de la izquierda a los de la derecha? ¿No es cierto que, a veces, los agnósticos ridiculizan acerbamente a los creyentes y los creyentes se mofan jactanciosamente de los agnósticos?

Aunque, efectivamente, en estas actitudes de altanería y de desprecio, advertimos diferentes grados de petulante suficiencia, hemos de reconocer que las semillas, cuando están sembradas en un terreno abonado y disfrutan de una atmósfera propicia, pueden crecer y dar abundantes frutos. Recordemos el odio impulsado en otras épocas y en otros lugares por ideales nobles y por causas justas.

Los psicólogos explican que estas conductas tan crueles -tan inhumanas- tienen su origen en una consideración del otro como un ser inferior, en un sentimiento que, si lo cultivamos, puede desembocar en una valoración del diferente como adversario, del adversario como enemigo, y del enemigo como animal, como un bicho o como una fiera que, por tanto, están privados de la condición humana. Los terroristas matan a seres que, por el solo hecho de existir, representan un peligro, una amenaza o, simplemente, una dificultad para sus proyectos. El Estado ha de evitar que estos desalmados impongan sus ideas y sus reglas por la fuerza del miedo, pero sin emplear sus mismas armas ni sus mismos principios. Hemos de reconocer que impedir una acción terrorista no resuelve el problema del terrorismo. Luchemos, pero para que, en nuestras entrañas, germine, sobre todo, un respeto reverencial al ser humano.

Sábado, 11 de septiembre de 2004

Opulencia

Las recientes afirmaciones del premio Nobel de Fisiología y Medicina de 2002, Sydney Brenner, según las cuales nuestro organismo no es capaz de adaptarse a tanta abundancia de alimentos, nos mueven a preguntamos si el temor a contraer las enfermedades de la opulencia puede ser más eficaz que las apremiantes llamadas a la generosidad. Ya que la justicia y la solidaridad no nos mueven para que compartamos con los famélicos y con los desnutridos los excedentes de nuestras despensas y frigoríficos, a lo mejor, preocupados por nuestra salud física y mental, nos decidimos a distribuir esas reservas. Resulta paradójico constatar que, mientras millones de seres humanos mueren por falta de alimentos, otros enferman por comer demasiado. Todos podemos comprobar cómo esta excesiva abundancia de unos pocos, no sólo origina dolencias cardiovasculares y trastornos metabólicos, sino que también genera enfermedades psicológicas y complicaciones sociales.

¿No creen ustedes que, por ejemplo, esa desidia tan característica de estos tiempos, esa impasibilidad de ánimo y esa creciente indiferencia frente a las personas, al medio ambiente o los acontecimientos dolorosos, tienen mucho que ver con el exceso de medios y, quizás, con la falta de sobriedad? ¿No es sorprendente que hayamos perdido de nuestro lenguaje y de nuestra

tabla de valores unos conceptos tan importantes como, por ejemplo, austeridad, frugalidad, moderación o mesura? Soy consciente de que estas virtudes suenan a anacronismos, a sermones pasados de moda, a prácticas ascéticas propias de otros tiempos. Pero, en mi opinión, constituyen unos hábitos, más que útiles necesarios, para conservar la salud corporal, el equilibrio mental y, también, la armonía social. Recordemos que los ayunos prescritos por todas las religiones tenían inicialmente una finalidad higiénica y terapéutica; servían para limpiar el cuerpo y para sanar el espíritu.

Pero es que, además, valen para disfrutar más de las comidas. Cuando nos sentimos satisfechos o empachados, ni siquiera los manjares más exquisitos logran atraer nuestra atención ni despertar nuestro entusiasmo. Aunque en los niños y en los adolescentes apreciamos este fenómeno con mayor claridad, el desinterés, la falta de entusiasmo y la desidia crecen de manera alarmante en toda nuestra sociedad occidental. ¿Se han fijado cómo, por ejemplo, en un cumpleaños, no sólo no muestran admiración por la tarta sino que nos dan la impresión de que la desprecian?

Ignoro si el origen es la escasez o el exceso de alicientes, pero el hecho constatado por muchos de nosotros es que, al mismo tiempo en que se acumulan los incentivos publicitarios y las incitaciones televisivas, la desgana y la falta de interés están creciendo de forma imparable. Según los sociólogos, algunos de los rasgos que definen a nuestra sociedad son la negligencia, la pereza y el abandono: esa desidia que, a veces, es un caudal subterráneo, un rumor remansado que, como el de un río invisible, desvanece ilusiones, genera malestar individual y debilita la convivencia.

Sábado, 18 de septiembre de 2004

Nuestras gentes

José Miguel Abad Vallejo

Como muestra de reconocimiento y de gratitud por su entrega generosa a la Iglesia, en el marco de la sesión de apertura de la LXXX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, el cardenal Rouco Varela ha entregado la bula acreditativa del título de Prelado de Honor de Su Santidad, al presbítero de nuestra Diócesis, José Miguel Abad Vallejo, quien desde 1966, ha servido de manera fiel y eficaz a los obispos de nuestro país.

Aprovechamos esta oportunidad para expresar nuestra felicitación a este sacerdote laborioso que, a pesar de haber sido reclamado sucesivamente por su Navarra natal, por la Málaga donde había cursado sus estudios teológicos y por el Bilbao, el destino de su padre y maestro, el obispo Añoveros, prefirió habitar entre nosotros y arraigar en Cádiz, ciudad en la que ha dado sus mejores frutos pastorales. Durante cerca de medio siglo, nos ha acompañado en el camino hacia la madurez humana y nos ha alentado en la búsqueda de valores trascendentes.

La corpulencia física de este chicarrón del Norte nos ha revelado las amplias dimensiones de su espíritu noble, y su fortaleza corporal ha sido la expresión transparente de la consistencia de su confianza en las palabras de Jesús de Nazaret. Realista, reflexivo y coherente, el padre José Miguel está

dotado de una inteligencia práctica y de unos sentimientos nobles que le han dictado el rumbo de una andadura personal y familiar que han redundado en beneficio de muchos de sus feligreses: su amor sin fingimientos por nuestra tierra ha repercutido, de manera intensa, en nuestro propio bienestar.

Hombre culto, atento, observador, de palabra fácil y de escritura elegante, ha escuchado, anunciado, proclamado y explicado la Palabra tal como él la había recibido desde dentro de la tradición y de la vida de la Iglesia, sin caer en esa fácil retórica revolucionaria que, como es sabido, nada cambia. Las fidelidades de este navarro franco, claro y directo, enemigo de las ambigüedades y de los circunloquios, nos ha estimulado para que construyamos la ciudad terrena implantando la libertad, el amor y la comunión fraterna. Amante de las bellas letras, nos ha contado los ecos entrañables que, en el fondo de su espíritu, despertaban los mensajes de Jesús.

José Miguel Abad Vallejo ha servido y sigue sirviendo al Evangelio con una fidelidad original, en estrecha relación de comunión afectiva y efectiva con las personas de la Iglesia real y oficial, sin evasiones ni narcisismos encubiertos, sin caer en la tentación de formar grupos de discípulos suyos, en vez de miembros de la Iglesia de Jesucristo. Ha vivido la sustancia del sacerdocio; ha ejercido el servicio de la Palabra, de los sacramentos y de la dirección pastoral de la comunidad -como él afirma- plenamente consciente de ser ministro de Jesús, colaborador del Obispo, por medio de la Iglesia, en Iglesia, con la Iglesia y para la Iglesia, en la solidaridad presbiteral y en la construcción comunitaria.

Huyendo, tanto de la blandura condescendiente como de la intolerante rigidez, no ha sucumbido a la obsesión de estar a la última moda ni de dejarse

impresionar excesivamente por los alardes de modernidad de los que viven en otros campamentos. Es un hombre espiritual, un orante que no ha caído en el riesgo de desmundanizarse ni desencarnarse sino que, animándonos a vivir gozosamente el encuentro personal con Cristo, contribuye de manera eficaz para que nuestra vida, abierta a la trascendencia, sea más plena y más humana, y para que nuestra sociedad sea más justa y más pacífica.

Jueves, 3 de julio de 2003

Theodor Wiesengrund Adorno

Aprovecho la oportunidad del centenario de su nacimiento para responder a varios lectores que, tras leer una cita que hice de Adorno, hace ya varios meses, me pidieron alguna información sobre este filósofo alemán, que nació el año 1903 y murió el año 1969 en Suiza, cuando aún trabajaba en la redacción de su obra, "*Teoría de la Estética*". El interés y el respeto por su obra me los inculcaron varios discípulos suyos, profesores a la sazón en la universidad de Francfort, en la que él, no sólo había estudiado y enseñado filosofía, sociología, psicología y música, sino que, también, había sido un entusiasta agitador cultural en el año 1968.

Además de sus memorables artículos sobre música -recordemos que había estudiado composición musical bajo la dirección de Alban Berg-, las teorías filosóficas que más me interesaron se referían a su concepción de la razón y del arte. Adorno reconoce la fuerza positiva de la razón, pero nos advierte de sus peligros: "es -afirma- una herramienta de construcción humana pero, además, un arma de dominio". Es el arma más eficaz que poseemos los seres humanos para defendernos de los peligros de la naturaleza exterior y para controlar la propia fuerza de los instintos. Explica cómo la inteligencia produce instrumentos muy útiles pero, con ellos, podemos lograr fines

inhumanos: podemos fabricar cuchillos que lo mismo pueden servir para cortar el pan que vamos a compartir, que para seccionar la yugular de un adversario. De este modo la razón puede ser fría e, incluso nociva, alejada de cualquier decisión sobre la bondad; por eso es posible ser inteligente y, al mismo tiempo, perverso.

La teoría de Adorno nos devuelve una visión más humilde -y mucho más actual- de las capacidades y de las potencialidades humanas ya que reconoce que los que proclaman solemnemente la Verdad o el Bien, a veces, sólo se mueven por una voluntad de poder y, en consecuencia, nos pueden conducir a la barbarie. Los hechos históricos más recientes son tan graves y tan numerosos que sería insultante tener que recordarlos, y nuestra experiencia cotidiana nos confirma que los más inteligentes no son necesariamente los más buenos, los más generosos, los más nobles ni los más compasivos.

Sobre el arte -sobre el verdadero arte- nos advierte que es un lenguaje que siempre encierra un contenido de verdad, aunque a veces, ésta no aparezca de forma inmediata, pero que -apto para su uso y para su abuso- puede hacer bien o causar daño. Pero lo que más admiro en este filosofo es su “pathos”, su intensa sensibilidad: sus escritos revelan no sólo el significado de sus palabras exactas sino que, además, destilan su triste melancolía, su extrema compasión ante el dolor y ante el mal, y, sobre todo, una clara conciencia de su inmensa fragilidad personal, refrendada por multitud de anécdotas que nos lo muestran preocupado por el serio y grave juego del mundo adulto. Opino que su filosofía nos proporciona claves y pautas que nos ayudan a elaborar un pensamiento crítico con suficiente vigor para disipar las meras apariencias de libertad, para mostrar la cosificación reinante y para crear una conciencia ética, cada vez más necesaria. Viernes, 17 de octubre de 2003

Tomás Albaladejo

Tomás Albaladejo es un investigador científico que está dotado de una singular capacidad analítica y de una sorprendente habilidad de penetración. Es un pensador, un estudioso y un teórico; es un lector minucioso que concentra su atención en los textos literarios para identificar los secretos más íntimos de sus misteriosas entrañas, para captar sus resonancias y para desvelar los múltiples mensajes que encierran. Es un crítico cauteloso que, gracias al caudal de erudición que almacena y, sobre todo, al compromiso ético que ha contraído con su profesión, está permanentemente pendiente para identificar a los desaprensivos "copistas" que plagian a troche y moche sin el menor pudor, y para denunciar a los "aprovechados" ventajistas que enarbolan banderías, movidos por intereses extraliterarios y extraacadémicos.

Creador de teorías, inventor de nociones y autor de métodos, concibe la filología como una peculiar filosofía cuya función es averiguar la historia íntima y velada de las palabras. Cuestiona la crítica frívola, banal, anecdótica y ligera, y ensancha el ámbito de la hermenéutica poniendo a prueba los discursos literarios para hacerles decir todo lo que llevan dentro.

Con tenacidad, desempeña su oficio como un deber ético y como un servicio social a la comunidad universitaria. Sus trabajos minuciosos nos

ayudan a sentir la realidad, a desentrañar sus misterios, a descubrir esos mundos imaginarios, esos espacios profundamente humanos, que reproducen, explican o contradicen nuestro mundo real, cotidiano y, también, maravilloso. Con una meticulosa habilidad, identifica esa delgada línea que separa la realidad de la ficción, la poesía de la prosa, la auténtica literatura de los meros plagios, las teorías originales de la pura verborrea.

En sus numerosos estudios sobre Retórica, rescata conceptos tradicionales y los rehabilita aplicando los métodos más acreditados y operativos de las teorías lingüísticas más actuales. Sus propuestas, formuladas en un discurso teórico concentrado, preciso y riguroso, y enfocadas desde una perspectiva actual, quizás sorprendan a los lectores menos habituados a los tecnicismos de las últimas escuelas teóricas, pero representan una aportación sustantiva.

Ha tenido el privilegio de contar con prestigiosos maestros y de nutrirse con las más acreditadas doctrinas; ha profundizado en el conocimiento de las raíces que alimentan las teorías más avanzadas. La sorprendente lucidez de sus propuestas teóricas y la inusual madurez de sus decisiones vitales son los frutos visibles de la fórmula con la que afronta la vida: el trabajo constante, el estudio serio y la disciplina responsable. Sin petulancia y sin teatralidad -aunque, a veces se le escapa cierto desdén por los teóricos errantes que se dejan llevar por la publicidad y por los frívolos incapaces de reprimir el apetito desordenado de ser otros- sus comportamientos evidencian una insobornable personalidad humana y una conciencia ética y científica que le impiden hacer trampas, vulnerar los principios y transgredir las normas.

Martes, 4 de enero de 2000

Fructuoso Antolín[2]

Dicen sus amigos que Antolín es un experto músico y un virtuoso organista. Que posee una singular habilidad para pulsar las teclas -de los instrumentos y de las personas- con notable facilidad, y, sobre todo, que interpreta las partituras con admirable maestría; que está en posesión de una depurada técnica y de una exquisita sensibilidad. En mi opinión -formada por referencias indirectas- este cura laborioso y apañado, es un "manitas", un hombre orquesta que saca al obispo de serios apuros y presta a los curas unos inestimables servicios. Los hechos lo avalan: si nos atenemos a su rendimiento, es una especie de socorrista providencial que llega justo a tiempo. A mí me recuerda a Luis Enrique, el futbolista del Barcelona que, procedente de tierras asturianas, estaba inicialmente destinado a ocupar una plaza en el banquillo de los suplentes, pero, que tras cada pretemporada, se convierte en un titular indiscutible.

[2] Aún no he tenido ocasión de visitarlo. Escuché sus homilías en las Primeras Comuniones de Lolo, Juan y Cristina; he hablado con él varias veces por teléfono y Cecilio Herrera me ha contado muchas de sus peripecias. Del tono de su voz, de las palabras que emplea y de los gestos que intuyo, he sacado la conclusión de que es un hombre inteligente, franco y disponible. Es natural de Conil de la Frontera, estudió en el Seminario de Madrid y ha ejercido el ministerio en Tahivilla y Puerto Real. Es Vicario General de Pastoral; es un colaborador eficaz de los sacerdotes y, sobre todo, un servidor del pueblo. No sólo toca el órgano con maestría sino que, además, ejerce su magisterio en la cocina.

Antolín, de la misma manera que Luis Enrique, posee una sorprendente facilidad para moverse entre líneas con una mezcla de sigilo y de determinación; para deslizarse hasta el punto de penalty y terminar la jugada en la boca de gol. Está, justamente, al lado opuesto de los divos -santos- oficiales. Carece -o, al menos no exhibe- de títulos, de ínfulas y de leyendas. Por eso es discutido por los papanatas que se deslumbran con el brillo de los vacíos oropeles. No le interesan la popularidad ni la fama; es dueño de su fe, de sus preferencias y de sus amistades, y siempre prefirió los segundos puestos. Desde su etapa juvenil fue lo que ahora se llama *el segundo delantero,* una modalidad de lugarteniente, coadjutor, ayudante o vicario. No pone reparos cuando tiene que ocupar el puesto de escolta de algún ilustre colega ni cuando ha de calentar el banquillo de los suplentes.

En los puestos humildes ha sabido mantenerse alerta, con la musculatura en tensión y el ánimo disponible, mientras aprendía cada uno de los secretos del fútbol -de la pastoral-. Con ello se convirtió en una especie de chico para todo: frente a la rigidez de los especialistas, gente que sólo servía para una cosa, él sabe moverse con soltura en todas las posiciones. Gracias a su flexibilidad le hemos visto oficiar indistintamente de defensa lateral en las catequesis; de medio volante en las celebraciones litúrgicas; de hombre libre en las entrevistas pastorales, de portero en el despacho de la Vicaría o de goleador en las reuniones con los colegas. Consecuente, riguroso y competente, en la fiebre del juego, nunca se escondió, nunca faltó a una cita ni dejó una sola cuenta pendiente.

Discretamente romántico, es popular sin ser populachero, moderno sin ser visionario; huye de la publicidad y de la grandilocuencia. Con la naturalidad de su sola presencia impregna de cordialidad los actos litúrgicos,

nos proporciona alientos y nos inspira confianza; y ha hecho de la lealtad una costumbre y del servicio un compromiso. Ya verán cómo conoceremos su verdadera estatura el día en que nos falte. Como a todos los grandes ausentes, lo reconoceremos por su vacío.

Viernes, 8 de noviembre de 2002

José Araújo

José Araújo es uno de los creyentes más paradójicos o, mejor dicho, más completos y más coherentes que he conocido. Posee una singular habilidad para conjugar en una admirable unidad las virtudes más opuestas. No logro encontrar, por más que busco en todo el presbiterio gaditano, a algún otro sacerdote que haya logrado armonizar como él la sencillez con el rigor, la pobreza con la generosidad, la tradición con la modernidad, el trabajo manual con las tareas pastorales, la oración con la acción, la fidelidad al evangelio con el compromiso temporal.

¿Cuál es -nos preguntamos- el secreto de su habilidad para acoplar esas piezas tan dispares en un proyecto vital? El seguimiento personal de Jesús es lo que unifica todas esas aparentes contradicciones que se dan en los diversos contenidos teóricos e históricos de la fe, del Evangelio y de las doctrinas de la Iglesia. Ser cristiano hoy es escuchar y responder a la llamada directa de Jesús: "sígueme". Ésta fue la última palabra de Cristo a Pedro y a cada uno de los creyentes.

Pepe vio desde su adolescencia en el seguimiento a Jesús, un acercamiento, más que a la pobreza, a los pobres. Éste es el mensaje y ésta fue la invitación: ésta es la llamada a la que ha intentado seguir a lo largo de su

vida. El Misterio de la Encarnación y la opción preferencial por los pobres son dos aspectos de una misma práctica de fe. Si uno niega la Encarnación, jamás podrá descubrir a Dios en la creación, en la historia, en los pobres, en el dolor humano, en la cruz.

Pepe suele recordar las palabras del evangelio de Juan (1, 14): "El Verbo se hizo carne". Carne designa al ser humano en su debilidad y en su humildad, por eso podemos traducir "el Verbo se hizo pobre; el Verbo se hizo pueblo; el Verbo se hizo gaditano". La oración es una de las grandes experiencias del ser humano: surge allí donde el creyente descubre y realiza su vida a la luz de la vida y de la gracia divinas. La oración es pensamiento, es palabra y es gesto libre de apertura de una persona que se atreve a dialogar con Jesús: a escucharle con atención y a responderle con generosidad.

Uno de los objetivos permanentes de su trabajo en la parroquia ha sido crear un clima de oración que facilite la escucha a la palabra de Jesús, a la demanda de los hombres. "El ambiente de oración -nos dice- facilita el contagio del grupo no sólo al entusiasmo filial y al gozo fraterno, sino que, además, abre el camino a la acción comprometida a favor de los más necesitados". Esta conjunción de la pobreza y de la oración constituye, en mi opinión, la clave profunda de su plena libertad evangélica. Fíjense cómo repite que porque "Jesús de Nazaret vive y muere apasionado por el amor al Padre y a los hombres, su sacrificio es la entrega de sí mismo en el dinamismo de la humanización creciente y de instancia liberadora". La libertad, efectivamente, es la consecuencia de la conciencia de la dignidad humana: libertad como don y como tarea; el existir en libertad postula la faena de tener que estar liberándose continuamente.

Viernes, 12 de julio de 2002

Manuel Barbadillo

La antología de la obra poética de Manuel Barbadillo (1891-1986), cuya selección y estudio ha realizado José Jurado, es, a nuestro juicio, útil, rigurosa y oportuna. A los profesores, a los alumnos y, sobre todo, a los lectores de poesía nos ahorra la peregrinación, a veces infructuosa, por librerías, por bibliotecas y por anticuarios. La aventurada elección de composiciones está resuelta de una manera atinada ya que, sin caer en el tentador riesgo de la exhaustividad, ha logrado una amplia y equilibrada representación de los versos más caracterizadores de la poesía de este longevo y fecundo patriarca sanluqueño. Estamos convencidos, además, de que éste es el momento adecuado para releer, repensar y resituar su aportación a la Historia de nuestras Letras. Transcurridos cerca de dieciocho años de su fallecimiento, poseemos una perspectiva suficiente para enfocar el conjunto de su producción, para ubicarla en el puesto que le corresponde en la fecunda corriente de nuestra historia literaria y para instalarla en el ancho panorama de nuestras letras andaluzas.

Manuel Barbadillo, hijo de Sanlúcar de Barrameda, es un poeta que trasciende las fronteras geográficas de su pueblo y los bordes anchurosos de su tiempo biológico. Cantor de su tierra y de su río, nos ofrece una visión

peculiar de Andalucía, la marinera y la campesina, la de los barcos y de los cortijos. Su andalucismo, como ha advertido oportunamente María José Rodrigo, es la profunda raíz que lo amarra, lo sostiene y lo nutre. Ésta es la razón poética que da sentido a sus palabras y la clave estética que dota de color y de aroma a sus imágenes vivas, que proporciona densidad a sus símbolos e, incluso, y que descubre el carácter claro y simplísimo de su serenidad de siglos.

Su reposada, complaciente y aguda contemplación de Sanlúcar de Barrameda, "donde muere un río señor y nace un vino señero" nos revela su aguda visión de la gran paradoja que constituye y explica la vida humana: su mirada profunda y reflexiva a las albas prometedoras de sus años juveniles nos muestra la cara luminosa de la vida, y la consideración detenida de los ocasos en los que florece el miedo, nos descubre su inquietud por la niebla de los días otoñales en los que, lleno de tristeza, de melancolía y de angustia, levantaba la mirada hacia el silencioso mundo de las estrellas.

Si repasamos los versos de esta antología, comprobaremos que, en el fondo íntimo de unas imágenes recurrentes, late una osada y remansada esperanza. Barbadillo era, como han reiterado sus comentaristas más asiduos, un hombre sencillo, trabajador, sabio e ingenioso que, utilizando un tono marcadamente popular, ha ahondado en los tópicos, con la pretensión de identificar las esencias del talante andaluz y, más en el fondo, en la ineludible dimensión trágica de la existencia humana.

La lectura de estos versos pone de manifiesto, no sólo la exuberante riqueza sonora, sensitiva y sentimental de la poesía de Barbadillo, sino también el insondable misterio de la contradicción de la vida y de la muerte

humanas, de la pena y de la bendición, de la carestía y de la abundancia. Con este libro recuperamos unas sensaciones perdidas y disfrutamos de unas emociones olvidadas.

Viernes, 30 de enero de 2004

Rafael Barbadillo García de Velasco

Rafael Barbadillo García de Velasco constituye, a nuestro juicio, la demostración visible y palpable de que el ejercicio de la medicina es una tarea que, además de aliviar los dolores y de curar las enfermedades, además de favorecer el cultivo del arte y de la literatura, ayuda de manera eficaz a "vivir la vida" en el más amplio e intenso sentido de esta expresión. Su trayectoria médica, orientada por su lúcida inteligencia, por su fina sensibilidad y por su entrañable cordialidad, le ha servido como papel pautado sobre el que ha plasmado los rasgos que adornan a los médicos que, además de científicos, son seres humanos, humanistas y humanitarios.

Él concibió el ejercicio de la medicina como una "beneficencia" en el sentido etimológico de esta palabra: se dedicó a hacer el bien proporcionando bienestar físico y tranquilidad espiritual. Estaba convencido de que su tarea profesional, además de ser una labor científica, era una actividad social y un ejercicio de intercomunicación personal. "Para hacer los diagnósticos y para prescribir los tratamientos, todavía más que en los resultados de los análisis clínicos –nos decía hacen escasos meses-, me fijo detenidamente en las expresiones de los rostros; la índole y la gravedad de las afecciones se reflejan, sobre todo, en la mirada. Por eso presto especial atención en el

cambio que, a lo largo de la consulta, van experimentando las caras de los enfermos". La clave de esta manera de interpretar la medicina nos la proporciona su primo Antonio Pedro Barbadillo: "Rafael, que se quedó huérfano de padre y de madre a los seis años, era, sobre todo, un hombre bondadoso; ésta condición constituye, posiblemente, la explicación de su vocación médica y, sobre todo, la raíz de su peculiar manera de concebir y de practicar la medicina. Estaba convencido de que, inspirando confianza a los pacientes, los tratamientos aumentaban sus poderes curativos".

Rafael era un médico dotado de singulares cualidades y de inmejorables condiciones para interpretar el sentido del dolor y del sufrimiento, del goce y del bienestar, del progreso y la tradición, del cuerpo y el espíritu, de la ciencia y del arte, del lenguaje y del pensamiento, del amor y el desamor, de los temores y de las esperanzas, de la vida y la muerte. Si sus palabras alcanzaban "efectos terapéuticos" es porque, antes de prescribir, escuchaba, miraba y atendía para lograr penetrar en el fondo íntimo de cada una de las dolencias; partía del supuesto de que los enfermos somos los únicos o los principales artífices de la evolución de nuestras enfermedades.

Pero, además, estaba plenamente convencido de que la buena comida y la buena bebida eran los remedios más eficaces para prevenir y para aliviar las enfermedades. No es extraño, por lo tanto, que defendiera una copa de manzanilla saboreada en su momento oportuno, además de reconstituyente, fuera un potente estimulante de las defensas biológicas y psicológicas.

Se nos ha muerto, como me dice Antonio Pedro, un paisano, un hermano, una buena persona. Que descanse en paz.

La voz de Cádiz, jueves, 14 de octubre de 2004

Juan Bartual

"Todavía, tras más de cuarenta años de profesión, me despierto, de vez en cuando, pensando en los enfermos a los que, durante el día anterior, he operado: salvar una vida de un ser humano, devolverle el oído o la voz, facilitarle la respiración o, simplemente, aliviarle un dolor y amortiguarle un sufrimiento constituyen para mí unas tareas sagradas". Esta frase final puede ser el resumen de la conversación que he mantenido con Juan Bartual. Esta preocupación pone de manifiesto, a mi juicio, la calidad humana de un médico, la sensibilidad ética de un científico y la solvencia profesional de un cirujano que -consciente de la seria responsabilidad que tiene entre sus manos- ejerce la medicina como una religión trascendente que sitúa la vida, la salud y el bienestar del ser humano como el valor supremo de su vida y como la meta final de su trabajo.

Un día, secundando sus ansias de reparar los cuerpos, decidió desembarcar en Cádiz, dispuesto a echar raíces aquí y resuelto a ofrecernos sus frutos más ricos. Venía con la determinación de consagrarse en cuerpo y alma a sus pacientes derrochando su inquietud intelectual, su laboriosidad congénita y su sabiduría adquirida para leer los síntomas y para interpretar los estados de ánimo. Las semillas que su padre y maestro -hombre cabal,

luchador incansable y sabio eminente- le había plantado en las fibras más íntimas de su espíritu, le habían impedido anclarse en la rutina, le habían impulsado a proseguir una empinada ruta científica y técnica en permanente renovación y le habían obligado a mantener un alto nivel de exigencia y a librar una dura batalla contra la mediocridad, contra la apatía y contra el desánimo. Su vitalismo, su entusiasmo y su tenacidad le empujaron al cuestionamiento infatigable de todo aquello que la inercia de los usos profesionales y la tradición de las prácticas sociales pudieran hacerle pasar por natural.

La labor académica, la obra científica y la actividad médica de este hombre bruñido, minucioso y detallista, que ha subido todos los peldaños de la escalera intelectual, prestigian nuestra Universidad, enriquecen nuestra sociedad e incorporan a su historia un valioso legado científico y un rico capital humano. Pero, más allá de su itinerario profesional clínico, académico e investigador, su talante nos dicta unas lecciones humanas mucho más profundas y emotivas: la de su solidez moral, la de su modestia personal y la de su capacidad para conjugar la firmeza de sus principios con un espíritu siempre abierto al diálogo y a los nuevos planteamientos.

Juan Bartual ha logrado labrarse un perfil propio y crear a su alrededor un ambiente de libertad reflexiva en el que es posible armonizar el aire distinguido y el sabor popular. Su única estrella es la que eligió y persiguió con denuedo y con constancia: ser un médico dotado de la paciencia de artesano, un científico cuyas hábiles manos respondieran a la velocidad de su mente y un taumaturgo que, con la magia de la palabra, fuera capaz de transformar la expresión del dolor en manifestación de alegría. En su persona, efectivamente, el médico coincide con el artista y con el humanista porque

posee sensibilidad para identificar, para medir, para sintonizar y para aliviar los dolores del cuerpo y los sufrimientos del espíritu.

Viernes, 5 de marzo de 2004

Rafael Bellido Caro

"Dejadme, por favor, que sea un obispo a mi estilo". Con esta petición, reiterada insistentemente a los que, desde situaciones diferentes, mostraban sus deseos de que sus actitudes, sus palabras y sus acciones, respondieran a patrones episcopales trasnochados o novedosos, Rafael Bellido Caro, defendía su modelo personal de pastor, enraizado en el Evangelio, fundamentado en el Concilio e interpretado según su propio talante humano.

Repetía que, más que predicador, se conformaba con ser pregonero de su fe en Jesús de Nazaret, Dios hecho hombre, expresión última y definitiva del amor de Dios a los hombres. Más que maestro, pretendía mostrarse como testigo de la misericordia del Padre, como un servidor de su pueblo que cumplía la gozosa tarea de anunciar el Evangelio y de invitar a los hombres y a las mujeres para que creyeran y vivieran las enseñanzas de la Madre Iglesia.

Esperanzado creyente en los seres humanos, animaba a sus colaboradores directos para que, con templanza, con serenidad, con respeto y con cariño, entablaran un diálogo abierto con todos los hombres de buena voluntad pero que, de manera preferente, se acercaran a los pobres.

Estaba convencido de que una de las herramientas más potentes para alcanzar la paz personal y colectiva era la oración. Hace escasas fechas, cuando ya estaba jubilado de sus tareas episcopales, me dijo, con cierto tono de tristeza, “muchos están convirtiendo a Dios en un ser demasiado abstracto e irreal; por eso no se atreven llamarlo Padre, por eso no rezan; y es que no les resulta fácil invocar con confianza a un ser lejano y difuso al que consideran ajeno e indiferente a sus problemas y a sus sufrimientos”. Don Rafael explicaba, con palabras sencillas, cómo teníamos que rezar a un Dios Padre e invocarle siempre con confianza filial. La oración cristiana nunca es fácil, pero siempre es sencilla. Basta invocar a Dios sinceramente, con corazón de niño y no jugar ante Dios a «ser mayores».

Don Rafael -un buscador de Dios- insistía en que todos, obispos, sacerdotes, religiosos y laicos, teníamos que despojarnos de poses ridículas, de fórmulas estereotipadas, de posturas artificiales porque todas ellas son máscaras que ocultan o disimulan nuestra radical pequeñez. “Tenemos -repetía- que confiar en el amor misericordioso de nuestro Padre que está en el cielo y en la tierra, en las iglesias, en las calles, en nuestras casas y en el fondo de nuestro corazón”, y explicaba aquella frase del Evangelio: “Él se revela, no tanto a los sabios y a los entendidos, sino a la gente sencilla”. Estaba convencido de que la oración sólo es cristiana si es una conversación con el Padre nuestro, con el Dios de Jesús, el “Dios de los pobres”, el defensor de los desvalidos, el que se ha encarnado para “buscar y para salvar lo que estaba perdido”. "Sólo este Dios -son las palabras de este hombre bueno- puede hacer que este mundo deje de ser un valle de lágrimas". Que descanse en paz.

Viernes, 5 de marzo de 2004

Jerónimo Bernabeu

Rebobinando el vídeo de nuestra caprichosa memoria, nos aparecen de manera insistente las imágenes acústicas y visuales de un canónigo elegante, brillante y espectacular que, revestido con el hábito coral y desde el púlpito catedralicio, pronuncia un sermón que, henchido de belleza lírica, de densidad teológica y de vigor retórico, fluye con naturalidad y se desliza -transparente, manso y fresco como el agua del campo- por los cauces de la placidez.

Sus lujosas piezas oratorias ponen de manifiesto, además de su sensibilidad, su compromiso irrenunciable con el rigor, con el trabajo y con la exigencia formal; son los rasgos que constituyen, según él, los requisitos esenciales de la predicación de la liturgia solemne. Atento siempre a los usos precisos de la lengua, el padre Bernabeu está pendiente de la actitud de los oyentes para capturar su atención; profundiza en los contenidos del Evangelio para extraer su médula más íntima; y cultiva los procedimientos de la lengua viva para -ceñido a la tierra- transmitir los mensajes más sublimes con los preciados dones de la claridad y de la lucidez.

Ciertas personas se dibujan en nuestra percepción a través de distintos momentos; aunque sus físicos vayan cambiando, algunos rasgos esenciales -los que dibujan el perfil de su espíritu que pautan y vertebran su peculiar

biografía- permanecen invariables con el paso serpenteante del tiempo. Para mí ese trazo permanente, en mis distintos encuentros con el Magistral, es su porte exquisito. Una porte que, a la vez, es escultórico y distinguido; es una actitud gallarda, que pone de manifiesto el contenido humano del personaje eclesiástico que él representa. Su caminar pausado y su testimonio señorial simbolizan los rasgos de su armonía y de su equilibrio interiores.

Culto, sensible, reflexivo y crítico este jiennense -que cumple en estos días sesenta años sacerdotales- ha transitado por los senderos de la fidelidad a la Iglesia en medio de las inevitables dificultades y de las consustanciales contradicciones de los tiempos actuales. Los años le mantienen erguido por fuera y lúcido por dentro. Con la cabeza levantada y bien amueblada, y con la mirada aguda y transparente, elabora un discurso vital exigente, irónico, equidistante entre la grandiosidad, la precisión y la poesía. En sus disertaciones hace gala de una memoria alerta, de una inteligencia altiva, y de una palabra exacta.

Su talento natural y su la elegancia congénita le permiten entregarse con intensidad a la reflexión y a la conversación, sus tareas más gratas. Sus actitudes, sus comportamientos y sus palabras, que pueden ser entendidos desde claves éticas y desde coordenadas estéticas, sólo alcanzan sus sentidos plenos, si los interpretamos con criterios teológicos, como estimulantes invitaciones a la fe y como alentadores cantos de esperanza.

Con su habilidad verbal -pasadizos líricos que hacen más grato el recorrido exegético del discurso- nos expone las razones profundas de sus ricas experiencias, las raíces de sus emociones vividas y los secretos de su salud espiritual. Viernes, 18 de abril de 2003

Carmen Bobes

Carmen Bobes personifica el amplio desarrollo que ha experimentado el papel de la mujer, del intelectual y de los estudios literarios, durante la segunda mitad del siglo veinte. Su biografía -densa y dilatada- es la historia de los sucesivos pasos que han ido dando los movimientos feministas en la conquista efectiva de metas irrenunciables; marca la trayectoria que han recorrido los pensadores más cualificados en la búsqueda de teorías que dieran sentido a la vida humana y traza el itinerario que han seguido los estudiosos de la lengua artística en la investigación de una lectura más crítica, más provechosa y más placentera de la Literatura.

Estas tres líneas vitales dibujan el perfil de una Catedrática de Universidad, que contra los vientos de las convenciones machistas y contra las mareas de los intelectuales oficiales, se propuso saltar todas las barreras arbitrarias que impedían consumar su crecimiento personal y cumplir con las tareas ineludibles exigidas por sus eminentes dotes intelectuales y reclamadas por su delicada conciencia moral.

Para alcanzar el más alto grado de cualificación académica, no necesitó el amparo de los grupos políticos, religiosos, económicos o sociales; para acreditar la autoridad de su voz independiente, no se apoyó en las plataformas

de camarillas de intereses; para crear una escuela, no cayó en la tentación de entonar seductores cantos de sirena. Su fortaleza y su delicadeza, su agudeza crítica y su capacidad de síntesis, su firmeza y su versatilidad, su finura y su libertad, su seriedad profesional y su sensibilidad estética, su hondura y su equilibrio, su autoexigencia y su disciplina intelectual constituyen los avales que la acreditan como las pionera de las teorías más actuales, como la guía de investigadores rigurosos y como la maestra de profesionales de la enseñanza repartidos por toda la geografía española. Sus puntos de vista, estimulantes y sugerentes, constituyen preguntas que nos atañen a todos y propuestas que nos vacunan contra doctrinas banales y hueras de sustancia. Sus teorías humanas y humanistas, apoyadas en la tradición clásica -presentes y vivas en el panorama contemporáneo- trascienden el ámbito de la literatura y constituyen claves válidas para la interpretación de la complejidad de nuestro mundo, para la comprensión de nosotros mismos y para la proclamación gozosa de la vida: de la totalidad de ese fluir que hace que cada instante de la vida sea toda la vida. La calidad y la claridad de sus conceptos, el rigor de sus modelos científicos, éticos, estéticos y religiosos, la transparencia de su lenguaje, son permanentes invitaciones para que, uniendo arte y vida, busquemos sin desmayo la verdad posible y optemos con decisión por los valores trascendentes. Carmen Bobes, decana y pionera de la Teoría de la Literatura en España, es -como me confesó la catedrática de la Universidad de Tubinga- la intelectual española con mayor presencia en el escenario europeo. Ésta es la explicación de la decisión de los rectores de la UIMP de otorgarle la Medalla de Oro de esa prestigiosa institución.

Martes, 8 de febrero de 2000

Rafael Caldelas

Rafael Caldelas, con sus suaves gestos y con sus elegantes formas, con su moderación y con su discreción, constituye una permanente y explícita llamada a la trascendencia y, al mismo tiempo, al cultivo de los valores humanos. Como recientemente me explicaba Sebastián Araújo -el compañero que mejor lo conoce- la personalidad de este portorealeño es paradójicamente rica, porque está adornada de una serie de cualidades que, en estos momentos en los que se cotizan el glamour, el brillo deslumbrante de los oropeles y las apariencias engañosas de la quincallería, carecen de popularidad. Su figura nos presenta un modelo de ser humano que va más allá de los gritos y de los ruidos que atraen la atención de los medios de comunicación predominantes.

No es éste el momento ni el lugar adecuados para detallar su dilatada trayectoria pastoral, pero sí la ocasión propicia para subrayar algunos aspectos de su personalidad que, quizás por su sencillez, seriedad, discreción, paciencia, sobriedad, abnegación y austeridad, pasan desapercibidos para muchos de los que lo han tratado.

Su insaciable avidez de saber, su viva curiosidad, su amplia capacidad de silencio, su aguda facultad de escucha y su remansada delicadeza, han ido, de manera permanente, aumentando su erudición y agrandando su talla

humana. Rafael Caldelas se caracteriza por una manera peculiar de suavizar, con los gestos y con el tono de voz, la importancia de sus conocimientos y la autoridad con la que los transmite: es un intelectual que, dotado de una cultura esmerada, está siempre dispuesto a aprender.

Todos los que lo hemos tratado conocemos que transmite una imagen de persona apacible, serena y sosegada; que desdeña los anquilosados protocolos, que es detallado, riguroso, perfeccionista, ajeno a las pacotillas solemnes y a las vacuas frivolidades. Hombre profundamente religioso, vive la trascendencia de una manera espontánea y descubre, de forma natural, la dimensión sobrenatural de las acciones humanas. Sacerdote de fe profunda, es un seguidor cercano de Jesús, un fiel cumplidor de los consejos evangélicos y de las normas dictadas por la Iglesia.

Esta óptica sobrenatural es la clave profunda que, a nuestro juicio, le permite discernir lo bueno de lo malo, la vida de la muerte, el orden del caos y, sobre todo, lo humano de lo inhumano. En este mundo en el que las novedades tecnológicas provocan un desarrollo jamás antes conocido, es importante que nos fijemos en estos seres que fundamentan su vida en el interior de sus conciencias. La vida -larga, ejemplar y fructífera- de este cura bueno, valiente y servicial, sigue estando totalmente volcada en el ministerio pastoral y plenamente decantada en la predicación del Evangelio, en la administración del Perdón y en la celebración de la Eucaristía. Este sacerdote, amante de la prudencia y del orden, de la seriedad y de la moderación, de la templanza y del equilibrio, ha sabido envolver en modestas apariencias y en formas sencillas el precioso tesoro de su fe cristiana y la grandeza de su ministerio sacerdotal. Sábado, 4 de septiembre de 2004

Fernando Candanedo

Fernando Candanedo es una de esas personas corrientes que nos llaman la atención porque no llaman la atención. Carente de los humos de la vanidad y vacío de la fiebre de las ambiciones, durante medio siglo ha dedicado todos sus esfuerzos a desarrollar con sencillez y con espontaneidad sus actividades sacerdotales -a vivir su ministerio- sin ocuparse demasiado de los ecos de sus palabras ni de las resonancias de sus actos. Le ha preocupado, sobre todo, responder con fidelidad a las demandas de su conciencia y a las exigencias de sus convicciones personales. Ha vivido su vida y se ha entregado sin reservas a las tareas que le han encomendado los obispos, sin gastar energías en publicidad y sin invertir tiempo en propaganda.

En muchas ocasiones me ha mostrado su extrañeza al contemplar cómo muchos de sus "colegas" -esta es la palabra que él suele emplear- ejercen el ministerio dando la impresión de que la eficacia de sus acciones depende de su elegancia, de su inteligencia, de su ciencia, de su simpatía o de su arte. "Ni siquiera la elocuencia -afirma textualmente- logra que los oyentes sean más buenos ni, mucho menos, garantiza la conversión de los corazones".

Fernando ha hecho todo y sólo lo que tiene que hacer un cura: ha celebrado misas, ha administrado los sacramentos, ha visitado a los enfermos,

ha rezado a Jesús y a María, y ha explicado el catecismo a los niños y a los adolescentes. No da clases, ni pronuncia conferencias, ni escribe artículos, ni trabaja como obrero, ni siquiera predica grandes sermones. Pero, cuando tiene tiempo libre, acude al fútbol, ve la televisión y, sobre todo, conversa con las gentes de su entorno. Más que dictar lecciones y más que dar consejos, le gusta preguntar, atender y escuchar. Por eso no se sube a los púlpitos ni tiene necesidad de la megafonía.

Está plenamente convencido de que la mayoría de los seres humanos normales necesitamos contar con alguien cercano, que comprenda nuestras alegrías y, sobre todo, que comparta nuestras penas. Según él, charlar es la manera más directa y más clara de predicar. Le resulta más fácil tratar a los sencillos vecinos de su barrio -a la señora aquella que vende chucherías, a la que limpia la iglesia y al portero del hospital- que a los encopetados señores y a las ilustres damas.

No es aficionado a los aplausos, ni propenso a los reproches. No se admira de muchas cosas pero tampoco suele despreciar a nadie. En la actualidad, cuando ya ha recorrido la mayor parte de su camino pastoral y está un poco pachucho, valora de manera especial el calor de la compañía y el gozo de la amistad. Él cree firmemente que hacer apostolado es, sobre todo, acompañar a los que están solos y ganar amigos. La amistad es, efectivamente, la mejor medicina para cualquier enfermedad. Fernando posee el corazón sano y limpio de los pobres. Domingo, 5 de septiembre de 2004

Evaristo Cantero

Como acaban de proclamar el Presidente de la Asociación de la Prensa y el Director del Diario de Cádiz, Evaristo Cantero era un periodista discreto, generoso, paciente, detallista, sutil, moderado y humilde. Estaba adornado, por lo tanto, de las cualidades que definen a las buenas personas y, por el contrario, carecía de esos rasgos –de esos defectos- que, tópicamente, caracterizan a algunos de los más afamados protagonistas de los medios de comunicación.

La profesión periodística, igual las demás tareas que practicamos en escenarios, en tablados o en pantallas -como por ejemplo, la política, la literatura o la docencia- ejerce una especial atracción para los desequilibrados y en especial para los paranoicos, para los cuentistas y para los ambiciosos. Nos atrae a todos los que sentimos un irreprimible y desmedido impulso de llamar la atención, de exhibirnos y de ostentar hasta nuestros defectos; este trabajo apasionante constituye una incitación irresistible para los que nos creemos comprometidos con el ineludible deber moral de influir en la marcha de la historia y con la obligación de cambiar la sociedad; pero, sobre todo, es una llamada fascinante para los que, sin confesarlo explícitamente, soñamos con ser redentores, caudillos, líderes, mesías, genios, sabios o santos.

Es probable que, cuando nos encaramamos a las páginas de los periódicos, a los micrófonos de la radio o a las pantallas de televisión, no seamos plenamente conscientes de que estas tribunas, estas cátedras y estos púlpitos son pantallas crueles que aumentan nuestras carencias y focos deslumbrantes que exageran nuestros defectos mucho más que nuestras cualidades y virtudes. Nuestros desaforados gritos, nuestros furiosos ataques, nuestros comentarios jocosos y nuestros consejos paternalistas, describen, sobre todo, nuestros propios vicios humanos y nuestras debilidades mentales, nuestros rencores encubiertos y nuestras veladas frustraciones.

Sumamos nuestras palabras de admiración y de gratitud a los atinados elogios, ya proferidos desde estas páginas, a Evaristo Cantero, al amigo y al maestro que, con su testimonio discreto, nos ha enseñado que las virtudes humanas constituyen la base fundamental sobre la que hemos de asentar las demás destrezas profesionales. Los gestos respetuosos y los silencios elocuentes de este periodista sobrio, conciliador, digno, dialogante y trabajador, que, despojado de aura heroica, no presumió ni de adivinador ni de ojo mágico, nos han explicado, por ejemplo, que la sencillez es el mejor ropaje de la verdad.

Evaristógenes ha sido un periodista modesto que, situado sin complejos fuera del canon oficial, fue un declarado enemigo de la megalomanía, de la apariencia, del postineo, de los retroprogres y de la fullería. Con su equilibrio psicológico, con su integridad ética y con su sensibilidad social nos ha enseñado, sobre todo, a contemplar con paciencia, con esperanza y con serenidad, el paso irreversible del tiempo.

Viernes, 1 de febrero de 2002

Ángeles Caso

Ángeles Caso es una escritora sagaz, talentosa y amena; es una novelista que, con sus relatos, nos induce, de diferentes maneras, a pensar que somos unos niños eternos que no cesamos de jugar; que seguimos sorprendiéndonos con los continuos descubrimientos que hacemos durante toda nuestra existencia; que disfrutamos volviendo al revés un mundo que tantas veces nos resulta soso, aburrido y desangelado; que nos divertimos inventando historias y transformando, en insólitas y luminosas, las tareas sombrías y anodinas. Su obra literaria transfigura la experiencia fragmentaria del vivir cotidiano en una creación polícroma y armónica, dotada de una alta dignidad artística. La fusión entre la literatura y la existencia, entre la lucha vital de una historia concreta y la tensión espiritual que ésta genera hacen que su escritura sea historia ficticia y ficción verdadera.

Si tomamos en cuenta que, para ella, escribir es cometer una travesura hasta sus últimas consecuencias literarias, sus obras constituyen el reflejo de su propia manera de pensar, de soñar, de amar y de vivir. Ángeles -que nació, vive y respira en un ambiente letrado- es una conocedora de las formas literarias; es una lectora y una reinventora, que contempla, con atención y con fruición, las grandes historias y las menudas anécdotas. Es una mujer lúcida y

libre, que ha alcanzado una sorprendente madurez, que sabe y hace lo que quiere hacer; que sabe y no hace lo que no quiere hacer. Su fantasía, su fuerza seductora y su dominio de la lengua nos invitan a doblar la esquina rutinaria de la vida, nos crea momentos mágicos de poesía ejerciendo sobre la imagen tópica de la realidad una distorsión que convierten el mundo convencional de aparente cotidianidad en el mundo único de Ángeles Caso.

Dotada de una extraordinaria habilidad y de una singular finura para desarmar los clichés de la feminidad, posee una personal concepción de la mujer que ha decidido ejercer la libertad. Ha sabido esconderse, convencida de que aparecer en exceso y destacar demasiado significan convertirse en una figura pública llena de aterradoras obligaciones. Con sus textos sugerentes, soplos de un viento libre, despistado y vagabundo, nos anima para que nos decidamos a emplazarnos en escenarios -espaciales, temporales y sociales- distintos. Estudiosa, investigadora, pensadora, apasionada y apasionante, aspira a que todas las mujeres gocen de los derechos de los seres humanos proporcionando su peculiar aportación; se empeña en dejar un testimonio de las inquietudes de los hombres y de las mujeres actuales, identificando sus propias señas de identidad y las de su entorno.

En sus obras documentadas, retratos “del natural”, mezclados con reflexiones sutiles y con panoramas multicolores de la época, realiza un intenso análisis tejiendo unas redes de sentimientos opuestos, desbordantes, a veces exagerados, de altas y de bajas pasiones. En sus exploraciones sobre mundos opuestos, nos ejemplifica el principio dialéctico de que nada existe sin su contrincante y que el saber, el amor y la vida humana son conflictos y armisticios. Viernes, 25 de octubre de 2002

Elvira Castilla del Pino

La noticia del inesperado fallecimiento de Elvira Castilla del Pino la he sentido como un golpe seco en lo más profundo de mi espíritu. Hace muy pocos días, a propósito de la entrega de la merecida distinción que le concedió Ayuntamiento de su ciudad natal, San Roque, me dirigió una frase, con la promesa de explicármela: "Tú sabes que yo prefiero estar detrás de las bambalinas". En más de una ocasión me había comentado, con preocupación y con sensible disgusto, el tiempo desproporcionado y las energías excesivas que, a veces, los gestores públicos gastan para satisfacer sus ansias de reconocimiento y sus necesidades de honras y de honores. "Las pompas -me decía- todas son vanas". Desgraciadamente, ya no podremos escuchar sus explicaciones sobre aquella frase pronunciada con urgencia.

Elvira, creyente y socialista, figura imprescindible y señera de la política cultural de su pueblo, era, sobre todo, una mujer buena, honesta y coherente. Con sus ochenta años a cuesta, ha seguido subiendo por los senderos más empinados, iluminando con su mirada bondadosa y juvenil las sombras más oscuras y los recovecos más complicados de las actividades culturales y de las luchas políticas. El nombre de esta mujer menuda, vital, pulcra y de aspecto frágil, es una referencia de sencillez, de discreción y de

creatividad. Siempre se marcó unos altos niveles de autoexigencia en el rigor de sus propuestas y de transparencia en sus múltiples gestiones; siempre fue sensible a los seres frágiles que se sienten empujados hacia el margen de la vida.

En especial, nos llamó poderosamente la atención su modestia, su laboriosidad y su valentía, en contraste con la petulancia, con la indolencia y con la debilidad de algunos otros que -engreídos- se valen de la vanidad, de la ignorancia o de la soledad de los demás, para ganarse su confianza y para aprovecharse de su buena voluntad. Elvira, con su sonrisa acogedora, nos ha demostrado que la modestia es una virtud de los seres humanos lúcidos que buscan realmente ayudar y servir a los demás.

Todos deberíamos aprender del comportamiento servicial y de las actitudes nobles de esta ciudadana cuya biografía constituye una enseñanza más profunda y más emotiva que la que representan sus compromisos políticos: la lección humana de su solidez moral, de su modestia personal, de su capacidad para conjugar la firmeza de sus principios con un espíritu abierto al diálogo y a los nuevos planteamientos. Su rica trayectoria que va desde sus lecciones de catequesis a su ayuda a los más necesitados y a sus proyectos culturales, es tan extensa y tan intensa que nos resulta difícil destacar un solo aspecto. Pero, si su impronta siempre modesta permitiera hacer de ella un elogio con mayúsculas, destacaríamos la firmeza de sus principios éticos, la solidez de sus rectos criterios y la consistencia de sus virtudes acrisoladas. Esperemos que, tras su muerte, no escuchemos a turiferarios que, tras haberle combatido en vida con malas artes, expriman su cadáver para beneficio propio. Que descanse en paz. Sábado, 21 de agosto de 2004

Luis Castro

Todos los que lo conocemos nos preguntamos con interés cuál es la clave profunda de su singular capacidad para sintonizar con los jóvenes. Nos gustaría identificar los resortes secretos que él maneja para, sin dejar de ser él mismo, acertar con los diferentes modos y con las cambiantes modas de los cientos de alumnos que, en permanentes mareas, entran y salen por las aulas, por los salones y por los patios del Colegio de San Felipe Neri.

El padre Luis genera la misma confianza en los hijos que en los padres, en los nietos que en los abuelos. Sin necesidad de cambiar la articulación de las palabras, imitando nuestra pronunciación andaluza, ni de emplear la jerga juvenil, repitiendo exclamaciones tópicas; sin caer en la frecuente tentación de disfrazarse de joven, disimulando las canas o bailando en una discoteca, con sus comportamientos coherentes, con sus actitudes nobles y con sus palabras escuetas, habla un lenguaje que entienden los jóvenes y, sobre todo, que comprende a los jóvenes.

Sus setenta y cinco años, su condición de vasco, su afición por la Real Sociedad, su ministerio sacerdotal y su consagración marianista, constituyen, más que barreras divisorias, unos cauces abiertos y unos atractivos estímulos para acercarse y para entregarse a los alumnos. En mi opinión, el cariñoso

respeto que nos inspira tiene su raíz en la generosa confianza que nos dispensa: nos atiende a cada uno de nosotros –dicen sus alumnos- con la consideración y con el interés, con la atención y con la dedicación de un padre que contempla con ilusión el crecimiento progresivo de sus hijos. Pero, paradójicamente, cuando crecemos y nos emancipamos del Colegio, el padre Luis sigue siendo un claro referente evangélico y un permanente impulso moral de los jóvenes que, en la Universidad o en el trabajo, pretenden orientar sus vidas de acuerdo con los principios humanos y con los criterios cristianos. Lo vemos -nos explican- como ese hermano mayor que, deferente, nos acepta como somos y que, animoso, nos alienta para que sigamos luchando en la difícil tarea de abrirnos un camino en la vida. A los padres, ya maduritos, nos infunde confianza, serenidad y esa relativa seguridad que transmiten los hombres nobles, auténticos y serios que afrontan la vida con la libertad del que no ansía puestos de honor y con la generosidad del que posee el espíritu de pobre. El padre Luis ilustra con su conducta cotidiana la validez actual de los consejos evangélicos y el valor permanente del servicio desinteresado a los hombres y a las mujeres concretos.

El trofeo "Luis Castro" -casi tan popular como "El Carranza"-, sus clases de religión -serias y fundamentadas-, sus eucaristías dialogadas -celebradas en un ambiente familiar-, sus entusiastas arengas marianas -transidas de cariño filial- y, sobre todo, sus conversaciones lúcidas, discretas, juiciosas y sosegadas son los exponentes claros de su acercamiento servicial a una parte considerable de la juventud gaditana.

Viernes, 28 de junio de 2002

Alfonso Castro

Confieso que escribo estas líneas con mala conciencia. Reconozco que, al menos por dos razones, debería frenar ese impulso irreprimible que me empuja a plasmar los sentimientos que me inspira la figura de Alfonso. La primera es que tengo la impresión de que contrario la firme voluntad de un amigo de no aparecer en público; me preocupa traicionar sus deseos de no publicitar sus actividades y, sobre todo, su decisión de no explicar con palabras los mensajes que, según él, sólo se transmiten con la elocuencia de los hechos.

La segunda razón que me impulsa al silencio es el riesgo de que cualquiera de estas palabras pudiera sonar a tópica hagiografía; es el peligro de "integrarlo" en la lista de los venerables "beatos" de estampitas o de encasillarlo en hornacinas polícromas de los "santos" convencionales. Estoy seguro de que cualquiera de estos intentos, no sólo distorsionaría su imagen sino que constituiría una imperdonable injusticia. A pesar de todo, me siento en la obligación de declarar que todos sus comportamientos constituyen para mí un despertador, una apelación, una campanada moral y una llamada a la trascendencia.

Alfonso, con su sobriedad y con sus trabajos, nos dicta enseñanzas y, con sus silencios, nos explica lecciones: sus hechos nos recuerdan recurrentemente cómo deberíamos ser, y sus comportamientos nos muestran que no somos como decimos, como queremos o como debemos ser. Alfonso, uno de los seres más queridos y más respetados de nuestra Diócesis, renunció explícitamente a formar una familia, a ejercer una profesión lucrativa y a ocupar un puesto de poder: estas decisiones constituyen, a mi juicio, el fundamento del atractivo y del singular carisma que despide su grácil y amable figura humana.

Decidió, no sólo acompañar, sino convivir, cohabitar y compartir las carencias y los trabajos de los más humildes, pero, no por un afán paternalista, sino por una conciencia de solidaridad y de fraternidad. Él ve, escucha, habla y trata a los más necesitados como ve, escucha y trata a sus familiares más cercanos.

Sus comportamientos constituyen un referente y una autoridad moral para todos su amigos. Por eso, las escasas veces que se levanta para hablar, lo escuchamos con profundo respeto. Cultivador de una densa espiritualidad, encarna a una Iglesia modesta, sencilla, abierta al mundo, portadora de esperanza para los más débiles, comprometida con la causa de Jesús de Nazaret, que es la causa de los pobres. Él suele confesar que no habla de las cosas de “iglesias” porque entiende poco de lo que en ellas se habla y se hace.

Alfonso es un insólito personaje medio místico y medio agitador, que se mueve entre la oración y el testimonio, que cree firmemente en el poder contagioso del amor desinteresado y de los comportamientos coherentes. Siente la necesidad de comprometerse personalmente en la lucha por un

mundo más justo, y está convencido de que deberíamos implicarnos todos con esas cosas de los más débiles porque afectan a nuestra existencia. Ésta, efectivamente, es la única manera válida de plantear las cuestiones concretas de la política, de la economía, de la ciencia, de la religión y de la naturaleza.

Viernes, 13 de junio de 2003

Gonzalo Córdoba

Gonzalo Córdoba suele confesar a sus amigos que su filosofía de la vida, su ideología política y su economía empresarial es el trabajo. Éste es el secreto de su éxito profesional, la clave de su integración social y, sobre todo, la explicación de su bienestar personal. El trabajo fue el punto de partida de su ascendente trayectoria comercial y, ahora, ya jubilado, el trabajo continúa siendo la meta de sus afanes familiares y la razón de sus desvelos profesionales.

En mi opinión, sin embargo, esta afirmación es cierta pero no es suficiente. No pretendemos aseverar, por supuesto, que él trate de guardar celosamente el secreto de su éxito ni conservar oculto el misterio de su triunfo, sino que, con esta escueta y modesta explicación, resume en una sola palabra, el complejo entramado de las cualidades físicas, de los rasgos psíquicos y de los valores morales que lo adornan. Gonzalo compendia con esta fórmula fácil el amplio abanico de destrezas y de habilidades que él activa cada día para crear una empresa, para mantener un negocio y para desarrollar una actividad tan compleja como es su restaurante. Aunque resulte una obviedad, hemos de reconocer que, para concebir, diseñar, desplegar y culminar un proyecto tan

ambicioso se requieren, además del trabajo, abundantes aptitudes, múltiples cualidades y copiosas energías.

Pero confieso que, más que el éxito empresarial y económico, me llaman la atención su pericia, su talento y su tenacidad para -enfrentándose con la vida y resistiendo a todos sus embates- hacerse a sí mismo, crecer interiormente y llegar a ser Gonzalo Córdoba: un ser humano íntegro y noble que deambula con naturalidad por un mundo desajustado, desequilibrado y problemático, en el que se oyen tantos chirridos que denuncian profundas frustraciones. Me sorprenden, sobre todo, su permanente avidez de aprender, su constante afán de superación, su empeño persistente por mejorar, su entrega sin límites a tareas agotadoras, su inacabable capacidad de renuncia y su considerable facilidad para asumir riesgos.

Es cierto que, para crear esa valiosa obra de ingeniería restauradora, es necesario el trabajo, pero un trabajo que sea tenaz, que esté ennoblecido por un profundo sentido de la responsabilidad, empujado por una voluntad de hierro, orientado por una capacidad de adaptación, estimulado por un fino sentido de la oportunidad, fecundado por una luminosa imaginación y enriquecido por un delicado gusto estético.

Gonzalo Córdoba, privilegiado testigo de nuestra historia e ilustre actor de la vida gaditana, es un hombre atento que inspira respeto y transmite confianza. Hábil conversador, sabe aparecer y desaparecer, hablar y callar. Con su mirada afilada y profunda ha descubierto el poder de la amistad, la grandeza de la sencillez y, sobre todo, la fecundidad del trabajo bien hecho.

Viernes 1 de febrero de 2002

José Chamizo

Como con lucidez él reconoce, las condecoraciones valen, sólo, en la medida en que nos ayudan a valorar unos principios que ennoblecen a los seres humanos y unos valores que dignifican a la sociedad. La grandeza de los hombres y de las mujeres no depende de sus triunfos, de sus ganancias, de sus fuerzas físicas, de sus poderes políticos, ni siquiera del dominio intelectual, sino de la savia interna que nutre las raíces de su identidad y de la sustancia espiritual que unifica a la persona y le confiere dignidad. Por eso opino que transcribir otra vez la abnegada labor social que ha desarrollado José Chamizo -además de redundante- sería cansino para los lectores y abrumador para él. Sería preferible ahondar en las entrañas de su conciencia para, allí, descubrir las raíces profundas de unas convicciones que lo orientan y lo impulsan, de una manera desinteresada, a entregar su vida, su tiempo y sus energías a amparar a los más desfavorecidos, a aliviar a los enfermos, a acoger a los drogadictos, a defender a los maltratados, a acompañar a los abandonados. Deberíamos preguntarnos por las fuerzas que lo empujan para, en resumen, optar realmente por los pobres y, al mismo tiempo, combatir con eficacia la pobreza. No podemos dudar de que su compromiso de servicio está determinado por unas creencias profundas y sólidas que dotan de sentido a

unas pautas de conducta difícilmente comprensibles desde una perspectiva económica, empresarial o, incluso, política.

Creemos que las actitudes y los comportamientos de este ciudadano sensible, libre, receptivo, disponible y soñador, que impregna de poesía silenciosa sus expresiones y que colma de cordialidad sus gestos, constituyen unas estimulantes llamadas para todos los que aún mantenemos las desazones de la espera y los sueños de la esperanzas, para quienes continuamos en permanente búsqueda de luz, para los que, desde la lejanía de nuestra indecisión, pretendemos hacer realidad las utopías y transformar una realidad que sigue siendo dura para muchos de nuestros conciudadanos; para quienes seguimos en permanente búsqueda de alas para volar por los cielos de la libertad, de la solidaridad y de la paz.

Por eso agradecemos el testimonio y la compañía de este hombre bueno, honesto, noble y coherente que nos dicta una lección de solidez moral y de modestia personal. Reconocemos que no es suficiente con experimentar la conmoción que, de manera momentánea, perturba nuestra acomodada moral de privilegiados; no basta la honrosa pena ante una catástrofe que nubla nuestra bienintencionada conciencia humanitaria sino que, cada uno, desde nuestro puesto y según nuestras posibilidades, hemos de colaborar para disminuir el dolor y las desigualdades. Gracias a su cálida cercanía y a su capacidad para conjugar la firmeza de sus principios con un espíritu abierto al diálogo y a los nuevos planteamientos, sus claros mensajes nos llegan con limpieza. Y es que José Chamizo vive y se vive, no como profesional de la política o como funcionario de la religión, sino como servidor de la vida de las personas. Ésta es su manera peculiar -y no instalándose en los cargos- de vivir y de visualizar el Evangelio. Viernes, 19 de marzo de 2004

Carlos Díaz

Carlos Díaz -gaditano por voluntad propia y por elección de los demás gaditanos- es serio, meditativo, discreto, austero, coherente, noble y paciente. Anda, piensa y actúa despaciosamente, sin vacilaciones y sin impaciencias; ha caminado por los senderos de la política -por las rutas de la vida- con pasos lentos para asegurarse en el suelo de la realidad social y para no perder el rumbo de sus convicciones democráticas; para no sucumbir a las mareas de las aguas cambiantes del pensamiento débil, de los vientos de las modas y de las luces de la publicidad. Por eso, no fue víctima de las trampas partidistas, ni de la seducción de los amigos interesados; ni cayó en las tentaciones del populismo; ni se rindió ante los halagos de los aduladores ni ante las frívolas críticas de mediocres comediantes.

Es un corredor de fondo que, fiel a sus ideas, renunció a las demagogias. Dotado de cierto sentido romántico, asumió la política como un servicio. Buscó siempre el equilibrio entre el discurso y la acción, sin perderse en meandros explicativos, controlando la voz y midiendo cuidadosamente la repercusión de sus gestos y el alcance de cada una de sus palabras. Poseedor de una infinita paciencia, hizo todo lo que pudo y todo lo que le dejaron hacer.

Enemigo de los gritos estentóreos, de los exhibicionismos, de los brillos deslumbrantes, de los pregones hiperbólicos y -más propenso al cultivo de lo íntimo que a las estridencias de lo grandioso- le cupo la misión de roturar el terreno, de sembrar y de plantar. Hemos de reconocer que las grandes obras sólo se pueden levantar sobre cimientos sólidos que, para muchos -los más frívolos- pasan desapercibidos. Sin odio y sin resentimiento constituye un representante de una generación que restablecía unos ideales, quizás hoy esclerotizados.

Hay veces que el paso del tiempo empequeñece a los hombres públicos, reduce la importancia de sus acciones y rebaja el valor de sus decisiones; otras veces, por el contrario, la distancia temporal agranda la talla, aumenta sus cualidades y ennoblece sus virtudes. A los seres humanos les ocurre como a los cuadros: que a unos hemos de contemplarlos de cerca y a otros, de lejos.

En la actualidad, liberado de los corsés partidistas y las amarras de los poderes, sigue fiel a sus principios y a la ciudad por él pensada, deseada y amada. Hace escasos días que me cruce con él; me fije atentamente en su mirada limpia y en sus manos vacías.

Viernes, 1 de noviembre de 2002

Manuel de Diego

Manuel de Diego ha fallecido como había vivido: de sopetón, de improviso y a golpe de corazón. Su muerte inesperada nos ha causado sorpresa y dolor. Nos ha dejado desmarcados, desorientados y algo aturdidos. Lamentamos que, anteayer, cuando nos cruzamos con él por la calle Ancha, no nos paráramos un rato para continuar esa interminable conversación que manteníamos a ratos sobre las cosas de Cádiz y del Cádiz, sobre las cuestiones decisivas de la existencia humana y sobre los problemas permanentes de la vida.

Porque Manolo, como bien saben sus amigos, era un inquieto y un permanente pensador de las cosas menudas, de las complicaciones cotidianas. Mucho más especulativo que especulador, era un idealista y un soñador que creaba mundos y que creía en la posibilidad existencias utópicas más razonables, más bellas y más humanas.

La virtud y el peligro de Manuel de Diego era su manera incondicional de entregarse a las tareas laborales y a los demás seres animados e inanimados con los que convivía y su forma absoluta de identificarse con las proyectos que emprendía: Manolo no vendía patatas, era el Patatis. Más que presidente del Cádiz, fue el emblema de su equipo del alma; más que hermano, fue el

estandarte de su Nazareno. Era un fervoroso defensor de la democratización de la sabiduría, un entusiasta panegirista de la educación liberadora y un enemigo declarado de una economía inhumana.

Sus reflexiones hondas y elementales sobre el hombre y sobre sus circunstancias, sobre el dolor y sobre el placer, sobre el amor y sobre el orgullo, sobre la guerra y sobre la paz, sobre las alegrías y sobre las penas, constituyen sentencias enjundiosas que podrían servir de punto de partida de tratados serios sobre la grandeza, sobre la fragilidad de nuestras absurdas ambiciones y sobre la ridiculez de nuestras disparatadas peleas.

Su vida y su obra quedan ahí en el recuerdo de muchos de sus acompañantes. Las guardamos en reserva, para el momento en el que las anécdotas no puedan ya ocultar los hechos esenciales. Sus versos sencillos, transidos de una honda emoción popular y de una profunda esperanza, son pasadizos líricos que -como él repetía- nacieron con el propósito de hacer más suave y más grato este amargo recorrido temporal, estos caminos tan trabajosos, estas travesías tan inciertas. Las muchas cosas que él hizo están ahí, y todos las conocemos: son un legado que le seguiremos agradeciendo de manera permanente.

Su generosidad, su pasión, sus ansias, su búsqueda desinteresada de las verdades, de las bondades y de las bellezas lo han ennoblecido a él, y hacen que su memoria sea un estímulo para los que aún seguimos por estos andurriales. Aunque a él no le haya importado ni amargado, hemos de reconocer que no siempre hemos sido justos ni agradecidos con este peculiar artesano de la palabra. Que descanse en paz.

Miércoles, 1 de enero de 2003

José Domínguez Caparrós

José Domínguez Caparrós es uno de esos escasos intelectuales que muestran sus saberes sin pregonarlos: propone sus teorías de manera apacible, sin esforzarse por subrayar las palabras, convencido de que la trasmisión fluida de los conocimientos se realiza mejor a través de esa menuda y permanente lluvia de ideas claras que mediante chaparrones contundentes de conceptos oscuros acompañados de los rayos de la pedantería o de los truenos de la suficiencia. Este profesor universitario, catedrático de la UNED, no impone ni prohíbe doctrinas, no inculca teorías, sino que ofrece lo que sabe, inspirando confianza, estimulando interés y despertando curiosidad.

Su notable capacidad de discreción -no de reserva-, su regusto por el silencio fecundo -el silencio del saber- y su necesidad de intimidad -el único paraíso terrenal que vale la pena-, constituyen el ambiente propicio para elaborar sus propuestas documentadas y para desarrollar sus sugerentes hipótesis; es un trabajador sistemático, constante e incansable que, gracias al profundo conocimiento de lo que explica o de lo que escribe, hace fácil lo difícil.

Con su voz de alquimista, luminosa, clara y un poco aterciopelada, propone sus conocimientos reposados, sin caer nunca en el arte inflacionista

del comentario, ni en la práctica del taraceado del que construye mosaicos laberínticos con trozos copiados de las autores más dispares; no va a la caza de citas tomadas de manuales de fragmentos selectos, sino que sus variados textos teóricos y críticos convergen en su marcha serena y liberal del hombre hacia los otros hombres.

Este humano y humanista integral, con sus afinados juicios críticos, capaz de identificar los detalles más sutiles, nos proporciona muestras de una potente inteligencia: no se conforma con los datos objetivos, desnudos, sino que busca las claves explicativas de los sentidos más profundos que identifiquen las relaciones y los paralelismos entre los deslavazados hechos de la experiencia cotidiana que nos ofrecen las obras literarias.

La literatura -la vida- para él es música, sensación y movimiento razonados y amasados en sus sentimientos. Atento al panorama del pensamiento actual europeo, proyecta una autoridad silenciosa sobre los discípulos, sobre los colegas y sobre los maestros. Su trayectoria le acerca a los más esclarecidos hermeneutas de nuestra literatura.

Nos llama la atención de una manera especial la moderación de sus juicios críticos, la matización de sus observaciones, el detalle de sus puntualizaciones y el acabado de sus textos. Este especialista de la Métrica y de la Hermenéutica, del ritmo, de la cadencia y del compás, no sólo atiende a la eufonía y a la euritmia: a la calidad y a la cantidad los sonidos y de las melodías, sino que indaga los sentidos -los significados y los ecos emotivos- de las más bellas obras humanas. Y todo esto, sin caer nunca en la autosatisfacción, en la parálisis ni en el reblandecimiento intelectual o moral.

Martes, 18 de enero de 2000

Eloísa Morales y Eloísa Valls

Además del nombre, las dos Eloísas comparten varios rasgos que definen sus respectivas vidas y, hasta cierto punto, constituyen sus peculiares personalidades: las dos son viudas, las dos fueron esposas de médicos y las dos son madres de médicos -odontólogo y oculista respectivamente-; las dos están adornadas de unas cualidades morales que determinan sus respectivos talantes extraordinariamente ricos. Firmemente asentadas en profundas convicciones, las dos son esperanzadas, aspiran a consolidar el presente y a mejorar el futuro, y las dos están decididas a seguir creciendo.

Las dos son modestas, pacientes, abnegadas, fieles aliadas de las oportunidades diversas que les proporciona cada tiempo; las dos son conscientes de que, con sus vidas, prolongan las existencias de sus cónyuges y continúan la historia de sus mayores: no aceptan las rupturas y guardan con celo aquellos sentimientos comunes intensamente entrelazados durante tantos años; las dos se nutren y se alimentan de sus mejores experiencias compartidas, y las dos mantienen su dignidad y su intimidad intactas. Llevan aún vivas en la memoria las apasionantes aventuras protagonizadas, y en la luz de sus miradas, reflejan el resplandor directo de los momentos de alegría compartidas y de dolores superados. Sus rostros transparentes nos hablan de

las dificultades vencidas, de los momentos tempestuosos superados con dignidad y de los problemas resueltos felizmente.

Pero, como es natural, además de las cualidades comunes, cada una de ellas posee un perfil humano personal constituido por un conjunto de valores que las identifica y las diferencia de una manera clara. Si una es apacible y está revestida de una elegante constancia y de una paciente discreción, la otra es más animosa y ostenta una contagiosa simpatía y una exuberante capacidad de comunicación. Si la una crea un clima de placidez, la otra genera una atmósfera de cordialidad. Si una es observadora, la otra es intuitiva. Eloísa -la primera- quizás esté convencida de que las palabras excesivas pueden romper los sueños o de que, cuando explicamos los misterios, se desvanecen. Eloísa -la segunda- piensa, por el contrario, que, cuando comunicamos nuestros sentimientos los ahondamos.

Las dos -espejos que nos iluminan por dentro- están permanentemente ilusionadas y manifiestan unas insaciables ganas de vivir. Sus figuras constituyen la ilustración de dos verdades humanas importantes y complementarias: “las existencias, para protegerlas hemos de interiorizarlas y para enriquecerla, hemos de exteriorizarlas”. Existen dos tipos de elocuencia: la de las pausas silenciosas, que se adentra buscando la esencia, y la de las palabras sonoras, que se expanden ofreciendo la comunión.

Nobles, sencillas, vigorosas y dignas, las dos Eloísas, impulsadas por una devoción familiar, pulen las palabras para llevar la coherencia, la armonía y la ternura a las tareas domésticas cotidianas y rutinarias, para ganarle la jugada a cada día y a cada mes.

Viernes, 15 de noviembre de 2002

Antonio Escobar

Sería una pena que, con el noble propósito de subrayar su gaditanismo, redujéramos la figura y la obra del Maestro Escobar a las dimensiones de un músico localista, de un cantor de la Caleta o de un compositor carnavalesco. Es cierto que nació en nuestra ciudad y que, en ella, ha permanecido durante sus ochenta y seis años; es verdad que sus composiciones se inspiran en nuestros rincones más representativos, y tienen razón los críticos que identifican las raíces de sus mejores creaciones en los ritmos flamencos y en las melodías de nuestro Carnaval, pero hemos de reconocer que el valor más elevado de su obra estriba en la habilidad con la que -incorporando únicamente este espíritu- recrea los patrones musicales, reinventa los modelos rítmicos e, incluso, transfigura los giros melódicos.

Su talento hace que esos refinados juegos tímbricos y esos dibujos armónicos tan personales alcancen tal nivel estético que sus creaciones trascienden ampliamente nuestros estrechos límites geográficos y nuestros perfiles folklóricos para proyectarse hacia unos paisajes más dilatados y para deleitar a las sensibilidades más cultivadas de cualquier época histórica o de cualquier región del mundo civilizado.

Cádiz es, ciertamente, el punto de partida, la fuente de la que bebe su inagotable inspiración, pero su música, nutrida con las sustancias que extrae, no sólo de Falla, de Pedrell, de Albéniz, de Monteverde, de Debussy, de Fauré o de Puccini, sino también del resto de la polifonía española e italiana, de los cancioneros castellanos e, incluso, de la música medieval -liberada de lo chiquito y de lo localista- puede acceder al coro de las naciones musicales cultas. Sus partituras, vigorosas oleadas de imágenes acústicas, en vez de extraviarse por las alturas especulativas, gracias a su esmerada técnica de composición, se atienen a las melodías sencillas y se convierten en un lenguaje que transmite gozo, entusiasmo y misterio.

Este compositor y organista -gaditano bueno, amable, atento, delicado y minucioso- nos ha deleitado y enriquecido a todos con su arte y, ahora, con sus paseos -silenciosos y reflexivos, íntimos y solitarios, fecundos e intensos- por el Parque Genovés, nos transmite mensajes saludables que nos estimulan para que sigamos nadando con esperanza hacia unas orillas más plácidas donde podamos recrearnos con la contemplación serena de su arte auténtico.

Nos alegra el merecido homenaje que un grupo de amigos ha organizado para agradecer el regalo que este artista modesto, sobrio y austero nos ha hecho a todos sus paisanos. Además de sus airosas melodías, nos ha ofrecido el modelo de una vida ejemplar alejada de la vanagloria, de la jactancia y de la presunción. No podemos permitir que, como ha ocurrido con otros músicos gaditanos -Camilo Gálvez, Ramón Alcedo, Juan Jiménez, Jacinto Matute, José María Benavente o Máximo Pajares- su nombre caiga en el indiscernible, injusto y triste olvido.

Viernes, 9 de enero de 2004

Antonio Fernández Ruiz de Villegas

La ejemplar manera en la que Antonio ha vivido el vertiginoso proceso de su enfermedad ha constituido para nosotros una enseñaza y un aguijón que nos ha hecho reflexionar sobre la vida y sobre la muerte. Hace escasos meses, conversando con él sobre la importancia de las palabras y sobre el misterio de la comunicación humana, me decía textualmente: "Hay muchos sentimientos que no sabemos, que no podemos ni debemos expresarlos verbalmente; es suficiente con que los sintamos y los experimentemos". Este comentario me ha servido de clave con la que he tratado de interpretar sus elocuentes silencios, cuando, plenamente consciente de que sus facultades físicas iban disminuyendo, y, en consecuencia, de que sus limitaciones verbales aumentaban, prefirió enfrentarse con su enfermedad en una progresiva soledad, sin necesidad de enmascararse con una falsa alegría o con el maquillaje de palabras convencionales.

Estamos de acuerdo con él en que las verdaderas batallas de la vida humana se libran dentro de uno mismo: allí es donde podemos encontrar las armas para dominar el miedo, la tristeza, la ansiedad y la angustia.

Antonio, un hombre minucioso y detallista, estaba dotado de un exquisito tacto y de una delicada sensibilidad; poseía, sobre todo, un estricto

sentido de la realidad y una sorprendente capacidad para modular sus intervenciones. Por eso sabía afrontar las situaciones de tensión y evitaba que los más próximos sufrieran a causa de sus propios sufrimientos. Ha sobrellevado la enfermedad con la elegancia que siempre le caracterizó y, hasta hace escasas semanas, siguió concibiendo proyectos, y, con su seductora voz, con su mirada juvenil y con su gesto apacible, iluminaba las sombras más oscuras y los recovecos más complicados, y nos alentaba a todos para que le acompañáramos en la realización de algunos de sus nuevos planes.

Servicial, atento, comprensivo y luchador, este maestro en la ciencia y en el arte de las relaciones interpersonales, nos ha dado en el momento supremo un mensaje de serenidad, de esperanza y de fortaleza. Pero, más allá de su fortaleza, nos ha dictado unas lecciones humanas mucho más valiosas y profundas: la de su solidez moral, la de su modestia personal, la de su capacidad para conjugar la firmeza de sus principios con un espíritu siempre abierto al diálogo y a los nuevos planteamientos.

Podemos afirmar que Antonio, que siempre mostró su sencilla verdad de creyente, fue un luchador de la vida, un cultivador de la amistad, un hombre esencialmente moderado y conciliador, un testigo atento de nuestra historia en unos momentos difíciles y complejos, y, en su medida, un actor comprometido. Siempre siguió la senda de la discreción y de la tenacidad, dando muestras evidentes de su paciencia, una virtud, que según él, se aprende con los años, tras llegar a la conclusión de que cada día trae problemas nuevos y soluciones diferentes. Que descanse en paz.

Martes, 22 de junio de 2004

Manolín Fernández

Manuel Fernández López -noble, delicado, solitario, amable y casi ingrávido- es un artista. Fíjense, por favor, en su manera pausada de andar, en su modo cadencioso de hablar y en su forma penetrante de mirar. Es cierto que realiza, aproximadamente, las mismas acciones que los demás seres humanos, pero también es verdad que las ejecuta con un estilo totalmente original.

Con sus pausas audibles y casi palpables, con sus pasos silenciosos hacia la luz, con su voz queda y clara, con su mirada aguda y afilada, convierte el tiempo en espacio y el espacio en ritmo: llena los instantes de colores y los colores de música. Anda, habla y mira como haciendo olas mansas con sus pasos, con sus palabras y con sus miradas. Acompasa sus gestos, alarga sus frases y entorna sus párpados dotándolos de una acariciante placidez para proporcionar una mayor intensidad espiritual a los objetos materiales, para llenar de sentidos nuevos a cada sonido, para extraer significados diferentes a cada luz y para arrancar vibraciones inéditas a cada color.

Posee un lenguaje plástico que está reservado a las sensibilidades privilegiadas: pinta, estimulado por el ansia de encontrar esa pincelada mágica

que sea capaz de crear ambientes dotados de sencillez y de transparencia máximas. En sus paisajes de estilo figurativo, transidos de un extraño magnetismo, los espacios están humanizados y el tiempo transcurre despacio, como las tardes de la primavera. Y es que –como afirma Cecilio Herrera- este artista isleño es uno de los escasos seres afortunados que son capaces de descubrir la trascendencia en la inmanencia, la grandeza en la pequeñez y el valor en la sencillez: es un creador con capacidad para modificar la conciencia de la vida corriente y para elevarla a un nivel superior.

A través de la belleza, busca la verdad oculta en las cosas ordinarias y la hermosura en los rincones recónditos que, a los demás mortales, nos pasan desapercibidos. "Para expresar cosas importantes –nos confiesa él- no es necesario utilizar grandes recursos, ni imágenes grandiosas: en un gramo de polvo puede estar contenido todo el universo".

Manolín Fernández, es un misterioso pensador en colores que, con su sabiduría callada, con la delicadeza de sus tenues formas, con el equilibrio de sus colores, con las proporciones de sus figuras, con su arte –en una palabra- nos revela el aspecto vital de la realidad cotidiana, equilibra nuestras ansias de dominio y transfigura nuestras prosaicas vidas.

Por eso nosotros no caemos en la inútil pretensión de explicar su arte con conceptos técnicos ni con definiciones intelectualistas; por eso nos conformamos con escuchar la sabiduría callada de su elocuente lenguaje plástico; por eso nos limitamos a contemplar la claridad, la simplicidad, la transparencia y la nitidez de sus pinceladas mágicas.

Viernes, 5 de abril de 2002

Emilio Flor

Emilio es uno de los profesores de lengua y literatura clásicas de los que, con sus actitudes humanas y con sus comportamientos docentes, explican mejor la validez actual del pensamiento, del arte y de la literatura del mundo grecolatino. Huyendo de ese cientifismo inútil y contraproducente que reduce las investigaciones a unos ámbitos que sólo entienden los superespecialistas, parte del supuesto fundamental de que el teatro clásico es moderno y actual porque plantea los grandes interrogantes que hoy nos siguen inquietando como, por ejemplo, qué es ser hombre, en qué consiste la vida humana, qué sucede tras la muerte, por qué odiamos o por qué persisten las guerras. Por eso él invita a sus alumnos para que lo acompañen de paseo, por unos senderos literarios apasionantes, hacia el descubrimiento de obras clásicas, y los guía para que se acerquen y conversen con célebres autores.

Impulsivo, sentimental y laborioso, Emilio practica el deporte como una vía de expresión corporal, como un medio para desarrollar el vigor físico y para alimentar el alma. Nos recuerda que, en la Grecia Clásica, el cuerpo humano no sólo era considerado como el soporte material del espíritu, sino como su expresión más fiel y, por eso, era valorado como el objeto bello por

excelencia y, por lo tanto, como el más digno de los cuidados y el más merecedor de la exhibición y de la contemplación.

Pero es que, además, él está convencido de que el bienestar personal lo alcanzamos disciplinando los impulsos, orientando las energías y educando las pasiones. Emilio es un pedagogo, un pedotriba y un itinerante, que concibe su tarea de profesor -la paideia y la humanitas- como un acompañamiento de los alumnos por el aire libre de la contemplación de la naturaleza y por los senderos marcados por los principios más sólidos de nuestra cultura occidental: como una aventura alentada por una concepción de la vida humana inspirada en los valores supremos de nuestra civilización: "la enseñanza -son sus palabras- ha de perseguir, de manera explícita, el desarrollo pleno de la persona y su acercamiento hacia su fin propio".

Con sus clases de literatura griega y la latina, con sus campeonatos deportivos, con su "grupo de teatro clásico Balbo", Emilio conjuga armónicamente la acción y la pasión, la imaginación y la inteligencia, el ritmo y la armonía, las sensaciones y los sentimientos, las divinidades y los héroes, el humor y el dolor, el trabajo y la diversión, el juego y el arte, el pensamiento y las emociones; y es que Emilio apoya toda su actividad docente en un presupuesto que, por ser tan elemental, a veces, se nos olvida: que el fin de la enseñanza es la formación integral del ser humano: del pensamiento, del lenguaje y del comportamiento; que si pensar y hablar son maneras eficaces de actuar, "actuar" es la mejor forma de aprender a pensar y a hablar.

Viernes, 16 de enero de 2004

Pepe Flores

El paso del tiempo ennoblece a los seres inteligentes, a los individuos artistas y a las personas bondadosas. La edad los hace más sabios, más virtuosos e, incluso, más elegantes. Ésta es la explicación de otra afirmación tautológica que algunos lectores, sorprendidos, interpretan como una fórmula vacía o como una simple obviedad. Me refiero a la siguiente expresión que suelo repetir con alguna frecuencia: "La vida humana, humaniza".

Aunque es cierto que las enfermedades degradan la calidad de la vida humana e, incluso, que la vejez deteriora algunas de nuestras facultades, también es verdad que muchos ancianos alcanzan los niveles más altos de calidad, precisamente, en la última etapa de sus vidas. Para demostrar empíricamente este aserto, en vez de citar a eminentes personajes históricos, sublimados por los panegiristas guberbamentales y canonizados por los pontífices oficiales, me limitaré a señalar con el dedo a algunos de esos convecinos nuestros que, de tanto cruzarnos con ellos, nos pasan desapercibidos.

Observen, por ejemplo, a Pepe Flores. Me fijé por primera vez en él hace algo más de medio siglo, cuando le escuché un solo en la Misa del Gallo en la Capilla del Colegio de la Viña. Entonces, me llamaron la atención,

además de su prematura calvicie, la limpieza en la articulación de las palabras, la amplitud de registros, la variedad de matices y, sobre todo, la pureza y el poder de su voz. Cuando, entusiasmado, pregunté al hermano Luciano -el de la tercera clase- quién era ese artista, me respondió de manera categórica: "uno de los mejores antiguos alumnos de la Viña".

A lo largo de varios lustros, he seguido oyéndolo en el coro de San Francisco; lo he contemplado con atención cuando lo encontraba paseando por cualquiera de nuestras calles o plazas. ¿Éste señor -me preguntaba- es el mismo o es otro que se parece a aquel muchacho? ¿Es el hijo o el nieto del tenor al que escuché el villancico? Hace escasos días, me lo encontré en El Serrallo. Por fin, me atreví a abordarlo: -¿Es usted el tenor que, en la Nochebuena del año 1945, cantó "Dime Niño de quien eres todo vestidito de blanco"? -"Sí –me respondió- y tú, el hermano de Sebastián Hernández".

En el tono de las escasas palabras que le escuché, en la transparencia de su rostro despejado, en la delicadeza de su limpia mirada y en la elegancia de sus gestos controlados, se condensaba la riqueza humana acumulada de manera concienzuda a lo largo de toda una vida, la finura de un espíritu cultivado con esmero y, sobre todo, la honda gratitud a unos hombres sencillos -los Hermanos- que, por contagio, le transmitieron las claves para vivir la vida con plenitud, con intensidad y con elegancia. Su figura, discreta y serena, reflejaba, no sólo un carácter afable y equilibrado sino, sobre todo, su complacencia serena, su amable sosiego y su profunda gratitud por, simplemente, vivir.

Viernes, 13 de septiembre de 2002

Alfonso Franco

Si evitamos caer en los tópicos vacíos y en los prejuicios infundados, y, si prestamos atención a su dilatada e intensa trayectoria profesional, hemos de reconocer que Alfonso Franco es un intelectual discreto y modesto que vive la tarea de historiador como una aventura personal presidida por la lucidez de sus sugerentes propuestas, por la agudeza de sus minuciosos trabajos y, sobre todo, por la entrega permanente a sus alumnos.

Este hombre atento que, a veces da la impresión física de solitario, con sus pasos seguros y con sus gestos dotados de una lentitud cuasi episcopal, es un investigador concienzudo y detallista que, sin ser nostálgico, profesa una fervorosa devoción por el pasado. En sus trabajos de investigación siempre se ha marcado unos altos niveles de autoexigencia y de rigor desapasionado y, a partir de las claves que le proporciona el minucioso conocimiento de la Historia Medieval, despliega sus dotes de profesor, expresando de forma sencilla y profunda las trágicas contradicciones de la modernidad.

Especialista en las cuestiones más enigmáticas de la Baja Edad Media, con su mirada ingenua, calmada y sorprendida, ha indagado en los entresijos más recónditos de la aristocracia y de los municipios, analizando hasta sus más mínimos detalles las ordenanzas municipales, tanto de origen señorial

como de realengo. Alfonso, nutrido con las sustancias que le proporciona sus rigurosas investigaciones, ejerce una crítica inflexible, alentada siempre por el rigor, por el trabajo y por la exigencia como requisitos esenciales de la calidad académica; en sus detenidos exámenes de las ideas, de las creencias, de las formas de vida y de las costumbres medievales, intenta descubrir las claves que interpreten las cuestiones palpitantes que, en la actualidad, siguen sin resolverse plenamente, y lucha por responder a las preguntas inquietantes que aún están presentes en nuestro imaginario colectivo como, por ejemplo, la convivencia con grupos de diferentes religiones y de distintas concepciones políticas y sociales.

Como comentan sus alumnos, en sus clases, alejadas de las monótonas simplificaciones y de los esquemas repetitivos, ofrece unas hipótesis interpretativas originales y atractivas por la vivacidad de sus ilustraciones, por el colorido que imprime a su discurso y, sobre todo, por la diversidad de los temas que aborda.

Este profesor, nacido en la localidad extremeña de Olivenza, decidió residir y trabajar en Cádiz; vino dispuesto a echar raíces y a contribuir en el crecimiento de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, poniendo a disposición de todos nosotros sus múltiples saberes. Y es que, Alfonso, un intelectual singular y atípico, un observador atento de la vida, con apariencias de ingenuidad, rehuyendo de maniqueísmos y sin presumir de elitista, nos ofrece, a través de su cálida cercanía, una visión -matizada y plena de sentido común- de la vida.

Sábado, 28 de agosto de 2004

Antonio García Berrio

Antonio García Berrio es, en la actualidad, el paradigma del teórico serio de la literatura y, posiblemente, el ejemplar más próximo en el espacio y en el tiempo, del investigador concienzudo de las Ciencias Humanas que tanto se prestan al diletantismo. Es uno de los escasos españoles contemporáneos que han contribuido a enriquecer el pensamiento literario.

Dotado de una perspicaz intuición y de una aguda mentalidad crítica, este Catedrático de la Universidad Complutense es un anticipador, que se adapta permanentemente a las circunstancias cambiantes de este mundo y asimila las más diversas corrientes, integrándolas en una síntesis personal. Afronta con señorío las dificultades extraliterarias que le ponen los enanos ambiciosos y, en todo momento, hace gala de una notable lucidez para los diagnósticos y para los pronósticos.

Frente a la parcelación actual de las investigaciones universitarias generadora de una debilitadora dispersión de conocimientos, y alejado de los grupos de intereses gremiales y de las luchas tribales que se libran por aumentar los ámbitos de poder, García Berrio busca las grandes áreas temáticas y los grandes problemas humanos y filosóficos. Con su visión integradora y con mirada crítica, nos ayuda a comprender la realidad, a

interpretar y a modificar nuestra interpretación, sometiéndola al sistema cambiante de las ideas vivas de nuestro tiempo.

En vez de competir por subirse al carrusel de conferencias, de mesas redondas y de cursos de verano; en vez de preocuparse por los fogonazos instantáneos de las apariciones en meras representaciones culturales de aquellos que sienten la necesidad defensiva de representarse a sí mismos y de autoafirmarse socialmente, ha preferido orientar todos sus esfuerzos en la realización de una obra densa, sólida y cuajada, fundamentada en una serena y sosegada reflexión.

No se ha limitado a mirar pasivamente los enigmas de la literatura ni, mucho menos, a hacer un recuento de los elementos que componen una obra, sino que ha profundizado en las cuestiones más importantes de su naturaleza, de su funcionamiento y de su historia. Nos proporciona claves para descifrar los misterios de la creación literaria y fecundas pistas para interpretar sus múltiples y cambiantes significados. En contacto permanente con la tradición del pensamiento y de la ciencia, ha elaborado una reflexión serena y honda sobre cuestiones de fondo.

Enemigo irreconciliable de la vulgaridad y de la banalidad, sus actitudes son expresiones de su nobleza y de su seriedad; nunca ha caído en la risible tentación del falso intelectual empeñado por alcanzar el aplauso y la adhesión de la multitud. La altura de las metas de sus estudios y de su vida -el blanco aristotélico-, su afán, su reflexión, su creatividad, su vigorosa tensión conceptual, su pensamiento adulto y maduro, y, sobre todo, su densa vida interior lo definen como un intelectual puro, como un aristócrata del pensamiento. Martes, 25 de enero de 2000

Antonio García García

Antonio es uno de los testigos más cualificados y uno de los testimonios más elocuentes del siglo veinte. Ha recorrido, metro a metro, el empinado trayecto que lleva a este mirador privilegiado desde el que se contempla el zigzagueante curso de los ríos humanos y el anchuroso mar del destino; ha presenciado los violentos cambios políticos, económicos, sociales y religiosos y, ahora, situado en la atalaya de sus ochenta años bien cumplidos, mira a su alrededor, proyectando una sonrisa amable y esbozando un gesto cordial de profunda gratitud y de íntima complacencia.

Imaginativo y quimérico, entusiasta y festivo, lleno de ideas y cargado de proyectos, está dotado de un permanente sentido lúdico. Su mirada noble y clara desprende esa intensa energía vital que ha acumulado con los permanentes esfuerzos que ha desarrollado para abrirse camino en la vida. Plenamente activo, establece con sus objetos y con sus gentes una relación de amistad y de complicidad. Se recrea en la cotidianidad, ese compendio de cosas pequeñas en cuyo latido se inspira la mayor parte de lo que vivimos. Disfruta con los ritmos musicales, con el aroma de las flores y con los sabores de las golosinas.

Es firme en sus convicciones -compactas e impenetrables- que dan sentido y que proporcionan vigor a su vida. Detallista y delicado de conciencia, posee una capacidad inagotable para la compasión y una incapacidad desmedida para el resentimiento. Amante de las sorpresas, conserva esa dimensión juvenil que tan refrescante nos resulta a los que con él convivimos, y mantiene ese optimismo candoroso que sólo algunos privilegiados conservan intactos durante toda su vida.

Intensamente vitalista, se desvive en la consecución de metas casi inalcanzables; persigue unos objetivos que poco o nada tienen que ver con el enriquecimiento material; pero, siempre impulsado por una voluntad insobornable de servir a los demás, busca unos intereses que están referenciados con el universo de los valores morales, en el caudal de sus propias ideas y de sus profundas convicciones,

Su vida es un testimonio señorial de la posibilidad de armonizar la intensidad de las emociones con la fidelidad a las doctrinas seguras. Porque, si algo le caracteriza por encima de todas las cosas, con independencia de sus fortalezas y de sus debilidades, de sus ensoñaciones y sus frustraciones, es su bondad, virtud que ejerce con humilde disposición y que, en ningún momento, desmerece de su espíritu crítico, adobado con amplias dosis de fina ironía. Su bonhomía natural confunde a los que no saben distinguir entre la firmeza de espíritu y la amabilidad de las formas, la reciedumbre de carácter y la delicadeza de trato. Exhibe una exquisita gentileza cuando encuentra la oportunidad de ayudar. Lector atento y observador crítico, se esfuerza por comprender el sentido profundo de las palabras y el significado diferente de cada una de las vidas. Es un poeta de la existencia que sabe rimar sus aspiraciones personales con las exigencias de los demás. Viernes, 2 de agosto de 2002

María del Carmen García Tejera

A medida que contemplo su mirada, se despiertan en mí nuevos ecos que, progresivamente, se ahondan en mi interior. A medida que aumenta mi reflexión, percibo cómo crece la transparencia de esos ojos serenos y acogedores, de esa leve expresión comprensiva que descubre la profundidad de un alma generosa, compasiva y disponible.

A veces tengo la sensación de que María del Carmen es toda ojos azules, toda mirada limpia, volcada hacia el misterio interior y abierta hacia la inmensidad exterior. Ella es una mujer contemplativa, lúcida y crítica, que pone los ojos y, a través de ellos, el corazón, en la realidad; es un ser que nos infunde serenidad a las personas y que dota de sentido a los objetos que se sienten observados por ella. Cuando la miramos, recibimos la impresión de que una fuente nos inunda, de que sus aguas nos bañan, nos reconfortan, nos curan y sacian nuestra sed.

Su rostro sereno insinúa una espontánea sonrisa, apenas dibujada, de alegría confiada que nos ilumina a todos los que la miramos. Se transparenta en ella un gozo profundo, nacido de las honduras de la persona; nos suena a música blanca que nos envuelve en su ternura acogedora.

Su frente despejada está llena de paz, pero también de empuje y de decisión: es una permanente invitación que, sin hacer ruido, nos anima para que sigamos viviendo. Su mirada, plena de vida interior, de libertad y de entrega, proyecta una energía que llena de seguridad y de lucidez reflexiva todo el ambiente. Siempre está dispuesta a colaborar y a emprender caminos nuevos. Del óvalo luciente de su rostro emana una dulzura sencilla y tranquila.

Y, sobre todo, nos impresiona la atenta, franca y abierta, grata y agradecida sensación de equilibrio, de confianza y de disponibilidad.

Viernes, 18 de octubre de 2002

Alberto García Ulecia

Ha fallecido Alberto García Ulecia, un genio peculiar y un intelectual diferente, que se convirtió en el emblema de una aventura humana presidida por la lucidez, por la agudeza y por el cuestionamiento infatigable de todo aquello que la inercia de los usos y la rutina de las hábitos sociales pretenden hacernos pasar por natural: era un profesor de Historia del Derecho Español que, sagazmente, había asumido que su tarea universitaria no estaba encerrada en las fronteras marcadas por las paredes de las aulas o por los perfiles de los programas académicos; era un profesional de la enseñanza que estaba convencido de que la razón última de todas sus tareas era la de ayudar a los seres humanos concretos con los él que convivía y a los que él servía, para que, solidariamente, caminaran hacia la plenitud y hacia el bienestar.

Pero no perdamos de vista que él, de manera inequívoca, había optado por los "próximos" que tienen menos medios y menos ocasiones de descansar y de disfrutar; por eso puso sus conocimientos, su tiempo y su pluma en favor del pueblo y, sobre todo, de los menos favorecidos: "La vida -son sus palabras- es para los ricos una fiesta sin parar. Para los pobres, tan sólo trabajar y trabajar".

Hace escasos meses lo habíamos visto algo cansado, con su mirada levemente perdida en algún lugar del tiempo y, en su rostro sereno, descubrimos una ligera expresión de melancolía; pero nos tranquilizó el hecho de que, en cuanto empezamos a hablar, nuevamente brotara de sus labios esa cascada de ilusionados proyectos que, a borbotones, salían permanentemente de su inagotable ingenio. Nos habló de derecho, literatura, de pintura, de flamenco, de historia, de filosofía y, sobre todo, de la vida.

Si rebobinamos el vídeo de la memoria, comparecen, de manera insistente, sus versos, sus reflexiones y sus análisis, elaborados siempre desde una crítica aguda, alentados por el rigor, por el trabajo y por la exigencia como requisitos esenciales de su bondad humana y de su calidad literaria.

Ha muerto un universitario creativo e intuitivo, un profesor lleno de ideas y de proyectos, un crítico incisivo, un mago de la palabra que, gracias a sus dotes de agudo observador de la naturaleza humana, hacía gala de esa sabiduría que tan estimulante y tan refrescante nos resulta. Echaremos de menos, querido Alberto, esa sonrisa tuya que, a la vez, era acogedora y bondadosa; siempre nos acordaremos tu densa manera de hablar y de estar callado. Gracias, compañero, por tan incansable generosidad como supiste derramar entre nosotros. Alberto García Ulecia, maestro en muchas disciplinas, especialmente en las de la pluma, de la generosidad y de la rebeldía, es patrimonio nuestro que no necesita panegíricos para ganar estatura: ejemplo del buen vivir, en el morir ha mostrado la elegancia que sólo exhiben los elegidos. Ha muerto un poeta de la existencia, un artista de la vida, un hombre bueno, que ha sabido recorrer su vida con la rima exacta y con la acertada inspiración. Viernes, 24 de octubre de 2003

Miguel Ángel Garrido

Miguel Ángel Garrido Gallardo pertenece a la aristocracia científica de nuestro país. Es Catedrático de Universidad y Es Profesor Investigador, Director del Instituto de Filología Cervantes y Director del Programa de Alta Especialización en Filología Hispánica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Es Presidente de la Asociación Española de Teoría de la Literatura. Es un intelectual en el más hondo y amplio sentido de esta palabra.

Y, después de hacer estas afirmaciones, debería relatar la lista de las obras que ha escrito, la relación de los trabajos de investigación que ha realizado, el inventario de los proyectos colectivos que dirige, el catálogo de las colecciones de libros que tutela e, incluso, el elenco de los Congresos Internacionales que ha organizado, algunos de los cuales, como el ya mítico sobre Semiótica e Hispanismo, forman parte de las páginas más decisivas de la Historia del Pensamiento de las Ciencias Humanas.

Pero, en esta ocasión, en vez de poner de relieve el volumen de su aportación científica, prefiero esbozar brevemente su peculiar perfil como uno de los intelectuales más destacados en nuestro panorama europeo. En vez de llamar la atención sobre la cantidad de sus trabajos, señalaré la calidad de su

obra; en vez de medir su talla -su notable estatura- esbozaré los rasgos de su figura. Para quienes todavía tienen antenas de fascinación teórica y literaria, las obras de Miguel Ángel Garrido constituyen un verdadero tesoro, unas alhajas inapreciables por los quilates de valores científicos y de virtudes humanas. Como pensador de la modernidad es agudo, profundo y, paradójicamente comprensible.

Sus obras -ensayos de envergadura-, frutos de sus maduras reflexiones, nos ayudan a comprender la poesía, esas formas artísticas tan enigmáticas y, a la vez, tan próximas a la esencia humana. Sus explicaciones nos levantan a la abstracción y aumentan nuestra capacidad de trascender lo concreto. Nos familiariza con las teorías y con las corrientes más actuales y nos ayuda a leer despegándonos de la superficie de los textos y nos estimula a vivir levantándonos sobre la vida vulgar; nos orienta para que penetremos en el interior de los textos y en el fondo de nosotros mismos.

Con su fino sentido del humor, ha revisando las teorías e, incluso, ha polemizado con los autores internacionales más acreditados; y todo esto lo ha hecho siempre, con extremo tacto y respeto, buscando la exactitud y, al mismo tiempo, la claridad. Conectando con los lectores y con los oyentes. Y es que parte del supuesto de que a la palabra -la manera más directa de conectar con el mundo y con los hombres- le ocurre como al aire, como al agua y como al tiempo: que cuando se aproxima a la verdad, pierde algo de color, pero gana en transparencia.

Miguel Ángel Garrido es un hombre vitalista, por eso sus libros y sus conferencias son llamadas a la meditación, son invitaciones a la acción y son ofrendas de amistad: son profundas, rigurosas, útiles y amenas. Están dotadas

de una lucidez espléndida y nos sirven para discernir lo que es poesía y lo que nos es, lo que es buena y mala literatura, para leer en profundidad la literatura y para vivir con intensidad la vida. Le interesa la Teoría de la Literatura porque le interesa la literatura, le interesa la literatura porque le interesa la vida. Con su sabiduría y con su cultura, con su racionalidad y con su gusto exquisito ha dignificado la tarea crítica, ha propiciado de encuentros y ha buscado siempre las conciliaciones más elevadas.

Martes, 8 de febrero de 2000

Melquiades González Brizuela

Me ha sorprendido la coincidencia de los juicios tan favorables y, sobre todo, la sintonía de los tonos tan entusiastas con los que varios de sus alumnos, de sus compañeros, de sus amigos y de sus hermanos marianistas me han recordado las cordiales relaciones que les unían con don Melquíades. Todos me han repetido al unísono una frase que parecía calcada: "¡Qué gran suerte haber tenido el privilegio de tratar, durante varios años, a este hombre bueno! ¡Qué enorme fortuna haber sido depositarios de su afecto y de su confianza!"

Y es que este gaditano de adopción, profundamente creyente, no sólo disfrutaba con su trabajo -al que se entregó siempre con una generosidad imaginativa y fértil- sino que, además, ponía de manifiesto la cordialidad, el respeto y el amor con los que trataba a todos sus alumnos. "Melqui -me dice el padre José Antonio Barbudo- además de ser un conversador ameno, era un profesor que nos trajo un aire nuevo, una brisa reparadora y una magia sorprendente, por su nueva forma de explicar las matemáticas y la física y, sobre todo, por su capacidad para asombrar con sus experimentos y ensayos".

Don Melquíades, con sus actitudes atentas y serviciales, y con su disposición de hacer grato el aprendizaje, se supo ganar la confianza, la

amistad y el cariño de sus alumnos, a los que siempre trató como hermanos. Su nombre ha quedado en el Colegio de San Felipe Neri, como una referente de entusiasmo, de alegría, de laboriosidad y de creatividad. Todos recuerdan con cariño cómo, ya destinado en Madrid, venía para ejercer de cocinero en las acampadas de los Boy-Scouts que él había creado.

A pesar de que hace ya diez años había sufrido un hemiplejia, conservaba la mirada acogedora y la sonrisa abierta: las dos armas imbatibles con las que nos retaba a todos para que supiéramos encajar las contrariedades y las bromas. Porque él había aceptado serenamente la carga de su enfermedad, y repetía sin solemnidad, que "lo importante es sobrellevarla con alegría y con elegancia: a mí lo único que me preocupa es molestar con ella a los demás".

La noticia de la muerte de este marianista nos deja sin la presencia y sin la compañía de un hombre profundamente bueno, honesto y coherente, cuya contribución a la formación de muchos ciudadanos de Cádiz ha sido sustancial. No por temida, su desaparición ha sido menos dolorosa. Que descanse en paz.

La Voz de Cádiz, jueves, 30 de septiembre de 2004

Fabián González

Fabián era escritor antes de obtener el premio de la Hucha de Oro, antes de ingresar en la Escuela de Escritoras y Escritores de la UCA y antes, incluso, de decidirse a escribir. Como es sabido, los premios literarios constituyen el reconocimiento azaroso de la calidad literaria de una obra elegida entre otras muchas otras obras buenas. Son certificados que -a juicio de los expertos y rectos miembros del jurado- acreditan el valor artístico de un texto. La Escuela proporciona, sobre todo, un ambiente propicio, unos lectores interesados y unos criterios objetivos para ejercer la autocrítica. La decisión de escribir, finalmente, es el seguimiento valiente, en un momento determinado, a ese impulso expresivo y comunicativo que, durante algún tiempo, no se ha secundado y que, en algunos casos, necesita ese leve, respetuoso y amable empujón.

Es cierto que Fabián no escribía ni publicaba anteriormente, pero también es verdad que su vida estaba penetrada, mediatizada y configurada por la literatura. La literatura, no sólo iluminaba sus representaciones de la vida, sino que también alimentaba algunas de sus actitudes y muchos de sus comportamientos. Era un lector selectivo que, elegía los textos, más que por afición al arte, por el amor a la vida. Su voluntad de escribir estaba

determinada por su necesidad de transmitir vivencias a alguien. Desde que leímos sus primeras líneas, todos sus compañeros advertimos que estaba en posesión de un peculiar talento. Coincidimos en señalar que estaba dotado de una especial sensibilidad -de los sentidos y de los sentimientos- concentrada, sobre todo, en su mirada limpia y en su voz transparente.

En su mirada convergían, como afluentes generosos, la acción de todos sus sentidos: el olfato, el oído, el gusto y, sobre todo, el tacto. Por eso en sus escritos descubría la sustancia de los objetos, traspasaba los límites sensibles a los sucesos, desnudaba de disfraces y de caretas a las personas, penetraba en el fondo oculto de la mente, trascendía las apariencias engañosas de los gestos, interpretaba el significado de las palabras, se apropiaba de las esencias de los objetos, creaba y recreaba paisajes, construía y reconstruía mundos.

La agudeza de su mirada es la clave que explica la finura de su pincel cuando nos pinta esos paisajes, la agilidad de su pluma cuando nos dibuja esas situaciones en las que desentraña los misterios de cada día. Fabián es escritor, sobre todo, porque sabe penetrar en el fondo oscuro del misterio de la propia conciencia, porque indaga el sentido de sus aspiraciones más humanas. Ésta es la razón de su facilidad para identificar las cuestiones que nos interesan y los problemas que nos inquietan a los lectores. Por eso sus escritos despiertan nuestro interés vital; por eso conectan con nuestras sensibilidades: porque nos abren las puertas del alma; inquietan y, al mismo tiempo, serenan nuestros ánimos; nos preguntan y nos responden; nos plantean problemas y nos proponen soluciones. Las ficciones de Fabián nos cuentan esas verdades íntimas que pasan desapercibidas en las historias. Enhorabuena y gracias.

Viernes, 28 de febrero de 2003

Juan González Araújo

Ahora mismo Cecilio me comunica la desagradable noticia de que ha muerto Juan. A este convecino nuestro no es necesario añadirle apellidos porque ya sabemos que es el hermano del padre Sebastián y, sobre todo, el hermano de todos los que lo hemos tratado. Acostumbrado a escuchar y a servir, era un hombre dispuesto y disponible, servicial y servidor, fiel y leal. Era un colaborador eficaz -un sabio mozo de espadas- que poseía una fina habilidad para calibrar la importancia de los asuntos menudos y una singular destreza para interpretar los papeles secundarios que le asignaban: estaba dotado de un peculiar sentido de la oportunidad. Siempre ocupado y preocupado, no perdía de vista lo fundamental porque sabía ponerse en el lugar de las otras personas.

Con su seriedad, honradez, respeto y, sobre todo, con su profundo sentido de la responsabilidad, Juan representa y caracteriza al ayudante imprescindible que, pendiente de los detalles, es el seguro garante del correcto funcionamiento de las instituciones: más que sacristán o archivero, fue un miembro activo de la Iglesia y un ciudadano comprometido de Algeciras.

Pero lo que más me llamó la atención de él fue su convencimiento de que no estamos solos en el mundo, de que todo lo que hacemos repercute en

los demás. Sin reservarse tiempo alguno para él y sin pretender destacar, con su humildad, con su modestia y con su firmeza, ha contribuido, de manera decisiva, a que muchas empresas pastorales pudieran ser culminadas. Tímido, callado y discreto, era mucho más clarividente que otros portavoces, voceros o portaestandartes.

Preocupado siempre por las personas que le rodeaban ejerció la noble misión de ordenar y de asear la casa de todos y de resolver los problemas cotidianos. Pero lo que más positivamente me atraía de su personalidad era la delicadeza con la que, sin necesidad de afectación, de exageraciones ni de adulación, sabía tratar a toda clase de personas.

Intuitivo y sagaz, estaba dotado de esa profunda sabiduría popular que sabe lo que no sabe ni necesita saber. Era un hombre sobrio y voluntarioso, arraigado a su tierra y enraizado en su familia. "Era una buena persona- me dice José Carlos- que cultivaba unas relaciones sencillas con Jesús, y que practicaba ese hermoso estilo de vida de la gente corriente.

Juan, lo mismo cuando estaba sano que durante el largo tiempo que ha sobrellevado su mortal enfermedad, nos ha dictado lecciones de grandeza, de delicadeza y de finura de espíritu. Sus mensajes callados no los hubiera cambiado por los discursos de personajes ilustres. Juan ha fallecido y se nos ha muerto a muchos de nosotros, pero eso de que ha desaparecido de nuestras vidas es una pura mentira. Como decía Cervantes, "al bien hacer jamás le falta el premio". Que descanse en paz.

Europa Sur, lunes, 13 de mayo de 2002

Antonio González González

Aunque es cierto que todos los seres humanos tratamos de evitar los dolores físicos y nos esforzamos por paliar los sufrimientos del alma, también es verdad que las dolencias constituyen una de las características de nuestra condición temporal y una de las manifestaciones de nuestra radical fragilidad. Pero hemos de reconocer que, si el padecimiento es el denominador común de todos los habitantes de nuestra Tierra, la peculiar manera de sobrellevarlo expresa la densidad y la talla humana y espiritual de cada uno de los mortales.

Esta reflexión inicial nos sirve para enmarcar la figura de este sacerdote isleño que, portando desde hace ya muchos años sus dolencias físicas con ejemplar fortaleza, ha dedicado su vida a proporcionar consuelo a los que sufrían los dolores en su cuerpo o la amargura en su espíritu. Antonio González, después de mirar a los ojos a la enfermedad y de reconocer en ella a la mensajera de la muerte, decidió convivir con ella sin culparla del mensaje que le traía. Siguió su vida enredado en las terapias prescritas, pero también supo burlar el cerco trabajando en los puestos que los obispos le encomendaban.

Continuó cumpliendo con sus obligaciones con la naturalidad que le era congénita e, incluso, agradecía la lentitud de sus pasos que le permitía

entregarse con intensidad a sus feligreses. A pesar de sus dificultades para caminar, en su misión como capellán de nuestro Hospital "Puerta del Mar" y, últimamente, del Tanatorio de Cádiz, Antonio González ha acompañado a muchos enfermos en su soledad, los ha alentado estimulando sus esperanzas y proporcionándoles compresión, aprecio y calor.

Porque si algo caracterizó al padre González por encima de todas las cosas, de sus fortalezas y de sus debilidades, de sus ensoñaciones y de sus frustraciones, fue su capacidad para encajar las adversidades, su paciencia, su entereza, su constancia y su firmeza en sus convicciones. Ejerció su ministerio con humilde disposición y, en ningún momento, desmereció de su espíritu crítico, adobado, por cierto, de un sentido peculiar del humor y de una extraña ironía escasamente frecuente entre sus compañeros.

Frente a la muerte concebida como destrucción y olvido, Antonio González, en sus últimas homilías, nos ofrecía una visión esperanzadora para los hombres y para las mujeres que aquí se han esforzado por comprender, por ayudar y por servir a sus compañeros de viaje. Su entera existencia -como nos dice Cecilio Herrera- nos proporciona esa otra visión positiva de un más allá que empieza aquí, en todos nosotros, en el recuerdo inmarcesible y firme, en la palabra dada, en el amor fraterno, en la esperanza compartida. Al despedirnos le damos las gracias por tanta generosidad como supo derramar entre nosotros. Que descanse en paz.

Viernes, 28 de febrero de 2003

Andrés Avelino González

Andrés Avelino -sin ser radical ni integrista- lee y vive el Evangelio profundizando hasta sus raíces y sin omitir ninguna de sus páginas. Contempla los gestos de Jesús y escucha sus palabras, con la misma sencillez y con idéntica naturalidad con las que los contemplaron y las escucharon sus discípulos más directos. Un pescador, por ejemplo, es el que, para alimentar a su familia, se adentra en el mar, echa las redes y recoge peces. Un pastor es el que apacienta las ovejas, las conoce, las llama por sus nombres y las conduce a pastos abundantes para que sacien su hambre.

Sus actitudes y sus comportamientos nos muestran que el sentido de las palabras y de los mensajes evangélicos lo captan mejor los niños ingenuos y los hombres sencillos que los doctos exégetas y los eminentes hermeneutas. Para interpretar en toda su profundidad el significado de las palabras evangélicas como “agua”, “pan” o “vino”, sirven más las experiencias del hambre o de la sed que los estudios lingüísticos de la Semántica y la Lexicología; para conocer la naturaleza del trigo y de la cizaña, de la riqueza y de la pobreza, del trabajo y del descanso, de la salud y de la enfermedad, del poder y del servicio, de la alegría y de la tristeza, del dolor y del bienestar, del sufrimiento y del placer, del poder y de la impotencia, es más útil tratar de comprender a los hombres y esforzarse por leer los paisajes, que aprender las definiciones de la Retórica o de la Poética.

Su testimonio sencillo nos confirma que los contenidos de la fe no se entienden si no percibimos, hacemos y padecemos la realidad de la vida. Por eso, en sus trabajos con los marineros y con los emigrantes, se empeña por lograr que el mar no sea el morir de unos hombres que luchan por sobrevivir, sino un horizonte abierto hacia un vivir más humano. Por eso, denuncia la marginación y la explotación, las ansias de poder e, incluso, esa solidaridad de salón de la que se benefician sólo los más listos.

Andrés Avelino –ingenuo y elemental, ajeno a las modas y a los moldes- es un personaje exótico y un cura raro, paradójicamente, por lo natural que es: por su manera tan normal de escuchar, de hablar, de vestirse, de tratar a la gente, de acompañarlas en su dolor, de celebrar los sacramentos y de predicar. Explica el Evangelio, no como el arqueólogo o filólogo que investiga vestigios antiguos, sino como el que hace una llamada a la libertad y a la concienciación, como el que realiza una defensa de los más humildes, como el que emprende una aventura siempre recomenzada: una aventura que no consiste en escalar escarpados picos o en adentrarse en profundas cavernas, sino en acercarse a los hombres y a las mujeres que sufren.

Esta actitud audaz y este comportamiento valiente le permiten vivir con dignidad sin necesidad de ínfulas. Andrés Avelino -prescindiendo de lo secundario y de lo banal, de lo anecdótico y de lo pasajero- prefiere asentar su ministerio en el suelo nutricio del Evangelio y beber directamente en el manantial de las aguas transparentes de las Sagradas Escrituras.

Viernes, 10 de mayo de 2002

Dolores Guerrero Borbón

Lola era -es- una mujer activa, modesta, vital y gozosa. Pero su actividad no era un mero movimiento físico ni una simple agitación psíquica; no era una necesidad gimnástica ni una inquietud nerviosa, sino una manera, sencillamente humana, de dotar de sentido los tiempos y los espacios -los tiempos cortos y los espacios reducidos-. Su modestia era un modo realista de trazar los contornos de su bienestar de acuerdo con las dimensiones exactas de su personalidad. Concibió y realizó su existencia como un irrenunciable compromiso a vivir la propia vida y a llenar la vida de vida.

Cada problema constituía para ella una ocasión para conocerse mejor y para crecer "un poquito", y afrontaba cada dificultad como una oportunidad para crear situaciones apacibles de bienestar momentáneo y de felicidad compartida. Vivía el momento con morosidad, con profundidad y con intensidad. Saboreaba con fruición, por ejemplo, un pedazo de pan con aceite y azúcar. "Prefiero los placeres pequeños -me decía- porque así puedo abarcarlos en su totalidad y disfrutarlos en su intimidad". Estaba convencida de que la dignidad también consiste en conocer y en aceptar nuestros estrechos límites.

Le alegraban las cosas sencillas y disfrutaba con los sucesos más ordinarios: se ponía contenta con las luces de los amaneceres y con las sombras de los crepúsculos; se recreaba con el eco de un cante bueno, con el resplandor de la ropa "escamondá", con el olor de un buen puchero, con el sabor del pan recién hecho y con el aroma del vino añejo. Le gustaba charlar reposadamente para degustar las anécdotas del pasado y para soñar con los proyectos del futuro. "¿No te das cuenta -me decía- que hablar es recordar y, al mismo tiempo, inventar? ¿No comprendes que a las cosas sólo las iluminan las luces de nuestras miradas?".

Al despertarme me animaba para que me dispusiera a paladear, a digerir y a asimilar la vida. Lola amaba lo que era, lo poco que poseía y, también, lo mucho que imaginaba. Ésta era su manera de vivir a gusto con nosotros y consigo misma. No tenía ambiciones y no le interesaban los lujos ni los humos; desdeñaba los brillos y los resplandores -las pompas vanas y las vanas glorias- y se chufleaba, sobre todo, de las palabras huecas y de los gestos ampulosos. Sufrió y disfrutó, trabajó y descansó, lloró y rió, deseó y amó; pero no recuerdo haberla oído quejarse del frío ni del calor. "Las quejas -decía ella- siempre son reproches, y los reproches son dardos que hieren inútilmente, sobre todo, a quien los lanza".

Ahora recuerdo una frase que nunca llegué a entender plenamente: "Lo importante -me decía- es crear ambiente y llegar al fondo". El espíritu de Lola sigue, sin disolverse, flotando en suspensión en este ambiente, en esta tierra en la que habito y, en el fondo íntimo de mi conciencia; recibo con gratitud la cálida sensación de su presencia y el estimulante soplo de su vida.

Viernes, 16 de agosto de 2002

Ildefonso Gutiérrez

Celebramos la saludable recuperación física de Ildefonso: ese testigo de Jesús de Nazaret y ese portavoz del Evangelio que, con ejemplar esperanza, ha soportado la agudeza del dolor. El conocimiento de su mal no le ha restado fuerzas ni le ha mermado entusiasmos para que -asumiendo con serenidad las limitaciones- siguiera realizando sus proyectos radiofónicos, ni para que -sin dejarse arrastrar por el desánimo- continuara persiguiendo sus objetivos pastorales. A pesar de los penosos padecimientos, no le han faltado alientos para afrontar, de manera normal, todas las tareas que tiene encomendadas.

Con su talante abierto, receptivo, comprensivo y amistoso, sigue impregnando el ambiente de confianza, de cordialidad y de llaneza, y, con sus actitudes serviciales, amables y joviales, facilita la intercomunicación y estimula la colaboración. Hombre dialogante, reflexivo y creativo, está atento a las contingencias sociales y pendiente de los progresos de las técnicas de comunicación. Emprendió, desde su juventud, la aventura de predicar usando como púlpitos el micrófono, el teléfono y la pluma, pero su discurso brilla, sobre todo, por la sencillez de sus palabras, por la lucidez de sus conceptos, por la agudeza de sus imágenes y por sus críticas incisivas que cuestionan, de manera infatigable, unas conductas injustas que la inercia de los usos y la

insensibilidad de las prácticas sociales pretenden hacernos pasar como moralmente aceptables o, incluso, como plausibles.

Ceñido a la tierra -a su tierra de Jaén, a su tierra de Cádiz y a su Tierra Santa-, siempre tiene el ánimo dispuesto a elevarse a lo infinito; por eso hace del tiempo su amigo y se entrega a las tareas de la palabra buscando la sencillez, la claridad y la espontaneidad de quien respira sin caer, por eso, en la parodia del lenguaje de la calle o de la casa, huyendo tanto del engolamiento verbal como de la ramplona banalidad. Sus emisiones radiofónicas dominicales son simpáticas conversaciones desarrolladas con gracia, con humildad y con cariño, y evita siempre caer en la cursilería, en el sentimentalismo o en los remilgos. Pero hemos de confesar que, paradójicamente, lo que más nos llama la atención en él son sus discretos y sus clarividentes silencios. Si ahondamos en su personalidad sin caer en la tentación de simplificarla con una simple hagiografía, tendremos que reconocer que su abierta simpatía -natural y fresca como el agua del campo- está adornada de cierto intangible candor y de un permanente buen humor. Su palabra sencilla ha iluminado muchas conciencias y ha dado sentidos a las luchas de la vida cotidiana.

Si algo caracteriza a Ildefonso, es su bondad, virtud que ejerce con humilde disposición y que, en ningún momento, desmerece de su espíritu crítico, adobado con las especias de un fino sentido del humor y de una discreta ironía. Sirve a la sociedad a través de su entrega al periodismo y mediante la organización de unos viajes en los que la contemplación prima siempre sobre la erudición y en los que pone de manifiesto el talante humano que tan bien conocen quienes tienen la fortuna de ser acompañados por él en el apasionante tránsito de la vida. Viernes, 7 de mayo de 2004

Gustavo Gutiérrez

El peruano Gustavo Gutiérrez, fundador de la Teología de la Liberación, ha sido otro de los personajes galardonados este año con el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades 2003, junto al periodista polaco Ryszard Kapuscinski.

Aunque, tanto el jurado como todos los medios de comunicación han destacado sus amplia preparación académica -estudió en Lyon, Lovaina, Roma y París- su condición de fundador y de director del Instituto Bartolomé de las Casas, en Lima, y su función como profesor de Teología de la Universidad Católica de dicha capital, en nuestra opinión, lo más sorprendente de este pensador es la coherencia para traducir todas sus ideas en pautas de comportamientos y todas sus teorías en normas de vida.

Aunque es cierto que este peruano nacido en Lima el año 1928 es un reconocido filósofo y un teólogo que sintetizó y recogió las ideas de la Teología de la Liberación -acuñó y definió el término en una conferencia pronunciada en 1969 y en un libro publicado dos años más tarde-, la fuerza de sus mensajes reside, sobre todo, en la vida austera, servicial y generosa, y en la actividad callada que desarrolla en una parroquia de la barriada limeña de Rimac. Su compromiso con los feligreses más desfavorecidos es una de las

maneras -la más clara y elocuente- de explicar las tesis que tienen sus mayores argumentos en el evangelio y en la vida de Jesús de Nazaret.

La denuncia más contundente de las injusticias sociales -de esas estructuras políticas que permiten a algunos conciudadanos volar a Miami o a Londres para ir de compras un fin de semana, mientras la mayoría de sus vecinos no tiene agua potable segura- no la hace con sus palabras sino con sus actitudes y con sus comportamientos serviciales. Son sus hechos los que le proporcionan credibilidad para denunciar unas estructuras políticas que, por un lado, son radicalmente injustas e inhumanas y, por otro lado, reclaman la etiqueta de "civilización 'cristiana' occidental". Creo que, a la hora de examinar sus teorías, deberíamos acercarnos, además del Evangelio y a las doctrinas sociales de la Iglesia, a los barrios de esos países hermanos nuestros y, sobre todo, comprobar la práctica de unos hombres que, además de rezar y de pensar, trabajan junto a los que más sufren.

Ésta es, a mi juicio, la única forma seria de superar una visión simplista, proporcionada, a veces, por informaciones periodísticas que, con demasiada facilidad, pintan a la Teología de la Liberación como una mezcla exótica de marxismo y de cristianismo o como un movimiento de sacerdotes rebeldes decididos a desafiar la autoridad de la Iglesia. Ésta es la manera razonable de leer y de analizar la producción teórica de Gustavo Gutiérrez, uno de los autores más espirituales de la Teología actual, que ha conseguido mantenerse al margen de los radicalismos en los que se han visto envueltos otros teólogos.

Viernes, 12 de diciembre de 2003

Manuel Hermida

Si entendemos la palabra en el sentido que le da el lenguaje popular, podemos afirmar que Manuel Hermida es “un hombre sano”: posee una consistente salud moral; es auténtico e íntegro, sencillo y sincero; no nos engaña ni nos lastima. Con su mirada desviada, con su aire despistado y, sobre todo, con su comportamiento natural -nunca ambicionó grandezas-, nos transmite sensaciones de placidez y nos inspira sentimientos de paz.

Siguiendo las pautas pedagógicas de Jesús, en las homilías y en los ratos de oración compartida, nos ha hablado, con una inusual claridad, de los elementos de la naturaleza que constituyen nuestro entorno natural y que representan, también, unas estimulantes llamadas a la trascendencia. Nos ha explicado los profundos significados del viento, del agua, de la tierra, del cielo, del fuego, de los campos, de las semillas, de los rebaños y de los sembrados. Por eso nos ha resultado tan fácil comprenderlo.

En estos momentos, en los que se está revistiendo de un silencio esencial, para hacernos oír con su peculiar timbre su más auténtica voz, su más pura presencia y su más luminosa fraternidad, recordamos sus expresivas explicaciones, por ejemplo, sobre el agua: sobre su plenitud oceánica, sobre su

fuerza purificadora, sobre su energía vital y sobre su fluir silencioso y humilde.

Recordamos, también, cómo, gracias a su agudo sentido del ritmo y a su fina sensibilidad melódica, interpreta la existencia como un permanente canto a la grandeza del Señor y a la belleza de las cosas creadas. A pesar de su radical pobreza o, quizás, gracias a ella, siempre se ha sentido contento con los regalos de un día soleado o lluvioso, de un puchero caliente, de un racimo de uvas recién cortadas o de una conversación amistosa. Su vida, efectivamente, es un canto armonioso y una alabanza sin fin.

A pesar de ser realista y de asentar siempre los pies sobre la tierra, nos ha proporcionado unas sorprendentes muestras de una aguda lucidez y de un fino sentido del humor, suave y amable. En este mundo nuestro, que tan conflictivamente habitamos y nos habita, no sólo se ha esforzado permanentemente por tejer redes de solidaridad, sino que, además, ha hecho gala de un espíritu libre y creativo; tranquilo y sorprendente, juega y disfruta con el choque de las contradicciones y, en muchas ocasiones, nos ha hecho reír con sus ocurrencias y disfrutar con sus chistes “malos”.

Nos ha descubierto las múltiples caras de la realidad y nos ha mostrado el envés y el reverso de muchas cuestiones complicadas de las que ha sabido extraer nuevos sentidos. Con su ironía nos ha iluminando algunos hechos que, a simple vista, nos parecían sombríos. En la actualidad, ya en su retiro jubiloso de Alcalá de los Gazules, sigue dándonos pruebas de la sencilla y audaz constancia de su entrega, vivida en la serenidad del silencio y caminando por los senderos que conducen hacia adentro.

Viernes, 13 de diciembre de 2002

Carmen Hernández García

Desde que vio por primera vez la luz, Carmen decidió trazar milímetro a milímetro el itinerario de su vida. Por eso, se impuso el deber de fijar el horizonte, de establecer la extensión de los tramos, de ajustar el sentido de sus pasos y de acompasar el ritmo de su marcha de acuerdo con las exigencias de un guión que ella misma iría, pacientemente, componiendo.

Realista, reflexiva, sensible y discreta, renunció explícitamente a imitar esos modelos ejemplares que, con la mejor intención, le presentan los educadores experimentados. Se negó a repetir papeles diseñados por geniales creadores y, en vez de distraerse con los alicientes de los paseos amenos o de tranquilizarse con la seguridad de los viajes programados, prefirió emprender aventuras por rutas inexploradas que le proporcionaran la sorpresa de los hallazgos inesperados y le originaran la alegría de los descubrimientos fortuitos.

Ha trabajado por sujetar las riendas y por controlar los frenos: desde muy pequeña, ha logrado dominar las reacciones emotivas y ha conseguido una singular destreza para distanciarse de los episodios y para enfriar los ambientes caldeados: “las cicatrices de las quemaduras -suele repetir- son demasiado desagradables, profundas y duraderas”.

Carmen contempla la vida desde la perspectiva estética; interpreta los sucesos aplicando los tiempos de los ciclos de la naturaleza, valora los hechos siguiendo las pautas de los ritmos musicales y afronta las dificultades de acuerdo con los esquemas de los compases flamencos. Está convencida de que el efecto placentero y estimulante de las melodías y de las pinturas depende de la habilidad con la que se conjugan los sonidos y se mezclan los colores: el arte de vivir, efectivamente, depende más que de la calidad de cada uno de los sones o del brillo de cada uno de los tintes, del resultado armonioso y equilibrado de la composición.

Es posible que esa serena tranquilidad con la que aborda las situaciones más insólitas, se nutra de la savia que extrae de las profundidades secretas de algún antepasado o, quizás, se alimente de las sustancias nutrientes que le proporciona el mar abierto de este cruce de continentes, de vientos y de civilizaciones, pero nos sorprende su singular capacidad para esperar los momentos oportunos sin dejarse arrastrar por la ansiedad, por la desazón o por la congoja.

Como les ocurre a los sabios pescadores de este litoral atlántico, ella sabe esperar con paciencia los vientos favorables y las luces propicias. Ella está profundamente convencida de que, por mucho que nos empeñemos, es imposible conseguir que el globo pertinaz de esta Tierra y el Tiovivo multicolor de esta vida giren con mayor rapidez. Carmen -esperanzada- también sigue recorriendo su camino con la parsimonia, con la seguridad, con el ritmo y con la independencia de las tortugas.

Viernes, 25 de julio de 2003

José Antonio Hernández García

Pepe, desde que tuvo uso de razón, se entregó a las tareas de crear mundos y de recrear a sus amigos, de inventar juegos y de compartirlos con todos los que estuvieran dispuestos a vivir la vida de una manera intensa, apasionada y original. Sensible, imaginativo, serio, responsable, leal y servicial, se afana permanentemente por llenar sus tiempos y sus espacios de luces, de colores, de ritmos y de melodías que favorezcan un clima de entendimiento, de colaboración y de diversión. Juega cuando trabaja y trabaja cuando juega, pero siempre acatando las reglas y, sobre todo, respetando a sus competidores. “Para divertirnos -repite- debemos ser serios y para jugar tenemos que ser formales”.

Ha intuido que el lenguaje constituye una herramienta “omnipotente” para aclarar la densa oscuridad de la mente, para ordenar el complicado laberinto de las cosas y, sobre todo, para resolver los conflictos entre las personas. Por eso se esmera en buscar palabras, en precisar sus sentidos y en medir sus posibles interpretaciones. “Hablar -me dice- es la única manera de entendernos con nosotros y con los demás; es la única forma de arreglar los asuntos y de resolver los problemas que, de manera inevitable, se plantean en todos los grupos humanos”.

Es responsable, quizás, en exceso y le preocupan las repercusiones de cada uno de sus actos. “¿Te has dado cuenta -me pregunta- cómo se van repitiendo, cada vez más amplios, los círculos de las olas que forma una pequeña piedra cuando la arrojamos al mar?” Efectivamente, él sabe que una mala palabra o un gesto inoportuno pueden seguir resonando para siempre en los oídos del agredido. Las heridas siempre dejan, al menos, cicatrices.

Pepe adopta ante la vida una actitud festiva: las alegrías de sus logros, los beneficios de sus esfuerzos y el entusiasmo de sus triunfos sólo tienen pleno sentido cuando los comparte con sus compañeros y cuando los celebra con sus amigos. Por eso vive intensamente las conmemoraciones, por eso disfruta con los éxitos de los demás, por eso se integra con tanta facilidad en los grupos carnavaleros, en las hermandades de Semana Santa y en los equipos de fútbol.

El Coro de los Niños, la Buena Muerte, Sanidad y el Cádiz, Club de Fútbol, constituyen los soportes materiales de sus irreprimibles ilusiones vitales y las expresiones visibles de sus sentimientos compartidos de esperanza, de amistad y de solidaridad.

Las coplas de carnaval, las procesiones de Semana Santa y los partidos de fútbol son los cauces comunes por los que, acompañado de sus amigos, Santi, Manolo, José Alberto, Juan, Antonio, Guillermo y José Manuel, discurren, entrelazadas, sus irreprimibles ganas de luchar unidos en busca de hermandad, por los que fluyen sus hondas aspiraciones de superación y de crecimiento, y, además, las atractivas sendas por donde se deslizan, mansamente, sus permanentes deseos de alegrarse, de disfrutar y de divertirse.

Viernes, 1 de agosto de 2003

María del Carmen Hernández Guerrero

Si es cierto que la cualidades humanas heredadas -las del cuerpo y las del espíritu- determinan, en gran medida, la cantidad y la calidad de la vida, también es verdad que las dificultades que nos salen al paso, cuando se afrontan con lucidez y se superan con serenidad, nos ayudan a crecer, a madurar humanamente y, en consecuencia, a vivir de una manera más consciente y más plena. La vida intensa de María del Carmen, una mujer con la voluntad y con el carácter precisos para permanecer firme ante las adversidades, está cimentada en una voluntad férrea de proseguir por el empinado camino que la conduce a su equilibrio vital, a su serenidad de espíritu y al bienestar de los suyos.

Dotada de una notable capacidad de análisis, de comprensión y de tolerancia, mira cada nuevo día hacia esos horizontes despejados en los que vislumbra unas sendas inéditas y sorprendentes para seguir creciendo. Desde su niñez adquirió el hábito de abrir las ventanas de la admiración para descubrir, apreciar y participar en los fondos secretos de los episodios más densamente humanos.

Incapaz del rencor, posee una singular facilidad para resolver los inevitables conflictos, para asimilar lo bueno y para rechazar lo malo. Ella

sabe que aprender consiste, paradójicamente, en recordar y en olvidar. Por eso se ejercita, de manera permanente, en la recuperación de la memoria, "esa medicina que -como ella misma afirma- posee una indefectible fuerza curativa", y, así, repasando de manera permanente su pasado, reordena el significado de su nueva vida.

En mi opinión, la firmeza con la que sigue caminando se debe a las hondas raíces que han echado algunas de sus duras experiencias personales y a su manera permanente de amasarlas en un continuo monólogo interior. Por eso insiste tanto en que, para seguir viviendo, hemos de sondear en nuestra personal concepción de la vida y, sobre todo, en que hemos de acercarnos, una y otra vez, a nuestra peculiar biografía. Nos llama la atención su lucidez a la hora de valorar los ineludibles reveses, su temple para enfrentarse con las dificultades y su destreza para conciliar intereses opuestos.

Es posible que el sufrimiento así digerido -la nobleza más ilustre y la única aristocracia de este mundo- sea también la clave secreta que explica, no sólo su visión humanizadora de las cosas, sino, también, el vigor, el entusiasmo y la hondura, con los que dice los cantes más genuinos de esta tierra. Quizás, éste sea el secreto de su facilidad para unificar la luz y la oscuridad, lo interior y lo exterior, lo antiguo y lo nuevo; para descubrir las raíces sumergidas en el fondo de los tiempos y en las entrañas de nuestros sentimientos; para escarbar en ese infinito depósito de nuestra memoria y de nuestros adentros íntimos, y, también, para revestir y encarnar esos testimonios entrañables, con una voz limpia y transparente que le nace, más que de la garganta, de la intimidad de su alma.

Sábado, 2 de agosto de 2003

Sebastián Hernández Guerrero

Desde aquel día en el que, a sus trece años, observó la expresión de un anciano a través del visor de una cámara fotográfica, Sebastián advirtió que su mirada limpia, atenta, respetuosa y cariñosa, no sólo descubría dimensiones nuevas a los objetos, sino que, también, confería belleza, vigor y, a veces, vida a las realidades que, al resto de los mortales, nos parecían anodinas.

Desde ese momento auroral sintió que era fotógrafo: que, gracias a la singular capacidad de su mirada, podía detener el movimiento, conservar los gestos y eternizar los momentos. Descubrió que el mundo y la vida se explicaban por los permanentes y por los cambiantes contrastes de luces y de sombras, por el juego polícromo de las luchas y de los quehaceres cotidianos. Comprendió por qué, desde su más tierna infancia, respiraba con especial intensidad los aires transparentes de los amaneceres y por qué disfrutaba con singular placer con los tonos suaves de los crepúsculos.

Desde entonces, se dedicó a observar -con su mirada limpia, atenta, respetuosa y cariñosa- detalles nimios para leer los mensajes que encerraban en el fondo íntimo de sus entrañas. Porque él está convencido de que “todas las cosas tienen entrañas y almas, todas hablan y lloran, todas se alegran y te agradecen que te fijes en ellas”. Por eso, gasta las horas y las horas en,

simplemente, mirar. Bueno… en mirar, en conversar y, sobre todo, en escuchar. Y es que, en el fondo, todos los seres son agradecidos. "¿No te has dado cuenta -me pregunta- que, cuando una brizna de hierba, un perro vagabundo, un anciano abandonado o un niño caprichoso comprueban que te fijas en ellos, te responden con una cómplice y agradecida sonrisa?"

Sebastián cree firmemente que la calidad de una foto depende, más que de la perfección técnica de la cámara, de la profundidad humana de la mirada del fotógrafo. La buena foto nace en el fondo de un corazón amable y descubre los recovecos secretos de las emociones mejor guardadas. Por eso su técnica consiste, principalmente, en acercarse a los seres adoptando una actitud de reverente respeto, de intensa atención y de sincero cariño. Mediante esta fórmula logra crear ese clima de confianza que hace que el retratado -la hierba, el perro, el anciano o el niño- se relaje, se desbloquee y descubra ese semblante benévolo que, pudorosamente, todos guardamos tras la careta rígida de nuestra formalidad.

Sebastián guarda, en el archivo íntimo de su memoria, una nutrida colección de imágenes en blanco y negro, con las que, ensimismado, alimenta sus dilatados momentos de agradecida meditación. Cuando, con paso seguro, transita por el borde del Campo del Sur o del Paseo Marítimo, repasa con atención una a una las páginas amarillentas del álbum que reúne esas sucesivas instantáneas que, a lo largo de medio siglo, ha ido repitiendo de los rincones, de los episodios y de los personajes gaditanos. Con cámara o sin ella, sigue interpretando mensajes inéditos de los mismos paisajes y captando sorprendentes expresiones de rostros familiares anteriormente retratados.

Viernes, 10 de enero de 2003

Ricardo Hernández Saúco

Sebastián, “milindrador de ideas y ajustador de palabras”, disfrutaba calibrando pormenores, sopesando detalles y degustando matices de la vida diaria. Recto y discreto, fue un analista meticuloso de la realidad cotidiana y un observador atento de los objetos sencillos, un ingenioso creador de herramientas y un prestidigitador de la mecánica.

Recorrió los senderos de su dilatada vida paso a paso. Para no hundirse en el abismo de la mediocridad, aseguraba cada pisada en la tierra firme de sus convicciones permanentemente renovadas, y asentaba cada decisión sobre la base de unas reflexiones minuciosas. Plenamente consciente del mundo en el que vivía, no esquivó ningún escollo, no sorteó las dificultades y nunca huyó de los problemas, sino que afrontó los obstáculos provisto con las nobles armas de la comprensión, de la generosidad y de la prudencia. Con su marcha acompasada y segura no pretendía salir de sí mismo ni alejarse de su mundo, sino, por el contrario, se esforzó para penetrar en el fondo de su personalidad con la firme voluntad de ofrecer a los suyos los frutos más sazonados de sus permanentes esfuerzos. Era un trabajador concienzudo, dotado de una exquisita sensibilidad para captar los detalles mínimos y, gracias a su

autoexigencia, supo capear los temporales, soportar las tormentas y los truenos sin perder nunca la compostura.

El trabajo duro y prolongado desde la edad de nueve años, durante diez o doce horas diarias, durante los siete días de la semana, durante los doce meses del año, constituyó la materia prima con la que edificó su personalidad: fue su patrimonio y su condena, su sustento y su amenaza, su promesa y su cruz, la solución y el problema. El trabajo fue, en resumen, el medio para gastar y para ganar la vida: el precio y la remuneración.

A las cinco menos cuarto de la mañana, aquel rotundo, responsable y agresivo reloj le advertía que tenía el tiempo justo para, aún dormido, surcar a paso rápido toda la ciudad, a unas horas en las que las calles semioscuras y semidesiertas eran transitadas sólo por fantasmas de famélicos gatos que, ansiosos, registraban los cubos de basura. Extenuado, regresaba a su casa a las diez y media de la noche, cuando los hijos ya estaban dormidos. “Hace años -me confesó en cierta ocasión- que no recorro las calles bañadas por el sol”.

Sebastián aprendió a llenar los instantes y a alargar los minutos. Cuando encontraba un rato libre, lo saboreaba con todos sus sentidos y le sacaba todos sus jugos. “Un cachito de pan me sabe a gloria”, repetía. Este escueto relato de un día cualquiera de un trabajador cualquiera es el homenaje mínimo al heroísmo de miles de hombres que gastaron sus vidas ordinarias; es un tributo de admiración a la grandeza de los trabajos sencillos y, sobre todo, es la expresión de mi gratitud a la entrega silenciosa de nuestros mayores.

Viernes, 30 de agosto de 2002

José Hierro

Por fin, esa descompensación de su insuficiencia respiratoria crónica, complicada con un infarto agudo de miocardio, ha podido más que su pasión de vivir. Aunque algunos amigos le regañaran –como afirma Juan Manuel de Prada- por dilapidar su vida con viajes sin tregua y con incesantes recitales, la verdad es que el tiempo como el dinero, sólo sirve cuando se gasta. José Hierro (1922-2000), considerado como poeta oculto durante casi toda su vida literaria, ha fallecido ya cansado, tras ver reconocida y celebrada su obra poética con los numerosos homenajes que le han ofrecido al final de sus días -Príncipe de Asturias, Nacional de Poesía, Cervantes, Reina Sofía de Poesía-, tras haber logrado ingresar en el santoral de los poetas y en la Academia de la Lengua, y una vez que su voz ha alcanzado los ecos y las resonancias dignas de su talento.

José Hierro, dotado de un talante vehemente y afectuoso, humano y enemigo de la cursilería, de la afectación y de las poses, ha sido considerado como un símbolo de la España posible de la reconciliación. Ha sido un poeta cercano y humilde, afectivo y tímido. Cuando le concedieron el Premio Cervantes el año 1998, confesó que sentía satisfacción, vanidad, vergüenza y

ganas de huir, porque siempre que le daban un premio, creía que se lo robaba a gente más importante que él.

Fumador empedernido hasta la muerte de Franco, era amigo de la buena comida y del buen vino. Intencionadamente pelón, con la planta de forzudo de lucha libre americana o con la imagen de un levantador de peso – el peso de la humanidad, de la ética y de los sentimientos- con su mostacho oscuro y enhiesto, con sus versos recios y cántabros, ha hecho una poesía apoyada en el silencio, en la reflexión, en búsqueda de esencias, sumergiéndose, sobre todo, en la experiencia vital propia y ajena; ha elaborado una literatura que no quiere parecer literatura. Aunque transcribía sus poemas sobre el papel, prefería decirlos con su propia voz porque confiaba más en el oído que en la vista, porque -afirmaba- "la gente disfruta de la poesía, aunque no sepa métrica, igual que se deleita con la música, aunque no lea las partituras".

Despedimos a un poeta de alta calidad, cuya sólida trayectoria es de las más significativas de este siglo. Su obra sobria, sin trucos ni trampas, realizada con economía de medios, es el fruto denso de un trabajo honrado, de una exploración constante, de un esfuerzo tenaz y exigente. Menos mal que la muerte de los seres buenos, de los que han trabajado, de los artistas y de los poetas no es siempre el final.

Lunes, 23 de diciembre de 2002

Evelio Ingunza[3]

Aunque habíamos notado el visible vacío de Evelio Ingunza en algunos acontecimientos culturales recientes, desconocíamos que sufriera alguna dolencia grave. La noticia de su fallecimiento, por lo tanto, nos ha golpeado intensamente. Nos queda, sin embargo, la satisfacción de haber sido testigos de su estimulante trayectoria vital, de su densa actividad familiar, profesional, empresaria y ciudadana; de sus afanes, de su laboriosidad y de su seriedad.

Por eso, nos atrevemos a afirmar que la muerte, que nunca es oportuna, tampoco se improvisa: en este caso ha sido el final de una vida densa, la clave interpretativa de unos comportamientos coherentes y la lente que concentra la luz sobre las múltiples tareas que ha desarrollado entre nosotros, los gaditanos. Estoy convencido de que podríamos aplicarle con todo rigor la fórmula clásica: "sicut vita mors ita".

---

[3] El domingo 22 de diciembre de 2002 falleció, a los 82 años de edad, Evelio de Ingunza y León, víctima de un paro cardíaco. Su actividad profesional se desarrollo en Cádiz. Estudió Magisterio y Medicina. Fundó la clínica de Nuestra Señora de la Salud, que tuvo su primera ubicación en la calle Zorrilla y, desde 1956, en Feduchy. Fue cirujano, traumatólogo e inspector médico de la Seguridad Social y dirigió la Residencia Fernando Zamacola. Fue concejal e Cádiz desde los años 60 hasta 1976. Ocupó la primera tenencia de alcaldía con Jerónimo Almagro y Emilio Beltrami. Fue un gran impulsor de las actividades culturales, fundó la galería Melkart e impulsó el Ateneo de Cádiz, del que era vicepresidente. Era socio protector de las Juventudes Musicales de Cádiz y hermano de Sanidad, de la Buena Muerte y de la Vera-Cruz, de la que fue hermano mayor.

El *Diario de* Cádiz, tras dar a conocer la noticia de su fallecimiento, afirmaba: "Con Evelio de Ingunza desaparece de la ciudad una estimada persona, caracterizada siempre por su espíritu de servicio".

En esta ocasión dejo que sus colegas, los médicos, glosen y valoren el volumen y la calidad de sus obras. Muchos de ellos han podido desarrollar sus actividades gracias a las oportunas iniciativas y al esfuerzo sin límite de este profesional de la medicina. Pero me siento en la necesidad de hacer patente mi gratitud por haberme hecho partícipe de sus reflexiones -gavillas de ideas hondas- sobre el hombre y sobre las circunstancias reales que determinan los comportamientos más sorprendentes.

Las últimas conversaciones con él eran espacios de meditaciones que, en ocasiones, constituían autopsias de experiencias profundas y de emociones vividas. En aquellos breves ratos de tertulia, recibía la impresión de que viajaba sobre océanos internos de conceptos y de sentimientos alambicados en largas horas de profunda introspección. En todos sus comentarios brillaba siempre la honestidad de su expresión, las manifestaciones de llaneza de su espíritu y, sobre todo, su sentido común.

Evelio hablaba, actuaba y andaba con una elegancia y con una naturalidad que le eran congénitas. La lentitud de sus pasos, la parsimonia de sus gestos y el ritmo pausado de sus palabras medidas le permitían entregarse con intensidad a sus tareas más importantes y más gratas: tratar a los enfermos, a la familia y a los amigos.

En estos momentos acabo de entender algunos de sus enigmáticos consejos que constituyen como una ética de la vejez y, también, unos consoladores cantos de esperanzas: “dejamos demasiadas huellas y excesivos testimonios -me repetía- para poder decir que hay vida, después de todo; vida después de cada cosa”. Si su figura nos infundía sosiego era porque, más allá de su apostura física, descubrimos el garbo esbelto de su inteligencia y la

elegancia serena de sus sentimientos. Evelio hizo, además, muchas otras cosas que conocen muchos de los que aquí quedan. Que descanse en paz.

Martes, 24 de diciembre de 2002

Manuel Jiménez Jiménez

Diversas escenas, separadas por unos espacios geográficos distantes entre sí, en los que me entrevisté con Manuel Jiménez Jiménez, me ofrecen diferentes y complementarios rasgos que completan el perfil humano y sacerdotal de su intensa y, en apariencias, zigzagueante biografía. La unidad y la coherencia de su trayectoria vital están determinadas por su preocupación dolorosa por mitigar el sufrimiento de sus hermanos y por su propósito firme de seguir de cerca a Jesús de Nazaret, a través de una vida volcada hacia el irrenunciable compromiso de ayudar a los seres más desfavorecidos. Recuerdo nuestras entrevistas, por ejemplo, en las parroquias del Espíritu Santo de Algeciras, San Isidro de Tahivilla, Santa Cruz y Santo Tomás de Aquino de Cádiz, en la Secretaría de Pastoral y en el Monasterio Cisterciense de la Oliva, donde falleció hace una semana.

En todas estas conversaciones, Manolo me transmitió el mismo mensaje: No huyo de este mundo poblado de valores antinómicos, de ruidos estridentes, de anodina mediocridad y de egoísmos recalcitrantes, sino que, abandonando tareas carentes de sentido, he decidido abordarlo desde otra orilla; busco horizontes limpios; busco una senda que reduzca la distancia que

separa lo vivido y lo esperado; busco, a veces ávidamente, los caminos más directos por los que pueda ayudar a los hombres que se sienten desamparados.

Algún compañero lo definió como “un ácrata sentimental” y otro como “un pastor con injertos místicos”, pero, en mi opinión, fue un hombre profundamente evangélico que descubrió la amplitud humana de la oración y la densidad religiosa del compromiso social. En una ocasión, paseando por la arena de nuestra playa Victoria, bañada entonces por la luz dorada de las tardes de noviembre, me dijo textualmente: “la humanidad equivale a Dios”. Esta frase, enigmática para mí en aquellos momentos, se llenó de sentido cuando me enteré de que -acaso por un exceso de vitalidad- había decidido abandonar la actividad pastoral para entregarse a la contemplación, ingresando en un monasterio de monjes cistercienses.

El padre Manuel Jiménez, a partir de la lúcida conciencia de sus limitaciones, buscó la luz, la paz y la belleza; persuadido de la virtud todopoderosa de la oración rutinaria de los hombres sencillos, pretendía ahondar en su vocación fundamental de creyente, cultivar los valores radicales del Evangelio y lograr una mayor irradiación de su fe, comprometiéndose con un mundo que, hondamente insatisfecho, se siente vitalmente desamparado. En estos momentos, en los que, tras su desaparición física evocamos escuetamente su cálida presencia entre nosotros, su figura se ensancha y se perfecciona su imagen. El recuerdo de sus palabras, impregnado de admiración y de gratitud, nos empuja para que, releyendo su reconfortante, profundo y emotivo mensaje, efectuemos una revisión crítica de nuestro presente: “el único sentido de la vida y el único contenido de la religión es el amor, el amor y el amor”. Que descanse en paz. Martes, 24 de diciembre de 2002

Pilar López Domingo[4]

A través del cristal transparente de la limpia expresión del rostro de su hija Consuelo, he contemplado la densidad humana de una mujer vital y vitalista, sencilla y, al mismo tiempo, exquisita. Y es que, efectivamente, los hijos, reflejan sin proponérselo, los rasgos característicos de sus progenitores.

Si las vidas de algunos seres humanos nos inspiran admiración, la de Pilar nos despierta, además, afecto: un sentimiento que, a la larga, es mucho más perdurable. Nos conmueve su interés por la realidad cotidiana, su naturalidad sin fingimiento y su amabilidad sin ficción. Con su noble pinta de mujer buena y con sus ganas de vivir, nos da razones para que los demás sigamos viviendo. Su testimonio de mujer cabal y de luchadora incansable es un inapreciable regalo y una elocuente enseñanza de fortaleza: es una lección que, con sus gestos suaves, con su elegancia en las formas y sin necesidad de pronunciar palabras vacías, nos transmite a todos los que estamos dispuestos a seguir aprendiendo.

[4]María del Pilar López Domingo nació el 18 de enero de 1925 en Valencia. Estudió en las Teresianas de Valencia y en la Alianza Francesa de la misma ciudad hasta que estalló la guerra en 1936. A causa de este acontecimiento prosiguió sus estudios en casa de la mano de su padre, Rafael López –que entre otros estudios era profesor-. De su madre Mª Pilar Domingo aprendió los grandes valores de la vida. En 1950 se casó con D. Enrique Olaya y de este matrimonio nacieron sus tres hijos Enrique, Consuelo y Cristina

Su entusiasmo constituye el resumen explícito de una ilusión diariamente renovada, de un esfuerzo permanente por servir, de una voluntad férrea de mantenerse libre, al mismo tiempo que se entrega a su familia. La tenacidad de la que siempre hace gala, facilita su escalada hacia las altas cumbres del equilibrio personal y de la armonía familiar. Alegre, sin ser frívola, ha logrado crear un ambiente de cordialidad y de fraternidad, y hace que todos los que la rodean respiren una atmósfera limpia de bondad y de libertad. Sus actitudes sencillas y sus gestos cordiales definen y personifican ese estilo tan humano que la caracteriza.

Pilar, mujer realista, acepta la realidad inevitable, por muy dolorosa que sea. Sus actitudes y sus comportamientos explican, mucho mejor que sus palabras, las lecciones más difíciles de comprender como, por ejemplo, que las dificultades y las molestias no siempre anulan todas las posibilidades de bienestar, que el sufrimiento es compatible con el disfrute de la vida, que los problemas constituyen un acicate y un estímulo para la maduración humana y para la unión familiar.

De ella nos sorprende, sobre todo, su capacidad para aprovechar los momentos de bienestar y de bienvivir. La vida humana es, ciertamente, demasiado importante y demasiado breve como para esperar los grandes acontecimientos para vivirla: o se vive en plenitud cada uno de los instantes o no se vive la vida.

Paciente y serena, Pilar prefiere caminar al ritmo esperanzado que el tiempo proporciona al tiempo; sabe distanciarse de los halagos y desdramatizar las murmuraciones teniendo conciencia de sí misma y del mundo que le rodea. Asume el pasado, vive el presente y afronta el futuro con

serenidad; responde a las circunstancias que se presentan cada día y evita, en lo posible, reaccionar con torpeza, con inseguridad, con ansiedad, con agresividad o perdiendo el control de sí misma. Y es que Pilar es un lujo de madre.

Sábado, 31 de julio de 2004

Luiz Inácio Lula da Silva

El discurso de Luiz Inácio Lula da Silva en el acto solemne de la entrega del Premio Príncipe de Asturias ha sido un potente grito que debería resonar, no sólo en las conciencias de los políticos, sino también en la de muchos ciudadanos que, algo aletargados, vivimos convencidos de que la solución de los graves problemas que padece la mayor parte de la humanidad depende en exclusiva de los gobernantes y de los empresarios de los países más ricos. El ejemplo de superación personal de este brasileño -que, criado en el seno de una familia numerosa e hijo de padres analfabetos, desde niño ejerció los oficios de vendedor callejero, de limpiabotas y de recadero- debería estimularnos a todos para que avivemos nuestro sentido de la responsabilidad ética, social económica, cultural y política.

En su propósito de "hacer política con el corazón", -ejercer la política como ética atendiendo al bienestar de un pueblo-, Lula, consciente de las dificultades y, al mismo tiempo, persuadido de nuestra capacidad humana para vencer las egoístas pasiones, ha infundido la esperanza en un continente cuyo desarrollo es decisivo para el resto de la humanidad, pero lo más importante, a mi juicio, es que su compromiso con los más necesitados le ha convertido en una referencia moral mundial.

Su lucha contra el hambre, contra la pobreza y contra la exclusión social está avalada por su voluntad de dialogar con todos los responsables políticos de cualquier signo con el fin de lograr que la comunidad internacional asuma su obligación colectiva alistándose en la única guerra de la que saldremos todos vencedores. Lula no sólo ha proclamado su fe en el diálogo como instrumento imprescindible para cimentar la trayectoria común de la humanidad, sino que ha mostrado su esperanza de que, entre todos, superemos las fronteras de los egoísmos y colaboremos, cada uno desde nuestra propia garita, en la construcción de un ser humano más consciente y más libre, usando las fuerzas de la paz, de la justicia y de la solidaridad.

Pero hemos de tener claro que la ciencia y la técnica por sí solas no resolverán la miseria y el hambre que, como Lula afirmó, "no son el resultado de un fallo técnico". Ni los avances tecnológicos ni los mecanismos de mercado, ni siquiera el aumento de la producción lograrán un reparto más justo de las riquezas. Ya todos tenemos claro que el progreso científico, el desarrollo técnico y el avance cultural no caminan al mismo ritmo que la sensibilidad moral y la democracia social. Sólo el cultivo del sentido ético, apoyado en una serie de convicciones profundas, garantiza que el uso de las riquezas sea justo.

Esperemos que las ilusiones y los esfuerzos de este luchador, defensor de ese nuevo humanismo que pretende inyectar en la globalización mercantil, le sirvan para alcanzar las metas de la democratización de un progreso que, inscrito en el tiempo presente, nos acerque a la creación de una comunidad más justa, más fraterna y más digna.

Viernes, 7 de noviembre de 2003

Manuel Martín Ferrand

Andrés Gide, en su libro titulado *Los monederos falsos*, escribió que sentía horror hacia las palabras tópicas, hacia los gestos vacíos y hacia las expresiones convencionales de los sentimientos. En mi opinión, no le faltaba razón ya que hoy como ayer, en el mundo de las ideas, en el de los discursos orales, en el de la escritura, y en el de la vida, los enemigos más insufribles son la monotonía y el tedio que ésta produce; dos fenómenos que, en la mayoría de los casos, son las manifestaciones de la apatía intelectual que paraliza la imaginación y que conduce irremisiblemente al aburrimiento.

Pero lo malo es que, para combatir este hastío, se recurre con frecuencia a la tergiversación de la información, a la hipérbole y al sarcasmo, a la confusión y al escándalo de los comportamientos. Menos mal que estos fáciles procedimientos también están produciendo un intenso cansancio en los destinatarios, al menos, en los lectores y en oyentes más conscientes.

En medio de este juego contradictorio y arbitrario de los medios de comunicación, destaca las trayectoria profesional de un periodista que, como Manuel Martín Ferrand, es serio, posee un permanente afán renovador y, con su mirada lúcida, consciente del mundo en el que vivimos, analiza la naturaleza de los episodios, interpreta el sentido de los sucesos, explica sus

aparentes o sus reales contradicciones y profesa una fe inquebrantable en el poder del lenguaje, un amor irrenunciable a la palabra y un respeto profundo a sus lectores y a sus oyentes.

Observador perspicaz, analista agudo, informador documentado, crítico insobornable, escritor enjundioso, comentarista ocurrente y locutor ameno es, en resumen, un comunicador. Es un profesional polifacético de la palabra, un experto que domina los diferentes lenguajes periodísticos: el de la prensa escrita, el de la radio y el de la televisión.

Es un maestro que ha dirigido y estimulado a los periodistas más cualificados de nuestro país. Dueño de una palabra precisa, directa, cálida y cordial, es un creador de estilos, un renovador de técnicas, un inventor de recursos que está comprometido con defensa de las libertades. Liberó el lenguaje radiofónico de la rigidez, de la artificialidad y del engolamiento, y lo dotó de naturalidad, de fuerza expresiva y de calor humano. Nuestros juicios sobre su ejemplar ejecutoria profesional se apoyan, no sólo en la calidad técnica y estética de sus textos, sino también en la coherencia ética de sus actitudes y de sus comportamientos. Su pasión literaria y su exigencia de autenticidad lo alejan de las alianzas políticas, de los compromisos empresariales, de la promiscuidad alarmante entre el poder y los periodistas, y lo impulsan a levantar fronteras que separen nítidamente los ámbitos de la propaganda y de la información. Su mirada crítica, su sencillez expresiva, su voluntad investigadora, su fuerza comunicativa, su serenidad, su ecuanimidad y su cordialidad, constituyen propuestas rigurosas para el estudio de los lenguajes periodísticos y para el análisis de nuestra compleja realidad española.

Viernes, 3 de octubre de 2003

Olimpia Martín

Olimpia es, al mismo tiempo, hija, madre y abuela. Ejerce, con naturalidad y con eficacia, la piedad filial, la solicitud maternal y la sabiduría matriarcal, y ha decidido, además, vivir su vida con intensidad; está dispuesta a aprovechar todas las oportunidades que se le presenten y ha decidido sacar partido a todas posibilidades que le brinden los nuevos tiempos. Las únicas barreras que ella acepta son las que fijan su personal sentido de la honradez y su inquebrantable lealtad a sus familiares y a sus amigos.

Ella está plenamente convencida de que la edad provecta, cuando se alcanza tras recorrer las sendas de la reflexión, del trabajo y de la moderación, es la suma armoniosa de las anteriores experiencias enriquecedoras y el resumen equilibrado de las sucesivas fases cronológicas que la preceden. Por eso, aunque es consciente de que, hoy, el tiempo vuela con la velocidad de los reactores ultrarrápidos, y a pesar de que posee la serenidad de la madurez, mantiene intactas todas las aspiraciones que alentó desde que adquirió el uso de la razón: aún conserva la cándida ingenuidad de la infancia, el entusiasmo de la juventud y el vigor de la edad adulta.

Según ella, cuanto más años cumple, mayor capacidad tiene para vivir plenamente, para profundizar en las ideas, para ahondar en los sentimientos,

para saborear las experiencias: “las grandes capacidades humanas, como pensar, sentir y amar –afirma-, se amplían y se refuerzan con le tiempo”. Ella tiene conciencia de que, hasta el último instante de su vida, puede continuar creciendo.

Olimpia sigue siendo una mujer ilusionada, apasionada y con ganas de disfrutar; está convencida de que aún está a tiempo de aprender y de que, cada vez, son menos cosas las que considera importantes; por eso, sigue siendo capaz de comerse el mundo y no acepta que otros diseñen su propia vida; por eso, ve con buenos ojos algunos movimientos “antiglobalización” y muestra su desacuerdo con una sociedad tan competitiva; por eso, lucha a favor de la solidaridad, se opone a la discriminación y protesta contra la marginación de este mundo depredador que aclama el valor de lo efímero, de lo instantáneo, de lo caduco, de lo pasajero, del cambio por el cambio. Por eso, acude con sus nietos al Estadio Carranza, para presenciar los partidos del Cádiz, y asiste al Teatro Falla, para disfrutar con ellos de las coplas de los Coros, Comparsas y Chirigotas del Carnaval.

Siempre está dispuesta a ayudar a otros, sabiéndose colocar en la situación de los que sufren, para encontrar las fórmulas justas de resolver sus problemas. Olimpia, lista, rápida, inquieta, trabajadora y combativa, ha sabido compaginar armoniosamente la vida familiar con el trabajo, con el estudio y con la diversión. Como afirman los buenos entrenadores, hasta los minutos de la prórroga sirven para ganar el partido.

Viernes, 19 de abril de 2002

Juan Mateos

Lingüistas, filólogos, teólogos, pastoralistas y, sobre todo, creyentes comprometidos con su fe y con el mundo actual han lamentado la muerte de este ceutí que, de una manera lúcida, rigurosa, sencilla y coherente ha explicado las palabras del Evangelio. El atractivo y la eficacia de sus enseñanzas residía en su convicción profunda de que los mensajes sólo poseen fuerza comunicativa cuando están avalados por el testimonio de una vida.

Su amplios y profundos estudios de Medicina, de Lingüística, de Filología, de Exégesis y de Hermenéutica tenían un objetivo claro que orientó y estimuló sus laboriosas investigaciones y sus agudas reflexiones: profundizar en la permanente actualidad de unos textos que, progresivamente, debido a las sucesivas capas de interpretaciones mágicas, rituales, interesadas y anecdóticas, habían ido perdiendo la fuerza, la transparencia y la frescura de la palabra viva. Hasta sus últimos días, se sintió comprometido con esta empresa intelectual y no cejó en el empeño de suscitar vocaciones de estudiosos dispuestos a vivir los postulados del Evangelio de Jesús de Nazaret. Sus estudios en España, Francia, Austria, Líbano, Irak y Roma, su magisterio, no sólo en la Pontificia Universidad Gregoriana y en el Instituto Oriental, sino, también, sus cursos en universidades de Europa, Asia, África y América del

Norte, en vez de elevarlo a las nubes del pensamiento etéreo y descarnado, contribuyó de una manera decisiva para que asentara firmemente sus pies en esta tierra, para que profundizara en el fondo de los conflictos personales y sociales, y para que atisbara unas vías de salida.

Desde nuestra perspectiva, una de las aportaciones teóricas y prácticas más valiosas fue la traducción que, por encargo de monseñor Vicente Enrique Tarancón, y en colaboración con Luis Alonso Schökel, hizo de los textos bíblicos del Misal. Esta versión constituye una demostración clara de sus conocimientos bíblicos y, también, de sus múltiples destrezas lingüísticas y de su delicada sensibilidad literaria. Sus agudos y enjundiosos comentarios al Nuevo Testamento ha sido durante los últimos años una guía de la oración personal y colectiva, y, sobre todo, un alimento sustancioso que ha nutrido la actividad pastoral de muchos creyentes.

En su libro *El Hijo del Hombre*, este sembrador del Evangelio nos traza un atractivo retrato de Jesús de Nazaret como fraternal acompañante de los hombres y de las mujeres de nuestro tiempo, como prototipo de libertad, como hombre libre y liberador ante las instituciones, ante los poderosos y ante la sociedad. Ha muerto un intelectual, un sabio, un maestro, un jesuita, un sacerdote y un creyente que nos deja el testimonio elocuente de un creyente que, tras conocer y seguir los rastros de esa fuente de "vida" que es, al mismo tiempo, la luz del hombre (Jn. 1,4), ha luchado para que la Iglesia, su comunidad, sea una servidora de la salvación de Dios mediante la comunión entre los hombres, fruto y reflejo de la comunión trascendente.

Viernes, 19 de abril de 2002

Francisca Méndez Garrido

La temida noticia de la muerte de doña Francisca Méndez Garrido, "La Paquera", nos ha sumido en cierta perplejidad. La desaparición física de esta figura imprescindible y señera del cante flamenco nos deja sin la presencia y sin la compañía de una mujer profundamente buena, honesta y coherente, cuya contribución al cante ha sido sustancial. La obra que nos lega hace que su desaparición sea menos dolorosa: su voz potente seguirá resonando en nuestros oídos y sus sentimientos hondos permanecerán guardados en los pliegues íntimos de nuestras entrañas.

Esta jerezana cabal, que nació en el corazón del Barrio de San Miguel, seguirá siendo para siempre la bandera del cante por bulerías y el emblema de un arte popular, rico, vital e intuitivo. Nuestras calles y nuestras plazas seguirán reflejando aquel genio temperamental y aquel torrente oral que dotaban de solemnidad a los sucesos ordinarios y transformaban a las personas corrientes en seres ejemplares. La fuerza y el colorido con la que decía sus cantes convertían sus recitales en espectáculos grandiosos dotados de lujo, de majestad, de genio y de tronío.

Respetuosa con la tradición, era una verdadera creadora. Sus cantes genuinos y originales, ajustados a los más estrictos cánones eran, al mismo

tiempo, personales, estaban dotados de una singular facilidad de modulación y constituían una demostración de su dominio tanto de los tonos agudos como de los graves: poseían el vigor del relámpago, la fuerza del trueno y, también, la vibración íntima de la confidencia entrañable. Era artista de grandes escenarios y de teatros multitudinarios, y, también, animadora de reuniones reducidas entre amigos y de juergas reservadas a los familiares.

El cante de "La Paquera" era sensual; estaba dotado de cuerpo y, por eso, lo sentíamos con los oídos, con la vista y hasta con el tacto. Si la voz de la Fernanda es de tierra y la de la Bernarda de fuego, el cante de la Paquera era de carne y, por eso, establecía con el compás esa relación incestuosa que caracteriza a los cantaores puros; poseía, además de una original plasticidad dramática, una inagotable capacidad creadora, un vigor que le permitía embarazar con sus vibraciones a las letras que acudían a sus labios.

Doña Francisca ha vivido la vida -con sus altos y con sus bajos, con sus caprichos y con sus sorpresas, con sus dolores y con sus prodigios- como la protagonista de obras grandes y pequeñas. Pero su única estrella era la que eligió desde el principio: la de una cantaora, la de una artista milagrosa, que ha sido capaz de transformar la gris realidad en oro resplandeciente. La Paquera poseía esa magia del arte popular que nos proporciona encanto y placer de los demás mortales. A partir de ahora, nos tendremos que contentar con recrearnos con las oleadas de energía que siguen generando los ecos de sus cantes.

La muerte -la ausencia y el abandono- de la Paquera aporta al mundo flamenco una mayor dosis de soledad y nos sume en las tinieblas de una noche silenciada, en el duelo intenso por la genial artista que hemos perdido. Nos

consuela, sin embargo, el reconocimiento general que ha alcanzado su legado artístico. Esta mujer libre, indomable y luchadora de la vida, con su temple y con su pasión arrebatadora, entra, por derecho propio, en la historia de nuestra cultura popular contemporánea y seguirá iluminado nuestra tristeza con un emocionado recuerdo impregnado de gratitud.

Viernes, 30 de abril de 2004

Fátima Mernissi

Si la imagen visual de Fátima Mernissi (Fez, en 1940) nos sorprendió por su sobriedad, por su naturalidad y por su discreción, su discurso nos llamó la atención por su claridad, por su oportunidad, por su valentía y por su belleza. Me apresuro a confesar que mis referencias sobre esta intelectualidad árabe, especialista en la interpretación del Corán, eran muy escasas pero, en cuanto me he acercado a algunos de sus ensayos, he sentido cierta grata perplejidad al comprobar cómo, apoyándose en los supuestos humanistas, aplicando los principios exegéticos y empleando el arma de la palabra, reivindica la validez actual de su cultura árabe y, sobre todo, la dignidad de la mujer y el puesto de protagonista que le corresponde en la construcción de una sociedad justa, libre y solidaria.

El punto de partida de sus ensayos sobre la mujer, sobre el sexo, sobre la modernidad o sobre la democracia, son las enseñanzas del Corán interpretadas a partir de las claves que le proporcionan la literatura y, sobre todo, su trato directo con mujeres de distintos niveles sociales, culturales y económicos.

Como ejemplo ilustrativo de la originalidad de sus estudios, debemos citar el perfil que traza de la figura de Sherezade, la protagonista de "Las mil y

una noches", una mujer que frena la violencia mediante la palabra y que establece un diálogo que hace posible el entendimiento y la colaboración entre los dos sexos. Utilizando la imagen de este personaje novelesco como metáfora de la participación de las mujeres en la vida social y política, describe las dificultades y, también, el encanto de las relaciones entre los hombres y las mujeres, moldeadas por las expectativas que se han creado, no sólo en la cultura árabe, sino también en la europea. Dibuja, de manera detallada, el hilo sutil y continuo de la transmisión de unos anhelos femeninos de dignidad, de sabiduría y de fortaleza, a través de una genealogía de mujeres que ella ha seleccionado con una notable habilidad.

Sus libros, a pesar de la complejidad de algunos de sus planteamientos, son claros, interesantes, amenos y valientes. Aprovecha su crítica a la situación de la mujer en el Islam -aunque aliviada con ciertas dosis de ironía- para señalar algunas de las flagrantes contradicciones de nuestro "paraíso" euro-americano. Como ejemplo ilustrativo, podemos recordar la comparación que establece entre la situación de falta de libertad que sufren las mujeres encerradas en el harén, con la esclavitud a la que muchas mujeres occidentales padecen por estar sometidas a los modelos de feminidad propuestos por la omnipresente publicidad. Pero, en mi opinión, lo más importante de esta profesora de la Universidad Mohamed V e investigadora en el Instituto Universitario de Investigación Científica de Rabat, es su decisión de usar el arma de la palabra como la mejor herramienta para lograr la igualdad de las mujeres y como el instrumento más eficaz para impulsar un cambio social en su pueblo.

Viernes, 21 de noviembre de 2003

Matilde Muñoz

Lo primero que sentimos al acercarnos a Matilde es su irreprimible vitalismo: con todos sus sentidos, y de manera directa, nos expresa sus deseos irreprimibles de seguir aprendiendo para seguir viviendo. Matilde es intrépida, obstinada y, sobre todo, libre: es una mujer de raza que, convencida de que dispone de tiempo suficiente para recorrer todos los caminos y para alcanzar todas las metas con las que había soñado desde su dura adolescencia, se ha impuesto la obligación de luchar por lograr la felicidad posible y el bienestar compartido.

Mujer progresista, sin amargura, sin complejos y sin resentimiento, está empeñada en transformar la realidad más inmediata; reclama sus derechos, repele las injusticias, rebate las desigualdades, rompe los tópicos y, aunque domina su notable capacidad de indignación, se cuestiona las convicciones anacrónicas y critica las circunstancias adversas que ha vivido. Pero, sobre todo, disfruta soñando con el tiempo nuevo que, en compañía de su Pepe, todavía le resta por vivir: fuerza y espíritu le sobran para surcar la larga travesía que aún los dos juntos van a recorrer.

Desde muy pequeña escuchó una voz que, martilleándole desde lo profundo de sus entrañas le repetía: “lee, escribe y actúa”. Finalmente, cuando

ya tiene todo el tiempo a su disposición, se decidió a desarrollar todos sus proyectos: a ser lectora crítica, escritora literaria y actriz de teatro. No acepta imposiciones y no comprende a las gentes que, abandonándose a las bagatelas de la comodidad, renuncian a luchar para crear unas circunstancias más humanas que les permitan vivir el amor y la amistad con una mayor libertad y dignidad.

Si de lejos, esta mujer inquieta, emprendedora e impaciente, con su mirada limpia y directa -con esos ojos que son pozos profundos de experiencias y fuentes generosas de vitalidad- nos puede dar una impresión de cierta altivez, cuando la tratamos de cerca nos resulta un ser paciente, amable, tierno y, en ocasiones, hasta dulce, que siembra amor, que cultiva la amistad y cuida su figura con esmero y mide sus gestos con primor.

Esta mujer cálida, emocional, inquieta, sensata y madura -que sueña con los ojos abiertos y con los pies en tierra, y que apuesta decididamente por la vida-, manda y manda bien. A veces, recibimos la impresión de que, en su búsqueda de perfección, disfruta y aprovecha las ventajas y los alicientes de los tiempos actuales con mayor entusiasmo y rentabilidad que sus propios hijos y nietos.

Su testimonio, arropado de amor a las letras, constituye un permanente reto para todos los nostálgicos que, aburridos y miedosos, lloran un pasado que, definitivamente, es ya historia pasada. Su paso decidido y su manera resuelta y práctica de actuar en contra de las reticencias de los más abúlicos, nos transmiten mensajes claros de esperanza, y es que, Matilde -un frondoso árbol que, con sus raíces escarban en el pasado y sus ramajes se extienden

hacia el futuro- ha decidido vivir plenamente, aprovechando todas las posibilidades que le brindan estos tiempos.

Viernes, 12 de septiembre de 2003

Francisco de Paula Muñoz Arenillas

Con la muerte del padre Francisco de Paula Muñoz Arenillas, el más anciano de nuestro clero diocesano y -como afirma el canónigo don Alejandro Sevilla Segovia- nuestro primer cura progresista, hemos perdido un testigo y un actor de la historia de nuestro clero diocesano y de nuestra Ciudad de Ceuta. Muchos ceutíes ya adultos recuerdan la sorprendente estampa de aquel sacerdote esbelto, recorriendo a bicicleta las calles de nuestra ciudad.

Sugeridor y entusiasta, este caballa natural de Vejer de la Frontera -que ha fallecido a la edad de noventa y cinco años- fue un adelantado, un avanzado que, dotado de una extraordinaria lucidez para roturar nuevos caminos, y provisto de una notable audacia para romper moldes anquilosados, supo acomodarse a los ritmos desiguales de los tiempos, adaptarse a las sucesivas situaciones históricas y dar respuestas pastorales adecuadas a cada uno de los momentos cambiantes. Fue un trabajador incansable, un dinámico emprendedor y un maestro innovador que, incapaz del desaliento ante las dificultades objetivas de las tareas parroquiales, hizo gala de una sorprendente "fidelidad creativa". Pedro Gordillo nos recuerda cómo, por ejemplo, allá por los años treinta, fundó en San Roque una asociación apostólica, germen de las Juventudes Obreras Católicas y nos evoca aquella escuela taller de artes

gráficas y la imprenta parroquial, que ha nutrido de tipógrafos a varias imprentas locales.

El padre Arenillas -nos explica el padre Alejandro- impartió un permanente magisterio sobre los sacerdotes jóvenes, a quienes, desde una crítica amable, alentaba al trabajo riguroso y al estudio concienzudo como requisitos esenciales para el desarrollo eficaz de las tareas pastorales. Dotado de un singular e intuitivo tacto pedagógico, fue un educador de adolescentes y un formador de jóvenes que buscó nuevos caminos para darles a conocer el Evangelio y para proporcionales las condiciones favorables que le facilitaran la perseverancia. Se esforzó, incluso, por emplear un nuevo lenguaje empujado por la necesidad de dotarlos de una formación humana como fundamento sólido sobre el que asentar las verdades de la fe. Ayudó a muchos para que descubrieran la grandeza de la Iglesia y para que valoraran el mundo contemporáneo sin olvidarse de Dios.

El padre Arenillas estaba preocupado por realizar la síntesis entre la fe y los restantes saberes: entre la visión del mundo, del hombre y de la historia que ofrece el evangelio y la óptica que proprocionan las actividades de la vida diaria, entre las propuestas del Credo y la jerarquía de valores mundanos.

Su meta explícita –podríamos decirlo con palabras actuales- era preparar a los creyentes para establecer un diálogo de su fe con la cultura actual. Cuando les solicitaba a los jóvenes colaboración, cuando distribuía tareas entre ellos y cuando los animaba a desarrollar algún servicio en favor de los demás, buscaba, de manera práctica y sencilla, que elaboraran la síntesis entre la fe recibida en el bautismo, la fe ilustrada en la catequesis, la fe celebrada en los sacramentos y la fe vivida en el trabajo.

Intuitivo, acogedor, lleno de ideas y de proyectos, cargado de convicciones, era un hombre bueno, que evitaba las grandes palabras y empleaba un lenguaje llano que resultara comprensible a las personas sencillas. Era un luchador de la vida, un esforzado abridor de caminos, un sacerdote querido y respetado cuyo testimonio nos seguirá interpelando a todos. La vida del padre Arenillas constituye un patrimonio que no necesita de las aclamaciones ni puede ser olvidado. Que descanse en paz.

El Faro de Ceuta, viernes 15 de febrero de 2002

José Núñez Vázquez

José Núñez Vázquez es ese sacerdote culto, reflexivo, autodidacta y estudioso que, aunque posee un vivo sentido de la realidad histórica, nunca se sintió desazonado por las numerosas alteraciones sufridas por la actual sociedad ni por los profundos cambios experimentados por la Iglesia postconcialiar. No se ha desalentado ante los graves problemas que acosan al creyente, ni se ha desanimado ante las arduas dificultades de un mundo deshumanizado. Nunca se ha sentido fuera de su tierra nativa ni exiliado de su tiempo sino que sabe reubicarse en un espacio propio, orientado siempre por la brújula de sus lecturas alertas, atentas y fluidas de las Sagradas Escrituras. Nos llama la atención la naturalidad, el dominio y la serenidad con los que asume las más diversas adversidades, "las inevitables -como él dice- piedras del camino que hacen el viaje más entretenido y el discurrir de la vida -ese peligroso río- más apasionante".

Sus feligreses y sus amigos valoramos la lucidez con la que nos explica que, para vivir la fe y para ser testigos fieles de Jesucristo, tenemos que leer, estudiar y vivir el Evangelio. En él Cristo no revela la dignidad, la plenitud del sentido de la vida humana y el valor incomparable de cada hombre como salvaguardia del progreso individual y del desarrollo social. Para calibrar la

importancia de la vida humana y para medir el valor incomparable de cada ser concreto, hemos de acercarnos -nos dice- al Evangelio con la misma asiduidad con la que tomamos los alimentos. Sediento de sacralidad y de trascendencia, José Núñez es un hombre de oración y de profunda vida interior, bien anclada en la Eucaristía; está familiarizado con las cosas y con la sabiduría de Dios. Su profunda piedad dota de sentido a la lucha por la vida y su sentida oración -pan y lenguaje- es la expresión de su amor a Jesús de Nazaret. La siente y la vive como una necesidad primordial, como un árbol que lo alimenta y le confiere la incorruptibilidad, que lo hace partícipe de un Dios eterno vivo y activo en los sucesos y en los objetos. Es impensable -nos repite una y otra vez de manera categórica- que un creyente viva en Cristo sin oración.

Austero y sencillo, José Núñez -dotado un exquisito y agudo sentido del humor que genera un permanente eco irónico- posee una fina capacidad para analizar la realidad, para desdramatizar los conflictos y para hacernos sonreír. Recordamos las veces que José Tomás Tocino se fijaba en esas lágrimas que se le escapaban al escuchar anécdotas o al contar sus chispeantes relatos minados de paradojas y de aparentes contradicciones. Pepe Núñez está convencido de la necesidad de proporcionar al creyente de una formación completa y de una educación integral y, desde ese retiro discreto, nos hace una invitación amable para que sigamos caminando. Este isleño, sin ira y sin nostalgia, que pone su frondosa vida en juego ante sus conciudadanos, con su peculiar forma de estar en el mundo, nos transmite un mensaje de seriedad, un testimonio de rigor, un modelo de esperanza y de plenitud del sentido de la vida humana.

Viernes, 18 de julio de 2003

José María Ortega Romero

El padre José María Ortega Romero, el sacerdote decano del Clero de las Diócesis de Cádiz y Ceuta, ha fallecido a la edad de 91 años. Con su muerte, desaparece físicamente un modelo de sacerdote campechano, sencillo y humilde, que convivía, disfrutaba y sufría con su pueblo. Poseía una natural habilidad para sintonizar con sus preocupaciones, con sus sentimientos nobles, con sus devociones tradicionales e, incluso, con sus aficiones populares. No nos extraña, por lo tanto, que despertara de su letargo, cuando el Obispo, en la visita que le hizo días pasados, le preguntó si se levantaría para ver por televisión el partido del Real Madrid y Bayer de Munich.

En el momento en el que el padre Cecilio Herrera, su sucesor en La Almoraima, me comunicaba la triste noticia de su fallecimiento, se activaron en mi memoria las imágenes plásticas de aquel párroco de Paterna de la Rivera que jugaba al fútbol con la sotana remangada, antes de iniciar la catequesis diaria con todos los niños del pueblo; que, en Castellar de la Frontera, recorría a caballo las chozas dispersas en ese extenso territorio poblado de chaparros, de encinas y de alcornoques; que, en Vejer, se pasaba horas y horas sentado en el confesionario. Estas líneas urgentes, entrecortadas y deslavazadas, sólo pretenden evocar el testimonio de un hombre bueno que,

guiado y estimulado por las palabras de Jesús de Nazaret, sólo se propuso infundir, con sus disposiciones, con sus hábitos y con sus comportamientos, una referencia explícita a Dios.

Se esforzó por ser un hombre de su tiempo y de su espacio, y logró una inserción cordial en los ámbitos naturales, históricos y sociales en los que ejerció su ministerio sacerdotal. Pacífico y pacificador, dispuesto y disponible, poseía una singular capacidad de escucha, una sorprendente habilidad para el diálogo y una permanente disposición para comprender, sobre todo, a los que sufren. Era afable, asequible y acogedor,

En San Roque, en Paterna de la Rivera, en Castellar, en Vejer de la Frontera y en Medina Sidonia -su pueblo- sus feligreses siempre lo vieron como un hombre enraizado y lo trataron como un paisano dispuesto a servirles; como un hombre de Dios, que vivía su dimensión teologal como la verdad más genuina de su condición humana; como un ser para los demás, que estaba dotado de una singular sensibilidad para comprenderlos y para ayudarlos; como un hombre realista, consciente del mundo en el que vivía y que, con su oración, trataba de humanizarlo haciéndolo más justo y más fraterno.

Ha muerto un hombre bueno y piadoso, un sacerdote sencillo, un creyente solidario con sus gentes, un acompañante fraternal de los débiles y de los que sufren: un leal seguidor del Señor Jesús y un fiel servidor de su Evangelio, un estimulante signo de la misericordia entrañable de Dios. Que descanse en paz.

Martes, 23 de abril de 2002

Isabel Paraíso

La fina sensibilidad, la exquisita delicadeza y la depurada ternura de Isabel Paraíso explican su intenso fervor por la lírica, su congénita afición por el ritmo, por la melodía y por la armonía, y, en consecuencia, su maestría práctica y su solvencia científico-técnica en el cultivo de la métrica. Su esmerada y bella creación, y su abundante y rigurosa producción científica responden a su irrenunciable vocación estética y constituyen para nosotros una amable invitación al deleite del espíritu.

Su poesía, musical, limpia, pura, exacta, desnuda y desprovista de adherencias, intensa e igual a sí misma, es la prueba de su inconfundible voz personal, una muestra de su exquisito dominio expresivo, y un exponente de su irreprimible voluntad de lograr la perfección posible y de acercarse a la plenitud razonable.

Pero hemos de advertir que su trayectoria intelectual no es un sentimentalismo subjetivo, sino que su discurso crítico es la muestra del viaje permanente a la tradición clásica, se apoya en un diálogo continuo que mantiene con el Clasicismo renacentista, cuya estética está basada, como sabemos, en el ideal de la perfección clásica, en la racionalidad, en la sobriedad, en la exquisitez de las proporciones áureas, en la pureza universal

de la línea y de la forma, y, en resumen, en la armonía entre el entendimiento humano y la vasta escritura cifrada que llamamos Naturaleza.

Pero su consideración de la tradición no se ha limitado a los aspectos formales del significante, sino que está impulsada por un ansia de penetrar en el fondo del misterio creativo. Nos deja e consuelo de la renovación respetuosa

Su labor investigadora seria y confiable, por su mirada retrospectiva, familiarizada con el pensamiento de la Psicología y de la Psiquiatría actuales, meditación, Un reconocimiento, una reconsideración de la conceptualización freudiana una nueva reformulación y reformalización de la crítica literaria, a partir de la consideración del inconsciente reprimido y de la función catártica. El estudio de la pulsión poética, del metabolismo interno del proceso creador y de la acción receptora.

En su lúcida reflexión sobre las cuestiones medulares de la historia de la creación artística, ha prestado su atención a esos ámbitos secretos, a esos agujeros negros -el humor, la ironía, la caricatura, el chiste- ante los que la crítica tradicional logocéntrica se había detenido.

Con estos mimbres, y teniendo en cuenta la empatía que supone todo proceso de conocimiento -insistimos en su conocimiento "supraindividual" de la tradición, en su filiación entrañable con los autores clásicos y en su familiaridad amorosa con Juan Ramón Jiménez- esta Catedrática de la Universidad de Valladolid ha construido una obra voluminosa y valiosa, cimentada en una toma de conciencia, su reposo mental. Es una invitación para que volvamos a mirar con ojos limpios. Sus textos, elaborados con su

sutil precisión, nos revelan la elegancia, la madurez, su tenacidad, su sinceridad y, también, su alta temperatura moral.

Viernes, 20 de diciembre de 2002

Manuel Pecino

Aunque últimamente habíamos observado su mirada triste y su caminar cansado, no creíamos que Manolo nos fuera a abandonar en estos momentos. Estábamos convencidos de que, tras superar este bache, como él nos decía, seguiría acompañándonos y estimulándonos con sus profundos silencios y con sus aleccionadores gestos de solidaridad.

Su figura era para nosotros la representación gráfica de lo sencillo que resulta a la gente de buena voluntad explicar con hechos las sendas que llevan a la construcción de un mundo más habitable. Con su densa manera de estar callado y, sobre todo, con sus elocuentes comportamientos caritativos, lograba una eficacia que difícilmente alcanzan las deslumbrantes campañas publicitarias: reflejaba el ideal de una vida humana plena en el sentido más hondo y más completo de esta palabra. Sus gestos constituían una respuesta directa, práctica y sin dramatismo a los interrogantes fundamentales de la existencia humana y una alternativa válida a esta vida de agitación, hastiada de tanto ruido vacío y de tanta vanidad ensordecedora.

Con su trabajo y con su preocupación por los pobres, nos ha desmontado la convicción interesada, errónea y mendaz de que, para elevar el nivel moral de los seres humanos y para favorecer la solidaridad social, era

necesario encaramarse en las instituciones que ostentan los poderes políticos, intelectuales, económicos o religiosos. Los taburetes, las sedes, las cátedras, los púlpitos, las poltronas o los tronos distancian físicamente y alejan moralmente; enfrían la mente y secan el corazón.

Desde su puesto de chucherías junto a la Plaza de Abastos, en tono festivo y desenfadado, nos ha lanzado un mensaje potente y nítido; ha estimulado campañas de devociones populares y de solidaridad con los pobres, marginados y excluidos. Su lenguaje ha sido su trabajo y su ética, la generosidad.

Ha muerto un hombre que es noble y grande, precisamente, por su sencillez, por la simplicidad de su vida y por la claridad de sus mensajes sin palabras. El trabajo y el amor son, efectivamente, la única fe que nos hace crecer y nos enaltece como seres humanos. Su testimonio sí que ennoblece a las personas e, incluso, dignifica a la especie humana, aunque este modelo de vida pueda poner en peligro la supervivencia de otras muchas creencias, convenciones, privilegios e intereses de clases y de instituciones.

Manolo ha vivido el heroísmo callado de quienes luchan cada día por alcanzar metas sencillas y escasamente valoradas, por lograr triunfos que no tienen que ver con el enriquecimiento material sino que están referenciados en el universo de los valores morales, en el horizonte de las propias creencias y de las profundas convicciones, y en los pliegues entrañables del deseo insobornable de servir a los demás. El amor, motor último de todas sus decisiones, es la medida exacta de su extraordinaria talla humana. Que descanse en paz.

Viernes, 22 de noviembre de 2002

José Peña Herrera

Aunque supiéramos de su enfermedad, la noticia de la muerte de José Peña Herrera nos ha producido una honda pena. Es cierto que no puedo presumir de haberlo conocido profundamente, pero creo, sin embargo, que, como muchos de sus paisanos, poseo suficiente información para dibujar el perfil de este hombre entero que, en los escenarios y en las plazas, pregonó con gallardía y exhibió con descaro su firme voluntad de independencia, su irreprimible ansia de libertad, su agudo sentido crítico, su amplia versatilidad interpretativa, su genial intuición, su inagotable inspiración y, en resumen, su talento carnavalero.

Desde su juventud, encaró la existencia como una irrenunciable aventura vital y como un permanente reto creativo: ésta es, a mi juicio, la clave profunda que explica, no sólo sus éxitos artísticos, sino también la zigzagueante trayectoria laboral. En el Falla o en la Plaza de las Flores, "El Peña" hizo gala de su creatividad y de su atención al público; de su capacidad imaginativa y de su facultad de empatía.

José Peña Herrera enriqueció nuestro Carnaval con sus ocurrentes y picantes parodias, con su fina y pronta ironía, con sus pícaros y maliciosos sarcasmos y con sus felices y oportunos disparates; pero hemos de reconocer

que “El Peña” era, además, un agudo observador de la naturaleza humana, un crítico ingenioso e incisivo de la sociedad contemporánea, un mago de los ademanes que, gracias a la lucidez y a la agudeza de su mirada, cuestionaba de manera infatigable las convenciones trasnochadas que la inercia de los usos y de las prácticas sociales nos hacen pasar por naturales y por eternas.

Se nos ha muerto a todos los gaditanos un genio peculiar e irrepetible. Se nos ha ido un actor intuitivo, que con su refrescante apuesta por la libertad -motor último de todas sus decisiones- poseía un singular talento para el sobreentendido, para el humor y para la alusión. Era un luchador de la vida a quien le gustaba provocar. El otro día cuando, para animarlo, le comenté que lo encontraba bien, me respondió de manera casi automática: “Eso nadie me lo decía cuando, verdaderamente, estaba bien”. Se nos ha marchado una persona de talento. Que descanse en paz.

Miércoles, 10 de julio de 2002

Santiago Peral

Por lo visto -según me cuenta José Carlos Muñoz García- Santiago Peral falleció sigilosamente, y su cadáver fue enterrado, hace ya un año, tras una simple ceremonia religiosa a la que sólo asistió su escasa familia. A este hombre de su tiempo, servicial, activo, detallista y atento, podríamos aplicarle, con todo respeto, rigor y justicia, las etiquetas con las que se suele caracterizar a los católicos practicantes del pasado siglo XX: fue un cristiano piadoso, un firme creyente de la Doctrina de la Iglesia, un fiel colaborador de la Jerarquía, un devoto hijo de María, un caritativo protector de los necesitados, un dirigente activo de las asociaciones apostólicas y un fervoroso adorador eucarístico.

Eclesiástico y eclesial, invirtió todo su tiempo -más de noventa años- y gastó todas sus energías en la defensa, en el crecimiento y en el robustecimiento de la Iglesia Diocesana. A la sombra del padre Antonio Ternero, fue un miembro permanente y disciplinado del Consejo Diocesano de Acción Católica. Instalado en las dependencias del Pópulo, difundía por toda la Diócesis las consignas y las doctrinas que dimanaban de la Jerarquía. El obispo, monseñor Tomás Gutiérrez Díez, depositó en él una amplia confianza: era -me confesó Andrés López Martínez- su principal interlocutor seglar.

Tras la celebración del Concilio, desde las espaciosas y luminosas salas de la Casa de la Iglesia, abierta para todos en el antiguo Hospitalito de Mujeres, siguió prestando sus servicios a los equipos de gobierno y a los responsables de la pastoral de los obispos Añoveros y Dorado. Cargado de esperanza, se esforzó disciplinadamente para asimilar el nuevo espíritu y para asumir los cambios de normas, de actitudes y de comportamientos. Dando muestras de una notable capacidad de adaptación, cultivó con esmero la escucha atenta, el diálogo respetuoso e, incluso, la serena autocrítica.

Fue un de los primeros miembros de Caritas. Ya desde los comienzos de los años cincuenta, el párroco de San Lorenzo, Francisco Jiménez Alfaro, le había confiado la recogida de alimentos y de ropas de abrigo entre los más pudientes, y su distribución entre los más necesitados de la feligresía.

Hombre de oración, adorador nocturno veterano, era un asiduo asistente a las eucaristías matutinas y a los cultos vespertinos, y un permanente visitador de los sagrarios. Muchos recordarán su menuda figura, con un amplio escapulario, portando un cirio en la procesión de Corpus Christi o sujetando uno de los varales del palio que cubría a su Divina Majestad en público cuando, durante la "fiesta florida" se llevaba solemnemente la Comunión Pascual a los enfermos y a los moribundos.

Sobre la solapa de su chaqueta, lucía con entusiasmo la Cruz pro Ecclesia et Pontifice, la condecoración que el Papa le había otorgado en reconocimiento a su modo cristiano de entender la vida, a su fiel seguimiento a Jesús, a su testimonio de coherencia ética, a su filial entrega a la Iglesia y a su eficaz labor pastoral. Que descanse en paz.

Viernes, 21 de febrero de 2003

Isabel Pérez Aguirre

Aunque es verdad que a los hijos los hacen los padres, mucho más cierto es que a los padres los hacen los hijos. Esta afirmación no sólo se refiere a la obviedad de que "paternidad" y "filiación" son dos términos relativos: no indica exclusivamente la explícita interdependencia de los dos roles familiares sino que pretende expresar el papel importante que ejercen los hijos en la educación personal y en la maduración humana de los padres. Podemos decir, sin riesgo a exagerar, que nuestros hijos son los factores que intervienen de una manera más intensa en nuestra formación como padres e, incluso, en nuestro crecimiento como seres humanos.

Esta reflexión inicial y teórica pretende servir de base a nuestra convicción de que, gracias a la intervención activa de su hijo David, Isabel ha desplegado todos sus valores naturales y ha ejercitado, de manera suprema, todas sus virtudes congénitas. Es cierto que, como ella afirma, David aún no ha aprendido a saludar, pero también es verdad que, con su expresión ingenua y con su mirada limpia, transmite mensajes dirigidos al fondo de las entrañas. La dedicación que le ha reclamado David a su madre, ha desarrollado en toda su amplitud su natural capacidad de trabajo, ha despertado su inagotable imaginación, ha intensificado su fina sensibilidad, ha reforzado su

considerable paciencia, ha acrecentado su generosa entrega, ha fortalecido su recóndito cariño, ha crecido su elevada estatura moral y, en resumen, ha agrandado toda su rica personalidad.

En estos tiempos de sublimación del éxito fácil y de exaltación de la mediocridad, en los que se cotiza el caldo tibio -ni caliente ni frío- de la vulgaridad y en los que, complacidos por las suaves olas del confort, se aspira a no sentirse alterado por la menor agitación y en los que cualquier dificultad se percibe como una amenaza, Isabel ha sabido afrontar la realidad con discreción, con naturalidad, con eficacia y con elegancia.

Sin mostrar el menor atisbo de heroísmo, ha armonizado la dedicación a su hijo David -callado y ensimismado- con las tareas del hogar, con el trabajo docente y con el liderazgo de proyectos de solidaridad. Su laboriosidad, su creatividad, su ternura, su entereza y su abnegación constituyen una estimulante referencia ética y una alentadora llamada social para que los demás nos decidamos a trascender la frivolidad, a superar el desánimo y a vencer la apatía.

Su coraje nos infunde ánimos para que peleemos y para que busquemos el bienestar posible, a pesar de las inevitables dificultades que tiene que afrontar cualquier vida humana. Le agradecemos a Isabel el aliento que, cada día, nos proporciona, con naturalidad, con simpatía, con alegría e, incluso, sin perder su peculiar sentido del humor; y reconocemos la permanente lección de vida que con su conducta nos dicta y que nos obliga a reflexionar y a revisar muchas de nuestras actitudes y de nuestros comportamientos incoherentes.

Viernes, 15 de agosto de 2003

Ildefonso Pérez Alcedo

Para los amigos, para los feligreses y para todos los conciudadanos que hemos seguido con atención y con interés la biografía pastoral de Ildefonso Pérez Alcedo, su trayectoria nos resulta sorprendente. Nos han llamado la atención la serenidad y la constancia con la que este permanente caminante, de porte delicado, afectivo y sensible, sigue su senda vital, manteniendo siempre una invariable actitud de servicio, una paciente postura de escucha y una apacible entrega fraternal. Con sus reacciones serenas nos explica que el mensaje cristiano, no sólo consiste en amar sino, también, en dejarse amar.

El padre Ildefonso es un hombre pensante -que indaga los sentidos profundos- y, valga la expresión, es un hombre "preguntante" -que inquiere las razones íntimas-; es un guía que ansía la luz para proyectarla sobre los que, con él, prosiguen por los senderos evangélicos con renovado espíritu de gozosa generosidad. Es un hombre de encuentros, que tiende puentes hacia los otros hombres en busca de los significados de las cosas y de los sentidos de los sucesos: es optimista porque es esperanzado y es esperanzado porque es un hombre de fe.

Tiene razón al afirmar que, quien aspira al conocimiento debe romper cercos y saltar fronteras, horadar murallas y hallar vasos comunicantes. Su ascenso hacia la utopía tiene un sentido religioso, un fundamento cristiano y un aliento profundamente teológico. Siente hambre de Dios, hambre de divinidad: percibe su presencia y, a veces, advierte su vacío. Por eso, los remolinos superficiales y la maraña de los quehaceres cotidianos no le

impiden descubrir el rostro amable de Jesús, ni tampoco, los gestos doloridos de los desamparados. Por eso, sus ocupaciones múltiples y sus preocupaciones cotidianas no han logrado debilitar la unidad de su vida plenamente centrada en Jesús, el que da sentido a su opción de vida total. Es un contemplador que practica el arte de ver los cambios, sin quedarse inmóvil y sin inquietarse; es un maestro en los detalles, que aspira a la plenitud. Posee una singular capacidad para captar las sutilezas del alma humana: sabe que la intromisión en el propio microcosmos es el mejor camino para interpretar al hombre, para comprender a la sociedad e, incluso, para conocer el universo: para mirar, para contemplar y para admirar.

Según él, la seriedad nada tiene que ver con la tristeza sino con el rechazo sereno de la mediocridad y con la conciencia del trabajo bien hecho: nunca cayó en la frivolidad de aquella vieja progresía pasada de moda ni en los distanciamientos de los antiguos clérigos; nunca sucumbió a la tentación de emplear la jerga ininteligible de los predicadores engolados, ni en la fiebre de los exhibicionismos. En sus predicaciones, resonancias de la palabra viva del Evangelio, proclama de manera permanente que la justicia es el perdón y que la ley es el amor. La oración es -afirma- una experiencia de amor. Ildefonso es, sin duda alguna, un alma selecta aureolada de nobleza natural, por eso desprecia todo aquello que turba su propia paz interna o la armonía serena de las cosas.

Viernes, 7 de febrero de 2003

Fallece Ildefonso Pérez Alcedo

La Diócesis de Cádiz y la ciudad de San Fernando acaban de perder a uno de sus sacerdotes más acreditados y a uno de sus más dignos ciudadanos. "¡Qué gran suerte -me decía ayer uno de sus feligreses- haber sido, durante tantos años, un colaborador, un amigo y un hermano de Ildefonso Pérez Alcedo! ¡Qué enorme fortuna haber sido, durante tantos tiempo, depositario de su afecto y acreedor de su confianza!"

El nombre de este sacerdote apacible, minucioso y detallista, que ejerció su ministerio pastoral en Vejer de la Frontera, en la Línea de la Concepción, en Cádiz y en San Fernando, es una clara referencia evangélica y una invitación permanente para que descubramos el rostro amable de Jesús en la oración, en la Eucaristía y, sobre todo, en los gestos doloridos de los desamparados. Hasta los últimos instantes de su vida, este hombre ha conservado una mirada limpia y una sonrisa acogedora: las dos armas imbatibles con la que siempre alentaba nuestra esperanza y estimulaba nuestras ganas de vivir.

Desde el duelo que guardamos por el hermano que hemos perdido y desde el reconocimiento que expresamos por su legado humano y por la herencia sobrenatural que con su vida nos ha transmitido, recordamos, en

estos momentos, aquella singular maestría con la que conjugaba armónicamente su manera noble y exquisita de existir y su afán de excelencia, exentos de cualquier pizca altivez y libres de la menor ambición de protagonismo.

El padre Ildefonso, era un gaditano que, alejado del localismo panderetero y estéril, amaba a sus feligreses desde una generosidad imaginativa y fértil. Conversador respetuoso y tolerante, con su cálida cercanía y con su cordial comprensión, se supo ganar la confianza y la amistad de sus compañeros, y el cariño y el respeto de sus feligreses a los que siempre nos trató con la cordialidad y con la paciencia de un artesano. En sus diferentes tareas, vivió el heroísmo callado de quienes exponen cada día su vida en la consecución de metas casi inalcanzables, con esos destinos que poco o nada tienen que ver con el enriquecimiento material y que sólo hacen referencia al universo de los valores morales, a las propias convicciones sobrenaturales y al deseo insobornable de servir a los demás. Si algo caracterizó a Ildefonso, por encima de sus ensoñaciones y de sus frustraciones, fue su bondad, virtud que ejerció con humilde disposición y que, en ningún momento, desmereció de su espíritu crítico, adobado con su fino sentido del humor.

A los amigos, a los feligreses y a todos los conciudadanos que hemos seguido con atención y con interés la biografía pastoral de Ildefonso Pérez Alcedo, nos ha llamado la atención la serenidad y la constancia con la que este permanente caminante, de porte delicado, afectivo y sensible, ha seguido su senda vital, manteniendo siempre una invariable actitud de servicio, una paciente postura de escucha y una apacible entrega fraternal; y es que, como me permití recordar hace escasas semanas, con sus reacciones serenas, nos ha

explicado que el mensaje cristiano, no sólo consiste en amar sino, también, en dejarse amar.

Domingo, 29 de agosto de 2004

Juan Antonio Pérez-Bustamante

La figura de Juan Antonio Pérez-Bustamante constituye no sólo una denuncia explícita del riesgo del analfabetismo al que nos aboca una parcelación rígida de los saberes y una especialización prematura de los conocimientos, sino, también, una prueba irrefutable de la posibilidad de hacer convergentes los diferentes cauces que hemos de recorrer para interpretar, valorar, aprovechar y disfrutar de la vida.

Su pasión desbordada por el conocimiento científico, su interés desmedido por la información histórica, su avidez irreprimible por la lectura, su incansable afán por los análisis críticos, sus insaciable ganas por disfrutar de todas las artes y su ansia incontenible por degustar comidas y bebidas, nos demuestran que las ciencias y las letras, el arte y la técnica, la contemplación y la acción, la seriedad y la alegría, el trabajo y el recreo, la vida buena y la buena vida integran dos dimensiones compatibles entre sí o, quizás, dos caras de la única existencia humana.

Los alumnos de Juan Antonio Pérez-Bustamante se sorprenden cuando advierten que sus programas de Química Analítica incluyen contenidos históricos, teorías filosóficas, alusiones literarias, descripciones artísticas y aplicaciones gastronómicas; pero se asombran todavía más cuando descubren

que juega al fútbol, toca la guitarra, es un degustador de los buenos cantes y un catador de los mejores caldos: y es que posee un extraña habilidad para, progresivamente, transformar la información en pensamiento, en ciencia, en tecnología, en acción y en diversión. Este Catedrático atípico de Química Analítica es, paradójicamente, un científico apasionado, un artista razonador y un refinado gourmet.

Si somos capaces de seguir con atención cualquiera de sus desmesuradas, documentadas y minuciosas explicaciones -todas ellas colmadas de datos, nutridas de agudas reflexiones y salpicadas de jugosas anécdotas- podremos llegar a la conclusión de que la clave de su destreza profesional reconocida académicamente para realizar los "análisis químicos", reside en su singular capacidad para metabolizar intelectualmente, para digerir fisiológicamente y para, en resumen, transformar en alimentos culturales las ideas, los objetos y episodios.

Su ansia apasionada de investigar, su manera vital de hacer ciencia, su forma científica de indagar en la complejidad de la historia, su estilo técnico de reflexionar sobre cuestiones teóricas y su sensibilidad para degustar unas soleares o para catar un amontillado, ponen de manifiesto que este corredor de fondo, trabajador inagotable, lector voraz, científico riguroso, instintivo observador y humanista de raza, es sobre todo, un romántico audaz que se empapa de vida y difunde ideas, sueños, emociones y sensaciones: que, con su aguda disección de la vida humana, nos anima para que pensemos, discutamos, trabajemos, luchemos, demos rienda suelta a la ilusión y disfrutemos.

La Voz de Cádiz, lunes, 4 de octubre de 2004

Pedro Pérez-Clotet

Pedro Pérez-Clotet nació en 1902 -el mismo año que Rafael Alberti y Luis Cernuda- en Villaluenga del Rosario, una localidad que, situada en plena sierra gaditana, es la más pequeña de la Provincia; una "pobre aldea", una "piña de miel", un "alba barquita velera", de la que el poeta sólo destaca en sus composiciones una calle, el castillo y la torre de la iglesia; un pueblo que, en frase de Jorge Guillén, fue inventado *ex profeso* para la poesía. Pérez-Clotet lo dibuja "blanco, tímido, diminuto, como caído en la sierra al azar, sin raíces que lo amarren a la piedra, parece este lindo pueblo un pueblo de papel -de un infantil `belén´ de todo el año-, abierto en la abrupta bandeja del paisaje" (*Bajo la voz amiga*: 43).

Pedro Pérez-Clotet, agricultor, abogado, escritor y alcalde de su pueblo, desplegó a lo largo de su vida una intensa actividad profesional, política, cultural y literaria. Repartió sus sesenta y cuatro años de existencia, entre sus sucesivas estancias en Villaluenga del Rosario, El Puerto de Santa María, Cádiz, Sevilla, Madrid, Jerez de la Frontera y Ronda.

Fue un apasionado contemplador de la naturaleza y un degustador exquisito de la vida, un sutil intelectual que -para traspasar los límites sensibles de los sucesos- miraba la realidad con atención, con interés y con

respeto; fue un soñador que -para evitar que las ilusiones ópticas le velaran la sustancia íntima de los objetos- ponía especial cuidado en descubrir el significado profundo de las apariencias sensibles.

La poesía fue la vocación que orientó, guió y estimuló su trayectoria vital. Él era un artista atento que contemplaba la realidad, la disfrutaba y la padecía; era un sutil amante de la lengua que interpretaba el significado de las palabras para apropiarse de las esencias de las cosas, para crear y para recrear paisajes, para construir y para reconstruir mundos. Su escritura -limpia, estricta e intensa- estaba orientada y alentada por un selecto afán de perfección y por la ambición permanente de descubrir la belleza en la humilde realidad cotidiana.

Administrador de una rigurosa economía expresiva, su obra poética pone de manifiesto la agudeza de su mirada, la fuerza transformadora de sus sensaciones, la capacidad creadora de su imaginación y, sobre todo, el poder incisivo de su ingenio para desentrañar los misterios humanos del paisaje, una referencia permanentemente contemplada y vivida: una imagen global, a través de la cual se manifiesta la plenitud del Universo y la intensidad de su vida personal. El 12 de mayo de 1966 murió Pedro Pérez-Clotet con la serenidad y entereza con las que había vivido y con la placidez y delicadeza con la que había escrito. Su cuerpo fue trasladado a Villaluenga del Rosario. Al entierro acudieron muchos poetas para rendirle un justo homenaje de sincera amistad y para manifestar el testimonio de profundo reconocimiento. Antonio Murciano recitó ante la tumba unos bellos versos en los que reúne la rica herencia poética que, generosamente, Pedro Pérez-Clotet nos ha legado.

Viernes, 22 de agosto de 2003

Dámaso Piña

La sensible mejoría de Dámaso Piña, párroco de Conil de la Frontera, tras una sorprendente enfermedad, nos ha producido una profunda impresión de alegría. Los compañeros, los amigos y los feligreses de este sacerdote bueno nos sentimos animados por esta esperanzadora recuperación y, en lo más sensible de nuestro corazón, se nos ha abierto una alentadora confianza. Estamos convencidos de que, muy pronto, seguirán resonando vivas sus palabras y de que en nuestro pueblo seguirán habitando frescos los gestos elocuentes y los comportamientos evangélicos de este luchador por la causa de los pobres y de este defensor de un mundo más transitable.

Su testimomio constituye un permanente estímulo para que reelaboraremos nuestras esperanzas de un mundo más solidario y para que renovemos nuestros proyectos de conversión. Sus convicciones de que el germen crece silencioso bajo la tierra y de que un trozo de levadura fermenta toda la masa nos ayudan para dar sentido a nuestras vidas; su visión crítica nos sirve para poner un poco de orden en el caos de este mundo nebuloso y desequilibrado; su permanente insistencia al repetir que los pequeños son los grandes y que los últimos son los primeros nos proporciona soluciones reales a problemas antiguos y a cuestiones nuevas de esta sociedad desorientada que

busca mayor sentido que el modelo de vida rutinaria y vacía que nos ofrecen los medios de comunicación.

No es éste el momento de hacer un inventario completo de sus múltiples y de sus valiosas acciones, pero sí es la ocasión propicia para construir explicaciones de su coherente trayectoria vital que está cimentada en la médula íntima del Evangelio. Su vida sencilla y elocuente es una historia que genera esperanzas y una lección que alimenta sabiduría; su testimonio constituye una fuente de conocimiento del ser humano y una clave de interpretación de la existencia: es una llamada apremiante que nos estimula a la reflexión y al esfuerzo por entender la vida y por traducirla en palabras, por comprender la presencia del pasado en el presente, examinar las vivencias más válidas e integrarlas en un proyecto más convincente.

Este sacerdote valiente, que denuncia las luchas arribistas, que comprende los mensajes fundamentales del Evangelio, que ha decidido ser portavoz de la enseñanzas de Jesús de Nazaret y que se esfuerza por vivirlas no dirige, con su testimonio transparente, una invitación serena a una existencia más razonable, justa, gratificante y satisfactoria. Predicando las bienaventuranzas en estos tiempos de aires postmodernistas, en los que se anuncia el final de las utopías, insiste, una y otra vez, en que Jesús ofrece la felicidad y no el dolor; la vida y no la muerte. La sensibilidad evangélica y, por lo tanto, social de este sacerdote apasionado por la justicia, por el amor y por el perdón, de este cristiano dotado de un agudo sentido de la dignidad del ser humano, nos estimula y nos anima a la lucha cotidiana. La alegría que nos produce la noticia de su recuperación se mezcla con el vigoroso aliento que nos inspira una vida coherente que nos proporciona razones válidas para seguir peleando. Viernes, 7 de marzo de 2003

Fallece el padre Dámaso Piña, párroco de Conil de la Frontera

El fallecimiento de Dámaso Piña, párroco de Conil de la Frontera, -a pesar de que conocíamos la penosa enfermedad que sufría- nos ha producido una profunda impresión de dolor. Los familiares, los compañeros, los amigos y los feligreses de este sacerdote generoso y abierto nos sentimos desconcertados por esta pérdida: en el seno del presbiterio diocesano se ha producido un hondo vacío y en lo más sensible de nuestro corazón se nos ha abierto una sangrante herida por la muerte de este luchador por la causa de los pobres y de este defensor de un mundo más justo.

Hace escasas semanas afirmábamos que el comportamiento de este creyente ha constituido un permanente estímulo para que reelaboraremos nuestras esperanzas de un mundo más solidario y para que renovemos nuestros proyectos de conversión. Sus convicciones de que el germen crece silencioso bajo la tierra y de que un trozo de levadura fermenta toda la masa han ayudado a muchos para dar sentido a sus vidas; su visión crítica ha servido para poner un poco de orden en el caos de este mundo nebuloso y desequilibrado; su permanente insistencia al repetir que los pequeños son los grandes y que los últimos son los primeros ha proporcionado soluciones reales

a problemas antiguos y a cuestiones nuevas de esta sociedad desorientada, que busca mayor sentido que el que propone el proyecto de vida rutinaria y vacía que nos ofrecen los medios de comunicación.

Su vida sencilla y elocuente, fundamentada en los cimientos profundos del cristianismo y en la médula íntima del Evangelio, constituye una llamada apremiante que nos estimula a la reflexión y al esfuerzo por entender la vida y por traducirla en palabras, por comprender la presencia del pasado en el presente, examinar las vivencias más válidas e integrarlas en un proyecto convincente.

Ha muerto un sacerdote que comprendió los mensajes fundamentales del Evangelio, que decidió ser portavoz de las enseñanzas de Jesús de Nazaret y que se esforzó por vivirlas: su testimonio transparente es una invitación serena a una existencia razonable, justa, gratificante y satisfactoria.

El padre Dámaso Piña era plenamente consciente de que, en el curso de la Historia, él era un mediador, un encargado de hacer visible y audible el mensaje de la Buena Nueva, la Noticia de que los hombres y las mujeres somos hermanos porque tenemos un mismo Padre, de que todos ostentamos la dignidad suprema de seres humanos porque somos hijos de Dios. Su biografía ha sido la proclamación, explícita y comprometida, de la eficacia del mensaje del Evangelio: de la irrupción de la luz en la oscuridad, de la revelación del amor en un mundo de odios, de la claridad de la verdad en una sociedad de publicidad engañosa y, en resumen, del esplendor de una vida entregada a los demás.

La consternación que nos ha producido la dolorosa noticia de su muerte se mezcla con el estimulante aliento de una vida coherente que nos proporciona razones válidas para seguir peleando.

Viernes, 25 de julio de 2003

Pedro Quintero

Pedro Quintero es una de las personas a las que el cuerpo se le quedó pequeño. Por eso, a veces, nos da la impresión de que, igual que ocurre con esos baúles repletos de objetos, sus abundantes contenidos intelectuales, estéticos y afectivos, presionados en un espacio tan insuficiente, se le escapan, libres, por las ventanas abiertas de par en par de sus cinco sentidos.

Si algo caracteriza a este cura singular por encima de todas sus cualidades, es el vigor con el que encara las dificultades de la vida, la fortaleza con la que afronta las adversidades y la firmeza con la que defiende sus convicciones. Vigor, fortaleza y firmeza -no siempre comprendidas ni valoradas- son los exponentes de la amplitud y de la densidad de su vida interior. A lo largo de su dilatada trayectoria pastoral no ha parado de nutrir su mente de ideas, de proyectos y de ilusiones que, progresivamente, se han hecho más compactas, más sólidas y más consistentes.

Pedro, no sólo está en permanente búsqueda de información, sino que examina los datos con rigor, los analiza minuciosamente, cuestiona el sentido de los hábitos sociales y somete a una crítica exhaustiva las noticias que le llegan por las distintas fuentes y por los múltiples canales informativos. Por eso está tan lleno; por eso, a veces, nos da la impresión de que es categórico

en sus juicios, rebelde en sus decisiones, resistente en sus posturas y combativo en sus compromisos.

Consciente de sus propios límites, es exigente con los demás porque es estricto consigo mismo. Aunque ya ha superado la meta de los setenta años, es un joven entusiasta y apasionado, y un hombre recio y cabal, que está firmemente asentado en la convicción profunda de la suprema la dignidad del ser humano. Esta certeza, alimentada en la lectura del Evangelio, constituye, a nuestro juicio, el origen de su entusiasmo y la explicación de su reciedumbre: la fuente de la que extrae la luz para fijar altas metas y las fuerzas para proseguir su marcha por rutas empinadas.

Su entusiasmo –que no es una momentánea e ingenua exultación ni una altisonante fanfarronería- está apoyado en la confianza de la validez actual de los valores evangélicos. Su reciedumbre, que no es áspera tosquedad ni brusca rudeza, está curtida en duras luchas libradas, a veces, en circunstancias adversas. Plenamente consciente de su fragilidad, es un luchador –nos dice Cecilio Herrera Esteban- que está animado por el deseo insobornable de servir a los demás construyendo comunidad como forma libre y gratuita de sanar la vida humana.

Sincero, cabal y firme, iluminado por la fe y animado por la esperanza, Pedro Quintero no necesita de peanas para ganar en estatura. Su talla -como afirma José Carlos Muñoz García- posee las amplias medidas de su gallardía ante la adversidad y las anchas dimensiones de su entrega noble, alegre y generosa a la alta misión que ejerce.

Viernes, 19 de marzo de 2002

Enrique Ramos

En nuestro adiós al profesor Enrique Ramos se mezclan hondos sentimientos encontrados. Su regreso a la Universidad de Sevilla, tras superar las pruebas de un concurso-oposición a la Cátedra de Filología Griega, nos ha producido no sólo la satisfacción que, admirados, experimentamos, cuando comprobamos cómo un compañero alcanza una meta profesional, sino también, la alegría que, entusiasmados, sentimos cuando un amigo convierte sus propósitos en realidad vital. Este esforzado corredor de fondo, tras un duro y disciplinado entrenamiento y respetando todas las reglas de juego, ha luchado valerosamente para competir consigo mismo, poniendo a prueba las dotes intelectuales que lo acreditan como un investigador tenaz, como un profesor entregado a sus alumnos y como un claro divulgador de las ideas de los autores clásicos.

Pero este distanciamiento -al menos físico- nos produce, además, esa desoladora sensación que denominamos “nostalgia”. Tras su paso, nuestra Universidad ha quedado enriquecida con los proyectos desarrollados en el Vicerrectorado de Extensión Universitaria; nuestra Facultad de Filosofía y Letras se ha nutrido con sus clases; los profesores nos hemos sentido estimulados con sus agudas reflexiones, con sus palabras oportunas y discretas

y, también, con sus elocuentes silencios; es posible que sus alumnos retengan en sus memorias, no sólo los amplios conocimientos filológicos que les ha proporcionado y su permanente preocupación didáctica, sino también, su actitud atenta, disponible y servicial.

Además de la amplia serie de trabajos de investigación científica que nos deja en la biblioteca, nos lega la serenidad de su mirada y la cordura de sus juicios: en las aulas, en los patios y en las galerías, seguirán resonando los ecos de sus pasos seguros que nos marcan el camino hacia el conocimiento y hacia la sabiduría, hacia las claves que nos ayuden a ordenar y a clasificar la actual "pleonexia", esta alocada y desigual abundancia de información, esta excesiva cantidad de bienes mal repartidos, este caos de un mundo que nos conduce vertiginosamente hacia el malestar y hacia la irritación de unos, y hacia el bostezo y hacia el aburrimiento de otros.

Enrique Ramos, concienzudo y tenaz, es un buscador de palabras pero, sobre todo, es un indagador de sentidos; es un investigador que recurre a la Filología y a la Poéticas clásicas -esas voces que trascienden las culturas y las épocas- para explorar, iluminar y tomar conciencia del profundo sentido humano, para desvelar sus misterios, para señalar caminos inéditos, métodos nuevos y vías despejadas hacia una progresiva liberación personal. Se marcha, pero -sobre un fondo de silencio- nos deja enriquecidos con su fructífera labor académica, con sus estimulantes propuestas humanistas, con su laboriosa escuela, y, sobre todo, con su imagen diáfana de hombre cabal. Le agradecemos su servicial entrega de imposible olvido; su nombre y su figura quedan inscritos en las mejores páginas de nuestra Universidad.

Viernes, 27 e septiembre de 2002

Concha Reverte

Reconocemos que, para interpretar con exactitud las actitudes humanas de Concha Reverte, hemos necesitado disponer de un tiempo suficiente, y aceptamos que, para valorar con precisión sus comportamientos profesionales, hemos tenido que buscar la perspectiva adecuada. Concha, mujer recia, insobornable y reservada, guarda con discreción muchos de sus valores, preserva con firmeza su vida privada y defiende con fortaleza sus convicciones profundas.

Es un ser esperanzado que alimenta sus ilusiones en la intimidad; es allí, en el fondo de su conciencia, donde perfila con detalle sus proyectos y pelea con tenacidad para lograr sus metas familiares y profesionales. Hemos contemplado cómo, entregada a sus quehaceres cotidianos, ha estado abierta al futuro y ha afrontado su carrera universitaria como una aventura intelectual personal que, día a día, iba llenando de contenidos nuevos. Concha es una luchadora de la vida, que está convencida de que el camino biográfico ha de trazarlo cada uno; está persuadida de que la senda del bienestar personal no nos la pueden abrir los demás, sino que hemos de roturarla y recorrerla palmo a palmo.

Huyendo de la fácil complacencia, se ha centrado en los núcleos radicales de la existencia humana: en el amor, en la reflexión, en el trabajo y en el servicio. Inquieta y esforzada, va en contra del rutinario conformismo. Clara y enemiga de las ambigüedades, defiende su verdad y su libertad. Celosa de sus derechos, se siente impulsada por un estricto sentido de la justicia. Constante, paciente, discreta y creyente, es una mujer de fidelidades, que sabe enfrentarse con las inevitables dificultades, sin dejarse vencer por el miedo o por la pereza, por las presiones o por los vetos. No le importa toparse con los obstáculos interpuestos por mediocres competidores ni pelear en condiciones adversas: prosigue su ruta, sin que nada ni nadie sean capaces de detenerla.

Siempre ha estado dispuesta a competir lealmente, poniendo en juego sólo su competencia, sin ampararse en los trucos ventajistas, en las trampas siniestras, en las adulaciones lisonjeras o en las influencias interesadas. A veces, es tajante, sobre todo, cuando exige la igualdad de oportunidades y es que, simplemente, aspira a conseguir su lugar.

Es posible que esos negros ojos y esa aguda mirada con la que inquiere con cierta desconfianza todos los objetos y analiza con minuciosidad todas las palabras, esa afilada crítica de la realidad circundante, ese innegociable afán de independencia y ese aspecto de rebeldía, sean los resultados de la mezcla de razas, de culturas y de doctrinas que han nutrido su espíritu, han configurado su singular perfil físico, psíquico y ético, y la han hecho una mujer inquieta, luchadora y quijotesca, que pretende seguir creciendo para lograr ser, sobre todo, ella misma.

Quizás muchos compañeros sigan ignorando que, cuando vino a Cádiz, hace más de veinte años, ya había sido intervenida quirúrgicamente de un

melanoma. Ya entonces, había aceptado sin aspavientos la visita inesperada del cáncer y, durante toda su estancia en nuestra Universidad, ha logrando que esta enfermedad maligna no condicionara ni mermara su vida.

Viernes, 27 de diciembre de 2002

Ignacio Rivera Podestá

Ignacio es, sobre todo, un poeta: un amigo de la vida que, encaramado en su "Torre Tavira", silencioso, adopta una actitud de sencillez y de dignidad. Sorprendido, muestra su admiración y su devoción por ese misterio que le trasciende. Atento, percibe, más que verdades, el perfume de la belleza de la que están impregnadas todas las criaturas. Respetuoso, hojea y lee el libro de la creación, interpreta sus mensajes y los traduce con unas palabras luminosas que expresan unas experiencias -duras o gozosas-, intensamente vividas.

Desde allí, abre su mirada al horizonte, sobre todo, al clarear prometedor del día y al ocaso sobre el que pesa el miedo –cuando luchan las luces y las tinieblas-. Asomado al ventanal, contempla los seres minúsculos y las realidades imponentes, nuestro paisaje urbano y el majestuoso océano que le traen unos recuerdos que lo consuelan o le lastiman, pero que siempre vienen envueltos en un manto de calor y de ternura. Desde esas alturas poéticas, Ignacio nos invita a que, en sintonía con él, respiremos bocanadas de aire puro y estimulante.

Con sus versos escuetos, nos cuenta, una y otra vez, que cada ser del universo, sin saber mentir, tiene una nueva verdad que comunicarnos y, nos anima para que, con atención y con respeto, disfrutemos de las sensaciones y

de los sentimientos que nos suscitan. Este poeta amigo nos estimula para que reconozcamos el valor humano de cada pedazo de tierra y cada pizca de tiempo, para que los interpretemos y para que entremos en un fecundo diálogo con ellos. Pero, para esta tarea, es necesario que él nos transmita su sencillez y su candor; que, con su mirada penetrante, con su instinto y con su sensibilidad, con su honestidad y con su coherencia, nos oriente por los senderos que conducen hasta la profundidad de la sinfonía de la creación que, en vez de aplastarnos, nos ennoblece y nos enriquece.

Sí; sólo a través de la pequeñez y de la humildad, de la paciencia y de la espera, a pesar de los años, es posible mantener la ilusión de la juventud creadora; sólo en el silencio de un alma sencilla podemos escuchar el susurro ligero de una brisa suave y el murmullo armonioso de las olas que están ante nosotros con la fascinación de una perenne novedad y como un estímulo que se renueva sin agotarse.

Ignacio, humilde y audaz, confiado y tranquilo, a luz de una recuperada dignidad, semilla inagotable de fecundidad, con ánimo admirado y agradecido, con un anhelo sincero y creciente, es conciencia y voz estremecida de alegría y de amor. Amable y servicial, con sus ritmos acompasados, se adentra por los senderos de las conciencias de las cosas para nutrirse de la alegría y del dolor que forman la trama de cada día. Sus versos son surcos por los que, con acentos tiernos, nos ofrece palabras claras e imágenes sugerentes que, al mismo tiempo que nos recuerdan nuestra radical fragilidad -arcilla agrietada propensa a romperse-, son capaces de renovarnos, de desplegarnos y de hacernos crecer. Ésta es nuestra respuesta a sus deseos de bienestar y el homenaje a su laboriosa tarea de sembrar flores en el jardín del espíritu.

Viernes, 23 de enero de 2004

Antonio Rivera[5]

La noticia del inesperado fallecimiento de Antonio Rivera nos ha llenado de honda consternación y de profundo abatimiento. Si las muertes -todas las muertes- nos atañen a los que han aún seguimos vivos, la defunción de los familiares, de los compañeros y de los amigos nos afectan en lo más sensible de nuestro espíritu: nos hieren de manera definitiva y nos replantean los presupuestos de nuestros trabajos y de nuestras luchas por la supervivencia.

Antonio se nos ha muerto a todos los que colaboramos en este periódico y a todos los que lo leemos. Con su desaparición física, se eclipsa uno de nuestros modelos de identificación más estimulantes. Nos sentimos aturdidos porque nos abandona un profesional joven, un trabajador responsable, un agudo observador de los sucesos y un crítico incisivo, precisamente en el momento más "dulce" de su vida: cuando logró alcanzar el bienestar familiar,

[5] Subdirector del *Diario de Cádiz*, falleció de manera repentina en la madrugada del día 20 de septiembre, a causa de un infarto que le sobrevino mientras disfrutaba de sus vacaciones estivales en Chile.

Natural de Chiclana de la Frontera y de 41 años de edad cumplidos el día 2 de este mes, dejaba de existir mientras almorzaba en el balneario residencial El Quisco, ubicado a 38 kilómetros de la localidad chilena de Valparaíso, en la costa del Pacífico.

Casado en marzo de 1986 con Carmen Rodríguez Mendaña, era padre de tres hijos: Carmen, Alicia y Antonio. Estuvo vinculado al *Diario de Cádiz* desde 1982.

profesional y social para el que había luchado de manera concienzuda durante largos y duros años.

En este instante, en el que aún no nos creemos que haya muerto, sentimos el aliento cálido del testimonio de un periodista sencillo, riguroso y exigente, que, sin ser timorato ni provocador, buscaba desinteresada y apasionadamente la verdad, la bondad y la belleza; ésta es la tarea que -aunque pueda poner en peligro la propia supervivencia- ennoblece más a las personas y nos dignifica como especie humana.

Sin ser hombre de grandes palabras, era una de esas personas raramente bondadosas, discretas, generosas y solidarias que pasan por la vida con la mirada limpia y se abren camino con las manos vacías. Era un luchador animado por el deseo permanente e insobornable de servir a los demás.

Porque si algo caracterizó a Antonio, por encima de todas sus cualidades, de sus fortalezas y de sus debilidades, de sus ensoñaciones y de sus frustraciones, fue su bondad, su bonhomía natural, virtud que ejerció con humilde disposición y que, en ningún momento, desmereció de su espíritu crítico, adobado, por cierto, de un fino sentido del humor y de la ironía. Si la importancia de las personas se mide por la extensión y por la profundidad del vacío que deja su ausencia, podemos afirmar que Antonio Rivera era, sin duda alguna, un hombre grande. Que descanse en paz.

Miércoles, 4 e septiembre de 2002

Francisco Rodríguez Luis

"A Paco -me confiesa su colega y amigo Enrique José Pando Ramos- no le extraña, que tras su jubilación, aún no le hayas dibujado su perfil porque, a pesar de que es un eminente Catedrático de Química Orgánica, cuya autoridad científica es reconocida en el ámbito de la Química de los Productos Naturales, su calidad humana es tan notable que le impide estar pendiente de los ecos que provocan sus trabajos y de las reacciones que suscitan sus comportamientos".

Estas afirmaciones no sorprenderán a ninguno de los colegas ni a aquellos alumnos que hayan observado, con atención y con respeto, su trayectoria profesional como investigador ni, mucho menos, a los que hayan estado atentos a sus actitudes ante la vida. Paco es, efectivamente, un trabajador concienzudo, un ciudadano responsable, un marido ejemplar y, sobre todo, un ser humano que, asentado firmemente en unos principios sólidos, nos dicta, con sus modos y con sus gestos, una permanente lección de coherencia ética, de sobriedad, de discreción y de constancia. Braceando contra las olas adversas y nadando contra corriente, ha ganado esa dura batalla que, radicalmente inseguros, todos libramos dentro de nosotros mismos contra el miedo, contra la pereza y contra la apatía.

Los zarpazos que ha sufrido en su salud física han templado su espíritu, han fortalecido su talante y, abismándolo en su interior, han ahondado sus convicciones y han agrandado su talla humana. Paco, hombre denso, es un intelectual que, desbordando las fronteras de su especialidad académica, se adentra con fruición en el dilatado horizonte de la historia, en los complejos laberintos de la economía y en el universo fascinante de la filosofía. Su indagación científica y sus experiencias personales le han permitido contemplar el mundo con otros ojos y le han proporcionado un acceso a una existencia más razonable y más placentera: le han descubierto el valor del tiempo, de la amistad y, sobre todo, de la familia. Por eso adora a Tere -su mujer-, venera a sus tres hijos y, entusiasmado, disfruta con sus tres nietos.

Paco -analista, crítico y amante de la palabra- nos transmite un mensaje humano mucho más profundo y más emotivo: el de su solidez moral, el de su modestia personal, el de su amplia capacidad para conjugar la firmeza de sus principios morales con un espíritu siempre abierto al diálogo. Y es que, efectivamente, con su fuerza de voluntad, con su temple y, sobre todo, con su vida sencilla, nos demuestra que la modestia es una virtud de los hombres que saben de verdad.

Miércoles, 4 e septiembre de 2002

Antonio Romero

Como todos sabemos, el grado de integración de cada miembro en las instituciones es variable. Podemos ser, por ejemplo, más o menos madridistas, más o menos socialistas, más o menos cristianos y, también, más o menos universitarios. El nivel de identificación con una colectividad no depende, por supuesto, del rango oficial que ocupamos ni de la importancia del cargo que desempeñamos. Un obispo -por ser obispo- no es necesariamente más cristiano que un seglar, ni el entrenador del Cádiz es siempre más cadista que un simple aficionado, ni el secretario general del PSOE es más socialista que un militante de base, ni un catedrático es más universitario que un bedel.

La identificación con las asociaciones depende -más que de un título, de un carné o de un contrato- de la propia forma de concebir y de vivir la propia vida; es una manera personal -mental y, sobre todo, afectiva- de integrarse, de entregar el tiempo, de gastar las energías, de aplicar los conocimientos y de orientar la pasión: es una dedicación, una afición, una devoción, un servicio y una entrega; es una vocación que desborda las tareas laborales y trasciende los escalafones administrativos.

Antonio, el Portero Mayor del Rectorado, constituye, a mi juicio, la ilustración de esta afirmación general. Sus formas peculiares de ver, de pensar,

de hablar y de actuar son las de un universitario de cuerpo entero y de mente cultivada. Dotado de una memoria feliz, es capaz de recordar detalles valiosos y de rescatar pequeñas joyas enterradas en las profundidades del olvido.

Investigador de la cultura popular, estudioso del cante "jondo", aficionado al toreo clásico y catador de los buenos vinos, es un claro ejemplo del autodidacta que ha acumulado un notable capital de erudición. Nos llama la atención, además, su rigor en la búsqueda de los datos y su cuidado en la selección de las palabras. Cercano a su tierra de Paterna de la Ribera, se alimenta de la tradición y se nutre con el rico patrimonio de leyendas populares que él analiza con su fino sentido del humor y condimenta con las especias de vocablos que ha ido recogiendo en su trato cotidiano con la gente sencilla y con los sedimentos acumulados en el fondo de su edad.

Antonio es un hombre culto e instruido, es un conversador sentencioso, ameno y ocurrente: posee un discurso fecundado por una añeja forma de decir cosas sin perder la frescura. Es un pensador de las cosas sencillas, un explorador del pasado que está pendiente de la actualidad del mundo para elaborar el propio diagnóstico. No sólo está impulsado por un irreprimible afán de curiosidad sino que posee una considerable capacidad de reflexión y de análisis. No repite lecciones aprendidas sino que piensa por sí mismo y se esfuerza por capturar las particularidades del mundo e integrarlas en una visión coherente. Sediento de saber, pugna por descubrir el enigma y las contradicciones de la realidad, con la intención de desvelar aquello que se oculta bajo lo obvio. Es suficiente escucharlo para descubrir el patrimonio no inventariable que lleva dentro.

Viernes, 14 de junio de 2002

Manuel Romero Tenorio

Es posible que un físico, un químico o un mecánico puedan desarrollar sus respectivas profesiones siendo simplemente eso: un físico, un químico o un mecánico; pero, es imposible desarrollar algunas otras tareas profesionales, siendo solamente expertos en las ciencias, en las técnicas y en los métodos propios de las labores especializadas que la sociedad les encomienda. Un médico, por ejemplo, además de los conocimientos actualizados sobre las enfermedades y sobre sus remedios, ha de poseer una amplia serie de destrezas psicológicas y ha de almacenar una nutrida provisión de valores morales y de virtudes humanas.

No podemos olvidar que la Medicina es, además de profesión, una actividad social y un ejercicio de intercomunicación humana que están orientados por ideas, por teorías y por ideologías. Hemos de tener muy claro que los procedimientos y las técnicas de la curación se apoyan en pensamientos y en convicciones sobre la vida y sobre la muerte, y las prácticas clínicas se orientan por principios y por estimaciones sobre la salud y sobre la enfermedad, sobre el dolor y sobre el mal, sobre la función del médico y sobre la actitud del paciente.

Éste es el caso de tantos facultativos que, como el doctor Romero Tenorio, con sus batas blancas y con sus fonendoscopios al cuello -en consultas, en clínicas y en hospitales- están entregados, no sólo a curar nuestras dolencias, sino también a acompañar a los enfermos y a sus familiares en los momentos más difíciles de nuestras existencias. Nos ha sorprendido la singular habilidad de este cirujano, especialista en Urología, para diagnosticar las enfermedades y para acertar con los tratamientos; nos ha asombrado la sorprendente destreza de sus manos para manejar el bisturí, pero, sobre todo, nos ha llamado la atención el respeto y la delicadeza con los que atiende a los enfermos dejándose afectar, en cierta medida, por sus sufrimientos y acompañándolos en su inevitable soledad.

Hombre fraternal, escucha más que habla, se pone en la piel del enfermo y de sus familiares para poder ver su paisaje interior; posee com-prensión y com-pasión -traducción literal del griego "sim-patía"-, entereza y ternura con las que los acoge generando un clima de confianza, una respuesta de gratitud y una sensación profunda de calma. Hemos podido comprobar su habilidad para serenar los ánimos, para tranquilizar las conciencias, para infundir esperanzas, para controlar los temores y, en resumen, para estimular las ganas de vivir concentrando esos impulsos y aprovechando esas energías que activan el sistema inmunológico y multiplican los anticuerpos.

Con su vida entregada y fecunda -incluso, desde una actitud trascendente- ejerce un verdadero servicio ministerial: su disponibilidad, su cercanía y su forma positiva de entrar en contacto con los pacientes constituyen la demostración evidente de su relación positiva consigo mismo, de su fidelidad a sus principios y, en consecuencia, de su paz interior. La

experiencia nos hace ver que, efectivamente, la distancia que nos separa de los otros es la misma que la que nos separa de nosotros mismos.

Viernes, 24 de enero de 2003

Francisco Ruiz Brenes

El fútbol, además de un deporte, es un espectáculo de masas y, sobre todo, un soporte simbólico de identidad colectiva. Posee, por lo tanto, dimensiones físicas, sociales y emotivas. Por eso, para interpretarlo de manera correcta y para disfrutarlo de forma adecuada, los profesionales han de preparar los músculos y la mente, y los espectadores, además de ejercitar la imaginación y de estimular la pasión, hemos de afinar el pensamiento, pero a condición de que evitemos el riesgo de intelectualizarlo en exceso. Si no queremos caer en el ridículo, no podemos excedernos considerando a cualquier entrenador con ingenio como un eximio filósofo, ni debemos tampoco extasiarnos componiendo poemas épicos a una jugada o entonando odas sublimes al color de la camiseta.

Francisco Ruiz Brenes no es sólo "Paco" ni siquiera "Superpaco". Con esta declaración tan rotunda pretendo expresar mi convicción de que su personalidad desborda los límites de su condición de deportista famoso, de "portero internacional", de "futbolista de élite", de "trofeo Zamora" o de "medalla de plata del fútbol español": afirmo que sus cualidades no se reducen a sus singulares facultades físicas, a su seguridad bajo los palos, a su vista de lince, a su agilidad felina, a su rapidez de reflejos, a sus salidas medidas y a su

capacidad de transmitir la tranquilidad necesaria a todo el equipo, sino que sus talentos más valiosos son las virtudes que ennoblecen la calidad humana de su personalidad.

Ignoro si su acierto en la manera de afrontar los problemas económicos, si su coraje ante las dificultades familiares y si su habilidad para intuir por donde vienen los tiros peligrosos de la enfermedad, los ha aprendido en las canchas o, si por el contrario, sus éxitos deportivos se deben a sus congénitas cualidades humanas, pero lo cierto es que su trayectoria deportiva, profesional y familiar se asienta en su singular fortaleza física, en su considerable tenacidad psíquica y en su capacidad para renovar, una y otra vez, el entusiasmo juvenil. Los riesgos y los apuros ante los ataques de las delanteras adversarias hemos de achacarlos a sus excesos más que a sus defectos, a su fuerza más que a su debilidad, a sus ímpetus más que a su sus temores: al acelerador más que a los frenos.

Todos los que hemos tenido la posibilidad tratarlo sabemos que es un ser humano sincero, luchador, tenaz, trabajador, entusiasta, apasionado, polémico, singular, correcto y amable; un personaje irrepetible que, a lo largo de su carrera de alegrías y de sinsabores, ha sabido digerir los triunfos y asimilar las derrotas. Ha recibido el cariño de cientos de personas que lo han felicitado por sus éxitos y por su entrega sin condiciones, pero no podemos olvidar que su talante se ha forjado en el área pequeña, en esa zona de la cancha -de la vida- en la que cualquier error es fatal.

Viernes, 12 de abril de 2002

Antonio Sánchez Heredia

Permanentemente atento al estado clínico de cada uno de los enfermos que tiene a su cargo, Antonio está muy pendiente de los misterios íntimos que se esconden detrás de los síntomas patológicos. Él sabe muy bien que, bajo las apariencias corporales, laten unos sentimientos muy hondos y, además, está convencido de que, aunque a simple vista no se perciba, hay un más allá que está muy cerca de nosotros. Su mirada al mundo desde la UCI le obliga a un ejercicio de lucidez desgarrador porque, cuando contempla a un ser humano que está situado en la sombra inquietante del dolor y del sufrimiento, en la línea imperceptible que separa la vida de la muerte, su visión no puede sostenerse en el vacío sino que ha de buscar un centro, una guía luminosa, que le proporcione algún sentido, sobre todo, en estos tiempos de tribulación en los que, febril y enloquecidamente, voces interesadas o desaprensivas nos empujan desde fuera para que huyamos hacia delante con el riesgo de precipitarnos en la autodestrucción.

"La UCI –nos dice Antonio- es una permanente invitación a la reflexión seria sobre las cuestiones más vitales". Por eso él, alejado de las ideologías débiles y gelatinosas que absolutizan los vacíos mitos del presente y tratan de ridiculizar a los hombres de esperanza, acude diariamente a este silencioso

santuario de la espera con una actitud atenta, dispuesto a escuchar la permanente llamada que le invita a buscar y a explicar el sentido trascendente de la vida y de la muerte, a interpretar el valor de la salud y de la enfermedad, del dolor y del placer, del bien y del mal.

Por eso él ha elegido libremente invertir tiempo en escuchar, informar, tranquilizar, orientar y alentar a los enfermos y a sus familiares; por eso él se ocupa - además de la curación de la enfermedad- de descifrar las resonancias íntimas del sufrimiento y de valorar las vivencias recónditas que el paciente posee de su enfermedad; por eso él administra hábilmente palabras oportunas y frases acertadas, que poseen la virtud de serenar el ánimo, tranquilizar la conciencia, infundir esperanzas, controlar los temores y, en resumen, de estimular las ganas de vivir concentrando esos impulsos irreprimibles de trascender el tiempo de la vida terrena.

Antonio, además de aprovechar las energías físicas que activan el sistema inmunológico y multiplican los anticuerpos, emplea la eficaz terapia de la intercomunicación humana, convirtiendo en lenguaje toda su actuación médica. Y es que, en la hondura de su opción profesional, ética y social, late el testimonio de un modelo -Jesús de Nazaret- que, no sólo proporciona sentido a su trabajo, sino que, además, dignifica, libera y enaltece la vida, haciéndola más humana, más solidaridad, más justa, más plena y más grata.

Mar Adentro, miércoles 23 de junio de 2004

Ricardo Senabre

Ricardo Senabre -don Ricardo- es un filólogo en el sentido más rico de esta palabra. Es un amante de la palabra articulada y escrita; es un estudioso de la lengua; es un especialista del lenguaje. Mantiene con el *logos* una relación de amistad, un permanente trato de afecto, de camaradería y de lealtad. La amistad de la *filía*, -como diríamos en el sentido aristotélico de su *Ética a Nicómaco*- es respetuosa y dialogante, grata y gatificante. Es de los autores, de los narradores, de los personajes e, incluso, de los lectores. Por eso sus críticas -rigurosas, fundamentadas, constructivas, minuciosas y documentadas- son recibidas por los autores sensatos con gratitud y por los lectores inteligentes, con agrado. Y es que, Ricardo Senabre considera a los amigos como si fueran otros yo con los que se identifica y, al mismo tiempo, de los que se diferencia. A veces entra en colisión, en contradicción y en profundo desacuerdo; pero siempre desde una consideración, desde una solidaridad y desde un respeto que sobresalen muy por encima de estas fluctuaciones propias de la dinámica misma de la amistad.

Ricardo Senabre es amigo, sobre todo, de los clásicos pues, como todos sabemos, la amistad también puede mantenerse con las personas que, aunque

hayan fallecido están vivas en la memoria. La amistad, efectivamente, podemos alimentarla y vivificarla, resucitando al ausente, releyendo las obras y disfrutando con los mensajes que sus textos nos siguen transmitiendo.

Este Catedrático de la Universidad de Salamanca es uno de los más serios, profundos, sagaces y honrados críticos literarios -tal vez el mayor- de la narrativa actual, en estos tiempos de escasez de analistas inteligentes y de abundancia de miméticos reseñistas, que con frecuencia, son malos lectores. Sus lúcidos y sugerentes textos, elaborados en un estilo que destila claridad y elegancia, constituyen, no sólo piezas maestras de la lectura literaria inteligente en busca de sentido, sino también una denuncia explícita de la inoperancia de los extravíos irracionales y una batería de argumentos contra las críticas banales e inquietantes, ya superadas, de la fragmentación, de la dispersión y de la confusión deconstructivas. Sus comentarios, sopesados, precisos y, a veces, finamente irónicos, señalan los fallos o las carencias más visibles, denuncian el culto al éxito fácil y proponen los adecuados remedios. Sin hacer gala de erudición, sus críticas son estimulantes invitaciones para que los lectores nos situemos en la perspectiva adecuada según los géneros y las corrientes, para que interpretemos correctamente los textos y para que nos deleitemos inteligentemente: nos abren vías para acceder a la comprensión de sus mensajes y nos proporcionan herramientas -criterios- para valorarlos. Evitando las aburridas especulaciones metateóricas, presta una exquisita atención a los detalles significativos de las obras, y nos proporciona la oportuna información para abordar los textos aprehendiendo sus elementos más relevantes, pesando sus valores y sopesando sus fallos. Sus juicios -que llegan al fondo y atrapan la médula- ponen de manifiesto, sobre todo, de su talento crítico.

Miércoles, 23 de febrero de 2000

Joaquín Sierra

Joaquín Sierra -"Quino"- ha sido uno de los productos más valiosos de la fecunda cantera bética y uno de los delanteros centros de mayor calidad técnica del fútbol español. Creo que su peculiaridad deportiva estribaba en su singular capacidad para sintetizar, en una armoniosa y equilibrada unidad, un conjunto amplio de cualidades futbolísticas, profesionales y humanas diversas que, hasta cierto punto, eran opuestas. Poseía un variado repertorio técnico, una intensa voluntad competitiva y una profunda sensibilidad social.

En la cancha, además de su acusada personalidad para dirigir a sus compañeros y para hacer funcionar el equipo -aplicando siempre las estrategias diseñadas por los entrenadores en la pizarra- poseía una clara visión del juego, un fácil regate, una considerable facilidad de desmarque, una exquisita habilidad para jugar sin balón, una extraña desenvoltura para moverse en el área, una singular pericia para ejecutar las faltas, una secreta maña para engañar al contrario y una esmerada maestría en los controles del esférico. Aunque no estaba exento de fuerza, prefería, más que disparar cañonazos que rompieran la red, lanzar los tiros con tal colocación que limpiaran de telarañas los ángulos de la portería. Todas estas dotes se condensaban en la fórmula con la que los críticos más agudos solían

caracterizarlo: era un futbolista con talento. En mi opinión, su fútbol elegante e, incluso, su instinto goleador, se deben a su manera de concebir el fútbol siguiendo las reglas básicas del toreo puro: sabía parar, templar, mandar y, en su momento oportuno, cargar la suerte.

Pero, a pesar de esta dimensión taurina, su fútbol se caracterizaba paradójicamente, por un sentido finamente poético y, en consecuencia, llamaban la atención, más que por la exuberancia de sus quiebros, por la sobriedad de sus jugadas clásicas, por sus pases hondos y por sus driblings medidos. Los espectadores -igual que él- no sólo disfrutábamos con su inspiración y con su pellizco, sino también con su dominio para mantener la cordura y la autenticidad del espectáculo, sin caer ingenuamente en el exceso de retórica o en la frivolidad de la ineficaz floritura.

En el vestuario, constituía un componente aglutinante y, al mismo tiempo, un factor revulsivo: facilitaba la unión del grupo humano y estimulaba el cumplimiento de los compromisos, la reivindicación de los derechos y el respeto a los pactos. Pero, sobre todo, logró despertar en los futbolistas la conciencia de su dignidad como personas, de sus exigencias profesionales y de sus derechos humanos.

Colocado siempre en la acera de los más débiles, nos llamó la atención, de una manera especial, su frialdad, su firmeza y su mesura a la hora de resolver situaciones dramáticas. Lamentamos, sin embargo, que este caudal de conocimientos, de valores y de destrezas, no los haya puesto al servicio de las sucesivas generaciones de deportistas que tanto hubieran aprendido de su magisterio.

Estay seguro de que sus ideas, su control emocional, su brillante fantasía, su intensa reciedumbre, su discreta mesura y su firmeza innegociable, hubieran supuesto una ayuda impagable para las nuevas generaciones de futbolistas, para los directivos e, incluso, para los informadores.

Miércoles, 23 de febrero de 2000

Mateo Silva Romero

Las actitudes y los comportamientos de Mateo Silva constituyen la ilustración y la prueba de que las paradojas evangélicas no son unos meros ejercicios retóricos sino que constituyen unas fórmulas eficaces para ayudarnos a encontrar el bienestar personal, la concordia familiar y la armonía social. Su modestia, su sencillez y su llaneza demuestran el atractivo y la validez de unos valores fundamentales que, en la actualidad, pasan desapercibidos y, a veces, desdeñados, pero que, a la larga, son reconocidos por casi todos. Por eso sus aspiraciones siempre se ven colmadas y las expectativas de los que solicitan su apoyo nunca son defraudas.

Mateo es un hombre servicial que presta su ayuda sin reclamar elogios y sin, ni siquiera, esperar gratitud; ha optado, de manera consciente, por ser levadura oculta en la masa y, en consecuencia, ha renunciado, explícitamente, a todos los signos que expresen afán de exhibicionismo y alardes de poder. Es un acompañante que, sin necesidad de poseer abundantes medios materiales, acude a todos los que requieren su colaboración: su clave reside en que da más de lo que él espera recibir.

Si su vida es sencilla, su discurso pastoral es claro. La claridad de sus mensajes estriba en que, previamente, los medita y los vive. En sus homilías,

sobrias y escuetas, nos desvela el rostro y las pisadas de Jesús; nos traza el apasionante proyecto de vida dibujado en las bienaventuranzas y nos estimula para que nos decidamos a descubrir la riqueza del amor, las ganancias de la generosidad y los tesoros de la cruz. Administra el perdón y celebra la eucaristía.

Y es que, como él repite insistentemente, la dificultad del Evangelio no reside en su comprensión sino en su práctica. Por eso, le llama la atención que algunos, empujados por un afán de cientifismo y por la pretensión de proporcionar rigor a las enseñanzas evangélicas, las enreden empleando fórmulas complicadas y palabras raras. "Las palabras de Jesús -afirma- son fáciles de entender para todos los que acuden a él con un corazón limpio y generoso; la fe no es el resultado de una erudición intelectual sino un regalo, una gracia que se concede a los que poseen las entrañas de los pobres y de los humildes".

Mateo Silva, hombre realista, cordial, atento, servicial, paciente y esperanzado, está permanentemente abierto al diálogo, a la comprensión y a la solidaridad fraterna. Gracias al esfuerzo continuado, a su crecimiento humano y a esa sabiduría que ha ido acumulando a lo largo de su abnegada y dilatada actividad pastoral, en la actualidad, está en posesión de una fina perspicacia y de una lúcida serenidad que le permiten descubrir el sentido trascendente de los sucesos cotidianos y el significado profundo de las cosas menudas. Asume sus responsabilidades sin desvanecerse por las dificultades, y, venciendo las limitaciones físicas, gracias a su madurez humana, desarrolla las diferentes tareas encomendadas con el sosiego de quien está plenamente convencido de que es un simple instrumento. Reconciliado con el pasado, Mateo Silva asume el presente y está abierto de par en par al futuro. Viernes, 10 de octubre de 2003

Susan Sontag

La estadounidense Susan Sontag (Nueva York, 1933), una intelectual independiente y una feroz rebelde, es de esas mujeres que, plenamente conscientes de las dificultades que tienen que superar, han decidido ser libres, valientes y solidarias con los débiles. Esta periodista se ha convertido en el emblema de una aventura intelectual presidida por la lucidez, por la agudeza y por el cuestionamiento infatigable de aquellos comportamientos infundados que la inercia de los usos tradicionales y la rutina de las prácticas sociales quieren hacernos pasar por naturales y por correctos.

Convencida del inmenso poder de la escritura, escogió la pluma como una herramienta de liberación de la mujer y como un instrumento de diálogo entre las culturas. Su decisión partió del supuesto de que la literatura -la buena literatura- es una vía válida para penetrar en la realidad humana, para identificar sus valores, para corregir sus errores y para denunciar los abusos de los poderosos. Dotada de una mirada aguda, ha buceado en las entrañas profundas de los problemas físicos, morales, culturales, sociales y políticos más graves que, en el momento presente, tiene planteados la humanidad.

Esta escritora, que estudió filosofía, literatura y teología en California, Chicago, París y Harvard, ha dado abundantes muestras de la profundidad de

su pensamiento y de la calidad estética de sus escritos; es un genio peculiar y una de los críticas más incisivas de la sociedad contemporánea.

Tras sufrir en sus propias carnes los mordiscos atroces de un cáncer, ha abordado las cuestiones más esenciales de las relaciones humanas y ha indagado en los asuntos más acuciantes del mundo actual como, por ejemplo, en la naturaleza y en la función del arte contemporáneo, en los retos ineludibles y en las deficiencias de la vida universitaria, y en la amenaza creciente de aquellas enfermedades que, como el sida, son las más crueles. Tanto en sus ensayos y en sus comentarios periodísticos como en sus novelas y en sus relatos breves, ha defendido con ahínco la necesidad de abandonar las prisiones alienantes de los localismos, de los provincialismos y de los nacionalismos.

Acudiendo a los textos más acreditados de la literatura universal y recurriendo a los autores que han sido más críticos con la modernidad, Susan Sontag, en su discurso de aceptación del premio de la Asociación de Libreros Alemanes, defendió que, frente a las dietas diarias que nos ofrecen los medios de comunicación y como contrapunto de la propaganda que nos invade, de las frivolidades que nos atontan y de los horrores que nos corrompen, deberíamos nutrirnos con los alimentos sustanciosos y frescos de una literatura seria y bella, que esté comprometida con el crecimiento integral de los seres humanos y con el fortalecimiento democrático de la sociedad. "Especialmente ahora -son sus palabras-, en unos momentos en los que el valor de la lectura y de la introspección son retados con tanta fuerza, la literatura constituye una vía de liberación".

Viernes, 14 de noviembre de 2003

Rafael Soto Vergés

"Ahora, que ya estoy jubilado -me decía en nuestra última entrevista-, regresaré, como vuelven los elefantes al lugar de su nacimiento, a mi Cádiz, y, aquí, en el Campo del Sur, seguiré meditando, latiendo y conversando sobre los temas esenciales que me planteé cuando aún estudiaba en el Colegio de la Viña; seguiré reflexionando sobre aquellas cuestiones que, desde niño, constituyeron el objeto de mis permanentes y agudas preocupaciones. Durante toda mi vida, más que responder, he dirigido preguntas a Dios, a mi padre, a mis amigos y, sobre todo, a mí mismo".

Este fragmento de una de nuestras dilatadas conversaciones mantenidas cuando, de repente, él había saltado de la juventud a la senectud, puede servir de ilustración de una de las claves que explican su afanosa vida y su trabada obra literaria. Cuando terminó sus estudios de Ciencias Empresariales, decidió trasladarse a Madrid, impulsado, no por la ilusión de proyectar su figura, sino por la esperanza de ahondar en los enigmas de la existencia; partió empujado por la voluntad de sondear las entrañas más secretas de las cosas sencillas, la médula de los valores domésticos más humanos y los términos de los problemas religiosos, en el más ancho sentido de esta palabra. Desde entonces,

él pretendía indagar, por ejemplo, en la íntima sustancia de la fugacidad de la vida, de la muerte o de la tristeza.

Podemos afirmar que, a pesar de la profundidad y de la densidad del simbolismo de su poesía, toda su corta obra está hondamente arraigada en la dura experiencia personal e íntimamente amasada en su permanente monólogo interior. No podemos definir su obra, sin sondear en su personal concepción poética y, sobre todo, sin acercarnos al talante de este peculiar sujeto poético.

Su vida ha sido una rigurosa lección de muchas cosas; nos ha enseñado, sobre todo, que la introspección es una senda inevitable para descubrir la verdad que se encierra en el fondo de las tinieblas. Por eso, él -que prefería las sombras del ocaso a las agresivas luces del alba, y buscaba la oscuridad de la noche, donde todo reposa- eligió la poesía como una forma de liberarse a través del conocimiento y como el camino más directo, rico, vital, libre e intuitivo para desenmascarar los trucos de las modas literarias, para penetrar en el fondo de la autoconciencia y para adueñarse de los misterios de nuestra existencia.

Rafael Soto Vergés, uno de los poetas gaditanos más importantes, ha sido un hombre profundamente bueno, honesto y coherente que, con su triste tono esperanzado y con su estilo tamizado, nos ha demostrado que la modestia es la virtud de los hombres que saben de verdad. Ha vivido y ha muerto discretamente, como los caballeros andantes y como los santos ermitaños.

Sábado, 24 de julio de 2004

Cristina Tejera Ruiz

Cristina, para sentirse feliz y para estar contenta, no necesita de los escaparates ni de las vitrinas. Para estar bien consigo misma, prefiere saborear los alicientes de las experiencias íntimas y concentrarse en las tareas interiores de su espíritu, en los quehaceres familiares y en las faenas de su hogar. Está convencida de que las acciones nobles, las actividades dignas, los asuntos importantes y los trabajos valiosos, no se miden por el volumen de las exclamaciones con las que se proclaman: no requieren los amplificadores de la propaganda, ni las cajas de resonancia de la publicidad.

Ella, que es discreta y juiciosa, prefiere alojarse en la calma de las prácticas habituales y en el fondo de esas experiencias cotidianas que nutren su espíritu. A ella -que es cuidadosa y minuciosa- los pormenores de la existencia humana le llenan, mucho más que los acontecimientos extraordinarios, más que los actos solemnes, le satisfacen las reuniones familiares. Disfruta, sobre todo, con esas ocupaciones humildes que, para otros, son rutinarias y aburridas: le gustan, por ejemplo, limpiar el pescado, barrer y hacer punto. Y es que tengo la impresión de que carece de las vanidades -tonteras y pamplinas, dice ella- que son tan normales en la mayoría de los seres humanos. No concibe la vida como un espectáculo y, por eso,

rehúye la exhibición y rechaza los aspavientos; antepone las pequeñas alegrías de la vida cotidiana a las grandes emociones de los acontecimientos importantes.

Pero, aunque de manera apacible y serena, construye su vida por dentro, no es una mujer ensimismada sino que, por el contrario, está más pendiente de los demás que de ella misma. Algunos tienen la impresión de que está algo despistada, pero ella, discreta y reflexiva, observa atentamente la realidad que le rodea y está pendiente de cada palabra, de cada gesto y de cada expresión, para responder sólo en el momento oportuno y en la ocasión propicia. Controla con habilidad sus reacciones y administra con destreza sus opiniones. Es especialmente sensible a los síntomas que delatan una preocupación y a las señales que descubren un sufrimiento.

Paciente, esperanzada, tolerante y compresiva, tiene plenamente en cuenta las asperezas del mundo pero, apoyada en el caudal de conocimientos prácticos que ha ido sedimentando a lo largo de su vida, mira los cambios con tranquilidad, sin permitir que la ahoguen la ansiedad, la impaciencia o la nostalgia. En las conversaciones Cristina -que nunca alardea ni se queja- nos inspira una sensación de paz, de alivio y de aplomo.

Con la ingenuidad aparente de sus afirmaciones y con el control real de sus emociones, con sus silencios, con sus pausas y con sus palabras, emitidas siempre en un tono confidencial, crea un confortable clima de cordialidad que facilita la comunicación, el entendimiento y la amistad. Esta mujer buena, sencilla y cariñosa, busca más la serenidad de las profundidades que los vértigos de las alturas.

Viernes, 31 de mayo de 2002

José Tomás Tocino González

Perseguidor de sueños y buscador de peripecias, este barbateño cordial y espontáneo -imprimiendo a su andadura un ritmo propio- ha explorado distintos senderos. Preocupado por el sentido de la existencia, en su búsqueda ávida de respuestas, unas veces ha recorrido el camino al trote y otras al galope, según el itinerario que, en cada encrucijada, determinaba seguir. Vital y vitalista, José Tomás nace y renace todos los días. Independiente y generoso, posee, padece y disfruta de una insaciable hambre de libertad, de cultura y de solidaridad. Alegre y entusiasta, para él la vida es un juego en el que se combinan las letras y los sonidos, la carne y el espíritu, lo metafísico y lo inmediato, en un damero de rostros y de lugares, para explorar las esencias y para llegar al fondo y al trasfondo de las cosas, a la vida sentida, compartida, vivida con sencillez, con naturalidad y con autenticidad: como una conducta, como una tarea y como un compromiso.

Sus interrogantes y sus anhelos fraguados por su imaginación están fecundados por su compromiso irrenunciable con la realidad y con su época. Sabe mirar hacia adelante y también hacia atrás al mismo tiempo y, sobre todo, no le tiene miedo al miedo. Lee el mundo y relee los libros. Indagando el sentido de las cosas, de las piedras y de las aguas, aspira los olores y los

dolores del mundo y percibe las diversas voces ligadas a las cosas. Establece con las gentes con las que convive una triple parentela: la sanguínea, la imaginaria y la evangélica.

En su búsqueda entre la inevitable niebla, José Tomás ha descubierto que lo seres humanos somos realidad y, también, imaginación abierta a las grandes mudanzas, al amor y a la libertad. Todos los días elabora nuevos proyectos de ser a partir de su reflexión que es autorreconocimiento como creyente y como poeta de la sangre, de la imaginación y de la fe. Él ha entendido el sentido abierto y comunitario de la fe cristiana.

Como un verdadero Quijote, José Tomás es un radical insatisfecho y un partidario de la libertad, de la justicia y de la solidaridad hasta las últimas consecuencias, y, como Jesús de Nazaret, es acompañante de los humillados y defensor de los ofendidos: ha sellado un compromiso con la realidad del dolor y del sacrificio.

Permanente buscador, José Tomás sigue intacto, nadando en el cambiante oleaje de las infancias, de las pubertades y de las juventudes cíclicas, caminando de encantamiento en encantamiento. No es un resentido ni un desengañado del mundo ni del evangelio sino que, por el contrario, con exigente sinceridad y con lúcida conciencia de sus limitaciones, cada vez se siente más hechizado por Jesús en quien ventajosamente se apoya y quien -en medio de la madeja de estructuras, de rúbricas y de normas- le transmite el único dogma liberador: el amor.

Sábado, 26 de junio de 2004

Esteban Torre Serrano

Cuando el profesor Esteban Torre interviene en un Congreso de Teoría de la Literatura, se le suele presentar como un importante médico, doctor en Medicina y en Cirugía, que ha operado a cientos de pacientes. Cuando toma parte en un Congreso de médicos, se recuerda que es un excelente poeta que ha publicado varios libros de poemas. Cuando acude a las tertulias literarias, se dice que es un Catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad de Sevilla, un riguroso investigador y un agudo crítico. En todos los casos, se suele leer la lista interminable de sus publicaciones con la que, como es natural, se aburre al auditorio y se hiere la modestia del presentado.

Nosotros opinamos que es suficiente con recordar que Esteban Torre es un apasionado investigador del hombre: un estudioso de la mente y del cuerpo, un científico conocedor de la Anatomía, de la Biología y de la Psicología humanas. Es un especialista en Cirugía, en Lingüística, en Métrica y en Traducción. Y, finalmente, es un artista que está dotado de una exquisita sensibilidad. Cursó las carreras de Medicina y de Filosofía y Letras; ha vivido, estudiado, investigado y trabajado profesionalmente en los Estados Unidos, en Gran Bretaña, en Alemania, en Francia, en Italia, en Bélgica, en Holanda y en Nigeria; habla y escribe inglés, francés, alemán y ruso. Ha recorrido todo este

itinerario académico con la intención de descifrar, en la medida de lo posible, el misterio humano.

Pretende saber mucho, casi todo, sobre el hombre: quiere conocer al ser humano por dentro y por fuera. Es un pensador y un crítico de personalidad compleja, que disfruta analizando y relacionando ideas, un científico dotado de una penetración intelectual desafiante, un técnico que hace alarde de su pericia; un políglota que indaga en el alma de las lenguas y, sobre todo, un artista y un poeta que crea mundos fascinantes. Esteban Torre -especialista en Medicina Interna, en Psiquiatría, en Métrica y en Traducción literaria, doctor en Medicina y Cirugía y en Filología Hispánica- mira las cosas y vive la vida como poeta, que sabe extraer las resonancias estéticas de todas las situaciones y de todas las palabras. Es poeta cuando vive, cuando habla, cuando lee y cuando escribe.

Aunque sus teorías resultan, a veces, polémicas e intranquilizadoras, es un escritor que, debido a la claridad de sus textos, produce alegría en los lectores. Él está convencido de que la claridad es en sí misma un valor intelectual. Su coherencia ética, su rica erudición y el vigor de sus argumentos lo hacen, en muchas ocasiones, invulnerable.

Incansable luchador por la libertad y encarnizado crítico de cualquier ideología totalitaria, es un buscador apasionado de la verdad en las raíces profundas del patrimonio tradicional occidental, en las fuentes de la racionalidad y, en consecuencia, en los fundamentos sólidos de la dignidad del ser humano.

Viernes, 3 de mayo de 2002

Francisco Torre Tejada

"Curro la Gamba" -un cantaor que, hasta el final de sus días, ha conservado la impecable pinta, la noble lealtad y la sencilla autenticidad del gitano fino- ha muerto de pena. Locamente enamorado de la rica personalidad y de la exhuberancia de virtudes de Antonia -su mujer- y fervoroso admirador del arte supremo de "La Perla" -su artista- se recluyó en la intimidad de su mundo interior para alimentar su vida sólo de pesar y de dolor por la ausencia de una mujer que había constituido la fuente, la razón y el modelo de su existir.

Desde que enviudó, su rostro se cubrió por un denso velo de tristeza y su mirada, hasta entonces chispeante, se fue apagando de forma irreversible. Su exquisita cortesía desprendía un sutil aroma de desamparo y su esmerada cordialidad era incapaz de disimular la expresión de hondo abatimiento por esa amarga soledad que reflejaba toda su figura. Buscaba los lugares silenciosos y los espacios sombríos para recuperar, mediante el recuerdo, los episodios convividos con Antonia y los éxitos compartidos con "La Perla": para paladear una y otra vez los momentos entrañables de una vida intensa y los detalles mínimos de un arte supremo.

“Antonia es mucha mujer y “La Perla” es demasiado artista para que yo pueda seguir viviendo sin ella”. Con estas palabras, repetidas por él una y otra vez, trataba de disuadirnos a aquellos amigos que, ingenuamente, pretendíamos que saliera de fondo profundo de su “infinita soledad”. Cuando, para animarlo, elogiábamos su estremecedor ayeo, su voz quebrada, sus cantes sobrios y sus soleares entrecortadas que nacían de lo más hondo de sus entrañas lastimadas, nos cambiaba bruscamente el hilo de la conversación para repetirnos un aluvión de recuerdos de los episodios más intensos vividos al lado de su Antonia.

Cuando, con la intención de alentarlo, le pedíamos que nos contara anécdotas de sus tíos Manuel Torre y de Antonia la Gamba o que nos evocara los cantes misteriosos de sus maestros y de sus amigos como Manolo Vargas, Aurelio Sellé, Pericón, la Niña de los Peines o Chano Lobato, derramando lágrimas de deleite y de emoción, nos explicaba la fragilidad, la vibración y el refinamiento del cante puro de “La Perla”; nos comentaba su simpatía y su tronío, su fino sentido de la belleza, de la armonía y de la elegancia fácil que, aligerada con la frescura de la brisa del mar. Su voz era flexible, transparente y moldeable como las arenas de nuestras playas.

La vida y el arte de este hombre sencillo - memoria hecha jirones e ilustración plástica de las heridas que explican el cante- constituyen una herencia que todos debemos conservar y administrar con gratitud, con respeto, con fidelidad y, sobre todo, con cariño. El testimonio de este artista y de este hombre bueno, que ha vivido y ha muerto con la hondura originaria y con la finura de su mundo interior, nos demuestra que Curro la Gamba es mucho más que un disciplinado palmero que escogió vivir bajo la ancha sombra de un frondoso y fecundo árbol. Viernes, ocho de febrero de 2002

Alfonso Torrejón Jurado

Alfonso Torrejón Jurado, que se forjó merecidamente el sobrenombre de "El Fiebre", tras vivir durante setenta años en plena sintonía con los avatares del Cádiz Club de Fútbol, ha fallecido. Alfonso constituía el modelo del hombre sencillo, familiar y entrañable, que se identifica plenamente con una institución y el ejemplo de la persona noble que se entrega sin condiciones a una causa común.

Era un luchador tenaz y un sufridor infatigable que constituía una elocuente metáfora de las vidas elementales, laboriosas y sencillas de muchos de nuestros convecinos. Con sus comportamientos ilustraba la barojiana lucha por la vida, y su biografía representa, de manera clara, la extrema dureza de esa pelea por la supervivencia.

"El Fiebre" ha sido un espejo en el que se han visto reflejados los forofos apasionados, los aficionados gustadores del buen fútbol y los cadistas que han disfrutado con los triunfos y han sufrido con las derrotas de su Cádiz. Él ha sido la plasmación de los anhelos, de las ilusiones, de las alegrías y, también, de los disgustos, de los sufrimientos y de las decepciones.

Pero, en mi opinión, Alfonso estaba adornado de otros valores que van más allá de los territorios del fútbol y que no deberían pasarnos desapercibidos. Para dibujar su perfil humano, tendríamos que destacar, al menos, su fidelidad, su corrección y su laboriosidad. Se sabía mover entre los futbolistas, los entrenadores, los directivos, los periodistas y los aficionados. Era un hombre bueno, atento, servicial y limpio, un aventurero de la amistad que se solidarizaba con los sueños de los demás; era un ayudante indispensable que sabía aparecer en el momento oportuno y que se esfumaba cuando advertía que no eran necesarios sus servicios. Siempre se mantuvo al margen de las polémicas originadas por las luchas de las facciones y de las banderías.

En contra de lo que suele parecer, las personas -incluso las menos notables- son más importantes que las instituciones y los cadistas, más insignes que el Cádiz Club de Fútbol. A los seres humanos los engrandecen, más lo que son que lo que tienen; los ennoblecen más cómo hacen las cosas que las cosas que hacen.

Se ha cerrado un capítulo de nuestra pequeña historia local; se nos ha ido un depositario de miles de anécdotas, un amigo cordial cuyas eficaces ayudas nunca fueron suficientemente recompensadas. “El Fiebre”, un hombre sentimental, cumplidor, necesario, casi imprescindible en el Club, no vivía del fútbol, pero vivía el fútbol. Lo suyo fue algo más que afición y, por eso, deja una huella indeleble de bienhacer, que ha generado toneladas de agradecimiento, de respeto y de cariño. Que descanse en paz.

Martes, 21 de mayo de 2002

Antonio Troya Magallanes

Antonio Troya es uno de esos creyentes que, por la coherencia de sus ideas, de sus palabras, de sus actitudes y de sus comportamientos, se inscriben en la tradición más esencialista de la historia de la Iglesia. Reduce la fe a su médula más íntima y la despoja de las adherencias que, con el paso del tiempo, se han ido acumulando en todos sus órganos; los desinfla de esas hinchazones que, aunque a veces, nos dan la impresión de una aparente riqueza no son más que inútiles hojarascas o frondosidades perturbadoras para la transmisión de sus mensajes fundamentales.

Nos llama la atención su obstinada fidelidad al fondo de los evangelios, y, sobre todo, su capacidad para armonizar, en una sorprendente síntesis vital, las dos sendas que, ordinariamente, se presentan como paralelas o, incluso, como divergentes: la contemplación y la acción. Su reflexión aguda le empuja al compromiso y su sentido de la trascendencia proporciona consistencia a su sensibilidad social. Aunque es respetuoso con la tradición, la interpreta desde las claves que le suministra la perspectiva actual, tanto temporal como espacial. Posee una fina sensibilidad para captar los signos de los tiempos y las condiciones de los lugares en los que, con su voz, ha de hacer resonar la Palabra del Evangelio. Es consciente de la época en la que vive y del lugar en

el que habita. Vive el aquí y el ahora con una notable capacidad de adaptación; habita en los territorios en los que sus conciudadanos libran las diarias batallas de la subsistencia, de la inmigración, del paro, de la droga y de la marginación.

Antonio Troya es -junto con Juan Martín Varo- uno de los exégetas que, a mi juicio, mejor han calado en el fondo de los mensajes evangélicos y uno de los que lo exponen con mayor sencillez y lo explican con mayor claridad. El secreto de su lucidez lo encuentra, sin duda alguna, en la oración y en la acción. Gracias a la observación reflexiva de la realidad y a la lectura evangélica de los sucesos cotidianos como hechos trascendentes, ilumina sus actividades pastorales con una perspicaz lucidez y, al mismo tiempo, las impregna de un intenso realismo. Su austeridad personal, su sobriedad y, en resumen, su pobreza evangélica -paradójicamente rica y enriquecedora-, hacen que su voz llegue a los que no tienen suficiente sensibilidad crítica y constituya una llamada a la conciencia moral y una interpelación para todos los que, ansiosamente, sólo luchan por acumular bienes materiales. Su manera sencilla de vivir esa radical renuncia le proporciona una libertad y una credibilidad muy superiores a las que prestan las ínfulas presuntuosas y los títulos honoríficos. Es un servidor de sus hermanos que predica el perdón, la generosidad y la solidaridad.

Antonio Troya, frágil de cuerpo y robusto de espíritu, despierto y activo, modesto y compasivo, disponible y servicial, carente de afán de poder y de riquezas, es un hombre en el que se cristalizan y se concentran los valores más estrictamente cristianos. Se niega a las seducciones de la nostalgia pero se aferra a esa dimensión utópica que se sustenta y se nutre de las raíces esenciales del Evangelio. Por eso, tiene esperanza. Viernes, 19 de septiembre de 2003

Francisco Umbral

Con alegría hemos recibido la noticia de la recuperación -física y periodística- de Francisco Umbral, ese lector voraz y crítico desde su infancia, y ese escritor renovador y original de la prosa hispánica actual. Hemos recuperado a un estilista que, con sus intensas composiciones, ha borrado las convencionales fronteras entre los géneros literarios: sus textos condensan los rasgos formales que, durante siglos, han definido cada uno de los diferentes cauces por los que ha discurrido nuestra mejor literatura en lengua castellana. Sus poemas, sus relatos y sus artículos periodísticos -todos ellos inevitablemente enraizados en su autobiografía- nos ofrecen, sintéticamente fabulados, un sustancioso núcleo ideológico. Sus textos están enfocados desde una perspectiva agriamente irónica -que a veces llega al sarcasmo hiriente- y constituyen unas muestras elocuentes de los múltiples recursos de ingenio con los que descompone la realidad, como si quisiera revelarnos rotundamente las causas profundas y los efectos inevitables de su fatal desengaño.

Sus abundantes escritos forman una lujosa cadena de imágenes sorprendentes que, de pronto, nos ciegan con el brillo nítido de su inteligencia, con la chispa deslumbrante de la sorpresa y con la epicúrea aceptación de placeres intensamente estéticos. El yo poético de su adolescencia y de su

juventud resucita, entusiasta, una y otra vez, en cada una de sus composiciones en las que nos narra sin cesar su experiencia vital y en las que, gracias a su sensualidad verbal, redime sus gestos histriónicos de cualquier superficialidad anecdótica.

Orgulloso y petulante, fantástico y onírico, agudo e intolerante, provocador y engreído, sorpresivo e ingenuo, resentido y agnóstico endiosado, se manifiesta ajeno a la baja complacencia. Es un amante de la palabra y un apasionado por el idioma. Es un barroco que no juega con la oscuridad, sino con la luz que, a veces, es cegadora. Es un pícaro descreído que, desplegando el abanico ilimitado de sus recursos literarios y de sus estrategias lingüísticas, lucha por convertirse en el personaje protagonista de sus escritos.

Este capcioso e inteligente niño terrible, explorador de recursos y creador de técnicas, que hace caricaturas y, a veces, crucigramas con un punto de insidia intencionada, se ha hecho un viejo rebelde que escribe artículos venenosos con demasiada conciencia literaria. Cultiva el periodismo como forma de vida, como arma de lucha, como herramienta de trabajo y como explosión lírica. Francisco Umbral ha decidido vivirse a sí mismo llamando la atención de sus lectores con una actitud displicente, siempre dispuesto a la confesión y a la expresión de sí mismo; siempre listo para manifestar su relación intelectual con el mundo y consigo mismo; siempre preparado para leer, para contar, para revivir y para recrear la realidad con los ojos de la literatura. Como en todo gran escritor, sus virtudes están firmemente unidas a sus limitaciones pero, a veces, nos da la impresión de que pide a la literatura lo que la literatura no puede dar.

Viernes, 31 de octubre de 2003

José de Unzueta

José de Unzueta, hombre de principios, de orden y de diálogo, respetuoso con la tradición, pero sin excesivo apego al pasado, falleció en paz con Dios, con sus hermanos y consigo mismo. Dotado de una fina sensibilidad, de una exquisita capacidad de escucha y de una esmerada delicadeza de trato, este vasco, con su manera peculiar de entender la vocación marianista, era un experto en las lenguas, un políglota que aspiraba a comprender este mundo y a traducir el mensaje evangélico en términos inteligibles para los hombres de hoy. Era un amante de las letras, un filólogo que, ya en su niñez, durante los largos inviernos de su tierra vasca, oía extasiado anécdotas populares y que, a partir de los doce años, edad en la que aprendió el castellano, se entregó a la lectura permanente de los mejores textos de nuestros autores clásicos.

Sin estancarse en ningún territorio geográfico ni ideológico, ha sido fiel al Evangelio. Ha recorrido una dilatada trayectoria pastoral, intentando ir un poco más allá, procurando ensanchar el territorio de sus palabras, agrandar su mundo interior y afinar sus ideas, adaptándolas a las exigencias de cada momento y de cada lugar. Cultivador de la palabra que revela y rememora, ha enriquecido la comunidad de los marianistas y ha proporcionado a muchos

alumnos los instrumentos más eficaces para crecer como seres humanos, como ciudadanos de este mundo y como discípulos de Jesús.

Ha barajado la enseñanza en los colegios y en el seminario, la acción pastoral en parroquias y una intensa vida de oración. Compaginó la práctica y la reflexión, y supo alcanzar la unidad y la armonía en la compleja y cambiante marcha del tiempo convulso que ha recorrido, sabiendo enlazar la tradición más valiosa con los cambios más válidos. Podemos articular una luminosa trayectoria de este marianista apacible, sencillo, respetuoso, solitario, metódico, meditativo, viajero y cervantino, que se afanaba en devolver a las palabras su sólida y desnuda limpieza. Recordamos con gratitud sus frases aforísticas y sus bien engarzadas sentencias. Si nos adentramos en su biografía, podremos comprobar cómo en él han ido ligadas su fidelidad a Jesús de Nazaret y su filial devoción a María, los pilares sobre los que ha asentado su vida, sus cosas, sus ideas, sus espacios y sus tiempos.

Este hombre, a lo largo de ese camino zigzagueante que es el aprendizaje vital sedimentado por el paso del tiempo, fue aprendiendo y enseñando la fecundidad del silencio interior; fue ahondando progresivamente en su interior, en ese ámbito en el que tenía clavadas las raíces evangélicas y donde nutría sus pensamientos y su vida como condición indispensable para mirar y para admirar la realidad, para interpretarla, valorarla y disfrutarla. Somos muchos los que echaremos de menos a este hombre que, tocado con su gorra, se paseaba por la Avenida, reflexionando sobre la imprescindible palanca de la educación -fundada en el diálogo y en el esfuerzo personal- para elevar el bienestar de los hombres y de los pueblos.

Viernes, 4 de abril de 2002

Pedro Valdecantos

Como ocurriera con otros muchos intelectuales y profesionales de la "transición", Pedro entró en política empujado por impulsos morales: por "coherencia ética", como entonces se decía. Creía que era un deber de conciencia y una exigencia de honradez traducir sus convicciones en hechos, plasmar sus ideas en obras y experimentar sus teorías en la práctica. Sintió la obligación de arrimar el hombro a la tarea arriesgada, noble y compleja de crear una democracia, y no se conformó con el puesto de cualificado espectador y de privilegiado analista, como le correspondía por su condición de acreditado historiador, de profesor competente y de poeta notable.

El dilatado, empinado y zigzagueante camino que ha recorrido por los diferentes cargos públicos nos ayuda a esbozar el rico perfil espiritual de un hombre que, dotado de una vigorosa, potente y, aparentemente, contradictoria personalidad y de una cultura esmerada, siempre fue ajeno a las pacotillas solemnes, menospreció las vacuas frivolidades y desdeñó las anquilosadas prerrogativas. Como Director de Instituto, Delegado de Enseñanza y Gobernador Civil, siempre dio muestras de ser un "servidor" atento a las cambiantes demandas de la sociedad, y un interlocutor inteligente, presto para responder, de manera adecuada y rápida, a las mudables situaciones.

Apasionado, polémico y crítico, es exquisitamente diplomático.

Pero nosotros -siguiendo la sugerencia de José Manuel Jareño- queremos rememorar, en estos momentos, al hombre bondadoso, observador y sencillo, al entusiasta acompañante en la más amplia dimensión de la palabra. Hemos constatado, con alivio y con exultación, que tiene un fondo de remansada delicadeza y de viva curiosidad. En él, la aristocracia del espíritu y la llaneza de trato, concurren y se armonizan en una rara simbiosis que no puede ser sólo herencia de la sangre, sino que es fruto de un permanente esfuerzo personal. Pero lo que más nos llama la atención personalmente -hemos de reconocerlo con lealtad- es su pundonor, su responsabilidad y su presteza para seguir aprendiendo y, por lo tanto, su facilidad para asimilar los cambios.

Su autodisciplina es el resultado de la fina conciencia moral con la que ha aceptado y desempeñado papeles importantes, y de su libertad para decidir sus opciones personales y sus compromisos sociales. Si su figura nos estimula es porque, más allá de su apostura física o genealógica, descubrimos la elegancia esbelta de su clara inteligencia y el garbo sereno de sus nobles sentimientos.

Esa inteligencia y esos sentimientos han dictado el rumbo de su bienestar y han redundado en la de muchos otros: su entrega leal y sin fingimientos lo han hecho más íntegro y más admirable. Reconocer su trayectoria es reconocer un trozo de la vida común y evocar las condiciones de otros tiempos más inciertos aunque, posiblemente, más apasionantes que los actuales. Unos tiempos hermosos, en cualquier caso.

Viernes, 29 de noviembre de 2002

Ignacio de la Varga

Ignacio es un cronista de las cosas elementales y, por lo tanto, de los asuntos importantes. Es un trabajador infatigable y un servicial compañero en las tareas informativas; es un ser humano que está dotado del don de la naturalidad y de la virtud de la sencillez. Es un luchador tenaz que se defiende de los zarpazos inevitables de la adversidad, que se anima y se reanima y que, siempre está dispuesto a "comerse el mundo, aunque sea -como él dice- poquito a poco".

Sin dejarse contaminar por el esnobismo de las élites pseudoprogres, sus comentarios son las manifestaciones directas de su llaneza congénita y de su sentido común. Se mantiene siempre próximo a las gracias y a las desgracias de la gente sencilla. Es un hombre normal, que vive los sucesos ordinarios con el ardor, con el apasionamiento y con la fuerza de los tirones de sus anhelos. Cada día, reemprende la ardua tarea de la supervivencia con un renovado coraje y, sobre todo, con una inédita nobleza.

"Contemplarlo -me decía ayer uno de sus compañeros- es contemplar nuestra propia vida y evocar unos tiempos no tan lejanos que, aunque teníamos que transitar por unos caminos que, aunque eran más trabajosos, más inciertos y más inseguros que los actuales, eran hermosos". Ignacio nos sirve a

muchos colegas de referencia, de modelo y de estímulo. Auténtico y respetuoso, cariñoso y despistado, servicial y distraído, es apreciado por todos sus compañeros y querido por todos sus amigos.

Ignacio está plenamente identificado con sus cosas y con sus gentes. Conversa con fruición sobre nuestros vientos y sobre nuestras temperaturas, sobre los olores y sobre los sabores de Cádiz; y discute con pasión sobre El Cádiz: sufría con sus derrotas de los últimos años y, en la actualidad, disfruta con sus éxitos. Inquieto y, a veces, impaciente -en la vida de cada día, en medio de la maraña de las cosas que le ocupan y le preocupan- actúa empujado por un permanente afán de superación y al ritmo intenso de los golpes de corazón. En plena madurez, conserva sus sueños juveniles y, movido por el deseo insobornable de servir a los demás, siempre está dispuesto a ayudar y a tomar partido por los más débiles.

Muestra su perplejidad ante las maneras pedantes, ante las modas afectadas y ante los comportamientos artificiosos; le incomodan las sutilezas retóricas, y suele repetir que le gusta viajar por los caminos de la autenticidad para alcanzar la verdad elemental de la vida real. Sincero y directo, es extraordinariamente sensible a los afectos y a los rencores, a las simpatías y a los desaires.

Ignacio es “inocente” en el más pleno y rico sentido de esta palabra: no posee malicia, no es capaz de hacer daño a nadie y, sobre todo, mantiene la esperanza en la bondad natural de la gente; cree en las palabras dadas y confía en las buenas intenciones de los demás.

Viernes, 6 de diciembre de 2002

Darío Villanueva

Darío Villanueva es un hombre de síntesis y, por lo tanto, un ser equilibrado, armónico y unitario. Es un intelectual abierto que, atento a todas las corrientes de pensamiento, a todas las tendencias artísticas y a todos los movimientos literarios, elabora, de forma permanente, su propia teoría de la literatura y su singular filosofía de la vida: si su concepción de la literatura es intensamente vital, su idea de la vida es profundamente literaria: su pensamiento está empapado de vida y su vida está impregnada de literatura.

Los que lo contemplamos de cerca, recibimos la impresión de que sus tareas académicas, sus actividades sociales y sus quehaceres familiares están sincronizadas, y de que sus aspiraciones y sus deseos están sintonizados con sus logros. Su discurso, pausado y pautado, discurre por unos senderos seguros que, previamente, ha trazado gracias a sus renovadas lecturas, a sus análisis minuciosos, a sus profundas reflexiones y a sus metabolizadas experiencias.

Posee un sentido de la medida que se manifiesta en el control de la voz -de los tonos, de los ritmos y de los acentos- y que se refleja en el dominio de sus emociones y en la administración de sus expresiones, de sus gestos y de sus palabras. Su serena mirada hacia el futuro de los acontecimientos, hacia el

interior de los objetos y hacia el fondo de las palabras le confiere un palpable seguridad. Traza y sigue los caminos palmo a palmo y, divisando anchos horizontes, recorre el tiempo y persigue sus ideales sin agotarse. Estamos convencidos de que nunca se acaba su deseo renovado de mirar, de entender y de progresar.

Darío es un ser para la vida que, aunque sabe perfectamente que la vida tiene sus edades y sus estaciones, asciende impertérrito hacia las cumbres del pensamiento liberador y hacia las cimas de la vivificante belleza plenificadora; quizás sea esa fuerza interior la que lo mantiene en el tiempo, como una pequeña primavera que alumbra cada mañana ideales que no se apagan y que él generosamente ofrece para que la recojan otros caminantes.

Éste profesor universitario, conocedor de la naturaleza humana -la suya y la de otros-, es un perfeccionista que busca la calidad con razonable firmeza en sus proyectos. Asume las responsabilidades y se fía de sus fuerzas para afrontar las dificultades. Mira críticamente lo que ocurre y defiende con firmeza y con delicadeza sus convicciones. Persiguiendo la máxima excelencia en el trabajo y en la conducta, está atento a los cambios de los vientos y a las variaciones de las temperaturas; luce sus valores matizando los resplandores para evitar los deslumbramientos.

Realista y soñador al mismo tiempo, es silencioso y enemigo de las alharacas. Posee un fino sentido del humor y una discreta simpatía marca su carácter. Sin dejar nada al albur de la improvisación, sin mirar a otro lado, se deja guiar, en última instancia, por el sentido común. Sensible a la luz y al color, atenúa los tonos y suaviza los contrastes.

Viernes, 10 de marzo de 2000